

**EL MIEDO DE
MONTALBANO**
**ANDREA
CAMILLERI**



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



En este libro de Andrea Camilleri, seis irresistibles narraciones nos devuelven el universo del comisario Montalbano en toda su riqueza y esplendor, para deleite de los lectores adictos a su particular manera de entender la vida. A plena luz del despiadado sol siciliano, con un humor no exento del realismo más implacable, surge un caudal de sentimientos irrefrenables: el odio que provoca una venganza cuyas consecuencias han de durar décadas en *Mejor la oscuridad*; o los resquemores que despierta en todo el cuerpo de policía de Vigàta el comportamiento aparentemente ingenuo, pero cargado de miradas salvajes, de la joven Grazia Giangrasso, en *Herido de muerte*. Y para arropar al comisario en su ardua tarea, no faltan los elementos de siempre: los desencuentros telefónicos con su novia Livia, las entrañables broncas con Mimì Augello, la perplejidad que siempre consigue producirle Catarella, el inefable telefonista de la comisaría. En esta ocasión, a los personajes conocidos se añaden otros nuevos, como el formal y distante comandante Verruso, antítesis de un Montalbano que descubrirá, con sorpresa y admiración, la dignidad y valentía con las que su nuevo aliado custodia un terrible secreto. Como es habitual en él, Montalbano aprovecha la resolución de los casos para exponer el contraluz de las cosas, de los acontecimientos y circunstancias que rodean los hechos, como si éstos fueran consecuencia de una condición colectiva, de otros dramas y otros padecimientos largamente sufridos, que escapan al control del individuo. Y todas esas dudas, miedos, tentaciones y contradicciones no hacen más que subrayar, si cabe, la profunda dimensión humana que ha hecho de este personaje el favorito de millones de lectores en todo el mundo.

Andrea Camilleri

El miedo de Montalbano

Comisario Montalbano - 6.5

Título original: *La paura di Montalbano*
Andrea Camilleri, 2002
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



Día de fiebre

En cuanto se despertó decidió llamar a la comisaría para decir que aquel día no se encontraba con ánimo para nada, que no iría al despacho, pues durante la noche un acceso de gripe lo había asaltado de golpe, como uno de esos perros que se acercan sin ladrar y sólo los ves cuando ya te han mordido la yugular. Hizo ademán de incorporarse, pero se detuvo a medio camino. Le dolían los huesos y le chirriaban las articulaciones. Tuvo que repetir el movimiento con cuidado, alargó el brazo hacia el auricular y justo en ese instante sonó el teléfono.

—Oiga, *dottori*, ¿hablo con usted en persona personalmente? ¿Me reconoce? Soy Catarella.

—Sí, te reconozco, Catarella. ¿Qué quieres?

—No quiero nada, *dottori*.

—Entonces ¿por qué me llamas?

—Ahora mismo me explico, *dottori*. Yo personalmente en persona no quiero nada de usted, pero está aquí el *dottori* Augello que quiere decirle una cosa. ¿Qué hago, se lo paso o no?

—Está bien, pásamelo.

—Quédese al aparato, que le pongo con él.

Transcurrió medio minuto de silencio total. Montalbano sintió la sacudida de un escalofrío. Mala señal. Empezó a dar voces a través del auricular.

—Pero ¿qué pasa ahí? ¿Es que os habéis muerto todos?

—Perdone, *dottori*, pero es que el *dottori* Augello no se pone al aparato. Si tiene un poco de paciencia, voy yo personalmente en persona a llamarlo a su despacho.

Justo en ese momento se oyó la apurada voz de Augello.

—Perdona que te moleste, Salvo, pero es que...

—No, Mimì, no te perdono —replicó Montalbano—. Estaba a punto de llamarte para decirte que no me siento con ánimos para salir de casa. Voy a

tomarme una aspirina y a quedarme en la cama. Así que arréglatelas tú, cualquiera que sea el asunto del que querías hablarme. Adiós.

Colgó el teléfono y sopesó durante un segundo la posibilidad de dejarlo descolgado, pero decidió no hacerlo. Se dirigió a la cocina, se tomó una aspirina, sintió otro escalofrío, lo pensó un poco, se tomó una segunda aspirina, volvió a acostarse, cogió el libro que tenía en la mesilla y que había empezado a leer la víspera con sumo placer, *Un día tras otro*, de Carlo Lucarelli, lo abrió y, ya en las primeras líneas, comprendió que no podría leer. Notaba como un aro de hierro que le oprimía la cabeza y los ojos se le cerraban.

—¿Qué te apuestas a que tengo fiebre? —se preguntó.

Se tocó la frente con la palma de una mano, pero no sabía decir si la tenía caliente o no, cosa por otra parte que le ocurría siempre; lo de tocarse la frente era un gesto meramente simbólico que por alguna razón inexplicable hacía de manera instintiva. Lo más sensato era ponerse el termómetro. Se incorporó, abrió el cajón de la mesilla y rebuscó en su interior. Como era de esperar, el termómetro no estaba allí. ¿Dónde lo habría metido? ¿Cuándo había sido la última vez que se lo había puesto? Debía de haber sido aproximadamente en diciembre del año anterior, que para él era el mes más peligroso, no el que decía el poeta... ¿Qué mes era el más cruel para Eliot? Sí, ahora lo recordaba, «abril es el mes más cruel»... ¿O tal vez era marzo? Pero, divagaciones poéticas aparte, ¿dónde coño estaba el termómetro? Se levantó, se dirigió a la habitación de al lado, miró en todos los cajones, en las estanterías, en todos los rincones. Detrás de un montón de libros que se mantenían en inestable equilibrio sobre una tambaleante mesita apareció una fotografía suya con Livia. La contempló sin conseguir recordar dónde se la habían hecho. Parecía verano, a juzgar por la ropa. En segundo plano se veía el perfil de un hombre vestido de uniforme, aunque no parecía un militar, sino más bien un portero de hotel. O un jefe de estación. Dejó la fotografía y reanudó la búsqueda. Ni rastro del termómetro. Volvió a sentir un escalofrío, esta vez más fuerte, seguido de un ligero mareo. Empezó a renegar. Era absolutamente necesario encontrar el termómetro. El resultado de la subsiguiente búsqueda fue que, al poco rato, la casa daba la impresión de haber sido asolada por una banda de desvalijadores. Decidió calmarse: ¿qué

coño le importaba a él el termómetro? El hecho de conocer los grados de fiebre no se traduciría en una mejoría. Lo único seguro era que se encontraba mal, y punto. Volvió a acostarse. Oyó el girar de una llave en la cerradura y, a continuación, un grito extremadamente agudo de su asistenta Adelina.

—¡Virgen santísima! ¡Aquí han entrado ladrones! —El comisario se levantó y corrió a tranquilizar a la mujer, la cual, en el transcurso de su inconexa explicación, no le quitó ni un momento los ojos de encima—. *Dottori*, usía está enfermo.

Montalbano contestó con una pregunta que era al mismo tiempo una afirmación.

—¿Tú sabes dónde está el termómetro!?

—¿No lo encuentra?

—Si lo hubiera encontrado, no te lo preguntaría.

La respuesta molestó a Adelina, que se vengó replicando en tono belicoso:

—Si no lo ha encontrado usía después de dejar la habitación que parece que haya habido un terremoto, ¿cómo quiere que lo encuentre yo?

Y se fue a la cocina, ofendida e indignada. Montalbano se sintió perdido y confuso. De repente, por el mero hecho de haber sacado el tema, se le volvió a meter en la cabeza la idea de tener a mano un termómetro. Era una necesidad imperiosa. No tendría más remedio que vestirse, coger el coche e ir a comprar uno a la farmacia. Se movió con cautela para que no lo oyera Adelina, la cual sin duda le habría echado la bronca y lo habría atado a la cama para impedir que saliera a la calle. La primera farmacia que encontró estaba cerrada. Siguió adelante, hacia el centro de Vigàta, y aparcó delante de la Farmacia Centrale. Hizo ademán de bajar, pero un fuerte mareo lo obligó a sentarse de nuevo en el asiento. Experimentó una sensación de náusea. Luego consiguió salir del coche, entró en la farmacia y vio que tendría que esperar, pues, con la epidemia de gripe que había, al parecer medio pueblo se había puesto enfermo.

Finalmente le tocó el turno, y estaba ya a punto de abrir la boca cuando resonaron en la calle, muy cerca de allí, dos disparos de pistola. A pesar del atontamiento que le provocaba la fiebre, el comisario salió en un santiamén y sus ojos se convirtieron en una cámara que grababa nítidos fotogramas en su

mente. A su izquierda, un ciclomotor con dos muchachos se alejaba a toda velocidad; el que iba detrás llevaba en la mano un bolso evidentemente robado por el procedimiento del tirón a una anciana que gritaba desesperada desde el suelo. En la acera de enfrente, el señor Saverio Di Manzo, titular de la homónima agencia de viajes, estaba siendo desarmado por un guardia urbano. El señor Di Manzo, imbécil notorio, se había percatado del robo y había reaccionado efectuando dos disparos contra los muchachos del ciclomotor. Naturalmente, no les había dado a ellos, pero sí a una niña de diez años que en esos momentos rodaba por el suelo, llorando y cogiéndose la pierna derecha con las manos. Montalbano echó a correr hacia ella, pero entonces un sujeto que lo esquivó se le adelantó y se arrodilló al lado de la niña. El comisario lo reconoció: era un vagabundo que había llegado al pueblo hacía un año y vivía de limosnas. Todos lo llamaban Farola, tal vez porque era muy alto y extremadamente delgado. En un abrir y cerrar de ojos, Farola se desanudó la cuerda con la que se sujetaba los pantalones, la ató con fuerza alrededor del muslo de la pequeña y levantó levemente la vista hacia el comisario para ordenarle:

—Sujétela fuerte.

Montalbano obedeció, fascinado por la calma y la precisión del vagabundo.

—¿Tiene un pañuelo limpio? Démelo y llame a una ambulancia.

No fue necesario. Un coche que pasaba por allí recogió a la niña y la llevó al hospital de Montelusa. En ese momento llegaron cuatro carabineros y Montalbano se largó. Subió a su coche y regresó a toda prisa a Marinella.

En cuanto abrió la puerta de su casa fue arrollado por Adelina.

—¿Qué es toda esa sangre?

Montalbano se miró las manos y la ropa: se había manchado con la sangre de la niña.

—Ha ocurrido un..., un accidente y yo...

—Váyase ahora mismo a la cama, y quítese esa ropa, la llevaré a la lavandería. Pero ¿cómo se le ocurre salir estando enfermo? ¿No sabe que la «cripe» mal curada se puede convertir en «purmonía»? ¿Y que la «purmonía» mal curada lleva a la muerte?

Montalbano había oído a Adelina recitar la letanía de la gripe mal curada y la pulmonía por lo menos otras dos veces. Fue al cuarto de baño, se desnudó, se lavó y se deslizó entre las sábanas de la cama recién hecha. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando la asistente entró con un tazón humeante.

—Le he preparado un poco de caldo de pollo muy ligero.

—No tengo apetito.

—Pues se lo dejo en la mesilla. Yo me voy. ¿Necesita algo?

—No, nada, gracias.

A pesar de que tenía la nariz obstruida, percibió los efluvios del caldo. Se incorporó ligeramente, cogió el tazón y tomó un sorbo. Era como se lo imaginaba, espeso y ligero al mismo tiempo, lleno de ecos de hierbas extrañas; se lo bebió todo, se tumbó con un suspiro de satisfacción y se quedó dormido.

Le parecía que acababa de dormirse cuando sonó el teléfono. Mientras se incorporaba para contestar, miró casualmente el despertador de la mesilla. ¡Las siete! ¿Eran las siete de la tarde? Pero ¿cuántas horas había dormido? Sorprendido, levantó el auricular y oyó un pitido continuo. Habían colgado. Estaba volviendo a acostarse cuando se reanudaron los timbrazos, pero esta vez no era el teléfono, sino la puerta. Fue a abrir y vio a Fazio, que tenía un semblante preocupado.

—¿Cómo está, *dottore*?

—Un poco pachucho —contestó Montalbano, franqueándole la entrada y volviendo a acostarse.

Fazio se acomodó en una silla a su lado.

—Le brillan los ojos —dijo—. ¿Se ha tomado la temperatura?

En ese momento el comisario recordó que aquella mañana, distraído por el tiroteo, había olvidado regresar a la farmacia para comprar el termómetro.

—Sí —mintió—. Esta mañana tenía treinta y ocho.

—¿Y ahora?

—No sé. Luego me pondré el termómetro. ¿Hay alguna novedad?

—Ha habido un tiroteo. El cabrón de Di Manzo, el de la agencia de viajes, ha disparado a dos tironeros, pero no les ha acertado a ellos, sino a la pierna de una pobre niña que pasaba por allí.

—¿Lo habéis arrestado?

—Lo han detenido los carabineros. Han intervenido ellos.

—¿Tenéis noticias de la niña?

—Está fuera de peligro. Ha perdido mucha sangre, pero, por suerte, andaba por allí el Farola. Seguro que usted lo ha visto alguna vez, el vagabundo ese que...

—Sí, lo conozco —dijo Montalbano—. Sigue.

—Bueno, pues que ha conseguido detener la hemorragia. Puede decirse que la ha salvado él. Se ha corrido la voz por todo el pueblo y el alcalde ha organizado para mañana una gran fiesta... Ya sabe, estamos en plena campaña electoral y cualquier cagada de mosca sirve para el caldo... En el transcurso del homenaje le entregará las llaves de un apartamento municipal.

—¿Sabes cómo se llama?

—Bueno..., no tiene ningún documento que lo identifique. Y él jamás ha revelado su nombre.

—Por cierto, Fazio, esta mañana me ha llamado Augello. ¿Sabes qué quería?

—Sí, el jefe superior quería una respuesta sobre un asunto y el *dottor* Augello quería comentarlo con usted. Pero creo que ya lo ha resuelto.

Menos mal. Podría quedarse tranquilamente en casa hasta que se le curara la gripe sin que nadie le tocara los cojones. Fazio se quedó charlando cosa de media hora y se fue.

Ya eran más de las ocho. Montalbano se levantó y, nada más ponerse de pie, la cabeza empezó a darle vueltas. Las molestias aún no habían desaparecido. Marcó el número de Livia en Boccadasse, pero no obtuvo respuesta. Demasiado pronto. Por regla general, las conversaciones telefónicas entre él y su novia solían tener lugar pasada la medianoche. Abrió el frigorífico: pollo hervido y una serie de guarniciones para hacerlo más apetecible. Dudó un instante y después optó por un plato de pimientos en salsa agridulce y unas cebollitas en vinagre. Se acomodó en el sillón delante del televisor y, mientras comía con desgana, se puso a ver una película que se

titulaba *Los cazadores del Edén*. Ya en las primeras escenas comprendió que se trataba de una historia absurda, pero la estupidez de las imágenes y de los diálogos lo fascinó de tal modo que siguió toda la película con religiosa atención hasta el fatídico *The End*. Y a continuación ¿qué? Sintonizó un canal nacional donde acababa de empezar un debate con el título «¿Tiene valor hoy en día la fidelidad?». El conductor del espacio, de perenne sonrisa pretendidamente irónica que, sin embargo, resultaba opresivamente servil, presentó a los invitados: una duquesa casada con un empresario, pero famosa por su interminable colección de amantes tanto del sexo masculino como del femenino; hablaría de la fidelidad en el matrimonio. Un político que, desde la izquierda más radical, había ido pirueteando progresivamente hacia la derecha más extremada; este defendería el valor de la coherencia en la actividad política. Un excusa que se había hecho hippy, luego budista y más tarde integrista islámico; hablaría sobre la necesidad de la fidelidad a la propia religión. La diversión estaba asegurada. Montalbano siguió el programa hasta el final, soltando de vez en cuando sonoras carcajadas. Apagó el televisor y comprobó que la fiebre le había vuelto a subir. Fue a acostarse, pero ni siquiera intentó abrir la novela de Lucarelli. Estaba empezando a notar el doloroso aro alrededor de la cabeza. Apagó la lámpara de la mesilla y, después de dar innumerables vueltas en la cama, el piadoso sueño lo tomó de la mano y se lo llevó consigo.

Abrió los ojos a las tres y media de la madrugada y enseguida advirtió que la fiebre estaba cociéndolo vivo. Pero no sólo la fiebre, sino también un pensamiento que se le había ocurrido antes de quedarse dormido y que lo había acompañado en el sueño impidiéndole descansar debidamente. No, no era un pensamiento, sino más bien una secuencia de imágenes y una pregunta. Le habían vuelto a la mente los gestos del Farola mientras atendía a la niña herida, penetrantes y contenidos, solícitos y distantes a un tiempo, en una palabra, «profesionales»... Ni él mismo habría sabido hacerlos. Y la pregunta se podía resumir de la siguiente manera: ¿quién era realmente el Farola? Fue entonces cuando, en medio del delirio provocado por la enfermedad, la cabeza lo indujo a pensar que si no se medía la fiebre con el

termómetro, jamás le bajaría. Se dirigió a la cocina, bebió tres vasos de agua, se vistió de cualquier manera, salió, subió al coche y se puso en marcha. No se daba cuenta de que iba conduciendo en zigzag, pero por suerte pasaban muy pocos vehículos. La primera farmacia seguía estando cerrada; la Farmacia Centrale también, pero un cartelito que había colgado en la persiana metálica invitaba a acudir a la Farmacia Lopresti, cerca de la estación. Soltando maldiciones, volvió a subir al coche. La farmacia se encontraba en la misma manzana que la estación. La persiana estaba bajada, pero dentro había luz. Le dijo al adormilado farmacéutico que quería un termómetro y el hombre regresó al cabo de unos minutos.

—Se han terminado —dijo, y cerró violentamente la ventanilla.

A Montalbano se le hizo en la garganta un nudo de angustia. Se vio perdido: si no se tomaba la temperatura, la fiebre adquiriría carácter crónico. Justo en ese instante vio al Farola, quien, con un saco a la espalda, se acercaba a la taquilla de la estación. Con la rapidez de un relámpago, el comisario comprendió que el vagabundo tenía intención de largarse, de escapar: quería evitar la ceremonia organizada por el alcalde que inevitablemente habría llevado a su identificación, cosa que, cualquiera sabía desde hacía cuánto tiempo, él trataba de evitar.

—¡Doctor! —gritó sin saber por qué razón había llamado con aquel título al vagabundo, pero el impulso le salió de dentro, de lo más profundo de su condición de hombre nacido con instinto de caza.

El Farola se detuvo en seco y se dio lentamente la vuelta mientras Montalbano se le acercaba. Cuando llegó hasta él, el comisario comprendió que aquel viejo que tenía delante estaba aterrorizado.

—No tenga miedo —le dijo.

—Sé quién es usted —replicó el Farola—. Usted es comisario. Y me ha reconocido. Tenga compasión de mí, he pagado mi error y sigo pagándolo. Yo era un médico apreciado y ahora sólo soy un desperdicio humano. Pero, aun así, no soportaría la vergüenza, no podría resistir que la vieja historia volviera a aflorar a la superficie. Tenga compasión de mí y deje que me vaya.

Unas gruesas lágrimas le caían sobre la raída chaqueta.

—No se preocupe, doctor —dijo Montalbano—. No tengo ningún motivo para retenerlo. Pero antes tengo que pedirle un favor.

—¿A mí? —preguntó extrañado el vagabundo.

—Sí, a usted. ¿Puede decirme cuánta fiebre tengo?

Herido de muerte

Uno

Toda la culpa de la mala noche que estaba pasando, dando vueltas en la cama hasta casi estrangularse con la sábana, no podía ser atribuida en modo alguno a la cena de la víspera, que había sido muy ligera. No, parte de la culpa la tenía probablemente el libro que se había llevado a la cama, el nerviosismo que le habían provocado ciertas páginas insulsas y deslavazadas de aquella novela aclamada por los críticos como una de las cumbres más altas de la literatura mundial de los últimos cincuenta años. El descubrimiento de la cumbre de turno se producía por término medio una vez cada seis meses, y el grito de júbilo solía lanzarlo algún periódico un tanto esnob al que los demás se sumaban de inmediato. Bien mirado, el panorama de la literatura mundial de los últimos cincuenta años se parecía mucho a la cordillera del Himalaya fotografiada desde un satélite. Pero la verdadera culpa, reflexionó, no la tenía el libro. Nada más adormilarse habría podido cerrarlo, arrojarlo al suelo, apagar la luz y santas pascuas. Pero Montalbano estaba mal hecho, tenía un defecto: cuando empezaba a leer algo, cualquier cosa que fuera, un artículo, un ensayo o una novela, era absolutamente incapaz de dejarlo a medias. Tenía que seguir hasta el final.

El timbre del teléfono fue como una liberación. Arrojó el libro contra la pared y miró el reloj. Eran las tres de la madrugada.

—¿Diga?

—¿Oiga?

—¡Catarè!

—¡*Dottori!*

—¿Qué hay?

—Han disparado.

—¿Contra quién?

—Contra uno.

—¿Ha muerto?

—Sí.

La concisión del espléndido diálogo habría sido digna del ínclito poeta Vittorio Alfieri.

—A ese señor «difungo» que se llamaba Gerlando Piccolo le han pegado un tiro en su casa —añadió prosaicamente Catarella.

—Dame la dirección.

—Es un sitio muy difícil de encontrar, *dottori*. Pásese por aquí. Gallo conoce el camino.

—¿Has avisado al *dottor* Augello?

—Lo he intentado, pero no lo he encontrado.

—¿Y Fazio?

—Ya ha ido al escenario del delito.

—Muy bien, voy para allá.

La oscuridad era tan espesa que se podía cortar con un cuchillo. La casa del «difungo», como decía Catarella, estaba en pleno campo, por lo que Montalbano había podido comprender. Las luces de su coche iluminaron el vehículo de servicio de la comisaría, que estaba aparcado delante de la puerta de entrada, abierta de par en par. Entró, seguido por Gallo, en un espacioso salón que servía a un tiempo de sala de estar y comedor. Todo se veía muy pulcro y ordenado. De una de las tres puertas que daban acceso al salón salió Galluzzo con un vaso de agua en la mano. A su espalda, el comisario entrevió una cocina.

—¿Adónde vas?

Galluzzo señaló la puerta que tenía delante.

—A la habitación de la sobrina. ¡Pobrecita! Le he dicho que se tumbe en la cama.

—¿Dónde está Fazio? —Galluzzo indicó por señas la escalera que conducía al piso de arriba—. Tú quédate aquí —le dijo Montalbano a Gallo.

—¿Y qué hago?

—Repasa las tablas de multiplicar.

El dormitorio en el que se había producido el homicidio presentaba un desorden propio de un lugar recién sacudido por un terremoto. Cajones abiertos, ropa de cama y prendas de vestir tiradas por el suelo, puertas de armario abiertas... Llamaban la atención dos cuadros, otrora colgados en las paredes y ahora arrancados y rotos a pisotones, y los restos de una pequeña imagen de la Virgen arrojada violentamente contra la pared. ¿Qué tenía que ver aquel vandalismo con un robo? El difunto Gerlando Piccolo, un sexagenario rechoncho y temperamental, yacía en la cama de matrimonio con la parte superior del cuerpo apoyada en la cabecera y una enorme mancha roja a la altura del corazón. Estaba claro que había tenido tiempo de incorporarse un poco antes de que el asesino lo obligara a tumbarse definitivamente. No tenía los ojos abiertos de par en par, sino algo más de lo normal, en una expresión de estupor. Pero semejante hecho no tenía por qué ser objeto de conjeturas, pues cuando uno ve que le ha llegado la hora de la muerte, o se sorprende o se asusta, no hay vuelta de hoja. Por último, a pesar de que en la habitación hacía un frío que pelaba, el hombre no llevaba ni camiseta, ni pijama, ni nada de nada. Fazio, que se encontraba de pie al lado de la cama con pinta de viajante de comercio que muestra la mercancía, interceptó la mirada de su jefe.

—Está completamente desnudo, no lleva ni siquiera los calzoncillos.

—¿Cómo lo sabes?

—He metido la mano por debajo de la sábana. ¿Qué hago? ¿Llamo a la Científica y aviso a la Fiscalía?

—Espera.

Había algo que no cuadraba. Montalbano se agachó para mirar debajo de la cama por la parte donde estaba tumbado el muerto y observó que la camiseta y los calzoncillos estaban allí. Mientras se incorporaba, se detuvo en seco, como si el lumbago lo hubiera sorprendido a traición. En el suelo, entre la mesilla y los pies de la cama, había un revólver.

—Fazio ¿lo has visto?

—Sí, señor.

—Debe de haberlo dejado el asesino.

—No, señor *dottore*. Estaba en el cajón de la mesilla. Fue la sobrina la que lo sacó y disparó contra él. Ella misma me lo ha dicho.

—¿Contra quién disparó?

—Contra el asesino.

—No entiendo un carajo. Quizá sea mejor que vaya a hablar con esa sobrina.

—Quizá sea mejor —dijo enigmáticamente Fazio.

La sobrina era una muchacha de dieciocho años, piel morena, grandes ojos negros enrojecidos por el llanto y una tupida mata de cabello muy rizado. Estaba extremadamente delgada y, en su manera de mirar al comisario y de levantarse de un salto de la cama sobre la que estaba sentada, no tumbada, reveló cierto carácter salvaje y animal. Iba envuelta en una especie de bata y temblaba más a causa del frío que de la impresión.

—Prepárale algo caliente —le dijo el comisario a Galluzzo.

—En la cocina hay un poco de manzanilla —repuso la joven.

—A mí hazme un café —ordenó Montalbano.

—Con nata, supongo... —comentó Galluzzo con sorna mientras salía.

—Tenemos que hablar. Pero usted no puede estar así. Mire, me voy allá cinco minutos y entre tanto usted se viste. ¿Le parece bien?

—Gracias.

—¿Cómo se llama?

—Grazia Giangrasso, soy hija de una hermana del tío Gerlando.

Montalbano regresó al salón. Gallo estaba arrellanado en un sillón.

—¿Cuánto es siete por siete? —le preguntó al comisario.

—Cuarenta y nueve —contestó automáticamente Montalbano—. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿No me ha dicho que repasara las tablas de multiplicar?

¡Qué graciosos estaban sus hombres aquella mañana! Volvió a subir al piso de arriba. En el dormitorio, Fazio había cambiado de sitio. Ahora miraba a su alrededor con la espalda apoyada en la ventana cerrada.

—¿Has encontrado algo?

—Hay cosas que no encajan.

—¿Por ejemplo?

—Gerlando Piccolo era viudo desde hace dos años.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Entonces yo me pregunto...

—... ¿quién dormía a su lado en la cama cuando entró el asesino?

Fazio lo miró, estupefacto.

—¿Usted también se ha dado cuenta de que los dos lados de la cama han sido utilizados? Fíjese en la almohada y en la posición de la sábana y de la colcha al otro lado...

—Perdona, Fazio, pero si incluso tú te has dado cuenta de ese detalle ¿cómo no iba a darme cuenta yo? Sigue observando y después me lo explicas.

Fazio lo miró enfurruñado y ofendido.

—¿Llamo a la Científica? —preguntó en tono pausado.

—Mira tu reloj. Dentro de diez minutos la llamas sin necesidad de que yo te lo diga.

La habitación contigua a la del muerto era otro dormitorio, pero en desuso. Sobre la cama sólo había un colchón. Los muebles estaban cubiertos por una capa de polvo. También había una puerta cerrada con llave. Montalbano trató de abrirla empujándola con el hombro, pero se resistió. Al lado de la puerta cerrada había un cuarto de baño bastante ordenado. Otra puerta daba acceso a un pequeño trastero. Finalmente regresó a la planta baja.

—El café ya está listo —dijo Galluzzo desde la cocina.

Antes de dirigirse hacia allí, el comisario llamó con los nudillos a la puerta de Grazia, pero no obtuvo respuesta.

—Ha ido al lavabo —explicó Gallo, todavía arrellanado en el sillón.

Montalbano entró en la cocina, y mientras se tomaba el café, apareció la muchacha. Se había lavado y vestido, y su rostro había recuperado parcialmente el color. Galluzzo le ofreció una taza de manzanilla que la joven comenzó a beber de pie.

—Ya puedes sentarte —le dijo Montalbano, pasando a tratarla de tú.

La muchacha se sentó en el borde de la silla, lista para levantarse de un salto y escapar. Parecía realmente un animal acosado. Bajo la blusa, cubierta por un mantoncito de color rojo, y la holgada falda, prendas ambas de ínfima calidad, se adivinaban los músculos en tensión. Fue entonces cuando Galluzzo hizo un gesto inesperado.

—Bueno, bueno. Calma —dijo, acariciando la cabeza de la muchacha como si esta fuera un animal al que hubiera que tranquilizar y amansar.

Entonces Grazia reaccionó precisamente como un animal, respirando hondo.

—Antes que nada, quiero saber qué hay en esa habitación cerrada del piso de arriba.

—Eso es..., era el despacho del tío Gerlando.

—¿El despacho?

—Bueno, donde recibía las visitas.

—¿Qué visitas?

—Las que venían a verlo.

—¿Y para qué venían a verlo?

—Para que les prestara dinero.

¡Un usurero! ¡Menuda noticia! Aquello significaba un centenar de posibles asesinos entre los clientes de Piccolo.

—¿Recibía a mucha gente?

—No lo sé, no pasaban por aquí.

—¿Por dónde, entonces?

—En la parte trasera de la casa hay una escalera exterior que sube a la habitación.

—¿La llave?

—Mi tío la tenía siempre en el bolsillo.

La ropa de la víctima se encontraba sobre una silla del dormitorio.

—Galluzzo, sube al piso de arriba, busca la llave, echa un vistazo con Fazio a ese despacho y después déjalo todo tal como estaba.

Cuando el agente salió, la muchacha miró al comisario.

—¿Dónde quiere que nos pongamos?

—¿Para hablar, quieres decir? ¡Aquí está bien! —contestó Montalbano abarcando la cocina con un gesto circular.

—Yo siempre estoy aquí —dijo la joven.

El comisario notó que la voz de la muchacha sonaba más segura; debía de estar más tranquila porque el interrogatorio estaba teniendo lugar en su ambiente habitual. Se llenó otra taza de café y se sentó.

—¿Desde cuándo vives con tu tío en esta casa?

Estaba dando rodeos de manera deliberada porque quería llegar al momento de la descripción del asesinato cuando la muchacha se encontrara

en condiciones de hablar de ello sin que estallara en una crisis de histeria.

Así averiguó que Grazia era hija única de la hermana de Gerlando Piccolo, casada con un modesto comerciante de cereales llamado Calogero Giangrasso. A los cinco años, Grazia se había quedado huérfana a causa de un accidente de automóvil. Ella también viajaba en aquel coche que había colisionado con un camión, y de hecho se había abierto la cabeza, pero en el hospital se la habían cerrado muy bien. Entonces su tío Gerlando y su mujer Titina, que no tenían hijos, la acogieron en su casa.

—¿Te querían?

—Necesitaban una criada.

Lo dijo con la mayor naturalidad, sin el menor tono de rencor o desprecio. Era una simple constatación.

—¿Te enviaron al colegio?

—No. En casa siempre me necesitaban. No sé leer ni escribir.

—¿Tienes novio?

—¡¿Yo?!

—Bueno, bueno, sigamos. —Más tarde, cuando la muchacha cumplió quince años, murió su tía Titina—. ¿De qué murió?

—El médico dijo que del corazón. Padecía del corazón.

A partir de entonces, las cosas habían ido a mejor.

—¿La tía te trataba mal?

—Sí. Y era muy quisquillosa.

El tío la trataba con educación y puede que incluso le tuviera cierto cariño. No le exigía que fregara y refregara las ollas cinco veces seguidas como mínimo. Y de vez en cuando le daba dinero para que se fuera al pueblo y se comprara alguna cosa que le gustara.

—Y ahora dime qué ha ocurrido. ¿Te sientes con ánimo?

—Sí.

Cuando la muchacha estaba a punto de empezar a hablar, en la puerta apareció Galluzzo.

—*Dottore*, hemos abierto la habitación. ¿Quiere ir a echar un vistazo? Ya me quedo yo aquí.

Como había dicho Grazia, la habitación estaba amueblada como un despacho. Había un escritorio, dos sillones, unas sillas y un archivador. En la

pared que estaba detrás del escritorio se veía una caja de seguridad empotrada de aspecto muy sólido.

—¿Está cerrada? —le preguntó Montalbano a Fazio.

—A cal y canto.

El comisario abrió la cristalera protegida por una barra de hierro que daba acceso a la escalera exterior a la que se había referido Grazia. Los clientes podían ser recibidos sin necesidad de pasar por la puerta principal de la casa.

—Hagamos una cosa. Abre el archivador, seguramente encontrarás los nombres de los clientes del tío Giurlanno.

—Galluzzo me ha dicho que prestaba dinero.

—Copia cuatro o cinco nombres, no más. Después déjalo todo tal como estaba, que parezca que aquí dentro no ha entrado nadie.

—¿Cree que de este homicidio se encargará la brigada móvil?

—Por supuesto. ¿Lo dudas? Por cierto, ¿a quién has avisado?

—A todos. Tardarán por lo menos media hora en llegar.

En la cocina, Galluzzo y Grazia hablaban en voz baja. Interrumpieron la conversación cuando vieron aparecer al comisario.

—¿Puedo quedarme? —preguntó Galluzzo.

—Pues claro. Sigamos.

Como todas las noches, *'u zu Giurlanno* apagaba el televisor a las diez en punto, incluso en el momento más trágico de una telenovela, y subía al piso de arriba para acostarse. Eso era también una señal inequívoca para Grazia, la cual fregaba en la cocina la vajilla que habían utilizado para la cena, se desnudaba en el cuarto de baño de abajo y se iba a dormir a su habitación.

—Un momento —dijo el comisario—. ¿Quién había cerrado la puerta principal?

—Mi tío cuando vino a cenar. Lo hacía siempre. Cerraba con las llaves y las colgaba de un clavo al lado de la puerta.

Montalbano miró a Galluzzo.

—Las llaves están allí. Y no hay ninguna señal de que hayan forzado la cerradura. Debió de usar un duplicado.

—¿Por qué utilizas el singular? Puede que el que ha disparado no estuviera solo.

—No, señor —dijo Galluzzo.

—Estaba solo —confirmó la muchacha.

Grazia señaló que se había dormido enseguida. Después se había despertado a causa de una detonación. Aguzó el oído, pero, al no oír ningún otro ruido, dedujo que la detonación procedía del exterior, de la campiña circundante. Acababa de cerrar los ojos cuando oyó unos ruidos muy fuertes procedentes del dormitorio de su tío. Pensó inmediatamente que este se encontraba mal, como ya le había ocurrido otras veces.

—Explícate mejor.

A su tío le gustaba mucho comer. En cierta ocasión se había zampado tres cuartos de cabrito, y por la noche, cuando se levantó para tomar un poco de bicarbonato, se desplomó a causa de un intenso mareo.

—¿Y qué hiciste tú después de oír la detonación?

Se había levantado, se había puesto la bata a toda prisa y había subido corriendo descalza al piso de arriba. La luz del dormitorio estaba encendida. Lo primero que vio fue a su tío medio incorporado en la cama con la espalda apoyada en la cabecera. Se acercó a él y lo llamó, pero no contestó. Sólo entonces reparó en la sangre de la boca y en la mancha sobre el pecho. Grazia volvió repentinamente la cabeza y vio la figura de un hombre que salía por la puerta. Entonces recordó de repente que su tío guardaba un revólver en el cajón de la mesilla, lo cogió, siguió al hombre y disparó contra él desde lo alto de la escalera justo en el momento en que este alcanzaba la puerta principal para emprender la huida. Intentó seguirlo, pero no se veía nada, todo estaba demasiado oscuro, sólo oyó el ruido de un ciclomotor. Subió de nuevo al dormitorio, consciente de que no podía hacer nada por su tío, dejó caer el revólver al suelo y regresó al salón para llamar a la policía.

Ahora Grazia estaba temblando de nuevo y oscilaba como un árbol agitado por ráfagas de viento. Galluzzo volvió a acariciarle el cabello.

—Todo coincide —dijo—. Incluso la mancha de sangre.

—¿Qué mancha de sangre?

—La que hay en la explanada de delante de la casa, la he visto con la linterna. Ahora que ya es de día usted también podrá verla. Pertenece sin duda al asesino. La muchacha le ha dado de lleno en la espalda.

Fue entonces cuando Grazia soltó un grito animal con la cabeza echada enteramente hacia atrás y se desmayó.

Dos

Dos días antes, Bonetti-Alderighi le había repetido la lección.

—Se lo ruego, Montalbano, recuerde que usted sólo se encarga provisionalmente del caso, nada más.

—No le he entendido bien, señor jefe superior.

—¡Por Dios bendito! ¡Ya se lo he dicho por lo menos tres veces! Si lo llaman al escenario del crimen, usted deberá limitarse a asumir su responsabilidad, esperar la llegada de los encargados de las investigaciones y procurar que nadie se mueva.

—¿Es eso lo que tengo que decir?

—¿Cómo?

—¡Policía! ¡Que nadie se mueva!

Bonetti-Alderighi lo miró con recelo. El comisario permanecía de pie enfrente del escritorio con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y un rostro que sólo expresaba un humilde deseo de saber.

—¡Haga lo que considere oportuno!

Ahora los «encargados de las investigaciones» estaban a punto de llegar y a él no le apetecía verlos. Entró en la habitación de Grazia. La chica se había recuperado un poco, aunque seguía tumbada en la cama con la ropa puesta.

Galluzzo estaba sentado en una silla.

—Me voy —dijo Montalbano.

La muchacha se incorporó de golpe.

—Pero ¿cómo? ¿Ya ha terminado todo?

—No, todavía no ha empezado. Galluzzo, ven conmigo.

Desde el salón, el comisario llamó a Fazio. Gallo dormía profundamente hundido en el sillón, y, al pasar, el comisario le propinó un puntapié en la pantorrilla.

—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado?

—Nada, Gallo. Ve a poner en marcha el coche, que nos vamos.

—¿Quiere algo? —preguntó Fazio desde lo alto de la escalera.

—Sólo avisarte de que me voy. Tú espera aquí a los demás. —Mientras se encaminaba hacia la puerta, tomó del brazo a Galluzzo—. ¿Quieres explicarme por qué te interesa tanto la sobrina?

Galluzzo se ruborizó.

—Me da pena. Es una muchacha sola y desconsolada.

Fuera ya se había hecho de día.

—Enséñame dónde has visto la mancha de sangre.

Galluzzo miró al suelo y pareció sorprenderse. Después esbozó una sonrisa.

—Está justo debajo de su coche.

Le indicaron por señas a Gallo que diera marcha atrás. Este obedeció y la mancha de sangre quedó al descubierto, afortunadamente respetada por las ruedas. Montalbano se agachó para examinarla y la rozó con el dedo índice. Era sangre, no cabía la menor duda.

—Ponle algo para protegerla; de lo contrario, cuando lleguen los coches de esos cabrones de Montelusa la dejarán reducida a polvo. Tú quédate aquí con..., con Fazio. Hasta luego.

—Gracias —dijo Galluzzo.

* * *

Cuando llegaron a la comisaría le dijo a Gallo que bajara del coche, se sentó al volante y prosiguió camino hacia Marinella. Mientras se afeitaba, recordó la cuestión de la cama del muerto. Si ambas plazas habían sido utilizadas, significaba que alguien estaba acostado al lado de Gerlando Piccolo antes del asesinato o en el transcurso del mismo. Por consiguiente, aparte de la sobrina Grazia, que había entrado en la estancia cuando ya todo estaba hecho, tenía que haber un testigo directo del homicidio. Había olvidado preguntarle a la sobrina qué sabía de los encuentros nocturnos de su tío Gerlando. Un error gravísimo que jamás habría cometido si no hubiera sabido que tenía que pasarle el testigo a los verdaderos «encargados de las investigaciones». Que se jodieran.

Fazio, con expresión enfurecida, recordó que era la hora de comer.

—¿Y Galluzzo, dónde está?

—Como lo han sellado todo y la sobrina no sabe adónde ir, Galluzzo ha telefoneado a su mujer para preguntarle si podía llevar a la muchacha a su casa, y esta le ha dicho que sí. Después ha ido a llamar a un médico porque la pobre chica, después del interrogatorio al que la han sometido el fiscal Tommaseo y el *dottor* Gribaudo, estaba totalmente aturdida. Volverán a interrogarla mañana por la mañana.

—¿Se la llevan a Montelusa?

Fazio pareció turbarse.

—No, señor, aquí. El *dottor* Gribaudo me ha dicho que si le podemos preparar un dormitorio.

—Pues prepáraselo.

—¿Cuál? Si ni siquiera tenemos sitio para...

—¡Alto ahí! ¿Has olvidado el proverbio? «En la casa cabe lo que quiere el amo». Prepárale el cuartito que hay al lado del lavabo.

—Pero ¡si es un trastero! ¡Está lleno de papeles colocados de cualquier manera!

—Pues hazle un poco de sitio, ¿de acuerdo? Por cierto, tengo una curiosidad. ¿Le han preguntado a Grazia cómo explica ella que el otro lado de la cama haya sido utilizado?

Fazio se echó a reír.

—Ay, *dottore*, ya sabe cómo es el fiscal Tommaseo... Según él, y le repito sus palabras textuales, se trata del «clásico delito tramado en los turbios ambientes homosexuales». En otras palabras: Gerlando Piccolo se llevó a un tío a casa, muy probablemente un extracomunitario, y el hombre, después de la relación, le pegó un tiro para robarle.

—¿Gribaudo opina lo mismo?

—El *dottor* Gribaudo dice que no tiene importancia que la persona que estaba acostada a su lado fuera hombre o mujer, extracomunitario o no; lo importante, según él, es que se trataba seguramente de un cómplice. Una persona que, después de la relación, dejó la puerta abierta al ladrón homicida.

—¿Y Grazia?

—Dice que a veces, cuando hacía la cama, notaba que su tío había tenido compañía. Y, además, los ruidos nocturnos procedentes de la habitación de él no dejaban espacio para la duda. Como tampoco cabía la menor duda de que se trataba de mujeres y no de hombres. Dice que su tío jamás habría franqueado la entrada a nadie a través de la puerta principal. Las mujeres que se reunían con él subían por la escalera exterior. Él les abría la cristalera y listo. Cuando terminaban, se iban por el mismo camino. Y el tío volvía a colocar la barra de hierro.

—Tal como nosotros la hemos encontrado.

—Exacto. Pero Grazia también ha dicho otra cosa.

—¿Qué?

—Que el hecho de que los dos lados de la cama hubieran sido utilizados no significa necesariamente que su tío hubiera tenido compañía. Se ve que comía como un cerdo y no había noche que no tuviera molestias, náuseas y ardores de estómago. Daba muchas vueltas en la cama y con frecuencia se pasaba de un lado al otro.

—Lo mismo que yo esta noche —dijo el comisario.

—¿Por culpa de la comida?

—Por culpa de la lectura.

—Por si acaso —prosiguió Fazio—, Tommaseo y Gribaudo han pedido al *dottor* Arquà que la Científica examine cuidadosamente el otro lado de la cama.

—¿Y Arquà qué ha dicho?

—Se ha cabreado. Ha contestado que no hacía falta que se lo pidieran. En cualquier caso, ellos lo tienen muy claro: intento de robo, con resultado de homicidio.

Ambos se miraron sonriendo. Se habían comprendido. El planteamiento era como un colador, con agujeros por todas partes.

Cuando regresó a la comisaría, después de almorzar en la *trattoria* San Calogero y dar su habitual paseo de meditación y digestión hasta la punta del muelle, Montalbano tuvo ocasión de hablar por teléfono con Galluzzo.

—¿Cómo está Grazia?

—Durmiendo. El doctor le ha puesto una inyección. Dice que cuando despierte se encontrará bien. Incluso a mi mujer le da pena.

—¿A qué hora la ha citado Gribaudo?

—A las nueve de la mañana, aquí, en nuestra casa.

—Pero ¿es que esa joven no tiene a nadie..., un familiar, una amiga?

—A nadie, *dottore*. Por lo que he podido entender de lo que me ha dicho, poco faltó para que los Piccolo la encadenaran. Sólo después de que su tía muriese disfrutó de un poco de libertad, por llamarlo de alguna manera. El tío le permitía ir a la ciudad una vez a la semana y podía ausentarse de la casa un par de horas como máximo.

—¿Qué piensa hacer después?

—Cualquiera sabe. Cuando el doctor Gribaudo le dijo que tendría que irse a vivir unos días a otro sitio, se puso como una loca. No quería moverse de allí. Me ha costado Dios y ayuda convencerla de que viniera a mi casa.

—Oye, por curiosidad, ¿le has preguntado algo sobre el revólver?

—No entiendo, *dottore*.

—Mira, Galluzzo, una muchacha que... Por cierto, ¿cuántos años tiene exactamente?

—Dieciocho recién cumplidos.

—Aparenta menos. Estaba diciendo... ¿A ti no te parece raro que una chica, recién despertada de su sueño y en presencia de un desconocido que acaba de matar a su tío, tenga el valor y la sangre fría de abrir un cajón, coger un revólver y disparar?

—Un poco raro sí es.

—¿Entonces?

—*Dottore*, yo le he hecho exactamente la misma pregunta, y ella me ha contestado que, en primer lugar, no le da miedo nada ni nadie. Y, en segundo, que había sido precisamente ‘*u zu Giurlanno* quien le había enseñado a disparar. Y de vez en cuando la obligaba a practicar.

—Es evidente que Piccolo, que era una sanguijuela, un «corbatero» como dicen en Roma, es decir, un usurero, temía que alguna de sus víctimas quisiera vengarse. Y se curaba en salud. La sobrina podía contribuir a defenderlo.

—Y el revólver no era la única arma que había en la casa.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Recuerda el sillón donde estaba sentado Gallo? Detrás del respaldo había una escopeta de caza, y en el cajón del despacho guardaba una Beretta. A petición de Gribaudo, Grazia ha demostrado que sabía manejar la pistola y ha disparado dando con precisión en el blanco.

A las seis de la tarde la situación cambió de golpe.

—¿*Dottori*? Está el *dottori* Latte, con ese al final, que quiere hablar en persona personalmente con usted. ¿Qué hago?

El *dottor* Lattes era el jefe del gabinete del jefe superior, y lo apodaban «Lattes y mieles» por su carácter empalagoso y rastrero y por su capacidad de mirarte con una afectuosa sonrisa en los labios mientras te pegaba una puñalada traperera.

—¡Mi queridísimo amigo! ¿Qué tal va todo, mi queridísimo amigo? ¡Nuestro querido Montalbano! ¿Todos bien en la familia?

—Sí, gracias.

—Quería decirle, de parte del señor jefe superior, que del homicidio de ese tal Piccolo tendrá que encargarse usted. Por otra parte, así, a primera vista, parece que se trata de un caso bastante trivial.

Según el punto de vista. Puede que Gerlando Piccolo, el asesinado, por ejemplo, no lo hubiera calificado de la misma manera.

—Trivialísimo, *dottore*. Un trivial robo que se ha convertido en un trivial homicidio.

—¡Bravo! Eso es justamente lo que yo quería decir.

—Disculpe el atrevimiento...

Se felicitó a sí mismo, pues era el tono adecuado para tirar de la lengua a Lattes.

—Atrévase, mi queridísimo amigo.

—¿Por qué el doctor Gribaudo no puede encargarse ya del caso?

La voz de Lattes se convirtió en un susurro circunspecto.

—El señor jefe superior no quiere que ni él ni su ayudante, el *dottor* Foti, se aparten ni un segundo.

—Disculpe mi audacia. Pero que se aparten ¿de qué?

—Del caso Laguardia —contestó con un suspiro el *dottor* Lattes, y colgó el aparato.

Alessia Laguardia, una bella y reservada treintañera, ejercía en Montelusa a niveles muy altos tanto a domicilio como en su pequeño chalet de las afueras, ilegalmente construido al amparo de un templo griego y con vistas al «gran mar africano», como lo llamaba Pirandello, que era de por allí. Y justamente en aquel chalecito suyo, Alessia había sido encontrada una semana atrás con sesenta navajazos en el cuerpo. Hasta ahí puede que se tratara efectivamente de un homicidio trivial, utilizando el lenguaje del *dottor* Lattes. Pero el caso era que la policía había encontrado una agenda, infructuosamente buscada por el asesino, en la cual figuraban, en perfecto orden, según se decía, los secretísimos números de teléfono de algunos de los más importantes nombres masculinos de Montelusa y provincia: políticos, empresarios, profesores, magistrados y, al parecer, incluso el de un monseñor con fama de santo. Un asunto en el que uno podía jugarse el pellejo como no se anduviera con cuidado. Y estaba claro que el señor jefe superior quería conservar el suyo intacto.

—¡Fazio! ¡Galluzzo!

Ambos acudieron a toda prisa al despacho.

—Me ha llamado Lattes. Nosotros nos encargaremos del asesinato de Gerlando Piccolo.

Fazio hizo un gesto de complacencia y Galluzzo lanzó un suspiro y dijo:

—¡Menos mal!

—¿Por qué?

—Porque el jefe de la Brigada Móvil ha empezado con mal pie con Grazia. Y a la pobrecilla sólo le faltaba que la acosara un perro rabioso como Gribaudo —respondió Galluzzo.

—Haced el favor de escucharme... ¡Me cago en la puta! —Al oír el repentino y violento reniego, Fazio y Galluzzo se sobresaltaron—. ¿Se puede saber dónde coño se ha metido Mimì? ¡No ha aparecido por aquí en todo el día! ¿Tenéis noticias de él?

—No —contestaron ambos al unísono.

—¡Catarella!

Catarella acudió con la rapidez de un rayo, trazó mal la curva para entrar por la puerta y poco faltó para que se rompiera la nariz contra la jamba. Estaba aterrizado.

—¡Virgen santísima, qué susto me he pegado!

—¿Sabes algo de Augello?

—¿En persona personalmente? No, señor.

El comisario marcó el número particular de Mimì. Después de unos cuantos tonos, contestó Beba, su novia, la cual reconoció la voz de Montalbano.

—¿Eres tú, Salvo? Gracias, está mejor. Ya ha venido el médico.

—Pero ¿qué tiene?

—Ha sufrido un cólico renal. Se lo he dicho esta mañana a Catarella.

—Si puedo, me pasaré un momento a verlo.

El comisario colgó y miró a Catarella.

—¿Por qué no me has dicho que te había llamado la señorita Beba para avisar de que Mimì estaba enfermo?

Catarella pareció afligirse y sorprenderse sinceramente.

—¿Está enfermo? A mí la señorita me dijo no sé qué de un orinal y yo no entendí ni torta.

—No se refería a ningún orinal, sino a un cólico renal. Pero, de todos modos, ¿por qué no me lo has dicho ahora que te lo he preguntado?

—Porque usía me ha preguntado si el *dottor* Augello había hablado conmigo en persona personalmente. Y la que habló conmigo por teléfono fue su novia.

Montalbano se sostuvo la cabeza con las manos. A Catarella casi se le saltaron las lágrimas de los ojos.

—¡Se lo juro, *dottori*! ¡No me dijo nada de una enfermedad, me habló de un orinal!

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el comisario—. Vuelve a tu sitio, anda.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Fazio.

—¿Has copiado los nombres que te dije del despacho de Piccolo?

—Sí, señor *dottore*.

—¿Cuántos son?

—Cinco. Los tengo allí. ¿Voy a por el papel?

—No hace falta. Procura hablar con alguno de ellos. Trata de averiguar qué interés cobraba Piccolo, qué clase de persona era, cómo actuaba cuando alguien no le pagaba... Dime algo mañana por la mañana.

—¿Y yo? —preguntó Galluzzo.

—Mira, de momento no vamos a someter a Grazia al interrogatorio que Gribaudo tenía previsto. Cuando necesite que ella me aclare algo, te lo diré. Entre tanto, procura ganarte la confianza de la chica. Es posible que, hablando tranquilamente con un amigo, se acuerde de algún detalle importante. Nos vemos mañana. Ahora voy un momento a ver cómo está Augello.

Una vez solo, comprendió que no le apetecía hacer aquella visita. Mimì era capaz de quejarse como un moribundo por una simple uña encarnada, ¡no digamos nada por un cólico! Y él, cuando Augello se ponía en aquel plan, no lo aguantaba. Volvió a marcar el número. Se puso Beba.

—Mimì está descansando.

—No lo molestes. Llamo para decirte que no podré ir a verlo. Dile que se mejore. Lo necesito. Nos han encargado la investigación de un homicidio.

—¿El del usurero?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Han dado la noticia en una cadena de televisión local.

Al salir de la comisaría, sintió el repentino e irreprimible deseo de comerse un plato de pasta aliñada con pesto a la trapanesa, plato que, por inescrutables razones, Adelina se negaba a prepararle. Cuando llegó al supermercado, la persiana metálica estaba medio bajada. Se agachó, entró y se topó con el encargado, el señor Aguglia.

—¡Comisario! ¿Necesita algo?

—Querría un bote de pesto a la trapanesa.

—Espere aquí, voy por él.

Tres cuartas partes de las luces del supermercado estaban apagadas y en las cajas ya no había nadie. Un momento después el encargado regresó con el bote.

—Aquí tiene. Ya me lo pagará la próxima vez. Hoy he tenido un día fatal, me he pasado todo el tiempo contestando por teléfono a las protestas de los clientes.

—¿Por qué?

—Porque Dindò no ha venido a trabajar y me ha resultado imposible entregar los pedidos.

Dindò era un muchacho de veinte años, larguirucho, con el cerebro de un niño de diez, que siempre andaba por ahí haciendo el reparto del supermercado para las casas de Vigàta y sus alrededores.

—Pero ¡mañana me va a oír!

Tres

Una vez en Marinella, coció la pasta, la escurrió, la puso en el plato y le echó encima todo el contenido del bote («para cuatro raciones», decía en la etiqueta). Luego se sentó a la mesa de la cocina y se la zampó. Encontró en el frigorífico unos salmónes con salsa de tomate preparados por Adelina, los calentó y se deleitó con ellos. Después de comer, lavó cuidadosamente los platos para que no quedara ni rastro del pesto a la trapanesa, pues si Adelina lo descubría al día siguiente, seguramente le armaría un escándalo. Tuvo incluso la precaución de esconder el bote vacío en el fondo de la bolsa de la basura. Después se sentó delante del televisor, satisfecho, como un asesino después de hacer desaparecer las huellas del crimen. El primer reportaje del telediario de Televigata estaba dedicado, naturalmente, al homicidio de Gerlando Piccolo. Después de mostrar una serie de imágenes del exterior de la casa, el periodista, que era cuñado de Galluzzo, dijo que había conseguido obtener un vídeo de Grazia, la valiente sobrina de la víctima, grabado por un aficionado. Añadió con orgullo que se trataba de una exclusiva, pues no se disponía de ninguna otra imagen de la chica. Montalbano se sorprendió. ¿De dónde había sacado aquel vídeo? No tenía sonido, sólo se veía a la muchacha trabajando en una cocina que no era la de la casa de Piccolo. Grazia lucía un vestido elegante e iba muy bien maquillada. Pero se movía como siempre, parecía una gata nerviosa por la presencia de algún elemento extraño potencialmente peligroso. Después la cámara mostró un primer plano del rostro y el comisario se fijó en lo guapa que era, secreta y arriesgadamente guapa. Por un instante, la cámara dio la impresión de poder revelar algo misterioso e inapreciable a simple vista. Tenía los mismos rasgos de ciertas heroínas de las películas americanas del Oeste, parecía una hembra capaz de defenderse a balazos. Alguien desde fuera del encuadre debió de decirle que

sonriera y ella lo intentó, pero le salió un estiramiento de los labios sobre unos dientes muy blancos, pequeños y afilados. Una tigresa resollando amenazadoramente. Después pasaron a otra noticia y el comisario cambió de canal. Pero si alguien le hubiera preguntado qué estaban contemplando sus ojos, no habría sabido qué contestar, pues su cabeza estaba demasiado concentrada en otra pregunta: ¿cómo se las habían arreglado los de Televigata para conseguir aquel material? Habría podido resolver el problema llamando directamente al cuñado de Galluzzo, pero no quería darle aquella satisfacción. De pronto, se le ocurrió con toda claridad la única respuesta posible. Y la respuesta lo puso tremendamente nervioso.

Antes de irse a dormir, llamó por teléfono a Livia y le contó su jornada. Le comentó lo extraño que le había resultado ver en la pantalla la cara de Grazia, muy distinta de como él la había visto por la mañana.

—Bueno —dijo Livia—, si el vídeo se hizo antes del homicidio, es natural que la muchacha tuviera una expresión más tranquila y serena.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Montalbano—. Era, ¿cómo lo diría?, de una inesperada y curiosa belleza.

—Quieres decir que es muy fotogénica.

—No se trata de fotogenia.

—Pues entonces ¿de qué se trata?

—Es como si la cámara tuviera rayos X, no sé cómo decirlo, porque ni yo mismo lo sé. Ha sido como si...

—¿Vamos a hablar mucho de este asunto?

—Verás, es que... hablar de ello me ayuda a aclarar las ideas.

—¿Me permites una pregunta?

—Claro.

—¿Tú sólo puedes ver la belleza de una mujer en una fotografía?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ya lo creo que tiene que ver. Porque, si es así, me grabo un vídeo y te envío la cinta.

—¿Es que siempre tienes que llevarlo todo al terreno personal?

Y así empezó la discusión.

No sabía por qué, pero nada más abrir los ojos a un día que, a juzgar por lo que se veía a través de la ventana abierta, se presentaba nublado y ventoso, recordaba un pareado que su padre solía repetir nada más levantarse: «Empecemos con renovada promesa de fe esta solemne tomadura por el culé». La solemne tomadura por el culo a que se refería su padre era la vida propiamente dicha, la vida cotidiana. Su padre, que era un hombre muy serio, cumplía a diario esa renovada promesa de fe. Pero él, aquella mañana, mientras se levantaba para ducharse y se pasaba una mano por la conciencia, no se sentía con ánimo para hacer ninguna renovada promesa de fe ni a sí mismo ni al mundo entero. Sólo le apetecía regresar bajo las mantas, taparse bien, recuperar el olor y el calor de las sábanas todavía calientes, cerrar los ojos y presentar su dimisión oficial de todo por haber alcanzado el límite máximo del cansancio, el aburrimiento y la resistencia.

En el cuarto de baño se miró al espejo y, de repente, se cayó mal. ¿Cómo se las arreglaban los demás para aguantarlo y algunos incluso para quererlo? Él no se quería, eso estaba claro. Un día había pensado en sí mismo con despiadada lucidez.

—Soy como una fotografía —le había dicho a Livia.

Livia lo había mirado, sorprendida.

—No te entiendo.

—Verás, yo existo porque hay un negativo.

—Sigo sin entenderte.

—Me explicaré mejor: yo existo porque hay un negativo de crímenes, de asesinos y de actos de violencia. Si no existiera ese negativo, mi positivo, es decir, yo, no podría existir.

Curiosamente, Livia se había echado a reír.

—No me engañas, Salvo. Cuando se revela, el negativo de un asesino no representa a un policía, sino al propio asesino.

—Era una metáfora.

—Equivocada.

Sí, la metáfora era equivocada, pero algo había de verdad.

En cuanto llegó a su despacho llamó a Galluzzo.

—Me congratulo.

—¿De qué?

—De tu interesada caridad. Me tocaste los cojones con la pena que te daba Grazia, te la llevaste a casa porque la pobre chica no tenía adónde ir, y todo para que tu cuñado se hiciera con la exclusiva.

—*Dottore*, no es lo que usted piensa.

—¿Vas a decirme que aquella no era tu cocina?

—No.

—¿Que la ropa que llevaba Grazia no era de tu mujer?

—No.

—¿Entonces? Eres un hipócrita que abusa de la confianza de los demás.

—No, señor *dottore*, lo que ocurre es que no he sabido oponerme a la voluntad de mi mujer. Le contó a su hermano que yo había llevado a la chica a nuestra casa y él insistió en ir a verla... Mi mujer me amenazó con no aceptar a Grazia en casa si no le hacía ese favor a su hermano, y yo...

—Sal de aquí y envíame a Fazio.

—Sí, señor. Le pido perdón.

Pero en lugar de Fazio se presentó Catarella.

—*Dottori*, Fazio no está porque todavía no se encuentra aquí. Pero está el señor Cuglia, que dice que quiere hablar con usted en persona personalmente.

—Muy bien, pásamelo.

—No puedo, *dottori*, porque el señor Cuglia está aquí mismo en persona.

—Pues hazlo pasar.

El señor Cuglia era Aguglia, el encargado del supermercado.

—Comisario, ¿recuerda que ayer por la tarde le dije que Dindò no había acudido al trabajo? Pues bien, tampoco se ha presentado esta mañana.

—No sé qué podríamos hacer nosotros...

—Espere. Al ver que no aparecía, he ido a su casa. Vive solo en un sucio cuarto que está debajo de la escalera porque no quiere estar con su padre, que vive en el piso de arriba. He llamado y nadie me ha contestado. Entonces he subido a casa de su padre, que tiene un duplicado de la llave. Hemos abierto. El cuarto está vacío, es una auténtica pocilga, puede creerme. Su padre lleva por lo menos tres días sin verlo. He preguntado a los vecinos, pero nadie sabe nada. ¿Y ahora puede decirme usted qué debo hacer?

Montalbano se irritó. ¿Por qué razón Aguglia le contaba aquella historia que a él, como comisario, le importaba un carajo?

—Busque a otro —le dijo fríamente.

—El caso es que Dindò ha desaparecido con el ciclomotor del supermercado. Le había dado permiso para utilizarlo para ir al trabajo.

—¿Es la primera vez que Dindò se comporta de esta manera?

—Sí. A veces actúa como un niño, pero, con respecto al trabajo, no tengo absolutamente nada que reprocharle.

—Mire, le sugiero que espere un día más antes de presentar una denuncia. Usted mismo ha dicho que Dindò es como un niño. Puede que se haya perdido persiguiendo una mariposa.

Una vez pronunciada la frase, le entró la duda. ¿Existían todavía chiquillos capaces de perderse detrás de una mariposa?

—Cuando estaba todavía en este mundo —dijo Fazio, sentándose delante del escritorio—, Gerlando Piccolo era un sinvergüenza como la copa de un pino.

—¿Qué quieres decir?

—*Dottore*, todos los comentarios que he recogido en el pueblo coinciden. A quienquiera que le haya pegado un tiro a Piccolo tendrían que levantarle un monumento en la plaza. Si alguien tenía la desgracia de verse obligado a pedirle cien, a los seis meses él le quitaba mil. Era no sólo una sanguijuela, sino también un cerdo.

—¿En qué sentido?

—Se aprovechaba de las mujeres que pasaban alguna necesidad. Al parecer, no se le escapaba ni una. Antes de prestarles el dinero les exigía un pago a cuenta en especie sobre los intereses.

—¿Has conseguido hablar con las personas de la lista?

—No es nada fácil. Las pobres que caían en manos de ese tipo sienten por una parte vergüenza y por otra miedo. Sólo he podido hablar con dos de ellas. Una, la viuda de Colajanni, me ha dicho que no contestaría a mis preguntas porque no quería perjudicar al asesino. ¿Va haciéndose una idea? La otra se llama Raina. Tenía una tienda de fruta y verdura, y Piccolo se le comió las frutas, las verduras, las paredes de la tienda y las bragas.

—Por consiguiente, si se aprovechaba de las mujeres, a la lista de los posibles autores del homicidio tenemos que añadir, aparte de la gente a la que desplumaba, algún marido o hermano víctima de un ataque de celos.

Fazio lo miró con los ojos entornados.

—Si dice eso, significa que no está muy convencido de que se trate de un robo que acabó en homicidio.

—¿Acaso tú crees que fue un robo que acabó en homicidio?

—No.

—Yo tampoco. ¿Me consideras más cabrón que tú?

—Dios me libre.

—¿Has averiguado cómo se comportaba Piccolo cuando alguien se rebelaba y no permitía que le chupara la sangre?

Fazio hizo una mueca.

—Enviaba a alguien y ellos pagaban, no tenían más remedio.

—¿Y quién era ese alguien?

—*Dottore*, no han querido decírmelo. Tienen miedo, debe de ser alguien con quien no se puede jugar. Pero en cuestión de veinticuatro horas verá como consigo enterarme de todo.

—No lo dudo. ¿Han enviado las llaves de la casa desde Montelusa?

—Sí, señor, las tengo yo en mi despacho. Pero debo decirle que no servirá de nada ir a echar un vistazo al dormitorio de Piccolo. Primero la Científica, después el doctor Pasquano, a continuación los que fueron a levantar el cadáver... Lo han cambiado todo de sitio.

—¿Tú recuerdas cómo estaba todo cuando llegaste?

—Por supuesto.

—Bien, pídeles a los de la Científica que te envíen las fotografías que hicieron antes de ponerlo todo patas arriba. Pueden sernos de utilidad.

—Ahora mismo.

—Y de paso llama también a Jachino, el cerrajero.

—¿Para qué?

—Quiero que se abra la caja fuerte que hay en el estudio de Piccolo.

—No necesitamos al cerrajero. El *dottor* Gribaudo encontró las llaves, pero no las utilizó. Dijo que no tenía tiempo, que abriría la caja fuerte al día siguiente. Nos las ha enviado.

—De todas formas, debe de tener una combinación...

—Pero ¿qué dice, *dottore*? ¡Esa caja fuerte es un armatoste que debe de tener por lo menos doscientos años! Voy a llamar a la Científica para que envíen las fotos. —Regresó al poco rato, cabizbajo—. He hablado con Scardocchia, el segundo de Arquà, y me ha dicho que iba a consultarlo con su jefe. Después me ha llamado él y me ha dicho que lo lamentaban, pero que todavía necesitaban las fotografías.

Montalbano empezó a soltar palabrotas en voz baja. Cogió el teléfono.

—Soy Montalbano. Pásame a Arquà.

Llevaba tanto tiempo sin hablar con él que no recordaba si se hablaban de tú o de usted. El problema, en caso de que lo hubiera, lo resolvió Arquà.

—Dígame, Montalbano.

—¿Sabe que me han encargado la investigación del caso Piccolo?

—Sí.

Un reconocimiento con la boca pequeña, a regañadientes.

—Ya sé que no le gusta, pero así están las cosas. Resulta que se encuentra aquí en mi despacho el fiscal Tommaseo, quien dirigirá la investigación. Es él quien necesita urgentemente las fotografías. Si tiene la paciencia de esperar un momento, se lo pasaré en cuanto regrese del lavabo. Debo advertirle que está bastante molesto con su respuesta. Ah, ya viene. Ahora se lo paso.

—No hace falta. Salude de mi parte al *dottor* Tommaseo. Se las envío inmediatamente con un coche. Scardocchia no lo había entendido bien.

—Pero ¿no necesitaban las fotografías?

—Sí, pero haremos copias.

—Excelente idea —dijo el comisario, colgando.

—¿Y si el farol hubiera fallado? —preguntó Fazio.

—¿En qué sentido?

—¿Y si Arquà hubiera decidido hablar con Tommaseo?

—¿Para que le pegaran una bronca? ¿Sabes con qué rima Arquà? Con bla, bla, bla.

Las fotografías llegaron en cuestión de media hora. Montalbano estaba dándole vueltas a una idea en la cabeza y por eso se apresuró a sacarlas del

sobre y echarles un vistazo. El fotógrafo de la Científica había sido muy meticuloso y había captado hasta los detalles más insignificantes. Montalbano le pasó a Fazio una fotografía que mostraba el dormitorio en su conjunto, con Gerlando Piccolo tendido sin vida en el centro de la cama.

—¿Coincide con tu recuerdo?

Fazio la estudió detenidamente.

—Sí, creo que estaba exactamente así.

Montalbano le pasó otra foto. Esta mostraba los dos cuadros descolgados de la pared. Los habían arrojado al suelo y destrozado a taconazos en el estrecho espacio de suelo comprendido entre la cómoda y los pies de la cama. Los cajones abiertos del mueble reducían todavía más el espacio. La fotografía captaba el brillo de la miríada de trocitos de cristal que antaño habían sido las dos láminas que cubrían los cuadros.

—¿Cuando te acercaste al muerto pisaste los cuadros?

—No, *dottore*. Pasé por encima de ellos, había visto los trozos de cristal. Usted hizo lo mismo cuando entró en la habitación.

—¿Yo?

—Sí, señor, lo hizo instintivamente, por eso no se acuerda. Pero ¿por qué le interesan tanto esos cuadros?

—No son los cuadros, sino la cantidad de cristal roto. Si alguien sin darse cuenta hubiera puesto encima un pie descalzo, a tu juicio ¿se habría cortado o no?

—Por fuerza.

—Grazia me dijo que cuando subió al piso de arriba para ver qué estaba ocurriendo, no se puso los zapatos, subió descalza.

Fazio se quedó un rato pensando y después replicó:

—Puede que no signifique nada. Grazia es una campesina acostumbrada a ir descalza. Es posible que en la planta de los pies tenga un callo tan grueso que ni un cuchillo pueda cortarlo.

—Ve a llamar a Galluzzo y vuelve tú también.

Galluzzo se presentó mirando al suelo, todavía avergonzado por lo que le había dicho Montalbano.

—Tengo que hacerte una pregunta: ¿Grazia cojea, por casualidad?

Galluzzo abrió unos ojos como platos, sorprendido.

—¿Acaso usía es mago? Lo que se dice cojear, no cojea, pero ayer después de comer se quejó de unos pinchazos en las plantas de los pies. Mi mujer le echó un vistazo. No tenía sangre, pero las plantas estaban llenas de trocitos de cristal. Mi mujer se los quitó uno a uno con unas pinzas.

—Gracias. Ya puedes retirarte.

Cuando Galluzzo se hubo retirado, el comisario y Fazio no hicieron ningún comentario.

—¿Cuándo quiere que empecemos?

Montalbano miró el reloj.

—Yo diría que esta tarde. Ahora nos vamos a com...

La puerta, que Galluzzo había cerrado, se abrió con un ruido como de bomba y apareció Catarella.

—Pido perdón, se me ha ido la mano. Ahora mismo acabo de recibir una llamada «nónima». Han encontrado a uno muerto asesinado en el barrio de Pizzutello. Hasta me han dicho el sitio exacto.

Cuatro

Por una vez, Catarella había comprendido y transmitido fielmente las instrucciones facilitadas por el anónimo comunicante a propósito del lugar exacto donde se encontraba el muerto asesinado. El barrio de Pizzutello distaba apenas quinientos metros de la casa de Piccolo. Era un denso monte bajo mediterráneo todavía respetado por el cemento, lugar habitual de las parejas clandestinas. El frecuente paso de los coches de las parejas había sido el causante de la formación en el interior de aquella maraña de una complicada red de senderos y explanadas, un laberinto que, a pesar de la claridad de las instrucciones, convertía el hallazgo del camino adecuado en un auténtico problema. Ambos vehículos, el de servicio y el del comisario, se vieron obligados a efectuar complicadas maniobras de marcha atrás para iniciar otro recorrido. Al final, lo consiguieron. El muerto estaba tendido boca abajo y con los brazos extendidos. No se distinguía el color del chaleco de tan empapado como estaba en la sangre, ya coagulada, que había salido de una pequeña pero muy visible herida que tenía justo debajo del omoplato derecho. A escasa distancia del cuerpo había un ciclomotor con una amplia cesta en la parrilla posterior.

—Incluso sin verle la cara —dijo Fazio— me parece que lo conozco.

—Es Dindò, el repartidor del supermercado. Anoche, Aguglia, el encargado, me dijo que no había ido a trabajar. Y esta mañana se ha presentado en la comisaría para denunciar el robo del ciclomotor por parte de Dindò —explicó Montalbano.

—Pero ¡si era un pobre desgraciado! —saltó Germanà, que, con Tortorella e Imbrò, formaba parte del grupo.

—Tenemos que encontrar el arma —dijo Montalbano.

—¿La del que le ha pegado el tiro? —preguntó sorprendido Tortorella.

—No —lo corrigió Fazio, tras haber mirado un instante a Montalbano y adivinado al vuelo sus pensamientos—: El arma que llevaba Dindò y con la cual este disparó.

Fazio volvió a mirar a Montalbano para que le confirmara que estaba en lo cierto. El comisario asintió con la cabeza.

—¡Virgen santísima! ¡No entiendo nada! —se quejó Germanà.

—Ni falta que hace. Busca —le ordenó Fazio.

Buscaron sin descanso hasta llegar casi a la altura de la casa de Piccolo, pero no encontraron nada.

—A lo mejor el arma está debajo del cadáver —apuntó Tortorella.

Levantaron el cuerpo de un lado, lo justo para cerciorarse.

—Si Arquà viera lo que estamos haciendo, le daría un ataque —comentó Fazio.

El arma no estaba allí. A modo de consuelo, descubrieron que el orificio de salida de la bala había provocado un verdadero desgarró en la carne y en el chaleco.

—A lo mejor la tiró mientras corría a esconderse aquí —dijo Fazio.

De repente, Montalbano sintió que un nudo de tristeza le subía por la garganta. Pobre Dindò, un muchachito herido de muerte que busca un lugar oculto para morir, como hacen los animales... ¿*Herido de muerte* no era acaso el título de un bellissimo libro de La Capria que él había leído con sumo placer muchos años atrás?

—Ha muerto desangrado —dijo Fazio como si le hubiera leído el pensamiento.

—Avisa a quien tengas que avisar —replicó el comisario—. Pero con el doctor Pasquano déjame hablar a mí.

Al poco rato Fazio le pasó el móvil.

—¿Doctor? Soy Montalbano. ¿Ha podido echar un vistazo al difunto Gerlando Piccolo?

—Sí, señor, por dentro y por fuera.

—¿Puede decirme algo?

—No hay nada que decir. Lo mataron de un solo disparo que lo dejó seco. Verá los detalles en el informe. Si no le hubieran pegado un tiro, habría vivido más sano que una manzana hasta los cien años. Acababa de follar.

Eso Montalbano no se lo esperaba.

—¿Antes de que le pegaran el tiro?

—No, después. Se puso a follar ya muerto. Pero ¿qué coño de preguntas me hace? ¿De verdad se encuentra usted bien?

—Doctor, tengo otro muerto para usted.

—¿Ha decidido pasarse a la producción industrial?

—Fazio le explicará cómo llegar al lugar. Buenos días. —En cuanto Fazio terminó de hablar con Pasquano, el comisario se lo llevó aparte—. Oye, yo me voy. Tú y los demás os quedáis aquí. De nada sirve que yo pierda todo un día contemplando un muerto que sé quién es, quién le ha disparado y por qué.

—De acuerdo —dijo Fazio.

—Ah, por cierto, dile a Arquà que quiero que comparen las huellas dactilares del muerto con las que se encontraron en el dormitorio de Piccolo. Sólo para confirmarlo. Y, para más seguridad, que compare la sangre de Dindò con la que empapaba el polvo del suelo de delante de la casa de Piccolo.

* * *

Llegó en un santiamén a la comisaría, donde sólo estaba Catarella.

—¿Dónde está Galluzzo?

—Se ha ido a casa a comer.

—Llámalo.

Se dirigió al despacho de Fazio, cogió las llaves de la casa de Gerlando Piccolo y regresó a su despacho, donde el teléfono ya estaba sonando.

—Galluzzo, ¿habéis terminado de comer?

—No, señor *dottore*. Hemos empezado ahora mismo.

—Lo lamento, pero dentro de cinco minutos estaré en la puerta de tu casa. Tú y Grazia tenéis que venir conmigo.

—Muy bien, *dottore*. ¿Quién era el muerto?

—Te lo digo después.

Cuando llegó a casa de Galluzzo ya estaban esperándolo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Galluzzo.

Montalbano le contestó indirectamente.

—Grazia, ¿tienes ánimo para regresar durante una hora a tu casa?

—Por supuesto.

Hicieron el camino en silencio. Nada más entrar fueron asaltados por un pestazo tan intenso que se les revolvieron las tripas.

—Abrid alguna ventana. —En cuanto la casa se ventiló, Montalbano explicó su plan—. Escuchadme bien. Quiero reconstruir exactamente lo que ocurrió la otra noche. Es posible que tengamos que repetir la escena varias veces hasta que ciertas cosas queden claras. Tú, Grazia, dijiste que estabas durmiendo en tu habitación.

—Sí, señor.

—Tú, Galluzzo, sube al dormitorio y, cuando yo te lo diga, empieza a hacer ruido.

—¿Qué clase de ruido?

—¿Qué sé yo? Tira cosas al suelo, abre y cierra cajones, golpea el suelo con los pies... —Galluzzo se encaminó hacia la escalera—. Nosotros dos iremos a tu habitación.

—Yo estaba acostada —dijo Grazia en cuanto entró.

—Pues acuéstate.

—Estaba desnuda.

—No hace falta. Sólo quítate los zapatos. —Grazia se tumbó descalza en la cama deshecha—. ¿La puerta estaba abierta o cerrada?

—Cerrada.

Antes de cerrarla, el comisario gritó:

—Galluzzo, ya puedes empezar. —El ruido se oyó con tal nitidez que era imposible que Grazia no se alarmara—. Ahora haz lo que hiciste la otra noche. —La muchacha se levantó, cogió una bata colgada de un clavo y abrió la puerta—. Quédate quieta. Y tú para ya, Galluzzo. —Abandonaron la estancia y se dirigieron al salón. Galluzzo se asomó desde lo alto de la escalera—. Cuando saliste de tu habitación, ¿la luz del salón estaba encendida o apagada?

—Apagada.

—Por consiguiente, echaste a correr en medio de la oscuridad.

—Me conozco la casa de memoria.

—¿Observaste si la puerta principal estaba abierta?

—No me fijé. Pero tenía que estar abierta porque cuando...

—A eso ya llegaremos después. Galluzzo, vuelve a la habitación.

—¿Tengo que volver a armar jaleo?

—Por ahora, no, basta con que te quites de en medio. Tú, Grazia, vuelve a tu dormitorio y cierra la puerta. En cuanto yo te lo diga, echa a correr como hiciste para subir a la habitación de tu tío. —Cerró las ventanas, las persianas, las puertas y consiguió crear una oscuridad casi total—. Ahora, Grazia.

Oyó que la puerta se abría y vio que una sombra se movía a toda prisa en la oscuridad para ir convirtiéndose en una silueta humana a medida que subía los peldaños de la escalera, iluminada por la luz de la ventana abierta del dormitorio.

—¿Qué hacemos? —preguntó desde arriba la voz de Galluzzo.

—Esperar.

Montalbano dejó las puertas y las ventanas cerradas, abrió la puerta principal y subió al piso de arriba.

—¿Estás segura de que cuando llegaste aquí la puerta estaba abierta?

—Segurísima. Ya desde la escalera vi que la luz de aquí estaba encendida. Si hubiera estado cerrada, no habría podido verla.

—¿Qué fue lo primero que viste al entrar?

—A mi tío.

—¿Viste la sangre?

—Sí, señor.

—¿Y qué pensaste?

—Que le había salido de la boca porque se encontraba mal. Sólo cuando me incliné sobre él comprendí que le habían pegado un tiro.

—Galluzzo, sal al pasillo. Y tú repite la salida de tu habitación, la subida por la escalera y la entrada aquí, y vuelves a hacer todo lo que hiciste hasta que te diste cuenta de que alguien le había pegado un tiro a tu tío.

El comisario se situó cerca de la ventana para no entorpecer los movimientos de Grazia. La muchacha llegó un minuto después, respirando afanosamente a causa de la carrera y la emoción. Pasó entre la cómoda y los pies de la cama, rodeó esta y, al llegar al lugar donde había estado el cuerpo de Gerlando Piccolo, se inclinó levemente hacia delante. Sobre el somier sólo quedaba el colchón, pues la Científica se había llevado todo lo demás.

—Una vez aquí, ¿qué ocurrió?

—Levanté los ojos porque oí un ruido.

—¿Y qué viste?

—A alguien que salía de detrás de la puerta donde se había escondido al oírme subir.

—¿Al oírte subir? Pero ¡si ibas descalza!

—A lo mejor, mientras subía, llamé a mi tío.

—¿El hombre tenía todavía el revólver en la mano?

—No sabría decirlo —contestó la muchacha después de pensarlo un poco.

—Muy bien. ¡Galluzzo, ponte como te diga Grazia!

La muchacha manipuló a Galluzzo como un escapatista a un maniquí. Al final, dijo:

—Cuando lo vi, estaba exactamente así.

—Si estaba así no pudiste verle la cara, porque se encontraba de espaldas a ti.

—No, no se la vi.

—Vuelve a tu sitio al lado de la cama. Cuando te dé la señal, tú, Galluzzo, bajas corriendo la escalera y sales por la puerta principal, que está abierta. Tú, Grazia, me enseñas cómo cogiste el arma y cómo perseguiste al asesino. ¿Listos? ¡Adelante!

Galluzzo salió, Grazia se incorporó, abrió el cajón de la mesilla, cogió un revólver imaginario y echó a correr en pos de Galluzzo.

—¡Quietos! Volved aquí. Repitémoslo todo.

Por un instante, tuvo la impresión de ser un director de cine de legendaria exigencia en la historia de la cinematografía.

—Esta vez añadiremos otra cosa. Tú, Grazia, le pegas un tiro como hiciste aquella noche. Gritas: «¡Pum!». Y tú, en cuanto lo oigas, te detienes donde estés.

Tres veces repitieron la escena, y todas el «¡Pum!» de Grazia bloqueó a Galluzzo justo en la puerta principal. Los tiempos coincidían a la perfección.

—Vamos a sentarnos en la cocina.

Galluzzo se bebió dos vasos de agua seguidos.

—¿Le preparo un poco de pasta con salsa de tomate? —propuso Grazia.

—¿Por qué no? Mientras la preparas, Galluzzo y yo vamos a tomar un poco el aire. Cuando esté lista, nos llamas.

—¿Ha quedado satisfecho? —fue lo primero que le preguntó Galluzzo.

—Bastante, aunque queda un detalle por aclarar.

—¿Cuál?

—Se lo preguntaré a Grazia mientras comamos.

Galluzzo pareció ofenderse y permaneció un rato en silencio. Después no pudo resistir la tentación de repetir una pregunta que no había obtenido respuesta.

—¿A quién han matado?

—A Dindò.

Galluzzo puso cara de sentir que estaban tomándole el pelo.

—¿El mozo del supermercado?

—Sí.

—¿Y qué mal ha podido hacer ese pobrecillo?

—Bueno, tal vez haya hecho algo.

—Pero ¿qué?

—Por ejemplo, matar a Gerlando Piccolo.

Para no desplomarse, con las piernas repentinamente convertidas en requesón, Galluzzo tuvo que apoyarse en el muro de la casa.

—¿Está..., está de guasa? —balbuceó.

—No estoy de humor para eso.

Galluzzo se pasó las manos por el rostro. Después abrió unos ojos como platos porque acababa de comprender que si dos y dos son cuatro...

—¿Entonces, la que disparó contra Dindò fue Grazia! —dijo.

—Exactamente. Y hemos venido aquí porque quería comprobar si la chica decía la verdad. —Al lado de la casa había un pozo. Montalbano se acercó a él, seguido por Galluzzo, que parecía una marioneta con los hilos rotos. El comisario lanzó el cubo abajo, lo llenó de agua fresca y lo izó—. Lávate la cara. Y no le digas nada a Grazia.

Mientras Galluzzo se lavaba, Montalbano se dio cuenta de que la ventana que tenía delante era la de la cocina. Dentro se veía a la muchacha trajinando. Se acercó unos pasos. No había en ella ni rastro de la belleza que tanto lo había impresionado la víspera; ahora era una joven de dieciocho años normal

y corriente, ni guapa ni fea, que estaba poniendo la mesa. Si Livia la hubiera visto en ese momento, habría pensado sin duda que Salvo le había contado simplemente sus fantasías personales, haciéndolas pasar por realidad. Al sentirse observada, Grazia levantó la cabeza y sonrió.

—Pueden venir, la comida ya está lista.

Se sentaron y comieron en silencio. Al final, el comisario dijo:

—La salsa estaba riquísima. ¿Dónde la compras?

—No la he comprado. La hago yo.

—Pues te felicito. Oye, Grazia, tengo que preguntarte todavía unas cuantas cosas.

—Dígame.

—¿Cómo supiste que el hombre no había cruzado la puerta, es decir, que todavía estaba dentro de la casa y, por consiguiente, podías disparar contra él?

No hubo el menor titubeo.

—Estaba huyendo y los zapatos hacían mucho ruido. Le disparé al tuntún, sin saber si le daría. No imaginaba que le había dado.

—¿Por qué no lo perseguiste?

—Tenía miedo de que me disparara él a mí.

—Hace un rato has dicho que no sabías si el hombre empuñaba el revólver.

—Pero a mi tío lo había matado, ¿no? —replicó Grazia en tono ofendido—. Y además no podía bajar la escalera, me temblaban las piernas.

—De acuerdo, disparaste al tuntún, pero le diste debajo del omoplato. Fue a esconderse y lo han encontrado desangrado a medio kilómetro de aquí. Con semejante herida, no podía ir muy lejos.

Grazia palideció.

—¿Qué van a hacerme?

—No pueden hacerte nada.

—¿Lo han reconocido?

—Sí. Es Dindò, el del supermercado.

Inesperadamente, Grazia esbozó una sonrisa.

—¿Dindò? No puedo creerlo. Venga, dígame la verdad. ¿Quién era?

—Dindò —le confirmó Galluzzo.

—¿Lo conocías? —preguntó Montalbano.

—Claro que lo conocía. Por lo menos dos veces a la semana nos traía las cosas. Pero nunca se había tomado ninguna confianza. ¡Dindò! Pero ¿por qué lo haría? ¿Qué motivo tenía? ¡Era un pobre infeliz! ¡Un desgraciado! ¡Y yo lo he matado!

De repente, se echó a llorar, desesperada. Galluzzo se levantó y le pasó dulcemente la mano por el pelo.

Grazia pidió permiso para ir a tumbarse en la cama, pues no se tenía en pie. Montalbano, por su parte, subió al despacho de Piccolo, entregó las llaves de la caja fuerte a Galluzzo y este la abrió. Dentro había muy poco dinero en efectivo —no llegaba a doscientas mil liras—, un abultado sobre deformado por la cantidad de papeles que contenía, y un pequeño archivador metálico similar a un cajón, lleno de fichas colocadas en orden alfabético. En la parte superior de cada ficha figuraban el nombre y el apellido del cliente, la fecha del préstamo, los vencimientos y las sumas cobradas. Se trataba de cantidades muy elevadas, de cincuenta millones de liras para arriba. En el otro archivador, que parecía un mueblecito, las fichas eran innumerables y correspondían a préstamos muy pequeños, entre cien mil liras y veinte o treinta millones. El volumen de negocio, por así decirlo, de Gerlando Piccolo, pensó Montalbano, tenía que ser casi igual al de un pequeño banco. Y los papeles del sobre confirmaron lo que suponía el comisario: eran extractos de cuentas bancarias de Vigàta y Montelusa correspondientes a sumas multimillonarias.

Algo no encajaba.

—¿Encontraron dinero en los bolsillos de la ropa que Piccolo se había quitado antes de irse a la cama?

—Sí, señor. Trescientas y pico mil liras.

—Que Dindò no tocó.

—Puede que no le diera tiempo.

Pero ¿cómo era posible que Gerlando Piccolo guardara en su caja fuerte menos de doscientas mil liras y llevara encima más de trescientas mil?

Cinco

Tres días después recibieron en la comisaría los primeros resultados de la Científica. ¡Sólo habían tardado tres días! Eso dejaba estupefacto a cualquiera. La burocracia, pensó el comisario, es un laberinto en cuyo interior yacen los huesos blanqueados de millones de diligencias que no han tenido la posibilidad de salir de allí. En cuanto se detienen por falta de impulso, son asaltadas por millares de ratones hambrientos que las devoran, ratones que él había visto, recorriendo rápidamente en manadas los sótanos de algún Palacio de Justicia llenos a reborar de carpetas. Muy raras veces, y por motivos totalmente inexplicables, una diligencia sobre diez mil conseguía recorrer el laberinto a la velocidad de un corredor olímpico de los cien metros lisos y llegar a su destino. Como en ese caso. En el dormitorio de Gerlando Piccolo había huellas digitales de Dindò, Salvatore Trupìa, a patadas, como para parar un tren; la sangre de Dindò era la misma que había formado un pequeño charco mientras este intentaba poner en marcha el ciclomotor después de haber matado a *'u zu Giurlanno*. El arma del delito no había sido hallada. Lo más probable era que Dindò se hubiera deshecho de ella durante su fuga hacia la muerte por desangramiento. Y, además, contaban también con la declaración del señor Arturo Pastorino, comerciante, el cual, mientras circulaba por la carretera provincial, afirmaba haber visto encenderse la luz que había delante de la casa de Gerlando Piccolo a la hora en que se cometió el delito y, un segundo después, un ciclomotor adentrándose a toda pastilla en la misma carretera provincial procedente de la casa de Piccolo que a punto estuvo de chocar contra su coche.

Grazia le repitió el relato de aquella noche al fiscal Tommaseo más de cien veces, sin cambiar ni una coma. Pero para el fiscal no fue suficiente.

—Mire, Montalbano, quisiera hacer una reconstrucción *in situ*. Quiero desnudar a esa chica, tenerla delante de mí enteramente desnuda. — Prácticamente se le estaba cayendo la baba. Pero al ver la irónica mirada del comisario, trató de ponerle un parche—: Desnuda anímicamente, quiero decir.

Finalmente, la reconstrucción *in situ* tampoco reveló ninguna novedad. Y, en cuanto a la luz encendida delante de la casa de Piccolo, la que había visto el testigo Pastorino, Grazia sostuvo enérgicamente que estaba apagada. El fiscal dijo que era un detalle irrelevante y que probablemente el testigo había confundido el faro del ciclomotor con la luz que iluminaba la entrada de la casa.

Sin embargo, antes de llegar a las conclusiones, Tommaseo quería aclarar una cosa que se le había metido en la cabeza desde el principio.

—Señorita, ¿su tío era homosexual?

Grazia se rio de buena gana.

—No iba con hombres, le gustaban las mujeres.

—En el pueblo comentan que incluso se aprovechaba de las mujeres —terció el comisario.

—No siempre *vox populi* es *vox dei*, la voz del pueblo no siempre es la voz de Dios —lo fulminó Tommaseo, y, dirigiéndose de nuevo a la muchacha, añadió—: ¿Puede usted descartarlo?

—Yo jamás vi a quién recibía de noche.

—¿O sea, que no sabe si eran hombres o mujeres?

—No lo sé.

—Por consiguiente, no puede descartar que también fueran hombres.

—¿Cómo también?

—¿Nunca ha oído hablar de bisexualidad? —preguntó en tono irónico el fiscal, pasándose la lengua por el labio inferior.

Si por eso era, Montalbano había oído hablar de trisexualidad, de cuatrisexualidad, etc., etc., hasta el infinito, pero prefirió rendirse.

Y Grazia también se rindió.

—No sé qué decirle.

Y, de esa manera, el fiscal tuvo vía libre.

—Manejo dos hipótesis —dijo una vez a solas con el comisario—. La primera es que Piccolo tiene una cita en plena noche con Trupìa, al que conocía porque era él quien les llevaba las cosas del supermercado. Al llegar la hora establecida, Piccolo se levanta, baja por la escalera, abre cuidadosamente la puerta principal para no despertar a su sobrina, franquea la entrada a Trupìa y vuelve a cerrar, pero no con llave. Una vez finalizada la relación, ambos discuten. A lo mejor Piccolo no quiere pagar lo que le exige Trupìa, este pierde la cabeza, le pega un tiro e intenta arramblar con todo lo que puede. Pero la inesperada aparición de la valiente muchacha lo obliga a emprender la huida. Consigue abrir la puerta principal, pero Grazia dispara contra él. Y Trupìa muere desangrado. No puede acudir a ningún hospital, pues tendría que dar unas explicaciones que inmediatamente llevarían a identificarlo como el autor del homicidio de Piccolo.

El fiscal, que había mandado que le llevaran una botella de agua mineral, se bebió medio vaso y siguió adelante.

—Y ahora paso a la segunda hipótesis, que seguramente será más de su agrado, dado su empeño en no querer admitir que Piccolo fuera también homosexual. Aquella noche Piccolo tiene una cita amorosa con una mujer. Le abre la puerta principal y sube con ella al dormitorio. Mantienen una relación sexual. Al final, la mujer se va y Piccolo le pide encarecidamente que cierre la puerta al salir, con la intención de ir él mismo a echar la llave en cuanto recupere las fuerzas necesarias para levantarse de la cama. Es de suponer que la mujer lo ha dejado..., en fin, ya puede usted imaginarse. La mujer abre la puerta, franquea la entrada a Trupìa y se va. Trupìa cree que Piccolo no reaccionará ante la amenaza del arma. Sin embargo, el otro hace ademán de reaccionar y entonces Trupìa le pega un tiro. Lo que ocurre a continuación ya lo sabemos. Ahora habría que buscar a la...

—¿... a la Titina? —preguntó con la cara muy seria el comisario.

—No entiendo —dijo Tommaseo, perplejo.

—Perdone, me había distraído con la cancioncilla esa, la de «Yo busco a la Titina». Estaba usted diciendo que habría que buscar a la...

—... a la cómplice, Montalbano. Pero ¿dónde encontrarla? ¿Cómo encontrarla?

—Sería como buscar una aguja en un pajar —respondió Montalbano sabiendo que las frases hechas eran unos punto y seguido que pesaban como losas.

—Ya. ¿Usted cuál elige?

—¿De qué?

—De mis dos hipótesis.

—La segunda.

—¡Sin embargo, la segunda nos obliga a mantener abierta la investigación para encontrar a la misteriosa cómplice!

—Pues quedémonos con la primera.

Total, ¿de qué servía perder el tiempo y el aliento con Tommaseo?

Jamás en años sucesivos, cuando pensaba en el caso Piccolo, consiguió explicarse por qué razón fue a ver aquella misma tarde al padre de Dindò. Tal vez un remordimiento inconsciente por haber permitido que Tommaseo escribiera en sus conclusiones que el pobre chico «tenía por costumbre prostituirse por dinero». La dirección se la había facilitado Aguglia, el encargado del supermercado, el cual le había preguntado nada más verlo:

—¿Cuándo me devolverán el ciclomotor?

En cuanto él lo tranquilizó, diciéndole que lo recuperaría en cuestión de pocos días, el señor Aguglia se tomó la libertad de expresar su propia opinión sobre Dindò.

—Comisario, con todo mi respeto por la ley, todo este asunto no me convence para nada.

—¿Qué quiere decir?

—Que conste que hablo basándome en lo que se dice por el pueblo. Dindò no iba ni con hombres ni con mujeres. Y no era capaz de robar ni un mondadientes. Aquí, en el supermercado, podía coger lo que quisiera y, sin embargo, siempre que necesitaba algo, lo decía y lo pagaba. Era un muchacho honrado.

La casa donde vivía el padre de Dindò estaba cerca del puerto. Era un minúsculo edificio tan destartado que costaba entender cómo podía mantenerse en pie sin puntales. La planta baja era un antiguo almacén ya

cerrado, en cuya puerta habían clavado una tabla. En un lado del portal había otra puerta también cerrada que daba a un cuarto construido bajo el hueco de la escalera. En el piso de arriba vivía Antonio Trupìa. Montalbano llamó con los nudillos. Le abrió un anciano decrepito, desdentado y jorobado, todavía más destartalado que la casa.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Es usted el abuelo de Salvatore Trupìa, llamado Dindò?

—¿El abuelo? Soy su padre. —¡Jesús! ¿A qué años había engendrado a Dindò? El viejo debió de leerle el pensamiento, pues añadió—: Tuve muy tarde a mi hijo. Y puede que por eso naciera enfermo de la cabeza.

Lo hizo pasar a una habitación que era el colmo del desorden y la suciedad y lo invitó a sentarse en una desvencijada silla de paja.

—Perdone que lo reciba así, comisario, pero estoy enfermo, vivo con la pensión mínima y no tengo a nadie que me eche una mano.

—Quería saber algo sobre Dindò.

—¿Y qué quiere saber, señor comisario de mi alma? Yo sólo sé que me lo han matado. Pero la historia de nosotros los pobres no la hacemos nosotros, la hacen los que escriben en los periódicos.

En el fondo, pensó el comisario, tenía toda la razón: cada vez con más frecuencia los periodistas se convertían de un día para otro en historiadores.

—¿Por qué no quería vivir en casa con usted? ¿Se habían peleado?

—Pero ¡qué dice! ¡Con Dindò nadie podía pelearse! ¿Puede pelear uno con un niño? No, señor, hace cuatro años, cuando empezó a ganarse la vida en el supermercado, me dijo que quería vivir solo. Y yo le di la llave del cuarto de la escalera, que es mío.

—¿Lo veía a menudo?

—No, señor. Pero si es eso lo que quiere saber, en los dos últimos meses había cambiado.

—¿Y cómo lo sabe si no lo veía?

—Porque lo oía. Desde hacía dos meses, cantaba.

—¡¿Cantaba?!

—Sí, señor. A pleno pulmón. Por la mañana cuando se levantaba y por la noche cuando regresaba.

—¿Y antes no cantaba?

—Jamás.

—Oiga, quisiera echar un vistazo al cuarto de la escalera.

—Aquí tiene la llave.

—Después se la devuelvo.

—No hace falta. Déjela puesta en la cerradura. Total, aquí no viene nadie.

—¿Me permite una pregunta? ¿Por qué lo llamaban Dindò?

—Le gustaban las campanas. Cuando tocaban, hacía ding dong con la cabeza.

El cuarto de la escalera medía escasamente tres metros por tres, tenía el techo inclinado y recibía aire pero no luz a través de un ventanuco de treinta centímetros de lado, protegido por unos barrotes de hierro. El mobiliario consistía en un somier oxidado con un colchón encima, una colcha llena de agujeros y una almohada sin funda, una minúscula mesita y una silla de paja. Varias cajas de cartón hacían las veces de armario. En una especie de concavidad estaba la taza del váter y un lavabo cuyo grifo soltaba un hilillo de agua. Una pocilga, lo había definido el señor Aguglia. No, algo peor, una especie de celda abandonada de una cárcel de un país subdesarrollado. Calcetines, calzoncillos, camisetas sucias, hojas de periódico, cómics y números de la revista infantil *Topolino* cubrían el suelo. Al comisario se le partió el corazón y sintió el impulso de cerrar la puerta e irse de allí. Pero el cuerpo, como a veces le ocurría, se negó a cumplir la orden. Entonces quitó las cosas que había encima de la silla y se sentó. ¿Cómo era posible que en el interior de aquella hedionda celda hubiera penetrado la alegría, una felicidad tan grande que un día había dado lugar a que Dindò, que jamás había hecho tal cosa, se pusiera a cantar a grito pelado y no dejara de hacerlo hasta el momento en que le habían pegado un tiro, hasta que lo hirieron de muerte como un pájaro alcanzado en pleno vuelo por un cazador? Le volvió de nuevo a la mente el título de aquella novela. En el interior del cuarto ya no se veía nada. Habría tenido que levantarse y encender la bombilla que colgaba del techo, pero no le apetecía hacerlo. Quería permanecer un rato a oscuras en medio del repugnante olor y extraer de él las verdaderas respuestas a sus preguntas. La primera y sin duda la más importante era: ¿por qué había ido Dindò a matar a Gerlando Piccolo? El muchacho había entrado con ese propósito en la habitación donde Piccolo estaba acostado. Todo lo demás, los

cajones revueltos, los cuadritos rotos que simulaban una afanosa búsqueda de algo que se pretendía robar, no era más que teatro, puro montaje. Alguien le había puesto en la mano un revólver —Dindò nunca habría podido agenciárselo por su cuenta— y lo había convencido de que el usurero merecía la muerte. Y Dindò había hecho aquello que le habían metido en la cabeza. Y, siendo como era, al verse de pronto en presencia de Grazia, no le había pegado un tiro como fácilmente habría podido hacer y como, en el fondo, era inevitable, por la simple razón de que ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de que la muchacha reaccionara o de que, en caso de que lo detuvieran, esta se convirtiera en su implacable acusadora. No, todo eso eran consideraciones que el cerebro del pobre Dindò no había sido capaz de elaborar. Él simplemente había tratado de escapar, como alguien le había enseñado a hacer. La segunda pregunta era: ¿cómo se las había arreglado para entrar en la casa? En la puerta principal no había ninguna señal de manipulación, lo más probable era que hubiera utilizado una copia de las llaves. Pero para hacer un duplicado de las llaves se tenía que sacar el molde, lo que significaba que en la casa, además de la sobrina, debía haber alguien más que podía entrar y salir a su antojo. ¿Quién podía ser? En la casa no había ninguna sirvienta, ni siquiera por horas. Grazia se encargaba de todo. Los clientes subían por la escalera exterior que había en la parte trasera de la casa, ni siquiera sabían cómo era la casa por dentro. ¿Entonces? Le dio vueltas al enigma en la cabeza y, de pronto, empezó a dibujarse en su mente la imagen de un hombre sin rostro y sin nombre. Una persona temida por todo el pueblo y a la cual Fazio no había conseguido conferir una identidad: el hombre que iba a cobrar el dinero por cuenta de Piccolo, su recaudador. A partir de aquel momento, todo empezó a adquirir tímidamente un motivo y una lógica, aunque todavía en forma de sombra casi imperceptible.

Se levantó para regresar a la comisaría, se movió en medio de la oscuridad, golpeó la mesita y la volcó. Soltando maldiciones, encendió la luz y observó que el mueble tenía un cajón que se había abierto. Dentro había un cómic, *Zozzo, el Caballero Enmascarado*. ¿Zozzo? Era una versión porno del Zorro, un cómic guarro. Al margen de cada página, Dindò había escrito con un bolígrafo rojo la misma palabra: «¡JUSTICIA!».

Se guardó el tebeo en el bolsillo, apagó la luz y salió.

En lugar de dirigirse a la comisaría, se fue a casa de Galluzzo. Llamó al timbre y la voz de Grazia contestó de inmediato:

—¿Quién es?

—Soy Montalbano.

La chica abrió y el comisario se dio cuenta enseguida de que estaba muy pálida y tenía los ojos enrojecidos. En ese momento no podía definírsela precisamente como guapa.

—¿Estás sola en casa?

—Sí, señor, Amelia ha salido a hacer la compra.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, señor.

—¿Qué te ocurre? ¿Necesitas un médico?

—Esto no es cosa de médicos. Es que... no consigo dormir desde que supe que maté a aquel pobrecito. Y además... quiero volver a mi casa.

—¿Es que no te encuentras a gusto?

—Sí, pero añoro mi casa.

—¿No tienes miedo de vivir allí sola?

—Yo no tengo miedo de nada.

—Unos cuantos días más, tres como máximo, y podrás regresar a casa. He venido para preguntarte una cosa que puede resultarnos muy útil en las investigaciones sobre el asesinato de tu tío.

Grazia se alarmó y lo miró con los ojos desorbitados.

—Pero ¿todavía siguen con lo mismo? ¿No fue Dindò?

—Por supuesto que fue Dindò. Pero ¿te has preguntado alguna vez cómo se las arregló para entrar aquella noche? O alguien le abrió o disponía de un duplicado de las llaves. En cualquiera de los dos casos, eso significa que había un cómplice. Y el cómplice era una persona que tenía libertad para frecuentar la casa. Y eso es lo que yo te pregunto ahora: ¿había alguien a quien tu tío veía a menudo? ¿Hablaba durante mucho rato con alguien? ¿Invitaba a alguien a quedarse a comer?

El rostro de la muchacha se iluminó.

—¡Pues sí! Un tal Fonzio. Algunas veces ‘*u zu Giurlanno* me pedía que les sirviera un café cuando se iban a hablar al despacho.

—¿Sabes cómo se apellida?

—No, señor.

En aquel momento oyeron que se abría la puerta principal. Era la mujer de Galluzzo, que regresaba de la compra.

—Amelia, Grazia se viene conmigo a la comisaría. Después le pediré a su marido que la traiga de vuelta. Grazia, ¿necesitas cambiarte de ropa para salir?

—Sí, señor, pero estoy lista en cinco minutos.

* * *

Montalbano dejó a la joven con Catarella, quien le mostró en el ordenador las fotografías de todas las personas con antecedentes penales de Vigàta y alrededores. Apenas había tenido tiempo de sentarse detrás de su escritorio cuando Catarella entró patinando y su loca carrera fue interrumpida por Fazio, que lo atrapó al vuelo. Respiraba afanosamente.

—¡*Dottori*, la chica lo ha identificado!

Fueron a donde estaba la muchacha. Grazia permanecía de pie en un rincón de la estancia, cubriéndose el rostro con las manos y llorando muy quedo.

—¡Galluzzo! Acompáñala a casa.

La ficha decía que Alfonso Aricò, nacido cuarenta años atrás en Vigàta, era una persona de muy mala fama que se dedicaba a los juegos de azar. Cuando no jugaba, sus actividades consistían en robos, chantajes, agresiones, actos de violencia y daños y lesiones a terceros. La fotografía mostraba a un hombre muy bien parecido con cara de delincuente.

—Fazio, corre la voz. Mañana por la mañana quiero a este cabrón en mi despacho.

Seis

Comió distraídamente, pues no tenía apetito. Se sentó junto a la mesita y examinó el cómic que había cogido en el cuartucho de Dindò. Había por lo menos otros diez más tirados por el suelo, pero el muchacho había atribuido una importancia especial a ese y lo había guardado en el cajón de la mesita para poder leerlo una y otra vez, como se deducía por las sucias y maltratadas páginas. En determinado momento, Dindò había empezado a escribir en los márgenes una sola palabra, «¡Justicia!». Una palabra que en sí misma no explicaba si el muchacho tenía intención de tomársela por su mano o bien de exigirla. Empezó a leer la historia con la paciencia de un santo. Se trataba de un viejo y lujurioso cacique que organizaba el rapto de una bella joven para poder doblegarla a sus deseos. El rapto se llevaba a cabo después de una serie de vicisitudes, pero, al final, el cacique podía contemplar en su dormitorio a Alba, que así se llamaba la chica, desnuda y suplicante. Los ruegos, las quejas y las lágrimas sólo servían para excitar más al viejo, que cogía a Alba y la poseía de todas las maneras posibles e imaginables. A continuación, ordenaba que la encerraran en una celda, con el propósito de repetir la hazaña después de un sueño reparador. Pero Zozzo, que había entrado a escondidas en la casa del cacique, lo mataba después de batirse en duelo con varios de sus esbirros. Liberaba a la chica y esta, feliz y agradecida, se ponía a hacer con el caballero enmascarado cosas peores que las que el viejo la había obligado a soportar. Un pretexto estúpido para unas ilustraciones pornográficas. Pero ¿por qué razón Dindò había sentido la necesidad de escribir obsesivamente la palabra «justicia»? A lo mejor le había ocurrido lo que a ciertos espectadores de salas cinematográficas populares, que se meten tanto en la película que intervienen con comentarios, sugerencias y consejos dirigidos a las sordas sombras de la pantalla, las cuales siguen

inexorablemente el camino trazado por el destino y el guionista. Estaba casi convencido de esa última hipótesis. Fue a sentarse en su butaca habitual y encendió el televisor: había un debate político sobre el tema de si era lícito que un subsecretario en ejercicio participara en anuncios publicitarios remunerados. Apagó a medio programa, presa de un profundo desconsuelo. Llamó a Livia y le habló largo rato de Dindò. Le describió la sucia celda en la que vivía el muchacho y le preguntó:

—¿Puedes tú decirme por qué motivo a un pobre desgraciado como aquel muchacho le da de pronto por cantar en medio de semejante sordidez?

Y de Livia recibió una respuesta sencilla, que, precisamente por su sencillez, más aún, por su obviedad, tenía la fuerza de la verdad absoluta.

—¿Por qué motivo, Salvo? Por amor.

Un relámpago. Perdió el equilibrio y a duras penas consiguió mantenerse en pie agarrándose con la mano a la mesita. Todas las piezas del rompecabezas fueron colocándose a velocidad de vértigo en su lugar correspondiente, formando un cuadro lógico, un dibujo perfecto.

—¿Salvo? Salvo, ¿por qué no contestas?

No consiguió abrir la boca para decirle que aún estaba al aparato. Colgó.

* * *

Uno a uno, en el transcurso de la mañana, todos sus hombres fueron presentándose en la comisaría desolados y con las manos vacías: no habían conseguido localizar a Fonzio Aricò, el hombre con antecedentes penales que ejercía como cobrador de Gerlando Piccolo. Los vecinos de su casa llevaban una semana sin verlo. Decían que muchas veces se pasaba días y días sin aparecer. Y todos los hombres de Montalbano, después del informe negativo de sus pesquisas, esperaban una escena de furia incontenible; sin embargo, la respuesta del comisario fue serena y cortés:

—Muy bien, gracias.

Se quedaron tan pasmados que se preguntaron entre ellos si, por casualidad, no le habrían salido a su jefe los estigmas de la santidad.

Aquella misma mañana Montalbano hizo dos llamadas telefónicas: una al fiscal Tommaseo, muy larga, por cierto, pues este exigió muchas explicaciones, aunque al final pareció convencido. La segunda fue al jefe de

la Brigada Móvil, quien, por el contrario, no le pidió ninguna explicación. Dijo que sólo había un problema. ¿Durante cuánto tiempo necesitaría el equipo? El comisario contestó que el asunto se resolvería en cuestión de cuarenta y ocho horas. Ambos se pusieron de acuerdo.

A las cuatro de la tarde, un agente de la Móvil se presentó para entregarle las llaves de la casa de Gerlando Piccolo. Media hora después Montalbano llamó a Galluzzo y le comunicó, al tiempo que le entregaba las llaves, que Grazia podía regresar a casa cuando lo deseara.

—Mejor llámala desde aquí.

Cuando colgó, Galluzzo dijo que la joven quería regresar enseguida, cuando todavía hubiera luz, no porque tuviera miedo, sino porque le causaría menos impresión.

—Si me da usted permiso, la acompañaré yo en mi coche. En una hora como máximo estoy de vuelta.

—No es necesario que vuelvas. Cuando termines de ayudar a Grazia a instalarse, regresa directamente a tu casa. Si acaso, me llamas para decirme cómo ha reaccionado, si ha habido algún problema. Ah, dile también que nos llame si hubiera algo que la preocupara.

Galluzzo esbozó una sonrisa.

—Comisario, a esa chica no hay nada que la preocupe. Es muy valiente. Pero... ¿por qué tendría que preocuparse?

—Por Fonzio Aricò, por ejemplo. Nosotros no hemos conseguido localizarlo, pero quién nos dice que no está esperando el momento más adecuado para hacer acto de presencia...

La sonrisa de Galluzzo se esfumó.

—¿Y qué puede querer Fonzio de Grazia?

—No lo sé. A lo mejor, los papeles de Gerlando Piccolo. Si sabe jugar con ellos, pueden proporcionarle un buen beneficio.

—Muy cierto. ¿Quiere que me quede con ella esta noche?

—¿Y quién te dice que Fonzio va a presentarse precisamente esta noche? Mira, dile a Grazia que mañana pediré la orden del juez para incautarme de todos los papeles. De esa manera podrá estar tranquila. No, haz lo que te he dicho.

Galluzzo llamó a las siete y media. Acababa de regresar a su casa después de dejar a Grazia contenta de encontrarse de nuevo entre sus cosas. La otra llamada, la que Montalbano esperaba, la que confirmaría que su castillo de conjeturas no estaba hecho de papel de seda sino de cal y piedra, se produjo al cabo de una hora escasa.

—¿Comisario Montalbano? Ha llamado. Nada más oír una voz masculina ha dicho que finalmente había regresado a casa y que no había ningún tipo de vigilancia. Ha añadido que tenía que darle dos cosas. Luego el hombre ha dicho que iría a su casa poco después de la medianoche. ¿Qué hacemos ahora?

—Vosotros ya habéis terminado, gracias.

Habría tenido que experimentar otra sensación después de recibir la llamada que confirmaba sus suposiciones, y, sin embargo, lo asaltó una especie de náusea que le cerró la boca del estómago.

—¡Fazio! ¡Gallo!

—A sus órdenes.

—Id a casa a comer y después regresad aquí. Avisad a vuestras familias de que esta noche tendréis trabajo. —En un primer momento, los ayudantes del comisario se miraron con cara de sorpresa y después dirigieron los ojos con expresión inquisitiva al comisario—. Os lo contaré todo a vuestro regreso, no hay prisa. Pero, sobre todo, no digáis nada a nadie.

—¿Qué vamos a decir si no sabemos de qué se trata? —replicó Fazio.

El comisario también abandonó su despacho, pues notaba que le faltaba el aire. Al llegar a la altura de la *trattoria* San Calogero, titubeó un instante: ¿entrar o no? Pero la sensación de náusea se intensificó. Entonces se dirigió al puerto y se detuvo a contemplar a los turistas que embarcaban en el ferry para trasladarse a las islas. La mayoría eran jóvenes extranjeros armados con sus sacos de dormir. Seguramente no enriquecerían las islas con su dinero, pero sí con el esplendor de su juventud. Lanzó un suspiro y dio comienzo a su habitual paseo hasta la punta del muelle.

—Sólo son conjeturas mías, pero están empezando a confirmarse. En la casa de los Piccolo, adonde llega a los cinco años porque se ha quedado huérfana,

Grazia es tratada como una esclava. Me lo dijo ella misma y no creo que sea una exageración. Y, además, estoy convencido de que el tío Gerlando, siendo como era, debió de aprovecharse de la sobrina cuando todavía era una chiquilla. Después de la muerte de la tía, Grazia se convierte en la amante fija del tío cuando este no tiene otra cosa mejor a mano. Con el paso del tiempo, al principio de manera confusa y después con certeza, la chica siente que lo aborrece, pero no puede rebelarse, no tiene ninguna salida. Hasta que, entre ella y Fonzio Aricò, el cobrador, el hombre de confianza, surge un entendimiento, una pasión, lo que sea. El tío no se entera de nada. Él está en su despacho del piso de arriba chupando la sangre de la gente, mientras Grazia y Fonzio hacen lo que les da la gana en la planta baja. Un día, a Grazia o a Fonzio, eso ya lo aclararemos, se les ocurre una idea: librarse de Gerlando Piccolo y quedarse con su negocio. La herencia de Gerlando irá a parar sin duda a Grazia, pues el hombre no tiene otros parientes. Pero ¿cómo llevar a cabo sus propósitos sin despertar sospechas? Lo ideal sería que una tercera persona matara a Gerlando. Y entonces Grazia, y estoy seguro de que fue a ella a quien se le ocurrió la genial idea, se acordó de Dindò, el repartidor del supermercado, un adolescente con la mente de un niño. Empieza a mostrarse amable con él, le da confianzas y, cada vez que lo ve, le manifiesta un cariño paulatinamente más profundo. Y Dindò cae en la trampa y se enamora de ella. Entonces Grazia le confiesa que jamás podrá ser suya, pues es prisionera de su tío, el cual se aprovecha vilmente de ella y la obliga a hacer cosas repugnantes. Dindò se enfurece, se siente un caballero antiguo y promete liberarla matando al que la tiene prisionera. Lo jura una y mil veces. Durante unos días, Grazia finge querer disuadir a Dindò de su propósito y después le dice que si está verdaderamente decidido, ella puede facilitarle una de las armas que hay en la casa. Una vez efectuado el disparo, Dindò tendrá que llevarse el arma.

—Pero hemos encontrado todas las armas que había en la casa —terció Fazio—. Y con ninguna de ellas se efectuó el disparo que mató a Piccolo.

—Claro, porque el arma pertenece a Fonzio Aricò. La noche convenida, Grazia, tras terminar de trabajar en la cocina, abre silenciosamente la puerta principal y deja el revólver que le ha facilitado Aricò en el primer peldaño de la escalera.

—¿Puedo interrumpirlo? ¿Dónde está Fonzio mientras tanto? —preguntó Fazio.

—Creándose una buena coartada. Seguramente en un garito con otras cincuenta personas que declararán en su favor. Grazia quiere asegurarse de que Dindò realizará el disparo. Y por eso se encarga de que este la sorprenda mientras su tío la obliga a hacer las guarradas que tanto la repugnan y que ella misma le ha contado al chico. Y eso es, en efecto, lo que sucede.

—Un momento —dijo Gallo—. La posición del cadáver...

—Sé lo que estás pensando. Pero tú, Gallo, ya eres bastante mayorcito, me parece. Y por eso sabrás que, para hacer el amor, no es obligatoria la posición tradicional. —Gallo se ruborizó y no dijo nada—. Dindò se retrasa y Grazia, después incluso de haber finalizado la relación, sigue abrazando a Gerlando. Finalmente, llega Dindò, Grazia lanza un grito y se aparta, el chico dispara, deja el revólver en algún sitio y pone el dormitorio patas arriba para simular un robo. Pero en ese momento la furia de Dindò se desvanece de golpe, este se vuelve, mira al muerto, se da cuenta de lo que ha hecho, enloquece de desesperación y rompe los cuadritos y la pequeña imagen de la Virgen. Después huye de la habitación. Grazia se ve perdida. Piensa, tal vez con acierto, que tarde o temprano Dindò se vendrá abajo y lo contará todo. Abre el cajón de la mesilla de noche, coge el arma de su tío, persigue al muchacho y le pega un tiro, hiriéndolo de muerte.

—Eso no lo entiendo —dijo Fazio—. Si verdaderamente tenía intención de contarle todo, de entregarse, y si tuvo la fuerza de llegar hasta el lugar donde lo encontraron muerto, ¿por qué no se dirigió a una casa cualquiera, la más cercana, para pedir socorro?

—Porque en el momento en que la bala de Grazia lo hirió, Dindò se convirtió en adulto.

—No lo entiendo —murmuró Fazio.

—Hasta ese momento era un chiquillo enamorado que no sabía lo que hacía. Un segundo después comprendió que era un asesino manipulado como una marioneta. El disparo no lo hirió de muerte sólo en el cuerpo, sino también y por encima de todo en el alma, pues le reveló la traición de Grazia. Se dejó morir.

—Pero aunque Grazia no hubiera disparado contra él, ella y Fonzio debían de tener un plan por si Dindò hablaba —objetó Fazio.

—Claro. Tenían intención de librarse de él cuanto antes, tal vez simulando un accidente. Continúo. Grazia, al ver que Dindò huye, lo persigue, enciende la luz que hay delante de la casa, un testigo lo dijo, aunque el fiscal dio otra interpretación, pero el muchacho ya se ha puesto en marcha y ha desaparecido. Grazia ve la sangre que empapa la tierra pero ignora la gravedad de la herida. Y eso la preocupa, la pone nerviosa, la induce a cometer un error. El único en un plan perfecto. Vuelve a subir al dormitorio de su tío, a nosotros nos dirá que para ver si podía hacer algo por él, arroja al suelo el revólver con el cual ha disparado, coge las llaves de la caja fuerte, se dirige al despacho, se apodera del dinero que hay dentro, y debía de haber mucho, deja unas doscientas mil liras, vuelve a colocar las llaves en su sitio y, en ese momento, se da cuenta de que sobre la cama o en algún otro sitio se encuentra el arma con que ha disparado Dindò, la que le facilitó Fonzio. No sabe qué hacer; según lo acordado, Dindò habría tenido que llevársela y después Fonzio ya se habría encargado de recuperarla y hacerla desaparecer. Grazia, temiendo que el arma pueda conducir hasta Aricò, la esconde en la casa junto con el dinero. Una casa que nosotros no registramos porque, aparte del dormitorio y el despacho, no había ningún motivo para registrar lo demás.

—Pero ¿usted cómo sabe todo eso del arma? —preguntó Gallo.

—No lo sé, lo supongo. Y, si queréis que os diga la verdad, este es el punto más débil de mi reconstrucción. Pero si Dindò se derrumbó cuando todavía se encontraba en casa de Piccolo, lo primero que debió de hacer fue arrojar el arma lejos de sí. Sea como fuere, una vez escondidos el dinero y el arma, Grazia nos llama diciendo que han matado a su tío. Está muerta de miedo porque no sabe nada de Dindò y no sabe si este tendrá el valor de denunciarla, pero consigue dominarse. La noticia del hallazgo del cuerpo del muchacho se la comuniqué yo mismo y ella interpretó su papel a la perfección.

—Usted, *dottore*, ha dicho que esta reconstrucción suya está empezando a confirmarse. ¿Cómo? —preguntó Fazio.

—En cuanto Grazia se ha quedado sola en casa, ha llamado a Fonzio.

—¿Cómo lo sabe?

—He mandado pinchar el teléfono. Le ha dicho que acuda a la casa porque tiene que darle dos cosas. A mi juicio, el dinero y el revólver. Fonzio ha contestado que irá a verla pasada la medianoche.

—Y nosotros ¿qué hacemos?

—Vigilaremos por los alrededores. Con más paciencia que un santo, nos pasaremos unas cuantas horas tomando el fresco de la noche. Porque habrá besos, abrazos, un polvo de celebración y relatos recíprocos. Después, cuando salga Aricò, lo detendremos. Si le encontramos encima el dinero y el arma, está jodido. Con respecto al dinero, podrá defenderse diciendo que es suyo, que lo ha ganado en alguna timba, pero, con respecto al revólver, las pasará putas. Cualquier cosa será suficiente para demostrar que se trata del arma de la que salió la bala que mató a Piccolo. ¿Cómo podrá justificar que la tiene en el bolsillo?

—¿Y Grazia?

—A esa iréis a detenerla vosotros, yo no quiero mancharme las manos.

Montalbano acertó con pelos y señales. Fonzio Aricò llegó a las doce y media de la noche. La casa estaba totalmente a oscuras, la puerta se abrió, Fonzio entró y la puerta se volvió a cerrar. Al cabo de una hora, Montalbano, Fazio y Gallo empezaron a sentir los efectos del frío y a soltar maldiciones. No podían calentarse ni siquiera con el humo de un cigarrillo. A las tres y diez de la madrugada, el primero en darse cuenta de que la puerta se había abierto y a través de ella había salido una sombra fue el comisario. Fonzio se dirigió al coche, que había dejado en la carretera provincial. Llevaba un paquete en una mano. Cuando hizo ademán de abrir la portezuela, Fazio y Gallo se le echaron encima, lo arrojaron al suelo y lo esposaron. Todo ocurrió sin el menor ruido. En el bolsillo Fonzio tenía un revólver. Fazio lo cogió y se lo pasó a Montalbano.

—¿Sabes que con esto estás jodido? —le dijo el comisario.

Inesperadamente, Aricò esbozó una sonrisa.

—Lo sé muy bien —respondió.

En el interior de la caja de cartón había ochocientos millones de liras en billetes dispuestos en fajos. Fonzio Aricò, que era un buen jugador y sabía

por tanto cuándo estaba perdida la partida, ni siquiera intentó decir que el dinero era suyo.

En el coche habló sólo una vez.

—Por si le interesa, comisario, le diré que no he sido yo quien ha organizado todo este asunto. Ha sido esa grandísima puta.

Montalbano no tuvo la menor dificultad en creerlo. Ordenó que lo dejaran en la comisaría, subió a su coche y se fue a Marinella.

Una hora más tarde sonó el teléfono. Era Fazio.

—Ya hemos detenido a la chica.

—¿Qué estaba haciendo?

—¿Usted qué cree? Dormir como un ángel.

A la mañana siguiente, todo el mundo en la comisaría trató de consolar a Galluzzo, que se había encariñado con Grazia y no podía dar crédito a la historia. Por ese motivo, cada cinco minutos se asomaba al despacho de Montalbano para preguntarle con expresión desolada:

—Comisario, pero ¿está usted seguro de que es verdad?

Al cabo de una hora, el comisario ya no pudo aguantar más. Se levantó, salió y se fue a ver a Mimì Augello, que había sufrido una recaída.

—Pero ¿cómo es eso, Mimì, que antes no cogías ni un resfriado y ahora lo pillas todo?

—No consigo explicármelo, Salvo.

—¿Quieres que te lo explique yo? Tú somatizas las cosas.

—No te entiendo.

—Ocurre que tienes que casarte y pillas todas las enfermedades posibles para retrasar el día de la boda.

—¡No digas bobadas! Cuéntame lo del homicidio del usurero ese, ¿cómo se llamaba?, ah, sí, Piccolo.

Montalbano se lo contó. Y le contó también aquella cosa tan rara que le había ocurrido, cuando en la televisión Grazia le había parecido una chica de belleza extraordinaria, cuando en la realidad no lo era.

—Bueno —dijo Mimì—, se ve que la cámara te ha revelado el verdadero rostro de Grazia. A juzgar por tu descripción, esa chica es un verdadero

demonio. Los que saben de esas cosas la llaman la belleza del demonio.

Montalbano no creía en el demonio y menos en los lugares comunes, en las frases hechas ni en las ideas preconcebidas. Pero, por una vez, no protestó.

Un sombrero lleno de lluvia

No había podido evitarlo. Lo había intentado todo, pero cuantas más excusas buscaba y más obstáculos ponía, más se obstinaba el señor jefe superior Bonetti-Alderighi.

—No insista, Montalbano, lo he decidido así. Será usted quien exponga la propuesta al ilustre Subsecretario.

«No sé cómo se las arregla este hombre —se dijo el comisario— para hacerte comprender que cuando dice “Subsecretario”, utiliza la ese mayúscula».

—... Por otra parte, el problema lo ha planteado usted, ¿no? —terminó diciendo inevitablemente el jefe superior.

Pero ¿dónde estaba el maldito problema? Una desgraciada mañana, sin saber por qué demonios lo había hecho, contestando a una nota de su jefe había propuesto un sistema de agilización de ciertos trámites burocráticos relacionados con la inmigración ilegal. Al jefe superior la sugerencia le había gustado tanto que se la había comentado por teléfono «al ilustre señor Subsecretario».

—Tenga en cuenta, señor jefe superior, que al ilustre Subsecretario le importa un carajo la agilización de los trámites; a él sólo le interesa impedir la entrada en nuestro país de cualquier tipo de inmigrantes, sean ilegales o no. ¿No conoce sus ideas políticas?

—¡No se atreva a criticar, Montalbano!

Conclusión: el comisario tendría que trasladarse a Roma, permanecer allí por lo menos tres días y aclarar ciertos detalles al ilustre Subsecretario. Pero lo que más le atacaba los nervios era haber visto en el fondo de los ojos del cabrón de Bonetti-Alderighi un brillo de guasa: el jefe superior sabía muy bien lo reacio que era Montalbano a alejarse de Vigàta.

—Saldrá mañana mismo. Ya tiene aquí el billete.

Y seguramente sería de avión... No se atrevió a decirle al jefe superior que en los aviones siempre le entraba una profunda tristeza.

«*Supra 'a pasta, minnulicchi!*», sobre la pasta, almendritas, pensó amargamente mientras cogía el billete que le entregaba su jefe. Si no quieres taza, taza y media: el colmo de cualquier posible desastre.

En el aeropuerto de Fiumicino, mientras esperaba con paciencia de santo la aparición en la cinta de la maletita que estúpidamente no había querido llevar en la mano, encendió un cigarrillo. Una mujer muy elegante lo miró con desprecio y un señor muy fino que tenía al lado le dijo con voz sibilante:

—¡En el aeropuerto no se puede fumar!

Avergonzado, el comisario apagó el cigarrillo. Al cabo de media hora, todos sus compañeros de viaje ya habían recuperado su equipaje y se habían ido. A continuación, la cinta, tras efectuar tres o cuatro vueltas vacía, se detuvo, la luz amarilla que indicaba su funcionamiento se apagó y Montalbano comprendió que su maleta no había llegado y puede que en aquellos momentos estuviera volando rumbo a Burkina Faso o los Urales. En la oficina de equipajes perdidos, después de misteriosos conciliábulos y afanosas consultas, y tras haber puesto en duda que él hubiera embarcado en Palermo, le comunicaron que la maleta había sido cargada en un avión con destino a Vladivostok, pero que la cosa no era grave, que dejara su dirección en Roma y, en cuestión de tres o cuatro días como máximo, recuperaría su equipaje. Montalbano les facilitó, sin mucha convicción, su dirección de Vigàta y salió afuera a fumarse un cigarrillo. Ya no aguantaba más.

El taxi voló por la autopista, pero cuando entró en Roma, adoptó el paso de un cortejo fúnebre, solemne y neurótico: dos metros cada cinco minutos, colas desordenadas y asmáticas, calles reventadas a causa de improbables obras en marcha (no se veía por ninguna parte a los obreros), puentes que, debido a los numerosos elementos de protección provisional, apenas permitían el paso de una bicicleta...

—Roma se está poniendo más bella para el Jubileo, pero nosotros estamos cada vez más feos —comentó el taxista, contemplando los rostros de los demás desgraciados sentados al volante.

El taxímetro marcaba una suma equivalente a la mitad de su sueldo mensual. Pagó, bajó del taxi y vio que cerca del hotel había una tienda de

ropa de hombre. Otra de sus manías era la de cambiarse necesariamente cada día los calcetines, los calzoncillos y la camisa; si no, se sentía perdido y enfermo y tenía la sensación de que la piel se le volvía pegajosa y rezumaba grasa.

Por el aspecto de los escaparates dedujo que la tienda era demasiado elegante y cara, pero no le apetecía buscar otra. Entró, compró tres pares de calcetines, tres camisas, tres calzoncillos, tres pañuelos y una corbata, y cuando echó un vistazo al tique de compra que la sonriente cajera le entregó, comprendió que la broma iba a costarle la otra mitad de su sueldo mensual.

Salió casi huyendo de la tienda y chocó con un caballero que entraba a toda prisa.

—Disculpe —dijo el comisario.

—No se preocupe —contestó el hombre.

De repente, el señor lo agarró por el brazo y lo miró fijamente.

—Perdone, pero..., pero usted..., ¿usted es Montalbano?

El comisario lo miró de arriba abajo. El hombre, algo grueso y distinguido, tenía aproximadamente su misma edad.

—Sí —respondió.

—¡Salvuzzo de mi alma!

Perplejo, el comisario se vio repentinamente estrujado entre los brazos del desconocido y besado una y otra vez en las mejillas. De pronto, el hombre se echó hacia atrás, apartándose un poco pero sin soltar la presa.

—¡Lapis! —dijo.

—No tengo, si quiere un bolígrafo... —contestó Montalbano sin salir de su asombro.

—¡Tú siempre dándotelas de gracioso! Pero ¿cómo? ¿No me reconoces?

—No.

—¡Soy Lapis! ¿No te acuerdas de mí?

Y entonces se hizo la luz. ¡Ernesto Lapis! Ahora lo recordaba, aunque habría preferido no volver a recordarlo jamás. Era el clásico mal compañero de colegio, de los que te llevan por el mal camino; por su culpa, el pequeño Salvo recibía un día sí y otro también una azotaina de su padre, unas veces porque Lapis lo había obligado a fumarse una colilla de cigarrillo, otras porque Lapis lo había convencido de que era mejor *fari luna*, es decir, hacer

novillos para ir, por ejemplo, a robar garbanzos en los huertos, otras... Las raras veces en que Lapis había surgido en su memoria, siempre se había preguntado a qué cárcel habría ido a parar, pues no cabía duda de que esa sería con el tiempo su morada habitual, con lo vago y liante que era.

—¡Salvuzzo, querido, cuántos años! ¿Qué haces en Roma?

—He venido para...

—¡Cuánto me alegro! ¡Qué casualidad! ¿Eres cliente de esta tienda?

—Es que en Fiumicino me han...

—¿Ya has pagado? ¿Sí? Qué lastima, si hubiera llegado un poco antes, habría pedido que te hicieran descuento. Porque esta tienda es una de las más caras de Roma, aunque tienen cosas de mucha calidad.

—¿Tú eres cliente habitual?

—¿Yo? No, soy el propietario. Tengo otras dos como esta.

—Bueno, pues... —dijo Montalbano, iniciando tímidamente el proceso de la despedida.

—Te dejo ir, pero con una condición. Esta noche vienes a cenar a mi casa. Hablaremos de los viejos tiempos.

—Verás, Ernesto, es que yo...

—Nada de excusas. Vivo en el barrio de Prati. Aquí tienes la dirección.

Depositó en su mano una tarjeta de visita, volvió a abrazarlo y besarlo y desapareció en el interior del establecimiento.

El mal humor, negro como la tinta, del comisario viró a gris oscuro cuando, al llamar al Ministerio, averiguó que el ilustre Subsecretario lo recibiría a las catorce horas cuarenta y siete minutos de aquella misma tarde.

—Sobre todo, sea puntual —añadió con especial énfasis el segundo secretario del primer secretario del Subsecretario—, porque a las quince horas y cincuenta y nueve minutos sale para Bruselas.

Por consiguiente, no había ningún problema; al contrario, abrigaba la esperanza de poder tomar un avión con destino a Palermo a última hora de la tarde. Llamó por teléfono para cambiar el billete de vuelta, pero le dijeron que lo más que podían hacer por él era incluirlo en la lista de espera del último vuelo de la tarde. La perspectiva no le hizo ninguna gracia. No le

gustaba el concepto de «lista de espera», era como apuntarse voluntariamente a una lista de candidatos al desastre, esos de quienes los periódicos hablarían más tarde utilizando términos como «fatalidad» y «destino». Al final consiguió pasaje en un avión que salía a primera hora de la mañana siguiente. El humor se fue aclarando poco a poco de gris a rosa sucio. Comió bien (para comer mal en Roma habría tenido que proponérselo especialmente), y a las catorce y cuarenta minutos estaba sentado en la antesala ministerial. Siete minutos después, con una puntualidad alemana, fue recibido. El ilustre Subsecretario era más antipático de lo que el comisario había supuesto: se pasó media hora formulando preguntas, tomando notas y haciendo observaciones. Montalbano salió de la reunión con la certeza absoluta de «haber pasado la aguja sin hilo», según el dicho popular: aquel tipo pensaba que los inmigrantes eran una especie de enfermedad infecciosa de la cual había que protegerse. Con el corazón encogido, empezó a pasear por las calles de Roma. Aún no eran siquiera las cuatro. En un abrir y cerrar de ojos el cielo había adquirido un tono violeta y de un momento a otro se pondría a llover, pero una cegadora espada de sol traspasaba los edificios confiriéndoles tal luz que parecía que hubieran sido pintados por un representante de la escuela romana de Donghi. Siguió caminando hasta que se notó las piernas destrozadas. Llegó al hotel casi a las siete. El color violeta del cielo se había intensificado, pero aún no llovía. Se tumbó en la cama, llamó a Livia y se quedó dormido. A las ocho y media sonó el teléfono. Era Lapis. Estaba claro que el muy puñetero había deducido que se alojaba en el hotel que había al lado de su establecimiento.

—¿Qué haces? Estamos esperándote. Coge un taxi.

Colgó el teléfono soltando palabrotas. Había pensado llamar a Lapis y ponerle cualquier excusa para librarse de la cena, pero el sueño lo había traicionado. Ahora ya era demasiado tarde. Tenía que ir, no había más remedio.

Un cuarto de hora después el taxi lo dejó en piazza Mazzini. Via Costabella, adonde tenía que ir, no quedaba muy lejos, sólo debía recorrer via Oslavia, girar a la derecha por el viale Carso y luego nuevamente a la izquierda. Aquel barrio siempre le había atraído, le gustaban las anchas calles arboladas, con sus edificios de principios del siglo xx. Pero en cuanto dio tres

pasos por via Oslavia, comprendió que había cometido un error. En efecto, estaban empezando a caer unas gotas de lluvia, gruesas y escasas, pero era evidente que se trataba de la vanguardia, muy malintencionada por cierto, de un despiadado ejército, el cual pasó a la ofensiva, compacto y decidido, a la altura del semáforo de via Montello. En un santiamén, el comisario se quedó completamente empapado y con los calcetines chorreando en el interior de los zapatos. ¿Qué hacer? Apuró valerosamente el paso, giró a la derecha, por el viale Carso, hundiéndose en charcos sólo algo más pequeños que el mar Caspio o resbalando sobre peligrosas masas de barro, hojas y cacas de perro. Y entonces entró en liza un aliado de la lluvia, un viento glacial que lo sorprendió a traición por la espalda y lo empujó hacia delante. En la esquina con via Asiago, la gorra que se había encasquetado al salir del hotel decidió emprender la huida, a pesar de que pesaba media tonelada a causa del agua que había absorbido, y rodó por el suelo enfilando aquella calle en la que, como Montalbano había leído en algún sitio, se encontraban los estudios de la Radio. Echó a correr instintivamente en pos de la gorra, que finalmente se detuvo justo al lado de un sombrero caído boca arriba, incongruentemente abandonado, que se llenaba lentamente de lluvia. Como una célebre película que se titulaba justamente así: *Un sombrero lleno de lluvia*. El comisario miró a su alrededor: por regla general, un sombrero está colocado sobre la cabeza de alguien, especialmente cuando diluvia. Pero ¿dónde se hallaba ese alguien? Lo sintió de repente a su espalda, una voz alarmada que gritaba mientras él se agachaba para recoger del suelo la gorra y el sombrero:

—¡No lo toques!

Obedeció y se incorporó sosteniendo en la mano sólo la gorra. El propietario del sombrero llegó a su lado. Era un muchacho de veinte años con barba y pendiente que se quedó mirándolo con expresión airada. En ese momento, una ráfaga de viento empujó el sombrero contra los zapatos del comisario.

—Apártate —dijo el muchacho.

—No, señor —replicó el comisario, que cuando hacía mal tiempo, estallaba a la primera de cambio y acababa las discusiones de mala manera—. Te agachas tú y lo recoges.

Sin mediar palabra, el joven barbudo le soltó un puñetazo en el estómago, y mientras Montalbano doblaba la cintura a causa del dolor, recogió el sombrero y echó a correr, desapareciendo por una bocacalle. El comisario respiró hondo e inició la persecución. No pensaba consentir que el chaval se fuera de rositas. ¿Qué coño de comportamiento era aquel? Un drogata, casi con toda seguridad. Lo vio a lo lejos. Caminaba a paso rápido, y se internó por una callejuela que discurría entre una iglesia y el edificio de la Rai, el del caballo. Montalbano se dio cuenta de que estaba alejándose de via Costabella, pero la rabia que lo quemaba por dentro era demasiado fuerte. Como su joven agresor no pensaba que pudiera pisarle los talones, a pesar de que seguía lloviendo a cántaros, andaba ahora tranquilamente y sin prisa.

Tras cruzar el viale Mazzini, el muchacho tomó una calle que al comisario le pareció que se llamaba via Ruffini. Allí decidió afrontar la situación. Apuró el paso, y cuando estuvo a la altura del joven, dijo:

—¡Eh, tú!

El muchacho se detuvo y se giró. Reconoció a Montalbano, se quedó momentáneamente desconcertado y permaneció inmóvil justo el tiempo suficiente para que el comisario pegara un brinco hacia delante y le devolviera el puñetazo en el estómago.

El muchacho acusó el golpe, pero reaccionó de inmediato y le soltó un tremendo puntapié en la pierna izquierda. Montalbano, aguantando el dolor, se le echó encima. El joven lo cogió por el pelo y el comisario le metió un dedo en un ojo. Ambos cayeron al suelo rodando sobre el barro y el agua. Entonces una voz los paralizó:

—¡Alto ahí! ¡Policía!

Sólo en ese instante, mientras se quitaba de encima al muchacho, Montalbano se fijó en que había ido a pelearse justo delante de una comisaría.

Lo llevaron dentro, no demasiado amablemente que digamos, junto con el chico. Cuando les pidieron la documentación, el avergonzado comisario habría deseado que se lo tragara la tierra, pero no tuvo más remedio que identificarse. Lo acompañaron al despacho de su colega romano, un tal Di Giovanni, de quien Montalbano había oído hablar.

—No sé cómo disculparme. Estaba a punto de hacerle un favor a ese joven imbécil recogién­dole del suelo el sombrero que el viento se había llevado cuando me ha pegado un puñetazo sin ningún motivo. Créeme, Di Giovanni. Entonces lo he perseguido y atacado. Perdonadme todos, no tengo ninguna justificación...

—Vamos a ver a ese tipo —dijo Di Giovanni—. Le preguntaremos por qué la ha tomado contigo. Está claro que ese tío es un colgado.

No hizo falta que se movieran. Un inspector llamó con los nudillos a la puerta y entró.

—¿Sabe, *dottor* Montalbano? Acaba usted de detener a un camello al que buscamos desde hace tiempo. Llevaba la droga en el forro del sombrero. Se llama Antonio Lapis, es un tirado. Vive con sus padres aquí cerca, en via Costabella.

Montalbano se quedó helado.

—Creo... que conozco a su padre. ¿Es uno que tiene tiendas de ropa?

—Sí, señor. El padre es una bellísima persona, pero el hijo es un desgraciado.

Montalbano tomó una rápida decisión. La huida.

—¿Podríaís pedirme un taxi?

Al llegar al hotel le dijo al portero que no le pasaran ninguna llamada, se metió en la bañera y cerró los ojos. Ernesto Lapis no le vería el pelo, le faltaba valor para contarle lo ocurrido. Mejor quedarse en la bañera, dejándose llevar por la melancolía y esperando la llegada de los estornudos de un resfriado que ya se anunciaba con el típico picor de nariz.

El cuarto secreto

Uno

¿Por qué había acabado escondido a las tres de la madrugada en el interior de un portal, siguiendo los pasos de Catarella? Por más que lo intentaba, no conseguía comprenderlo, pero de dos cosas estaba seguro: en primer lugar, Catarella estaba llevando a cabo una acción desconocida que no habría tenido que llevar a cabo; y, en segundo lugar, sabía que su ayudante ignoraba que lo seguía. Pero ¿qué quería decir todo aquello? ¿Significaba que Catarella estaba haciendo algo malo? Vestido de uniforme y doblado por la cintura, el agente caminaba pegado cautelosamente al muro de una casa en ruinas con unos negros agujeros en lugar de ventanas. Cada vez más sorprendido, Montalbano observó que Catarella arrastraba la pierna izquierda y empuñaba el revólver. La calle estaba completamente desierta, y de las diez farolas que debían iluminarla, al menos cinco estaban apagadas. Catarella se detuvo de golpe, miró a su alrededor y se dirigió a un coche que había aparcado junto al bordillo de la acera. A pesar de la oscuridad, Montalbano creyó ver un movimiento en el interior del vehículo. En efecto, la puerta se abrió y bajó un hombre. Lo que ocurrió a continuación fue como de película americana: mientras el agente apuraba el paso para acercarse a él, el hombre levantó un brazo y efectuó un disparo. Debía de ser un arma de gran calibre, pues el agente, alcanzado en el pecho, fue arrojado contra el muro, que estaba situado a dos o tres metros de distancia. Antes de que Montalbano pudiera moverse, el hombre volvió a subir al coche y se alejó haciendo chirriar las ruedas. En dos saltos, el comisario llegó al lugar donde se encontraba Catarella, que permanecía tumbado en el suelo, con el rostro desencajado y una gran mancha oscura en el centro del pecho. Tenía los ojos cerrados y respiraba afanosamente.

—¡Catarè! ¡Dios bendito! ¡Catarè! —Catarella abrió los ojos y consiguió con un supremo esfuerzo enfocar la figura del comisario. Este se agachó a su lado—. ¡Catarè!

—¡Ah, *dottori*! ¿Es usía?

—Sí, Catarè, soy yo. ¿Qué ha ocurrido? —Catarella trató de hablar, pero un esputo de sangre que le salió por la boca se lo impidió—. Catarè, tranquilízate, llamaré...

—No, señor *dottori* —murmuró Catarella—, no llame a nadie, no hace falta. Es todo falso. ¿Todavía no se ha dado cuenta, *dottori*? Es puro teatro.

Montalbano se quedó desconcertado: estaba claro que el agente deliraba y que, a punto de morir, desvariaba. Pese a todo, no pudo reprimir el impulso de preguntar:

—¿Qué quiere decir eso de que es puro teatro? —Catarella torció la boca. ¿Era una sonrisa o una mueca de dolor? Montalbano insistió—: ¿Qué quiere decir?

—Estamos en una ópera en la que se canta, *dottori*. ¿No se ha dado cuenta de que la sangre de mi chaqueta es zumo de tomate?

Bajo la perpleja mirada del comisario, Catarella apoyó las manos en el suelo, se levantó, se ajustó la gorra del uniforme, que estaba torcida, se llevó una mano al pecho y se puso a cantar. A pesar de lo estrambótico de la situación, el comisario no pudo por menos que reconocer que Catarella, en su papel de Cavaradossi de «Tosca», tenía una bonita voz muy bien impostada.

—... *l'ora è fuggita e muoio disperato!*...

Y se desplomó. Montalbano comprendió inmediatamente que Catarella había muerto. Y se llenó de una furia incontenible.

—¡Catarè! —gritó.

En su grito había también horror, miedo y turbación.

Su propio grito lo despertó. Estaba empapado en sudor. Le costó abrir los ojos, parecía que tenía los párpados cerrados por un espeso y pegajoso pegamento. Había tenido una pesadilla, y comprendió inmediatamente la razón: la culpa era del medio kilo largo de habas frescas que se había zampado la víspera en la galería de su casa, junto con un trozo de queso de

oveja fresco que Adelina le había dejado en el frigorífico. La delicia de saborear unas habas frescas consiste también en el placer del doble desgrane, durante el cual uno saborea con el pensamiento aquello que al cabo de muy poco tiempo podrán saborear la lengua y el paladar.

En efecto: primero hay que desgranar la vaina del haba que, siendo ligeramente vellosa por dentro y por fuera, resulta muy agradable al tacto; después hay que pelar todas las habitas, las cuales, mientras lo haces, te envían unos verdes efluvios que te recrean el corazón. Y mientras desgranas, vas pensando. Y, a lo mejor, se te ocurre la idea adecuada y útil para cada ocasión: desde resolver una discusión con Livia a entender el porqué y el cómo de un homicidio. Antes de volver a dormirse, recordó que en otra ocasión había soñado que mataban a Mimì Augello en el transcurso de una emboscada. Se acordaba muy bien de que aquella vez la culpa la había tenido medio cabrito al horno acompañado de patatas.

* * *

Como era de esperar, la primera persona a la que vio al entrar en la comisaría fue a Catarella, que hablaba por teléfono en tono alterado.

—¡No, señor! ¿Cómo quiere que se lo diga? ¡Esta no es la empresa de pompas fúnebres Cicalone! ¡Esta es la comisaría de Vigàta en persona personalmente! ¡No, señor, usía se equivoca de número! ¿Quiere que se lo diga cantando?

Montalbano estaba convencido de que en Vigàta se había creado una asociación secreta de hijos de puta que se divertían llamando a Catarella y fingiendo equivocarse de número. Pero el verbo «cantar» había hecho que le volviera repentinamente a la memoria el sueño que había tenido.

—Catarella, ¿sabes que cantas muy bien?

Catarella, que estaba enjugándose el sudor de la frente que le había producido la complicada llamada telefónica que acababa de atender, lo miró perplejo.

—¿Usía habla conmigo personalmente, *dottori*?

—¿Y con quién quieres que hable, Catarè? ¡Aquí sólo estamos tú y yo!

—*Dottori*... —dijo Catarella, mirando a su alrededor y bajando la voz en tono conspirador—, pero ¿me ha oído usía cantar alguna vez?

—Sí.

—¿Y eso cuándo fue, *dottori*? —preguntó, muy preocupado, Catarella.

—Esta noche.

El agente lo miró estupefacto.

—*Dottori*, pero ¡si yo esta noche he estado en mi cama!

—Cierto. Te he oído cantar en sueños.

El rostro de Catarella pasó del estupor a la conmoción.

—¡Virgen santísima, *dottori*! ¡Ah, *dottori, dottori*, qué cosa tan bonita me está diciendo! ¡Usía sueña de noche conmigo!

Montalbano se azoró.

—Bueno, no exageremos..., no es algo que me ocurra siempre.

—Pero ¡esta noche ha soñado conmigo! ¡Y eso quiere decir que usía piensa a veces en mí, incluso cuando no estoy de servicio!

Montalbano comprendió que Catarella estaba a punto de echarse a llorar, abrumado por la emoción.

—Explícame una cosa —dijo para distraerlo—. ¿Por qué te preocupa tanto que alguien te oiga cantar?

Catarella lanzó un profundo suspiro.

—Ah, *dottori, dottori*, usía debe saber que cuando canto traigo mala suerte. Desafino tanto que, en cuanto me oyen, los perros se ponen a ladrar. ¿Quiere que le cuente una cosa? Una vez estaba en el coche de mi primo Pepè y, de pronto, me entraron ganas de cantar. En cuanto abrí la boca, mi primo se asustó, hizo una brusca maniobra y fuimos a parar a un barranco. Pepè se rompió de mala manera el hueso que está justo encima del culo, con perdón. ¿Cómo se llama? Ah, sí, el hueso sacrosanto.

Convencido de que a Mimì le haría gracia, Montalbano le contó el sueño. Sin embargo, el otro lo miró con expresión sombría.

—Yo creo en los sueños —dijo—. No en todos, claro, pero algunos acaban por resultar premonitorios. A mí me ocurrió hace poco. Soñé que un marido me sorprendía en la cama con su mujer. Y justo cuatro días después, el cornudo estuvo en un tris de sorprendernos, pero yo, recordando el sueño, conseguí escapar antes de que entrara en la casa.

—¿Y a eso lo llamas tú un sueño premonitorio?

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—Oye, Mimì, cuando soñé que te pegaban un tiro y te mataban, ¿eso fue a tu juicio un sueño premonitorio?

—No, porque nadie me pegó un tiro y me mató.

—Lástima.

La puerta del despacho se abrió con tanta violencia que golpeó con fuerza la pared, provocando el desprendimiento del escaso revoque que todavía quedaba en esa zona.

—¿Se te ha ido la mano? —preguntó con resignación el comisario.

—No, señor *dottori*, esta vez he patinado.

—¿Qué sucede?

—Acabamos de recibir un sobre urgente con la dirección de usted en persona personalmente.

—Bueno, pues dámelo.

—Voy a buscarlo.

—¿Sabes por qué a Catarella se le da bien el ordenador? —preguntó Montalbano a Mimì—. Porque su cabeza está hecha de la misma manera. Él me comunica que ha recibido un sobre para mí, pero si yo no le doy el visto bueno, no me lo entrega. —Catarella regresó, dejó el sobre encima de la mesa, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Montalbano se convirtió de repente en una estatua con la boca entreabierta—. ¡Catarella!

Su ayudante se detuvo y se volvió.

—A sus órdenes, *dottori*.

—¿Por qué arrastras la pierna izquierda?

—Me duele, *dottori*.

Había que facilitarle un nuevo *input* al ordenador.

—¿Y por qué te duele?

—Porque esta noche he tenido una pesadilla y he dado tantas vueltas que me he caído de la cama, *dottori*.

Montalbano no se atrevió a preguntarle qué clase de pesadilla había tenido. Sintió un molesto hormigueo en la columna vertebral y experimentó una repentina inquietud. Mimì Augello había observado la escena con creciente interés, pero esperó a que Catarella cerrara la puerta antes de hablar.

—Salvo, ¿quieres decirme una cosa? ¿En tu sueño Catarella cojeaba?
¡Qué policía tan hábil era Mimì Augello!

—No. —Bajo ningún concepto le habría dado una satisfacción. En ese momento apareció Fazio llevando sobre los brazos extendidos un enorme montón de papeles para firmar—. ¡No! —gritó el comisario, palideciendo.

—Lo siento —dijo Fazio—, pero hay que enviar los documentos hoy mismo. No hay más remedio —añadió, y depositó la pila de papeles sobre la mesa.

La carta recién llegada quedó sepultada debajo, y no afloró de nuevo a la superficie hasta que ya había oscurecido. Pero Montalbano estaba demasiado cansado y asqueado de su nombre y apellido: con sólo leer la dirección le entraron ganas de vomitar. La abriría a la mañana siguiente.

—¿Sabes una cosa muy graciosa, Livia? ¡Anoche soñé con Catarella! —En el otro extremo de la línea no hubo ninguna reacción—. ¿Oye?

—Estoy aquí.

—Ah, te decía que anoche...

—Ya lo he oído.

Estaba claro que la voz ya no procedía de Boccadasse, Génova, sino de una banquisa polar durante una tormenta.

—¿Qué ocurre, Livia? ¿Qué he dicho?

—Has dicho que has soñado con Catarella, ¿no te parece suficiente?

—Livia, no me digas que te has vuelto *foddri*.

—No me hables en dialecto.

—¡No me digas que estás celosa de Catarella!

—Salvo, a veces eres insoportablemente imbécil. No se trata de celos.

—Pues ¿de qué se trata?

—Tú jamás me has dicho que has soñado conmigo.

Era cierto. Había soñado con ella y seguía soñando, pero jamás se lo había dicho. ¿Por qué?

—Ahora que lo pienso...

Pero en el otro extremo de la línea ya no había nadie. Durante un segundo pensó en la posibilidad de volver a llamarla, pero lo dejó correr. Era evidente

que Livia no estaba de humor y cualquier palabra le serviría de excusa para iniciar una discusión. Por tanto, se sentó delante del televisor para ver el último telediario de Retelibera. Después de la sintonía, apareció su amigo Nicolò Zito anunciando que dedicaría el primer espacio del programa a un suceso que había acaecido aquella misma mañana, es decir, la caída mortal de un albañil desde un andamio. Retelibera había informado de aquella desgracia en el telediario de las ocho de la mañana y la había repetido en el de la una del mediodía. Sin embargo, no la había comentado en el noticiario de las cinco de la tarde... ¿Por qué? Porque en el cada vez más trepidante y convulso ritmo de nuestras vidas, prosiguió diciendo Nicolò, aquella noticia ya no era noticia. En cuestión de unas horas, había envejecido. Si volvía a comentarla, explicó, era porque había llevado a cabo una rápida investigación sobre cuántos de esos eufemísticamente llamados «accidentes laborales» se habían producido en el último mes en la provincia de Montelusa. Habían sido seis. Seis muertes causadas por la absoluta falta de respeto por parte de los propietarios de las empresas de las más elementales normas de seguridad. Sin previo aviso, el rostro de Nicolò fue sustituido por las escalofriantes imágenes de obreros destrozados y despedazados. Bajo cada una de ellas, la fecha del accidente y el lugar donde se había producido. Montalbano sintió que se le revolvía el estómago. Cuando Zito apareció de nuevo en pantalla, dijo que habían decidido emitir aquellas imágenes que habitualmente solían autocensurar para provocar en el telespectador un sentimiento de indignación.

—Esos empresarios son asesinos que, sin embargo, no pueden ser acusados de ningún delito —terminó diciendo Nicolò—. Cuando se crucen con ellos por la calle, recuerden estas imágenes.

En cambio, en Televigata aparecía el ilustre subsecretario Carlo Posacane inaugurando una obra pública, una especie de autopista que unía su pueblo natal, Sancocco, de trescientos trece habitantes, con un bosque de pilares de cemento armado cuya función no se especificaba. En presencia de trescientos paisanos suyos (puede que los trece ausentes votaran a la izquierda), el subsecretario dijo que él no estaba en modo alguno de acuerdo, sintiéndolo muchísimo, con su compañero de partido y ministro, quien había declarado que era necesario convivir con la mafia. No, había que luchar contra ella. Sólo que había que distinguir, no se podía generalizar. ¡Había hombres,

preclaros caballeros, dijo vibrando de desprecio el ilustre subsecretario, que siempre se habían batido por la justicia, llegando incluso a sustituir al Estado en las ocasiones en que este fallaba, y que habían sido pagados con el estigma infamante de «mafiosos»! Eso, con el nuevo Gobierno, jamás ocurriría, terminó diciendo el ilustre subsecretario en medio de una atronadora salva de aplausos. A su lado, Vincenzo Scipione, llamado 'u zu Cecè, hombre de respeto, gran valedor del subsecretario y titular de la empresa constructora, se enjugó conmovido una lágrima.

—¡Catarella!

En un santiamén, Catarella apareció en el hueco de la puerta, afortunadamente abierta.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Catarella, ¿adónde ha ido a parar el sobre que anoche dejé aquí, encima de la mesa?

—No lo sé, *dottori*, pero como esta mañana temprano ha venido la *polizia*, a lo mejor lo han dejado en otro sitio.

¿La policía? ¡A ver si el muy cabrón del jefe superior había hecho que registraran su despacho!

—¿Qué policía, Catarè? —preguntó, alterado.

—La policía que hace la *polizia* los lunes, miércoles y viernes, *dottori*, la misma de siempre.

Montalbano soltó una maldición. Cada vez que iban los de la limpieza, luego no encontraba nada sobre su escritorio. Entre tanto, Catarella se había agachado y vuelto a incorporar con el sobre en la mano.

—Se había caído al suelo.

Mientras el agente se encaminaba hacia la puerta, el comisario observó que cojeaba más que la víspera.

—Catarè, ¿por qué no vas al médico a que te vea esa pierna?

—Porque se ha ido.

—Pues vete a otro.

—No, señor *dottori*, yo sólo me fío de él. Es un primo mío por parte de padre, un «vitirinario» muy bueno.

Montalbano lo miró, estupefacto.

—¿Y tú te dejas curar por un veterinario?

—¿Por qué no, *dottori*, qué diferencia hay? Todos somos animales. Pero si me sigue haciendo daño, iré a una viejecita que sabe mucho de hierbas.

Era un anónimo escrito con letras mayúsculas. Decía lo siguiente:

EL DÍA 13 POR LA MAÑANA EL ALVAÑIL ALVANES PASARÁ A MEJOR VIDA CALLENDO DEL ANDAMIO. ¿ESO TAMBIÉN SERÁ UN ACIDENTE LABORÁL?

Dos

Con la frente empapada de sudor, cogió el sobre y examinó el sello.

La carta había sido enviada desde Vigàta el día diez. Un pensamiento repentino lo dejó helado: si lo hubiera leído la víspera, en lugar de despreocuparse y perder el tiempo, tal vez habría conseguido evitar la desgracia, o el homicidio, o lo que fuera. Pero inmediatamente cambió de opinión: aunque hubiera abierto el sobre enseguida no habría llegado a tiempo. A menos que Catarella hubiera tardado en entregársela.

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*! ¿Qué le pasa? ¡Lo veo muy pálido!

—Catarella, la carta que has encontrado hace poco bajo la mesa, ¿recuerdas a qué hora la recibiste ayer por la mañana?

—Sí, señor *dottori*. Era correo urgente. Correo especial. Poco después de las nueve.

—¿Y me la entregaste nada más recibirla?

—Claro, *dottori*. Enseguidísima. —Y añadió, un tanto ofendido—: Yo nunca retraso sus cosas.

Por consiguiente, jamás habría conseguido evitarlo. La carta había llegado con retraso, había tardado tres días en recorrer menos de un kilómetro, pues esa era la distancia que mediaba entre la oficina de correos y la comisaría. ¡Y lo llamaban correo urgente! En el sobre, también en letras mayúsculas, figuraba la dirección del remitente: ATTILIO SIRACUSA, VIA MADONNA DEL ROSARIO, 38. Llamó a Nicolò Zito. No había llegado todavía a su despacho, le dijo la secretaria. Trató de localizarlo en su casa. Habló con Taninè, la mujer de Zito, la cual le dijo que, por suerte, su marido había salido temprano.

—¿Por qué por suerte?

—Porque le dolían las muelas y nos ha tenido despiertos a todos. Menuda nochedita nos ha dado —contestó Taninè.

—¿Y por qué no va al dentista?

—Porque tiene miedo, Salvo. Ese es capaz de morir de un infarto de ver el torno del dentista.

Se despidió y colgó. Llamó a Catarella y lo envió a comprar el periódico, que dedicaba diariamente dos o tres páginas a la provincia de Montelusa. Encontró la noticia:

ACCIDENTE LABORAL MORTAL

Ayer a las siete y media de la mañana un albañil albanés de treinta y ocho años, Pashko Puka, que trabajaba legalmente en la empresa Santa María, de Alfredo Corso, cayó de un andamio en un chalet del pueblo de Tonnarello, situado entre Vigàta y Montelusa. Sus compañeros de trabajo, que acudieron de inmediato a socorrerlo, comprendieron inmediatamente que por desgracia ya nada se podía hacer por Puka. El juez ha abierto una investigación.

Y sanseacabó. Nueve líneas, incluyendo el titular, al final de la última columna de la derecha. La página rezumaba la más absoluta indiferencia hacia aquella noticia perdida entre artículos sobre la crisis de los ayuntamientos de Fela y Poggio, sobre la restricción del agua, que se distribuiría no cada cuatro días sino cada cinco, y sobre los preparativos para la fiesta de san Isidoro en Gibilrossa. Nicolò Zito había hecho bien en mostrar el día anterior las imágenes de los muertos en sus propios puestos de trabajo. Pero ¿cuántos telespectadores las habían visto y cuántos, por el contrario, habían cambiado de canal para recrearse la vista con el culo de una bailarina o llenarse las orejas con las vanas palabras de los hombres fuertes del nuevo gobierno?

Mimì Augello aún no había llegado. Llamó a Fazio y le entregó el periódico, señalándole la noticia. Fazio la leyó.

—¡Pobrecillo!

Sin decir nada, Montalbano le entregó el anónimo. Fazio lo leyó.

—¡Coño! —exclamó. Después pensó lo mismo que había pensado el comisario—. ¿Cuándo lo recibimos? —preguntó, trastornado.

—Ayer por la mañana, pero no lo he abierto hasta ahora. De todos modos, aunque lo hubiera leído, no habríamos podido evitarlo. Los hechos ya se habían producido.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Primero dime una cosa. Tonnarello está más cerca de Montelusa que de aquí. Nosotros no hemos sabido nada de ese accidente... o lo que sea; por tanto, quisiera saber quién ha intervenido.

—Comisario, allí cerca hay un cuartel de carabinieri. Los manda el comandante Verruso. Es una buena persona. Estoy absolutamente seguro de que se dirigieron a ellos.

—¿Podrías comprobarlo, de todos modos?

—Dos minutos, voy a hacer una llamada.

Simplemente por pasar el rato, porque estaba seguro de que el nombre que figuraba en el sobre era falso, Montalbano cogió la guía telefónica.

Sólo había un Attilio Siracusa, pero vivía en via Carducci. Marcó el número.

—¿Se puede saber quién carajo es y por qué carajo llama a este teléfono del carajo?

Un poco limitado el vocabulario del señor Attilio Siracusa, pero de eficacia indudable.

—Soy el comisario Montalbano.

—¿Y a mí qué carajo me importa?

Montalbano decidió luchar con las mismas armas.

—Oiga, Siracusa, no me toque los cojones y responda a mis preguntas; de lo contrario, voy para allá y le rompo el culo.

La voz de Siracusa adquirió de golpe un tono amable, ceremonioso y ligeramente agradecido por el honor.

—Ah, comisario, ¿es usted? Disculpe, he regresado a casa hace apenas un par de horas. Me he pasado toda la noche despierto en un maldito vuelo procedente de la India. Mire, usted no me creerá, pero el día diez por la mañana embarqué en Bombay y... Disculpe, cuando me pongo a hablar... ¿Qué quería de mí?

—Nada.

—Pero ¡qué carajo...! —exclamó el señor Siracusa mientras el comisario colgaba el auricular.

En ese momento regresó Fazio.

—Lo que yo suponía, comisario. Verruso acudió al lugar de los hechos.

—Eso quiere decir que nosotros quedamos fuera de esto.

—Si usted lo prefiere, sí.

—Explícate mejor.

—Estamos medio fuera y medio dentro, *dottore*. Fuera porque la investigación no es nuestra, y dentro porque nosotros sabemos algo que Verruso ignora. Es decir, que no ha sido una desgracia, sino un homicidio. A menos que se trate realmente de un accidente y ese tal Siracusa sea uno de esos que ven cosas en una bola de cristal.

—¿Y?

—Sólo tenemos dos caminos: o cogemos la carta, la quemamos y hacemos como si no la hubiéramos recibido jamás, o nos armamos de valor, porque hay que tener valor para hacer algo así, y enviamos la carta a los carabineros con los mejores saludos de la policía.

Montalbano permaneció un rato pensativo y en silencio, hasta que entró Augello, quien enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Queréis decirme qué pasa? —Montalbano se lo contó todo. El resultado fue que Augello también se quedó pensativo y en silencio. Pero, poco después, decidió hablar—. Podemos ganar tiempo sin hacérselo perder a Verruso. Conviene que nuestras relaciones con los carabineros estén presididas por la máxima lealtad.

—¿Cómo? —preguntó Fazio.

—Empecemos a movernos nosotros, llevemos a cabo alguna investigación para averiguar cómo están las cosas. Si están bien, es decir, si vemos que tenemos alguna baza en la mano, seguimos adelante y después Dios se encargará de aclarar la situación entre nosotros y el Cuerpo de Carabineros. Si, por el contrario, vemos que nos golpeamos contra un muro...

Dejó la frase sin terminar y Montalbano siguió adelante en su nombre:

—Les pasamos las diligencias a los carabineros y que se las arreglen ellos como puedan. Mimì, ¿quieres explicarme qué significa para ti la palabra

lealtad?

—Exactamente lo mismo que para ti —replicó este.

Entonces el comisario empezó a repartir las tareas. Del asunto se encargarían sólo ellos tres; no convenía armar alboroto, habría que actuar con cautela para que no llegara el menor rumor a los oídos del asesino o, peor todavía, a los de los carabinieri. Fazio tendría que dirigirse a via Madonna del Rosario, 38, y comprobar si vivía allí o si era conocido un tal Attilio Siracusa. Fazio trató de decir algo, pero el comisario lo cortó.

—Ya sé que es una pérdida de tiempo. Es un nombre tan falso como la dirección. Pero hay que hacerlo.

Mimì, por su parte, tendría que dirigirse con el sobre a la oficina de correos. No debía de haber muchas personas que utilizaran el correo urgente de Vigàta a Vigàta. Tendría que pedir que le entregaran el resguardo, el que había rellenado el remitente, y comprobar si el funcionario recordaba quién lo había entregado en ventanilla. Además, con carácter secundario y en tono totalmente amistoso, debería pedir que le explicaran cómo coño se las arreglaba una carta llamada urgente para tardar tres días en recorrer menos de un kilómetro.

—¿Y tú?

—Voy a Montelusa. Quiero hablar con Pasquano.

—Pero ¿a qué se dedica ahora? ¿A tocarles las pelotas incluso a los muertos de los demás?

—No, doctor Pasquano, deje que se lo explique. Se trata de un estudio estadístico que nos ha solicitado el Ministerio, y por eso...

—¿Cuántos albañiles albaneses caen de los andamios todos los años en Italia?

—No, doctor, el estudio se refiere...

—Mire, Montalbano, a mí usted no me toma el pelo. Si quiere que le diga algo, no me venga con historias. Hable claro.

—Verá, doctor, estábamos realizando una investigación acerca de un robo en una joyería en el que parece, repito, parece, que estaba implicado ese tal

Puka. Y hemos pensado que, a lo mejor, lo habían eliminado sus cómplices, eso es todo.

Dio resultado. Al doctor Pasquano se le pasó el enfado.

—¡En fin! No sé qué quiere que le diga. El cuerpo del pobrecillo presentaba fracturas y heridas compatibles con una caída desde unos veinte metros. Si la caída no fue accidental, sino que alguien lo empujó y lo hizo caer..., eso jamás podrá establecerlo ninguna autopsia. ¿Lo comprende? —El médico soltó una risita—. Por otra parte, para más información, ¿por qué no se dirige al comandante Verruso? ¿Quiere que le informe de que está usted investigando?

—Gracias —dijo bruscamente Montalbano, dando media vuelta para retirarse. Pero la voz de Pasquano lo detuvo y lo obligó a volverse.

—Hay algo que me ha llamado la atención. También se lo comentaré a Verruso... Iba habitualmente al pedicuro.

Montalbano lo miró, sorprendido. El doctor Pasquano extendió los brazos como diciendo que así estaban las cosas y que él no podía hacer nada.

Pensó que, a esas horas, tal vez Nicolò Zito ya habría llegado a su oficina. Como no tenía móvil, se detuvo delante de una cabina, bueno, delante de una de esa especie de perchas con dos teléfonos, uno a cada lado, en las que, si llueve, te empapas. Naturalmente, ambos estaban ocupados. Uno de ellos por una mujer negra que gritaba como una loca en un idioma incomprensible. El otro, por un campesino con boina, de unos setenta y tantos años, que mantenía el aparato pegado a la oreja sin decir nada. Se limitaba simplemente a escuchar. Al cabo de unos cinco minutos, mientras la negra gritaba cada vez con más furia, el campesino dijo «Vaya» y siguió escuchando. No había manera. Montalbano subió al coche y se detuvo delante de otra percha. Ambos teléfonos estaban libres. Corrió hacia uno de ellos y observó que había una lucecita roja encendida: estaba fuera de servicio. El segundo, en cambio, funcionaba, sólo que el comisario, tras una afanosa búsqueda, se dio cuenta de que no tenía la tarjeta. Mientras miraba a su alrededor en busca de un estanco, un individuo se acercó al otro teléfono y se puso tranquilamente a charlar. Montalbano se sintió invadido por una rabia incontenible. ¿Por qué la

había tomado con él aquel teléfono? ¿Por qué un momento antes había dicho que no funcionaba y un momento después se había puesto a funcionar perfectamente con otro? Descargó el auricular con tal fuerza contra la horquilla que pegó un brinco y se descolgó. Soltando reniegos, el comisario volvió a colocarlo en su sitio y subió al coche. Estaba a punto de arrancar cuando vio que el rostro del hombre que había estado hablando por teléfono se encontraba ahora a la altura de su ventanilla. Era un cincuentón con gafas, un manojito de nervios extremadamente delgado que lo miraba con expresión de reproche.

—¿Qué quiere?

—Que sea más educado.

—¿Qué le he hecho yo?

—A mí nada, pero ha estado a punto de estropear un servicio de utilidad pública. Por poco se carga el teléfono. —Sin duda tenía razón, pero a Montalbano el sermón no le hizo efecto. Si aquel hombre quería guerra, la tendría. Abrió la portezuela, bajó muy despacio del coche, se afianzó bien sobre las piernas y miró a los ojos a su coetáneo—. Se lo advierto antes de que actúe precipitadamente. Soy comandante de los carabineros —dijo el otro.

Montalbano se aterrorizó. Lo que faltaba, una pelea entre un comisario de la policía del Estado y un comandante de los carabineros. ¿Quién se encargaría de separarlos, la Policía Judicial? Lo mejor era dar por zanjado inmediatamente el asunto.

—Le pido disculpas, estaba muy nervioso y...

—Bueno, bueno, ya puede irse.

—¿Me permite una pregunta, mi comandante?

—Dígame.

—¿Cómo se las ha arreglado para hablar por el teléfono averiado?

—¿Hablar? No estaba hablando, sólo soltaba maldiciones porque el aparato no me daba línea. Después he visto la lucecita roja.

—O sea, que también usted se ha enfadado.

—Sí, pero yo no he intentado romper el aparato.

* * *

—Sí, señor comisario, el *dottor* Zito ha venido a la oficina, ha roto un jarrón, ha tirado al suelo unos papeles y se ha ido. Cuando le duelen las muelas es peor que el Orlando Furioso.

—¿Ha dicho adónde iba?

—Sí, a tirarse al mar. Es lo que dice siempre. No creo que aparezca por aquí, pues ha pedido que en los telediarios lo sustituya el *dottor* Giordano. Pero si puedo serle útil en algo, yo...

La secretaria de Nicolò era un encanto: una guapa treintañera que le tenía mucha simpatía a Montalbano.

—Pues verá, anoche Nicolò presentó un reportaje estupendo sobre los accidentes laborales.

—¿Quiere que le haga una grabación?

—Sí, pero mi petición es un poco más complicada. Nicolò montó las imágenes de todos los accidentes, seleccionando evidentemente un material más amplio que tenía a su disposición. ¿Es así?

—Sí, señor comisario.

—Lo que yo necesito es todo el material reunido, no sólo lo que se emitió anoche. Sé que será un poco largo y...

—¡En absoluto, comisario! —replicó sonriendo la secretaria—. El *dottor* Zito ya había pedido que realizaran ese trabajo, precisamente para elegir las imágenes más impactantes. La cinta está en el archivo. Lo único que hace falta es grabarla.

—¿Se tarda mucho?

—Diez minutos.

Cuando llegó a la comisaría, Fazio y Augello lo esperaban en su despacho.

—Antes de que empecemos a hablar debo hacer una llamada. —Marcó un número—. Doctor Pasquano, soy Montalbano. Doctor, se lo ruego, no me cuelgue. Sólo una pregunta y lo dejo tranquilo para que siga descuartizando un nuevo cadáver. ¿Todos los muertos en accidente laboral tenían los pies limpios? —Mientras Fazio y Augello lo miraban perplejos, Montalbano escuchó la airada respuesta del médico, dio las gracias y colgó—. Después os lo explico —dijo—. Fazio, empieza tú.

—Hay muy poco que decir. El número treinta y ocho de via Madonna del Rosario no existe. La calle termina en el número treinta y seis, que es una zapatería. El propietario se llama... —se interrumpió y sacó un trozo de papel del bolsillo— Vincenzo Formica, hijo del difunto Giovanni y de Elisabetta...

—¡Me cago en la mar, Fazio!

Interrumpido en mitad de uno de aquellos arrebatos censales que le daban de vez en cuando, Fazio enrojeció y se guardó el trozo de papel en el bolsillo.

—Nadie conoce a Attilio Siracusa. Ni siquiera figura entre sus clientes. He ido al número de la otra acera, que es impar, el treinta y uno. Es un barbero. Jamás han oído hablar del tal Siracusa.

—¿Y tú, Mimì?

—En la ventanilla del correo urgente sólo hay una funcionaria. ¿Habéis visto alguna vez a una bruja? Cuando la he visto, me han entrado ganas de escapar; sin embargo, es una criatura dulcísima y amabilísima.

—¿Acaso te has enamorado de ella, Mimì?

—No, pero uno jamás deja de asombrarse de lo mucho que engañan las apariencias. Tenías razón, Salvo, son muy pocos los que utilizan el correo urgente de Vigàta a Vigàta. Le he mostrado el sobre. Se acordaba muy bien. La carta se la entregó un chiquillo que se presentó con el impreso relleno y el dinero a punto.

—Y, de esa manera, nos han dado por aquel sitio —dijo Fazio.

—¿Y te ha explicado cómo es posible que la carta llegara con tanto retraso?

—Ah, sí —dijo Mimì—. Se ve que hubo huelga.

—Y quien envió la carta no lo sabía... —replicó Montalbano—. Por consiguiente, una cosa es segura. El falso señor Siracusa quería evitar el delito, porque está claro que se trata de un delito.

—¿Y ese asunto de los pies qué era? —preguntó Mimì.

Montalbano se lo explicó. Y añadió:

—Pasquano me ha dicho que los pies de los demás eran normales, unos más sucios y otros más limpios. Sólo Puka iba al pedicuro.

—Yo no me imagino a un albañil, tanto si es albanés como si no, yendo habitualmente al...

—A no ser —lo interrumpió Montalbano— que se hiciera pasar por albañil. ¿Qué acaba de decir ahora mismo el eximio *dottor* Augello, aquí presente, en un arrebatado de estremecedora originalidad? Que las apariencias engañan. O mejor: que no es oro todo lo que reluce. O mejor todavía: que el hábito no hace al monje.

Tres

Se zampó un buen plato de salmonetes fritos con la concentración de un brahmán hindú, esa que te hace levitar, sólo que la suya iba en dirección contraria, hacia el arraigo más profundo y terreno, es decir, hacia el penetrante aroma y el denso sabor del pescado, con la exclusión más absoluta de cualquier otro pensamiento o sentimiento. Consiguió incluso aislarse del ruido exterior de los coches y las voces, de la radio y los televisores a todo volumen, creando una especie de burbuja de silencio total. Finalmente se levantó no sólo saciado y satisfecho, sino con una sensación de absoluta plenitud. Nada más salir de la *trattoria* San Calogero estuvo a punto de ser atropellado por un coche que circulaba a toda velocidad y que esquivó por los pelos saltando a la acera. Su armonía con las esferas celestes se había quebrado de golpe. Para librarse de la inquietud que le había provocado su regreso al mundo después de aquel paradisíaco paréntesis, decidió dar su habitual paseo por el muelle hasta el faro. Una vez allí, se sentó en la roca de costumbre, encendió un cigarrillo y se puso a pensar. Muy bien, todo había empezado con una carta anónima que anunciaba un homicidio que posteriormente se había producido. Estaba claro que no se trataba de un desafío del asesino a la policía estilo «A ver si sois capaces de impedírmelo»; no, el anónimo comunicante no sólo no era un asesino, sino que había tratado de evitar un homicidio. Había tenido mala suerte y su carta no había llegado a tiempo. Aunque peor fortuna había corrido el pobre albanés Puka. No obstante, aquello no cuadraba. ¿Por qué le extrañaba tanto que un albanés fuera al pedicuro? ¡Eso era un pensamiento racista! ¿Por fuerza los albaneses tenían que ser feos, sucios y malos? No, lo que le había llamado la atención era que un albañil, fuera albanés o finlandés, acudiera al pedicuro. Pero eso era todavía peor: ¡era un pensamiento clasista!

«¿Por qué no vas a un pedicuro?», le había preguntado poco tiempo atrás Livia al ver que las uñas del dedo gordo de ambos pies eran cada vez más gruesas y se dirigían una hacia Levante y otra hacia Poniente.

Él no había querido ir porque le parecía cosa de ricachones o afeminados. ¡En resumidas cuentas, se trataba de una investigación basada en un prejuicio asentado sobre otro prejuicio!

No le apetecía regresar a la comisaría. Se sentía vacío por dentro. Llegó a la conclusión de que lo que estaba haciendo no era honrado, es decir, ocultarle al comandante de los carabinieri un elemento tan importante como la carta anónima. Pero su instinto de policía era como el de un perro, resultaba muy difícil hacerle soltar el hueso que había mordido. ¿Qué decisión tomar?

Se pasó un buen rato arrojando piedrecitas lisas a un tapón de botella que flotaba, pero no consiguió acertar ni una sola vez. Entre tanto, se había levantado un viento frío que provocaba rizos de espuma en el agua. Desde cabo Rossello se acercaban unas nubes negras cargadas de malas intenciones. Intuyó que debía hacer algo antes de que se desencadenara el diluvio. Tenía una desagradable sensación de urgencia, de prisa. Lo único que podía hacer era abandonarse a las sugerencias de su instinto, dejarse guiar por él mismo, seguir sus propios pasos. Regresó a la comisaría y llamó a Fazio.

—¿Puedes averiguar si la obra aún está precintada?

Lo estaba. Por consiguiente, no había obreros trabajando; como mucho podría encontrar al vigilante.

—¿Qué piensa hacer? ¿Ir a visitarla?

—Sí, antes de que empiece a llover.

—*Dottore*, procure que no lo reconozcan. Como Verruso se entere de que está usted husmeando por allí, se arma la de Dios es Cristo, téngalo por seguro.

Tardó unos veinte minutos en llegar a Tonnarello. El último kilómetro de camino era de tierra y estaba lleno de baches. Desde lo alto de una pequeña loma vio la obra, el edificio o lo que fuera que estuvieran construyendo en medio de aquel solitario y siniestro valle sin el menor paisaje alrededor. No

había ningún otro edificio ni cultivo de ninguna clase, sólo piedras blancas, pitas y chumberas. ¿A quién carajo se le había ocurrido construir una casa o lo que fuera en medio de aquel desolado pedregal? El lugar parecía más apropiado para un hospital especializado en enfermedades altamente infecciosas o para una cárcel de máxima seguridad. La obra estaba enteramente rodeada por una valla de más de dos metros de altura, hecha con tablas horizontales clavadas a intervalos regulares en unas estacas. En el centro del lado que veía Montalbano había una abertura muy ancha, evidentemente un paso para el acceso de los camiones y la entrada de los obreros. Entornó los ojos para ver mejor: el paso estaba efectivamente abierto, pero de uno a otro extremo habían tendido unas cuerdas de nailon blancas y rojas para indicar que estaba prohibida la entrada. Pero eso, por supuesto, no constituía ningún obstáculo. En el interior, nada más entrar, había un pequeño barracón de chapa metálica que debía de hacer las veces de despacho. A la izquierda y pegado a la valla había otro barracón más grande y alargado, probablemente el vestuario de los albañiles. Permaneció un buen rato mirando, pero no vio nada que se moviera; la obra estaba sin duda desierta, a no ser que hubiera alguien durmiendo en el interior de alguno de los barracones. Las nubes negras habían cubierto el cielo y se oía tronar a lo lejos. Montalbano subió al coche y condujo hasta la abertura de la valla. Un cartel de gran tamaño decía que se trataba de la construcción de un edificio destinado a «vivienda» cuyo propietario era un tal Giacomo di Gennaro. A continuación aparecía el número del permiso de obra, el nombre de la empresa constructora —la Santa Maria de Alfredo Corso— y el nombre del responsable del proyecto, el arquitecto Mario Mattia Manfredi. Montalbano bajó del coche, levantó una cuerda con una mano mientras bajaba otra con un pie y accedió al interior del solar. Se acercó a la puerta del barracón pequeño y vio que estaba cerrada con candado, lo mismo que la del barracón grande, sólo que en este había dos ventanucos y uno de ellos estaba parcialmente abierto. Echó a andar a lo largo del andamio y enseguida descubrió el lugar donde había caído el pobre Puka: en el suelo estaba dibujada la silueta de un cuerpo, y el polvo de la parte correspondiente a la cabeza estaba oscurecido por la sangre.

Luego levantó los ojos: más o menos a la altura del quinto piso faltaba una tabla de la pasarela, la exterior. Bajó nuevamente la mirada y vio la tabla, rota por la mitad, muy cerca de la silueta del cuerpo. Se acercó para examinar atentamente la línea de rotura: era irregular y no daba la impresión de que la hubieran partido a propósito. Por otra parte, la tabla era vieja. Por consiguiente, querían que pareciera que Puka caminaba por la pasarela y, de pronto, una tabla se había roto accidentalmente y el obrero había caído.

«Un momento —pensó el comisario—, si pretendían que pareciera eso, ¿habían pensado que Puka podía haber caído en la pasarela de abajo, llevándose un susto tremendo pero sin apenas sufrir daños?».

La llamada «dinámica» tenía que haber sido distinta; seguramente el asesino había tenido en cuenta ese detalle, pero no había manera de saberlo, como no fuera trepando por el andamio como un mono hasta el quinto piso. ¡Ni hablar! «Intentaré averiguar lo que han declarado los testigos a los carabineros a través de Fazio, que debe de tener algún buen espía en el Cuerpo», se dijo.

Fue su último pensamiento, pues a continuación el diluvio se desencadenó con violencia bajo la forma de una granizada con unos granos tan grandes que golpeaban la cabeza cual piedras. Maldiciendo, el comisario regresó corriendo al coche. Volvió a saltar el obstáculo de las cuerdas del precinto, abrió la portezuela, subió y puso en marcha el motor. Pero el coche no se movió. No se movió porque sus pies se negaron a pisar los pedales; el trasero le pesaba en el asiento como si fuera un bloque de cemento. Todo su cuerpo se rebelaba, no quería que abandonara aquel lugar.

«Bueno, bueno», se dijo. Y como si quisiera demostrarles a sus pies y a su trasero sus intenciones, viró ligeramente hacia el hueco abierto en la valla. Inmediatamente recuperó la normalidad. La intensidad de la granizada había aumentado y era inútil poner en funcionamiento el limpiaparabrisas, pues no habría servido de nada. Se movió a ciegas, rompió con el coche las cuerdas de nailon que precintaban la obra y llegó a la altura del ventanuco abierto en el barracón grande. Se acercó todo lo que pudo, se armó de valor, bajó, se subió al capó, resbalando, soltando maldiciones y poniéndose perdido, y se catapultó hacia el interior del ventanuco. Aterrizó lastimándose un hombro y le brotaron lágrimas de dolor. Se levantó. Estaba completamente empapado

de agua. Dentro reinaba la oscuridad más absoluta; la tormenta había logrado que anocheciera a las cinco de la tarde. Muy bien, y ahora que había obedecido, ¿qué otra cosa le sugería su cuerpo? Su cuerpo no le sugirió nada de nada. Pues entonces, ¿por qué lo había obligado a llegar hasta allí? Era como si estuviera en el interior de un tambor aporreado por centenares de tamborileros; el ruido del granizo sobre el tejado de chapa era insoportable. Medio sordo, ciego y dolorido, con los brazos extendidos hacia delante como un sonámbulo, avanzó tres pasos y, sin saber por qué, llegó al convencimiento de que el barracón estaba vacío. Entonces se encaminó a toda prisa hacia la puerta y se golpeó fuertemente la pierna izquierda contra el ángulo de una banqueta de madera. Justo en el mismo lugar donde dos días atrás se había hecho daño resbalando en el cuarto de baño. El dolor, muy agudo, le subió al cerebro y comprobó con horror que se había vuelto sordo. ¿Cómo era posible que un golpe en la pierna hiciera perder el oído? Entonces comprendió que el silencio de acuario que lo había envuelto de repente se debía a un hecho muy sencillo: había dejado de granizar. Alcanzó la puerta del barracón, buscó el interruptor, lo localizó y encendió la luz. No había peligro de que alguien la viera filtrarse a través de los ventanucos, nadie se acercaría a aquel horrendo barranco con un tiempo tan revuelto. El barracón estaba limpio y ordenado. Había una mesa alargada, dos bancos y cuatro sillas. Al fondo se veían tres cuartos: un retrete y dos duchas. Clavado a la pared que carecía de aberturas había un largo perchero. Cinco colgadores estaban ocupados por monos y prendas con manchas blancas de yeso, y encima de cada colgador había un clavo que sostenía un casco amarillo, mientras que el calzado de trabajo estaba en el suelo bajo el correspondiente mono. Los colgadores ocupados eran cinco, pero, entre el tercero y el cuarto había un hueco, sin casco, sin calzado y sin mono. Montalbano dedujo que aquel debía de ser el lugar asignado a Puka y que los carabineros se habían llevado los efectos personales del albanés. Ahora se oía desde el tejado una especie de música suave; se habría puesto a lloviznar ligeramente. Miró en las dos duchas, pero no encontró nada. Nada más entrar en el retrete, impecablemente limpio, le entraron ganas de mear. De manera instintiva, cerró la puerta. Cuando se volvió para salir, vio que la luz de la bombilla, que colgaba directamente del cable, producía un curioso reflejo de arco iris sobre

el metal de la puerta. Se detuvo un instante a mirar y observó que, un poco por encima del nivel de la cabeza de un hombre de estatura media, se veían unas manchas marrones que surgían de una pequeña hendidura en forma de media luna causada por algún objeto que había golpeado violentamente la puerta. Acercó el rostro hasta casi rozarlas con la nariz y ya no le cupo la menor duda, eran manchas de sangre coagulada que se habían conservado intactas sobre la superficie de hierro pintado; si la puerta hubiera sido de madera, tal vez las habría absorbido. Eran unas manchas bastante grandes, lo suficiente para poder analizarlas. ¿Cómo recogerlas? Tenía que regresar forzosamente al coche. Acercó una silla al ventanuco por el que había entrado, se encaramó a él y asomó la cabeza. Al parecer, había escampado y ya no llovía. Se levantó apoyándose en las manos, y cuando ya tenía medio cuerpo fuera, empezó a granizar con más fuerza que antes. El mal tiempo, o quien estuviera actuando en su nombre, le había tendido una emboscada. Empapado nuevamente de agua, subió al coche y sacó de la guantera un cortaplumas y un viejo sobrecito de plástico donde guardaba el resguardo del seguro. Se metió ambas cosas en el bolsillo, encendió un cigarrillo y esperó a que parara de granizar. Cuando lo hizo, se subió en difícil equilibrio sobre el capó, pero en cuanto inclinó el cuerpo hacia delante para agarrarse con las manos al ventanuco, le resbalaron los pies de común acuerdo y fue a golpearse la parte inferior del mentón contra el marco. Mientras caía sobre el barro entre el coche y la pared del barracón, se consoló pensando que las cosas le irían seguramente mejor que al pobre Puka.

* * *

Cuando lo que era una curiosa masa de barro semoviente y no un coche se detuvo delante de la comisaría, Montalbano estaba exhausto. La subida desde el barranco donde se encontraba la obra, derrapando y hundiéndose en el barro, le había costado un enorme esfuerzo, y, por si fuera poco, se le habían agudizado los dolores del hombro y de la pierna. En cuanto reconoció al comisario en la piltrafa que acababa de entrar, Catarella se puso a dar voces cual pavo al que estuvieran retorciendo el pescuezo.

—¡Virgen santísima, *dottori!* ¡Virgen santísima! ¿Qué ha pasado? ¡Está lleno de barro! ¡Tiene barro hasta en el pelo!

—Tranquilízate, no es nada, ahora me lavaré.

No hubo manera. Catarella se apresuró a coger del brazo al comisario, el cual trató inútilmente de zafarse de su captor. Juntos avanzaron por el pasillo en perfecta armonía, pues ambos tenían la pierna izquierda mala, y cuando daban un paso, se inclinaban simultáneamente hacia ese lado. Viéndolos por detrás, Fazio a duras penas pudo reprimir la risa.

Mientras Montalbano se lavaba en el cuarto de baño, Catarella lo sujetó por los hombros. El comisario, al comprobar que no conseguía quitárselo de encima, empezó a ponerse nervioso.

—*¡Dottori*, tiene todo el traje empapado! ¡Le va a dar algo! *Dottori*, ¿quiere que le traiga un coñac? *¡Dottori*, por favor, hágalo por mí, tómese una «aspirinina»! ¡Tengo en el cajón!

—Está bien, tráemela.

Montalbano se dirigió a su despacho, seguido por Fazio.

—Ya estaba empezando a preocuparme.

—¿Le has dicho a alguien que he ido a la obra?

—A nadie. Pero si hubiera tardado media hora más, habría ido a buscarlo. ¿Ha encontrado algo?

Estaba a punto de decírselo cuando llegó Catarella con un vaso y la aspirina en una mano y una galleta de anís en la otra.

—La galleta no la quiero.

—¡No, señor *dottori*! ¡Es una obligación! ¡Si usía no se mete algo en la tripa, puede que después, cuando se tome la aspirinina, le duela!

Con más paciencia que un santo, Montalbano obedeció. Sólo al final de todo el proceso Catarella se retiró, ya más tranquilo.

—¿Dónde está Augello?

—*Dottore*, ha habido un intento de atraco en la joyería Melluso. El dueño se ha puesto a disparar como un loco y los dos atracadores se han dado a la fuga. Las pistolas que llevaban estos eran de juguete, y, a juzgar por las descripciones de los presentes, se trata de dos chavales. Resumen: dos heridos entre los viandantes.

—¿El joyero tenía licencia de armas?

—Por desgracia, sí.

—¿Los atracadores eran forasteros?

—Por suerte, no. —Mentalmente, Montalbano aprobó tanto el «por desgracia» como el «por suerte». Habían sido mucho más expresivos que cualquier razonamiento—. ¿Y bien? —preguntó Fazio, que ya no conseguía reprimir la curiosidad.

—He llegado a una primera conclusión —respondió el comisario—, pero no me apetece contártela.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque después tendré que repetírsela a Mimì, y me fastidia.

Fazio lo miró, fue a cerrar la puerta, regresó, se situó junto al escritorio y se puso a hablar en dialecto.

—*Pozzu parlari da omu a omu?*

—Por supuesto que podemos hablar de hombre a hombre.

—Usía no debe aprovecharse del hecho de que aquí todos lo queremos mucho y vamos de culo para satisfacer sus caprichos. ¿Hablo claro?

—Sí.

—Pues entonces procure librarse del mal humor que le ha causado tener que comerse la galleta de anís y cuénteme qué ha encontrado en la obra. Y si a usía le molesta tener que contarlos dos veces, al *dottor* Augello se lo contaré yo.

Montalbano se rindió y le reveló con todo detalle a Fazio lo que le había ocurrido, lo que había hecho y lo que había encontrado.

Al final sacó del bolsillo el sobrecito de plástico y se lo entregó a Fazio. La sangre se había pulverizado y se había convertido en una línea casi invisible de polvo oscuro a lo largo del borde inferior del envoltorio.

—Guárdalo tú, Fazio. Tiene mucho valor. Si la sangre pertenece a Puka, como yo creo, es una prueba fundamental.

—¿De qué?

—De que el albanés fue asesinado. Mira, en mi opinión, Puka fue sorprendido y atacado por el asesino mientras se encontraba meando en el retrete. Puka, vestido con la ropa de trabajo, pero todavía sin el casco protector, deja la puerta del retrete abierta, llega el asesino y le descarga un fuerte golpe en la cabeza con un tubo de hierro. Sin embargo, antes ha cerrado la puerta a su espalda.

—¿Por qué?

—Porque cualquiera que pase por delante de la puerta del barracón puede ver el interior del retrete. Es una precaución justificada. Puka cae muerto sobre la taza del váter y el asesino lo saca fuera para preparar el montaje. Debía de tener por lo menos un cómplice. Antes de dar la voz de alarma ante la falsa desgracia, limpian cuidadosamente el retrete, pero no se fijan en las manchas de la puerta porque, durante la labor de limpieza, ha permanecido abierta.

—Pero ¿cómo es posible que la sangre haya ido a parar allí?

—Yo la he visto por casualidad, atraído por un efecto de la luz. El asesino descarga el primer golpe y vuelve a levantar el tubo de hierro para asestar un segundo. Pero como el espacio es muy reducido, el hierro golpea contra la puerta cerrada, provocando en ella una pequeña hendidura en forma de media luna, y, con el golpe, la sangre que había en el tubo de hierro salpica a su alrededor. Sin embargo, el segundo golpe ya no es necesario, Puka tiene la cabeza completamente abierta.

Entonces se abrió la puerta y entró Augello.

—Fazio me ha dicho que has ido a la obra. ¿Qué has encontrado?

Montalbano se levantó.

—Nos vemos mañana —dijo.

Y se fue.

Cuatro

Seis accidentes laborales en un mes sólo en la provincia de Montelusa es una cantidad considerable. Si seguía esa proporción, ¿cuántas serían las desgracias laborales en toda Italia? ¿Se sabía? Sí, de vez en cuando alguien lo comentaba en la tele y después aparecía el compungido rostro de la periodista proclamando *urbi et orbi* que el número era sin duda elevado, pero se mantenía dentro de los límites de la media europea. Y ahora, pasemos al deporte. Y adiós muy buenas. Pero ¿cuál era la media europea si se podía saber? No, señor, eso no se decía. Porque el cuento de la «media europea» se había convertido no sólo en una estupenda coartada, sino también en un elemento de profundo consuelo. ¿Que el desempleo había aumentado un cuatro por ciento? No hay que preocuparse, pues sólo es ligeramente superior a la media europea, una nadería. En cambio, los accidentes de tráfico no, esos eran ligeramente inferiores a la media europea, pero, tranquilos, el Gobierno tomaría medidas: tenían previsto obligar a circular como mínimo a ciento cincuenta kilómetros por hora para que, de esa manera, Italia fuera competitiva con los demás países de esa preciosa Europa que quieren los bancos. Y, además, ¿por qué se empeñaba en llamarlas desgracias? No, Nicolò Zito lo había dicho muy bien: eran homicidios, y así tenían que ser considerados. Todos esos pensamientos cruzaron por su mente mientras se zampaba un plato de deliciosos y tiernos pulpitos que le había preparado Adelina, y poco a poco se le fue pasando el apetito hasta desaparecer por completo. Se levantó, despejó la mesa y se tomó un café para quitarse el amargo sabor que le había quedado en la boca. Después puso la cinta que le había facilitado la secretaria de Nicolò, se sentó y empezó a verla.

La primera muerte que se analizaba era la de un pobrecillo que había caído en el interior de un pozo negro. La segunda, la de un padre de tres hijos

que se había quemado vivo. La tercera se había debido a la rotura de un cable que sostenía una viga de hierro, la cual había aplastado a un obrero que estaba debajo. La cuarta había sido una muerte, por así decirlo, menos original: se trataba de la acostumbrada e insignificante caída desde un andamio. La quinta presentaba cierta originalidad: un albañil era sepultado en cemento por un compañero que no se había percatado de su presencia. ¿Cómo se titulaba aquella novela del escritor italoamericano Pietro di Donato en la que se narraba un hecho parecido? Ah, sí, *Cristo entre los albañiles*. Incluso la habían convertido en una bonita película. La sexta y última era la de Puka.

De ver aquella carnicería se le había revuelto el estómago. Necesitaba un descanso. Salió a la galería, la noche era preciosa. Bajó a la playa y paseó muy despacio por la orilla del mar. Estuvo media hora larga paseando y, poco a poco, el aire salado le despejó la mente. Regresó a casa, encendió el televisor y contempló una y otra vez las imágenes que captaban a Puka muerto. Durante el paseo debía de haber cogido frío, pues en el hombro lastimado empezó a notar punzadas de dolor. Visionó y volvió a visionar las imágenes unas diez veces, adelantando y retrocediendo, parando y acelerando hasta que los ojos se le empezaron a cerrar. No había nada fuera de su sitio. ¿Querían que pareciera una desgracia? Pues parecía una desgracia. Comparó las imágenes de Puka con las del otro albañil que también había caído desde un andamio, Antonio Marchica. Bueno, si algo se podía decir era que el cuerpo de Puka, la posición de sus brazos y piernas era tan idéntica a lo que uno podía esperar en semejantes circunstancias, que resultaba falsa. Parecía puesto allí por un director de cine para rodar una escena. Los brazos de Marchica no se veían, pues estaban debajo del cuerpo. En cambio, el brazo derecho de Puka formaba un perfecto arco por encima de su cabeza mientras que el izquierdo estaba alineado con el cuerpo, ligeramente separado. El rostro de Marchica no se distinguía porque estaba hundido en la tierra, mientras que Puka estaba de perfil y se apreciaba buena parte de la herida de la cabeza. A Montalbano no le habría sorprendido oír la voz de alguien gritando: «¡Silencio! ¡Acción!». Sin embargo, se preguntó: «Si no hubiera recibido el anónimo que me ponía sobre aviso, ¿habría tenido la misma sensación de montaje, de teatro?». No supo responder. Miró el reloj, ya eran

las dos. Apagó el televisor y se fue al cuarto de baño. Le dolía mucho el hombro y buscó largo rato en el botiquín una pomada que Ingrid le había aplicado una vez justo en aquel mismo hombro y que tan bien le había ido. Como es natural, no la encontró. Se fue a la cama y, tras haber dado vueltas y más vueltas para encontrar la posición menos dolorosa para el hombro, finalmente se durmió.

Él y Livia estaban al borde de un acantilado contemplando el mar que se extendía a sus pies. De repente, se oyó un sonoro «crac».

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Livia, asustada.

Y en ese momento se dieron cuenta de que no se encontraban al borde de un precipicio, sino subidos a un andamio de tubos de hierro y tablas de madera. El siniestro crujido procedía de la tabla sobre la cual ellos tenían los pies.

«¡Craaac!», repitió la tabla, rompiéndose, y ambos se precipitaron al vacío.

La caída era interminable. Una vez superado el susto inicial y al ver que caían en algo que parecía no tener fondo, se acostumbraron en cierto modo a la situación. Descendían lenta y pausadamente, casi como si la fuerza de la gravedad se hubiera reducido a la mitad.

—¿Cómo estás? —preguntó Montalbano.

—Por ahora bien —contestó Livia.

Puesto que se encontraban el uno al lado del otro, caían cogidos de la mano. Después se abrazaban. Y luego se besaban. A continuación, se quitaban la ropa, y las prendas flotaban en el aire a su altura. Cuando llevaban cinco minutos haciendo el amor, aterrizaban finalmente sobre una red de circo, rebotando en ella entre risas hasta que alguien gritaba:

—¡Esposas! ¡Que les pongan unas esposas! ¡Esas cosas no se hacen en público! ¡Quedan detenidos!

El que gritaba era el comandante de los carabineros que le había echado una bronca en Montelusa por haber colgado violentamente el teléfono. Se despertó maldiciéndolo.

Se le ocurrió una idea descabellada. Eran las cuatro de la madrugada. Se levantó, se fue a la otra habitación y marcó un número de teléfono. La adormilada y pastosa voz de Livia contestó al sexto tono, cuando el comisario ya estaba empezando a extrañarse de que a aquella hora aún no hubiera regresado a casa.

—¿Quién demonios es?

—Soy Salvo.

—¡Vete a hacer puñetas! ¡La madre que te parió!...

Se había equivocado de número, aquella no era la voz de Livia. Pero le sirvió para que se le pasaran las ganas de marcar el número correcto. Se había desvelado por completo. Fue a la cocina a prepararse un café y observó horrorizado que en el bote sólo quedaba un poco, insuficiente incluso para una tacita. Se vistió soltando palabrotas. A cada movimiento que hacía experimentaba una lancinante punzada en el hombro. Subió al coche y se dirigió al puerto, donde había un bar abierto toda la noche. Pidió un café doble muy cargado, compró por si las moscas cien gramos de café molido, se encaminó hacia el coche y se quedó petrificado. Lo había aparcado muy cerca de dos palos que sostenían un letrero que había al lado de la puerta de un recinto de madera. Aquello también era una obra. Miró el cartel. La idea que se le había ocurrido resistió el segundo y el tercer análisis. ¿Por qué no comprobarlo? Podía ser un camino.

El brazo izquierdo le colgaba inerte al costado porque, en cuanto lo movía, el hombro le dolía tanto que parecía soltar alaridos de rabia. Conducir desde Marinella hasta la comisaría le supuso un esfuerzo tan grande que tuvo dificultades para bajar del coche. Catarella, que se encontraba casualmente en la entrada, corrió a su encuentro.

—¡Ah, *dottori*, *dottor*! ¿Todavía le duele? —preguntó, tratando prácticamente de cargárselo sobre los hombros—. ¡Apóyese! ¡Apóyese en mí! ¡A mí ya se me ha pasado el dolor de la pierna! ¡Ahora ya estoy bien!

—¿Anoche fuiste a ver a la viejecita?

—¡Sí, señor *dottori*! ¡Me hizo un emplasto nocturno para que lo llevara por la noche y esta mañana ya estaba perfectamente sano!

¿Cómo era posible? El comisario miró cautelosamente a su alrededor como si fuera un conspirador y preguntó en voz baja:

—¿Me acompañas allí esta noche?

Catarella se quedó sin respiración.

—¡Virgen santísima, *dottori*, qué honor tan grande para mí!

—Pero, sobre todo, Catarè, nadie tiene que saberlo.

—Soy una tumba, *dottori*.

Le contó a Fazio los detalles de la cinta que había visto. Después le dijo que, como no tenía café en casa, a las cuatro de la madrugada se había levantado y se había ido al bar del puerto.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Fazio.

—Vaya si tiene. Había aparcado el coche junto a dos postes que sostenían el letrero de una obra donde figura el nombre de la empresa constructora, el permiso de obras y todo lo demás, ¿sabes?

—Sí, señor, ¿y qué?

—En la cinta de las llamadas «desgracias» esos datos no constaban. Tienes que facilitármelos tú. —Sacó una hoja del bolsillo y se la entregó a Fazio—. Aquí he anotado los lugares donde ocurrieron los accidentes y los nombres de las víctimas. Quiero saberlo todo, los nombres de las empresas constructoras y de los que encargaron las obras, el número de los permisos... ¿Me he explicado bien?

—Sí, pero ¿para qué lo quiere?

—Quiero ver si tienen algún punto en común.

—Uno sí tienen —dijo Fazio.

—¿Cuál?

—La muerte.

En ese momento la puerta del despacho se abrió violentamente, pero en lugar de golpear contra la pared, golpeó contra un montón de papeles para firmar que Fazio había depositado en el suelo y rebotó con la misma violencia tratando de cerrarse de nuevo, aunque no lo consiguió porque en su

trayectoria encontró un obstáculo: el rostro de Catarella, el cual soltó una especie de agudo relincho mientras se cubría la cara con una mano.

—¡Virgen santiiiísima! ¡Se me ha chafado la nariz! —Pero ¿qué era aquello? ¿Una comisaría? Aquello parecía más bien un laboratorio de gags cinematográficos que Charlot hubiera envidiado. Montalbano esperó con la paciencia de un santo a que Catarella se taponara la nariz chafada con un pañuelo—. *Dottori*, pido perdón, pero ha llegado un comandante de los carabinieri que quiere hablar con usted en persona personalmente. Dice que se llama Verruso.

¿Verruso? ¿No era ese el nombre del comandante encargado de investigar la muerte de Puka? ¿Qué coño querría?

—Dile que no estoy. —Pero inmediatamente se arrepintió—. No, Catarè, hazlo pasar.

El comandante, vestido de uniforme y con la gorra bajo el brazo izquierdo, apareció en la puerta con el brazo derecho extendido.

—Ah, ¿es usted?

El comisario, que se incorporaba para saludar, se quedó paralizado a medio camino con el brazo derecho extendido. El comandante era la misma persona que le había echado un rapapolvo en Montelusa por la cuestión del teléfono. Y también era el mismo —aunque eso Verruso no lo sabía— que se le había aparecido en sueños y lo había despertado mientras hacía el amor con Livia.

Después el fotograma congelado volvió a cobrar vida. Montalbano rodeó el escritorio, el comandante avanzó cuatro pasos y finalmente sus manos se estrecharon. Ambos esbozaron una sonrisa tan falsa como un Rolex fabricado en Nápoles.

Se sentaron.

—¿Le apetece beber algo?

—No. —Transcurrieron diez segundos largos antes de que el visitante añadiera—: Gracias. —¡Madre mía, qué soso era aquel hombre! Montalbano decidió no hacer preguntas y que el otro se las arreglara como pudiera para empezar la conversación—. Disculpe, *dottore*, pero ¿está usted investigando sobre Pashko Puka?

—¿Sobre quién?

Se felicitó a sí mismo, la expresión de asombro le había salido francamente bien. Aunque tal vez fuera un error, pues el comandante lo miró y pasó al ataque directo.

—Señor comisario, se lo ruego. He hablado con el doctor Pasquano, el cual me ha informado, como era su deber, de que usted fue a visitarlo, le pidió los resultados de la autopsia y le dijo también que, a lo mejor, Puka estaba implicado en asuntos de robos.

Montalbano se vio perdido. El muy hijo de puta de Pasquano lo había traicionado. ¿Y ahora qué le decía al comandante?

—Verá, me llegaron rumores, sólo rumores, que conste, de que ese albanés, junto con otros elementos del hampa local, había participado...

—Comprendo —lo interrumpió Verruso en tono muy seco. Montalbano tenía la boca áspera, como si se hubiera comido una fruta ácida. Era evidente que el comandante se estaba enfadando y no lo creía—. ¿Sólo rumores?

—Sí, sólo vagos rumores.

—¿Y correo no?

Si el comandante le hubiera pegado un tiro en la cabeza, el asombro de Montalbano no habría sido mayor. ¿Qué significaba aquella pregunta? ¿Adónde quería ir a parar? En cualquier caso, Verruso estaba demostrando ser muy peligroso. Mientras él se devanaba los sesos en busca de una respuesta, Verruso se abrió un bolsillo de la casaca, sacó una carta y la depositó sobre la mesa. Montalbano le echó un vistazo y se quedó helado: era idéntica a la que él había recibido.

—¿Qué es? —preguntó, simulando sorpresa, aunque esa vez su interpretación fue de comicastró.

Estaba claro que al comandante no le apetecía perder el tiempo.

—Debería saberlo. Usted ha recibido otra igual.

—Perdone, pero ¿a usted quién se lo ha dicho? ¿Acaso tiene un topo en mi comisaría? —inquirió Montalbano levantando la voz.

—Le aconsejo que lea la carta.

—No hace falta, puesto que, según usted, yo he recibido otra igual —replicó el comisario, tratando de conferir a sus palabras un tono sarcástico.

—En esta hay una posdata.

La había. Y decía lo siguiente:

LE ADBIERTO QUE E MANDAO LA MISMA CARTA AL COMISARIO MONTALVANO
POR SI USTED QUISIERA PASARSE DE LISTO.

Se hizo el silencio.

—¿Y bien? —preguntó Verruso.

El comisario no sabía qué hacer. No cabía duda de que su comportamiento no había sido correcto. Su deber habría sido entregar la carta a los carabineros y mantenerse al margen. Si reconocía haberla recibido, cabía la posibilidad de que el comandante lo denunciara al jefe superior de policía, y entonces se armaría la gorda.

Y Bonetti-Alderighi, el jefe superior de policía, no perdería la ocasión de acabar con él dándolo de baja. Había cometido un delito, no tenía excusa. Pues bien, si tenía que pagar, pagaría.

—Sí, la he recibido —dijo en voz tan baja que casi ni él mismo se oyó.

Pero el comandante lo había oído muy bien.

—Supongo que sabe que su obligación era entregarla de inmediato a mis jefes, ¿no?

Hablaba con el mismo tono antipático que había utilizado para echarle una bronca por lo del teléfono. El mismo que en el sueño, que le había impedido terminar de hacer el amor con Livia. Fue ese recuerdo, por encima de todo, lo que hizo que la sangre se le subiera a la cabeza.

—Lo sé, no necesito que me enseñen mi oficio.

Abrió un cajón, cogió la carta y la arrojó sobre la de Verruso.

—Aquí la tiene, y deje inmediatamente de tocarme los cojones.

Verruso no se movió. Ni siquiera pareció ofenderse.

—¿No hay nada más?

—¿Qué quiere que haya?

—Disculpe, *dottore*, pero no estoy convencido.

—¿Por qué?

—Porque esto no encaja con su forma de actuar. He oído hablar mucho de usted, de su manera de actuar y de lo que piensa. Por consiguiente, estoy convencido de que usted, cuando recibió la carta, no se limitó a guardarla en un cajón. Es más, ya que estamos... —Dejó la frase sin terminar, se inclinó hacia delante, cogió la carta dirigida a Montalbano y se la tendió—. Hágala desaparecer. Es mejor que mis jefes no sepan nada de todo esto.

Lo cual significaba que Verruso quería jugar con las cartas a la vista, sin engaños ni traiciones. Aquel hombre merecía confianza y respeto.

—Gracias —dijo Montalbano.

Cogió el sobre y volvió a guardarlo en el cajón.

—¿Quiere decirme lo que ha descubierto en la obra? —le disparó a quemarropa el comandante de los carabinieri.

Montalbano lo miró con admiración.

—¿Cómo sabe que fui a la obra?

—Yo también estaba allí —respondió Verruso.

Cinco

La primera sensación que experimentó Montalbano al oír aquellas palabras fue de turbación, incluso de vergüenza, no por el hecho de que lo hubieran descubierto mientras hacía algo contrario a la ley, sino porque si el otro había visto todo el jaleo que había armado, cayendo incluso de bruces sobre el barro, seguramente se habría partido de risa a su espalda. Miró al comandante a los ojos, pero no descubrió en ellos ni ironía ni burla. La segunda fue una especie de somatización que le provocó en rápida sucesión tres agudas punzadas en el hombro.

—¿Me siguió?

—Jamás habría hecho semejante cosa. No, el caso es que se me ocurrió efectuar una inspección en la obra y vi su coche...

—¿Cómo supo que era mío?

—Porque lo había visto en Montelusa cuando tuvimos aquella..., bueno, discusión. Y yo jamás olvido una matrícula.

Era un policía como la copa de un pino, de eso no cabía la menor duda.

—Pero ¿cómo es posible que yo no lo viera a usted?

—Aparqué mi automóvil fuera del recinto, al otro lado de la obra. Lo vi entrar en el barracón por el ventanuco. Y me escondí.

—Perdone, pero ¿por qué? Podía haberse presentado sin más, como ha hecho esta noche y...

—¿Yo?! ¿Esta noche?! —dijo Verruso, perplejo.

Montalbano se recuperó a tiempo.

—No, perdone, quería decir esta mañana, no esta noche.

—Porque no quería molestarlo. No quería distraerlo. En determinado momento me encaramé al capó de su coche y miré hacia el interior del

barracón. Disculpe la comparación, pero parecía usted un perro, un perro de caza al acecho.

En ese instante llamaron a la puerta con los nudillos. Apareció Fazio, que se detuvo en el umbral, desconcertado.

No sabía nada de la visita de Verruso.

—Buenos días —dijo en tono glacial.

—Buenos días —contestó el comandante sin demasiado entusiasmo.

—Volveré después —replicó Fazio.

—Espera —repuso Montalbano—. Tráeme el sobrecito que te dije que guardaras. Quiero enseñárselo al comandante.

Fazio palideció como si lo hubieran ofendido mortalmente, abrió la boca, volvió a cerrarla, dio media vuelta y desapareció. El comisario le reveló a Verruso todo lo que había que revelar. Tardó diez minutos en hacerlo, pero Fazio aún no había regresado. Finalmente, llamaron a la puerta y el agente apareció con expresión desolada. Extendió teatralmente los brazos y movió la cabeza.

—No lo encuentro —aseguró—. Lo he buscado por todas partes. — Después, dirigiéndose al comandante de los carabinieri, añadió—: Lo siento.

—Comprendo —dijo Verruso.

Montalbano se levantó y replicó:

—Vamos allá, yo te ayudaré a buscarlo. Disculpe, mi comandante. — Nada más salir del despacho, agarró a Fazio por el brazo con tal fuerza que estuvo a punto de levantarlo del suelo—. Pero ¿qué coño tienes en la cabeza? —le preguntó en voz baja.

—*Dottore*, yo a ese no se lo doy. ¡El sobre es nuestro!

—Te concedo cinco minutos para que Verruso quede convencido de que lo hemos buscado de verdad. Yo voy a fumarme un cigarrillo a la calle.

Estaba furioso con Fazio, aunque lo cierto era que si el comandante no hubiera demostrado ser un hombre como Dios manda, ¿acaso no habría reaccionado él de la misma manera, negando incluso haber recibido el anónimo?

—Aquí lo tiene —dijo Fazio, que luego regresó enfurecido a su despacho.

Montalbano terminó de fumar el cigarrillo y fue a reunirse con el comandante.

Este cogió el sobrecito y se lo guardó en el bolsillo sin mirarlo siquiera, como si se tratara de algo sin importancia.

—Mire, mi comandante; si se demuestra que la sangre es de Puka, significaría que...

—Quédese tranquilo, *dottore*. La mandaré examinar junto con la otra.

—¿La otra?!

—Verá, *dottore* —se dignó explicarle Verruso—, cuando usted abandonó la obra, yo llamé a dos de mis hombres. Examinamos minuciosamente el retrete y detrás de la taza descubrimos otras manchas de sangre que escaparon a la limpieza de los asesinos. Porque a Puka no lo mató una sola persona, ¿no está de acuerdo conmigo?

—Sí, estoy de acuerdo —contestó Montalbano en tono comedido.

Ese tal comandante Verruso quería jugar con él al gato y el ratón. Pero ¿tan seguro estaba Verruso de ser el gato? ¿Y hasta dónde había llegado con su investigación? ¿Con qué interés o con qué distanciamiento se la había tomado? ¿Interés, distanciamiento? Pero ¿qué era aquello? ¿Una competición entre la policía y el Cuerpo de Carabineros? ¡Pues que resolvieran ellos el problema, que se las arreglaran como pudieran!

—Muy bien —dijo Montalbano en tono concluyente—. Se lo he dicho todo y le he entregado el resultado. Y ahora, si me permite, tengo asuntos que...

Se levantó y le tendió la mano. El otro la contempló como si jamás hubiera visto una mano y permaneció sentado.

—Quizá no lo haya comprendido —dijo.

—¿Qué es lo que habría tenido que comprender?

—Que yo he venido aquí para decirle..., para preguntarle si le apetece echarme una mano... Extraoficialmente, claro.

Montalbano no pudo reprimir una risita.

Pero ¡qué listo era el señor comandante! ¡Él resolvía el caso y el otro se llevaba el mérito!

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Porque estoy muriéndome.

Así, con la mayor sencillez.

—Es una broma, ¿verdad?

—No. Padezco un cáncer que está devorándome vivo. Estoy solo, mi mujer murió hace tres años. No tuvimos hijos. La única razón de mi existencia es lo que hago, enviar a la cárcel a quienes se lo merecen.

—¿Sus superiores lo saben?

—No. Los médicos me han dicho que todavía puedo aguantar un poco, una o dos semanas, después tendré que ingresar en un centro médico para someterme... En resumen, temo que, con el tiempo que me queda, no pueda hacer gran cosa. Pero si usted... En cualquier caso, sea cual sea su decisión, le ruego que no le comente a nadie mi enfermedad.

—¿Tiene usted un especial interés por este caso?

—Ninguno en absoluto. Pero no me gusta dejar las cosas a medias.

Admiración. No, mucho más que eso: respeto. Por la serena valentía, por la tranquila determinación de aquel hombre. Una vez había leído un verso que decía más o menos que lo que ayuda a vivir es el pensamiento de la muerte. Ya, el pensamiento puede que sí, pero la certeza de la muerte, su cotidiana presencia, su diaria manifestación, su atroz tictac —sí, porque en aquel caso la muerte era como un despertador que sonaría no para el despertar, sino para el sueño eterno—, todo eso ¿no habría tal vez provocado en él, Montalbano, un indecible e insoportable terror? ¿De qué estaba hecho el hombre que tenía delante? «No —pensó—, está hecho de carne, como yo». Pero, llegado el momento, el instante decisivo, no había ningún hombre que no encontrara en sí mismo una fuerza inesperada y misericordiosa.

—De acuerdo —dijo.

Y volvió a sentarse.

—Gracias —replicó el comandante Verruso.

Montalbano se levantó de golpe.

—Perdone un segundo. —De repente y a traición, había notado un nudo en la garganta; un poco más y se le habrían escapado las lágrimas. Fue al lavabo, bebió un vaso de agua y se lavó la cara. Al regresar se asomó al despacho de Fazio—. ¿Hasta dónde has llegado con las investigaciones?

—Estoy en ello —contestó Fazio en tono descortés y enfurruñado.

Aún no había digerido el asunto del sobrecito.

«Pues todavía no sabes lo que te espera», pensó el comisario, disimulando su regocijo. Luego se sentó de nuevo detrás de su escritorio. Desde que había

entrado en el despacho, Verruso no había cambiado de posición, con los zapatos perfectamente alineados, uno al lado del otro.

—¿De verdad no le apetece tomar algo? ¿Un café, un refresco? — preguntó Montalbano, más que nada para comprobar si conseguía sacarlo de aquella inmovilidad.

—No, gracias.

Al menos esa vez el «gracias» lo había dicho inmediatamente después del «no». Montalbano pasó al ataque.

—¿Qué cartas tiene usted en la mano?

—De descarte. Pashko Puka vivía en Montelusa en un edificio de cuatro pisos que incomprensiblemente todavía no se ha derrumbado. Un nido de chinches. Allí duermen albaneses, kurdos, árabes, kosovares... Por lo menos cuatro en cada habitación.

—¿Lo ocuparon?

—¡No! La casa es propiedad del concejal Francesco Quarantino, que es de derechas y está en contra de la inmigración. Pero como es un hombre generoso, según proclama él mismo a cada momento, se la cedió a esos pobrecillos hasta que los expulsen. A trescientas mil liras mensuales por plaza de cama. Pero Puka pagaba un millón y medio de liras por una habitación para él solo que tenía cuarto de baño privado con una rudimentaria ducha. Lo cual es muy extraño, pues disfrutaba de un lujo que no habría podido permitirse con la paga que cobraba.

—Si es por eso, disfrutaba de otros lujos. El pedicuro, por poner un ejemplo.

El comandante adoptó una expresión pensativa.

—Tuve ocasión de ver el cadáver desnudo. Las partes del cuerpo que normalmente no se exponen al sol estaban muy blancas, y también las zonas del pecho y la espalda protegidas por la camiseta. Me resultó curioso.

Parecía desconcertado e hizo una pausa.

—Cuénteme.

—Verá, *dottore*, yo no me fío de las impresiones.

«Pues yo sí», pensó Montalbano.

—Cuénteme —repitió.

—No sé, me pareció que aquel cadáver estaba formado por piezas pertenecientes a dos hombres distintos.

—Y puede que fueran dos hombres distintos.

El comandante lo captó al vuelo.

—¿Usted cree que Puka no era lo que aparentaba ser?

—Exactamente. ¿Qué dicen sus documentos?

—No los hemos encontrado. Ni en su habitación ni entre la ropa que llevaba el día que lo mataron.

—Lo cual quiere decir que se los llevaron. No querían que nosotros lo identificáramos.

—Pero ¡lo hemos identificado!

—A medias. Al albañil. Por cierto, ¿está usted seguro de que se llamaba así?

—Lo único seguro es la muerte.

Se le había escapado. Verruso sonrió ante su propia frase. Una sonrisa sin labios, un corte en el rostro. Siguió adelante.

—El propietario de la empresa para la cual trabajaba, que, por otra parte, es un hombre de conducta intachable y tiene fama de ser buena persona, ha transcrito los datos que figuraban en los permisos de residencia y trabajo. Recuerda que el día en que Puka se presentó llevaba un pasaporte en la mano.

—¿Y cuántos inmigrantes llegan con su pasaporte? Deben de ser muy pocos.

—En efecto. Pero Puka era uno de ellos.

—¿Ha interrogado a alguien que lo conociera?

—Lo que se dice interrogar, he interrogado. Pero no he encontrado a nadie que haya intercambiado con él algo más que un simple saludo. No daba muchas confianzas. Y no porque fuera antipático o soberbio, no, era su carácter. Sin embargo, en su habitación había algo que no encajaba. O, mejor dicho, que no había.

—¿Qué quiere decir?

—No había ni una sola carta de su país. Ni una fotografía. ¿Es posible que no tuviera a nadie en Albania?

—¿Sabe si tenía alguna mujer aquí?

—Jamás nadie lo ha visto llevarse una mujer a su habitación, ni de día ni de noche.

—A lo mejor era homosexual.

—Podía serlo, por supuesto. Pero todas las personas con quienes yo he hablado lo han descartado.

La pregunta no le salió de la cabeza sino directamente de los labios, incontrolada, casi sugerida.

—¿Cómo hablaba? ¿Sus compañeros habían deducido por su acento de qué parte de Albania era?

El comandante lo miró con admiración.

—Según los documentos que presentó a la empresa, era natural de Valona. Yo también pregunté a sus conocidos albaneses qué acento tenía, pero no supieron decírmelo. Al parecer, Puka dijo en una ocasión, en una de las pocas en las que intercambió algunas palabras con sus compatriotas, que durante el gobierno comunista había residido mucho tiempo en Italia.

—Pues, que yo recuerde, en aquellos tiempos Albania no concedía visados ni de entrada ni de salida.

—En efecto. Tal vez Puka fuera un miembro del cuerpo diplomático, acostumbrado a vivir con cierto desahogo, que cayó en desgracia y se vio obligado a emigrar para ganarse el pan. Eso explicaría por qué encontré en su habitación dos elegantes trajes, un par de zapatos de marca y ropa interior de buena calidad.

—Pero ¿cómo ganaba el dinero?

—Trabajando de albañil por supuesto que no.

—Estamos en un punto muerto.

—Comuniqué el fallecimiento de Puka al consulado y a la embajada para que sus posibles familiares en Albania fueran informados. El consulado me ha enviado un fax esta mañana. Todavía están haciendo averiguaciones. Puede que al final se descubra algo.

—Esperémoslo. ¿Le han dicho cómo ocurrió el accidente?

—No hay testigos.

—¿Cómo?!

—El jefe de la obra, el arquitecto Manfredi, dice que aquella mañana estaba previsto que acudiera a trabajar una cuadrilla de seis obreros. Cuando

tres de ellos, concretamente... —el comandante sacó una hojita de papel del bolsillo—... Amedeo Cavaleri, Stefano Dimora y Gaetano Miccichè, llegaron al solar, lo primero que vieron fue el cuerpo de Puka, quien, evidentemente, había llegado con antelación, circunstancia confirmada por el vigilante.

—¿Vio el vigilante alguna otra cosa?

—Nada. Se fue a dormir porque no había pegado ojo a causa de un dolor de muelas.

—¿Cómo había llegado el albanés?

—Con un ciclomotor que encontramos en el lugar; en cambio, los otros tres albañiles llegaron en un coche propiedad de Dimora.

—Faltan dos.

—Exactamente. Un rumano, Anton Stefanescu, y un argelino, Ahmed ben Idris, se presentaron en su lugar de trabajo cinco minutos después en un ciclomotor.

—¿Quién les comunicó a ustedes el accidente?

—Dimora acudió a nuestro puesto en su coche.

—¿Qué explicación dan los albañiles? Porque Puka, si se hubiera roto la tabla bajo sus pies, habría tenido que caer a la pasarela inferior, sin más.

—Yo pensé lo mismo. Ellos dicen que probablemente estaría inclinado hacia el elevador, con el estómago apoyado en la barandilla. Al notar que la tabla cedía bajo sus pies, debió de inclinarse instintivamente con todo el cuerpo hacia delante, perdió el equilibrio y se precipitó fuera del andamio. Ni siquiera debía de llevar el casco ajustado, pues lo perdió durante la caída. Se trata de una reconstrucción lógica.

Montalbano observó que la frente del comandante mostraba ahora un curioso brillo. El hombre estaba empezando a sudar, pero, aun así, no se movía, no hacía ni un solo gesto.

—¿Los demás albañiles de la cuadrilla carecen de antecedentes?

—Todos. Pero eso, y usted, *dottore*, lo sabe mejor que yo, no significa absolutamente nada.

—Muy cierto. Veo que ese empresario..., ¿cómo se llama?

—Alfredo Corso.

—Ese tal señor Corso contrata a muchos extracomunitarios. En este caso concreto, de seis albañiles, tres son extranjeros.

—Todos con los papeles en regla. Es un hombre caritativo y escrupuloso. Me contó que él fue emigrante en Alemania y por eso comprende ciertas situaciones.

De repente Verruso se levantó. Ahora todo su rostro estaba empapado de sudor.

—¿Se encuentra mal?

—Sí.

Montalbano también se levantó.

—¿Puedo hacer algo?

—No, gracias. Mire, es mejor que yo no vuelva a aparecer por aquí, y tampoco me parece oportuno que usted acuda a nuestro puesto. Llámeme mañana, si quiere, y fijemos una cita. Le doy las gracias por todo.

Le tendió la mano y el comisario se la estrechó. Pero, en cuanto dio un paso hacia la puerta, Verruso se tambaleó y perdió el equilibrio. Montalbano pegó un brinco y lo sostuvo por los hombros.

—Usted no está en condiciones de conducir. Lo llevo yo.

—No, gracias —dijo con firmeza Verruso—. Basta con que me acompañe al coche.

Se apoyó en el brazo del comisario y ambos abandonaron el despacho y se encaminaron hacia la entrada. Catarella, al verlos pasar, abrió los ojos y la boca y soltó el auricular que tenía en la mano. Parecía el pasmado del belén, el inevitable pastorcillo que levanta los brazos al cielo delante de la cueva donde ha nacido el Niño Jesús. Montalbano esperó a que el comandante subiera a su coche y se alejara. Después volvió a entrar en la comisaría. Catarella aún no había salido de su asombro. Parecía una estatua de sal.

Seis

Ya era la hora del almuerzo y Fazio aún no se había presentado. Como la puerta del despacho estaba abierta, lo llamó levantando la voz. Fazio acudió corriendo, pero se detuvo en el umbral de la puerta y sólo asomó la cabeza para mirar cautelosamente a su alrededor, como si el comandante de los carabinieri se hubiera escondido y pudiera aparecer de golpe. A Montalbano le entraron ganas de decirle la célebre frase de los hermanos De Rege, los geniales creadores del breve número de revista entre un cambio de escena y otro: «¡Acércate, imbécil!».

Pero se abstuvo de hacerlo, pues no era el momento de exacerbar el mal humor de Fazio.

—Bueno, ¿todavía no has terminado?

—Sí, *dottore*, hace media hora.

—¿Y por qué no has venido antes?

—Temía tener un mal encuentro.

¿Qué podía hacer? ¿Insultarlo? ¿Hacer como si nada y esperar otra ocasión? Eligió el segundo camino, fingir que no había oído nada. Entre tanto, Fazio había dejado sobre la mesa la hojita de papel que le había dado.

—Mírela.

—¿Qué quieres decir?

—*Dottore*, por regla general mirar significa mirar. Y en este caso ocurre lo mismo.

Fazio estaba francamente de malas, pero esta vez el comisario reaccionó.

—Si no me pides perdón antes de cinco segundos, te pego una patada en el culo. Y me importa un carajo que me denuncies al jefe superior, al sindicato, al presidente de la República y al Papa.

Lo dijo en voz baja y Fazio comprendió que se había pasado.

—Le pido perdón.

—Adelante, habla y no me hagas perder el tiempo.

—Hay un punto común entre dos de las seis desgracias. El que murió aplastado por la viga de hierro y el albanés trabajaban para la misma empresa, la Santa Maria de Alfredo Corso.

—¿El jefe de las obras era el mismo?

—No, señor. —Y no añadió nada más. Fazio estaba muy frío. Al poco rato preguntó—: ¿Tiene alguna orden que darme?

—No. Quería decirte que nosotros ya no nos encargamos de la muerte del albanés. El asunto correspondía al comandante y nosotros cometimos un error entrometiéndonos. ¿De acuerdo?

—Como usted quiera. ¿Y qué hago con este papel? —quiso saber Fazio, recogiendo la hoja que había dejado sobre la mesa.

—Te limpias el culo con él. Me voy a comer.

Catarella corrió tras él, lo alcanzó en la entrada y le preguntó en tono de conspirador:

—¿Es familiar suyo, *dottori*?

—¿Quién?

—El comandante de los carabinieri.

—Pero ¡qué familiar ni qué niño muerto!

—Entonces, disculpe, pero ¿por qué se apoyaba en usted?

—Catarè, esta mañana, cuando he bajado del coche, ¿acaso no me he apoyado en ti?

—Es verdad.

—¿Y qué somos tú y yo, familiares?

—¡Virgen santa! ¡Es verdad! ¡*Dottori*, no hay nadie en el mundo que explique las cosas tan bien como usía las sabe explicar! —Sin embargo, enseguida cambió de opinión—. Pero ¡*dottori*, el comandante no estaba bajando de su coche! ¡Es distinto!

Estaba levantándose de la mesa, ahíto y satisfecho, cuando vio aparecer a Mimì.

—No te he visto en toda la mañana.

—Esta noche ha habido un robo con violencia. Pero ni era robo ni ha habido violencia.

—¿Pues qué era entonces?

—Un intento de engañar a la compañía aseguradora.

—¿Y has venido para decirme eso?

—No, para comer. Pero ya que estamos...

—Pues habla porque me apetece respirar un poco el aire del mar.

—He pasado por la comisaría.

—Entiendo. Y Fazio te ha contado lo del comandante de los carabinieri.

—Sí.

—Mimì, he intentado explicarle la situación, pero no quiere saber nada. Ha venido a verme ese tal comandante Verruso. Se había enterado a través del doctor Pasquano de que nosotros llevábamos el caso del albanés. He intentado contarle la historia de que lo creíamos implicado en asuntos de robos, pero no se lo ha creído. Entonces le he dicho la verdad, lo del anónimo y todo lo demás. Y él no ha puesto el grito en el cielo. Ni se ha ofendido ni me ha amenazado, se ha limitado a pedirme amablemente que me retirara del caso. Y yo se lo he prometido. Eso es todo. Y mira que nos podía joder de mala manera... Nosotros somos los que no hemos obrado bien, Mimì, pero él no se ha aprovechado. Trata de hacérselo comprender tú a esa cabeza de calabrés de Fazio.

Mientras iniciaba su paseo de meditación y digestión hacia el faro, pensó que ahora él era el único que llevaba la investigación, pues se veía obligado a ocultársela incluso a Mimì y a Fazio. No podía correr el riesgo de revelar lo que Verruso le había confesado. Se pasó media hora reflexionando, sentado sobre la roca. Después regresó al despacho, consultó la guía y efectuó una llamada. Le dijeron que el señor Corso estaba en la oficina y que podía concederle un cuarto de hora si acudía allí enseguida, puesto que tenía que salir corriendo hacia Fiacca.

Alfredo Corso era un septuagenario de mofletudo y rubicundo rostro sin una sola arruga. Tenía los ojos de color azul claro y debía de ser una persona de humor enfermizo. Montalbano no debió de caerle bien, pues lo atacó nada más verlo entrar.

—¿Qué quiere de mí? No tengo tiempo que perder.

—Yo tampoco —replicó el comisario—. Vengo por el asunto del albanés que murió en su obra.

—¿Y dónde está la Policía Judicial? ¿Y la Forestal?

—No lo entiendo.

—Yo creía que estos casos los llevaban los carabineros. ¿Es que ahora se mete también la Policía?

—No, verás, yo no vengo por lo del accidente, sino porque ese tal Pashko Puka era sospechoso de haber cometido algunos robos. —Alfredo Corso lo miró y después se echó a reír—. ¿Le hace gracia?

—No me lo creo.

—Usted es muy dueño de no creérselo... ¿Por qué no se lo cree?

—Porque yo, señor mío, a las personas las capto a la primera. Me basta verlas una vez para saber incluso lo que piensan. Y Puka, el pobrecillo, no era de esos que se ponen a robar.

—¿Su intuición jamás lo ha engañado?

—Jamás. Yo elijo personalmente a mis trabajadores, uno a uno. Nunca he fallado.

—¿Ni siquiera con los extranjeros?

—Los extranjeros, señor mío, tanto si tienen la piel negra como amarilla, son hombres como usted y como yo. No hay ninguna diferencia.

—Por cierto, usted tiene muchos extracomunitarios y...

El rostro de Corso se encendió como una cerilla.

—¿Hay que dejarlos morir de hambre?

—No, señor Corso, yo...

—¿Hay que obligarlos a robar? ¿A traficar con droga?

—Oiga, señor Corso...

—¿A vivir de las putas? —Montalbano permaneció en silencio, pues había comprendido que no habría manera, tenía que permitir que se desahogara—. ¿A vender a los hijos? Dígame usted.

—¿Es usted creyente?

La pregunta del comisario sorprendió a Corso.

—¿Qué coño tiene que ver que yo sea creyente o no? No, no soy creyente. Pero me ha bastado vivir durante casi treinta años como emigrante, primero en Bélgica y después en Alemania, para comprender a esa gente que abandona su tierra a la desesperada.

—¿Cómo contrata a los extracomunitarios?

—Me los facilitan.

Montalbano percibió cierto titubeo en la voz de su interlocutor.

—¿Quién?

—Pues Caritas, organizaciones de ese tipo, el Gobierno Civil...

—¿Y a Puka en concreto quién se lo facilitó?

—No me acuerdo.

—Haga un esfuerzo.

—¡Catarina! —Inmediatamente se abrió la puerta de la sala de al lado y apareció una mujer de treinta años, alta, guapa y distinguida. Una secretaria con clase—. Catarina, ¿quién nos facilitó a Puka?

—Voy a mirarlo ahora mismo en el ordenador. —Desapareció y volvió a aparecer—. La Jefatura Superior de Policía.

Corso se encendió y se puso a gritar.

—¡La Jefatura Superior! ¿Ha comprendido, comisario? ¡La Jefatura Superior! ¡Y usted se presenta aquí contándome chorradas!

Entonces la secretaria hizo una cosa que no hubiera tenido que hacer en presencia de extraños. Se situó detrás del escritorio, rodeó con un brazo los hombros de Corso y le besó la calva.

—No te pongas así, que después te sube la tensión.

—¿Usted es...? —empezó a preguntar Montalbano.

Estaba a punto de decir «viudo», pero se detuvo a tiempo. Algo en la mirada del hombre le hizo comprender la verdad.

—¿Qué me preguntaba? —dijo Corso, ya más tranquilo.

—Nada. Es su hija, ¿verdad?

—Sí, la tuve tarde. O sea, señor mío, que, como ve, es muy difícil que la Jefatura Superior me enviara a un ladrón, ¿no le parece?

Montalbano extendió los brazos. Debía buscar la manera de quedarse a solas con la hija-secretaria. La mirada que esta le había dirigido, un relámpago, mientras se incorporaba tras besar a su padre, era tan clara como si hubiera dicho palabras: «Tengo que hablar contigo».

—Sé que no tiene tiempo —dijo con expresión desolada—, pero me veo obligado a pedirle más información sobre...

—¡Ni hablar! ¡Ya estoy retrasándome! —exclamó Corso a voz en grito, y luego se levantó y añadió—: ¡Catarina!

—Sí —dijo la chica, presentándose en un abrir y cerrar de ojos.

Pero ¿es que estaba siempre detrás de la puerta a la espera de que la llamaran?

—Catarì, atiende tú al señor. De todos modos, no tenemos nada que esconder. Buenos días.

Y se fue sin que el comisario tuviera tiempo de despedirse.

—Pase —dijo Catarina, abriendo la puerta de su despacho y apartándose para que entrara.

La estancia era espaciosa y el mobiliario antiguo, sin metales cromados ni formas indescifrables. La única excepción eran el ordenador y los dos teléfonos, de esos que te lo hacen todo, desde poner un fax hasta un café. A un lado había una especie de saloncito. La joven invitó al comisario a sentarse en un sofá y ella se acomodó en un sillón. Se la veía un poco cohibida.

—¿De veras quería otras informaciones o ha comprendido que yo quería...?

—He comprendido que usted deseaba hablar conmigo, pero no en presencia de su padre.

—Eso es precisamente lo que hace que me sienta incómoda.

—¿Qué quiere decir?

—No me gusta hablar de mi padre sin que él lo sepa, pero es por su bien. Si yo hubiera dicho delante de él lo que voy a decirle ahora, se habría alterado muchísimo. Tiene la tensión muy alta y ya ha sufrido un infarto.

Montalbano había observado que en su mesa había dos portarretratos: en uno se veía a un chiquillo de unos cinco años y en el otro a un cuarentón que

parecía Alfredo Corso treinta años atrás. Ocurre a menudo que algunas mujeres se casan con hombres que son el vivo retrato de sus padres.

—Señora Catarina —empezó diciendo.

—Caterina, por favor. Catarina sólo me llama mi padre, no sé por qué.

—Señora, puedo asegurarle que el señor Corso jamás sabrá que nosotros dos hemos hablado.

—Perdón, creo que no me ha comprendido. No se trata de que mi padre se entere o no, sino de que yo estoy haciendo ciertas cosas a sus espaldas. —Montalbano levantó las orejas: ¿ciertas cosas?—. Estoy casada, tengo un niño que se llama Alfredo, como mi padre. En cambio, mi marido se llama Giulio. Giulio Alberganti.

Miró a Montalbano como si esperara una reacción, pero el comisario jamás había oído aquel nombre. Además, ¿qué tenía que ver todo aquello con el asunto de Puka? ¿Qué historia estaba contándole la señora Catarina, perdón, Caterina?

—Lo celebro —replicó Montalbano con un punto de ironía.

Que la joven captó de inmediato. Era guapa y experta.

—No crea que estoy yéndome por las ramas contándole todo esto. Al contrario, entro de lleno en el problema. Mi marido es colega suyo. O casi. Yo vivo aquí con el niño porque no quiero dejar solo a mi padre. Giulio trabaja en Roma. Sólo nos vemos cuando podemos, por desgracia.

Montalbano no dijo nada, pero seguía sin comprender adónde quería ir a parar aquella mujer.

—Cuando usted ha preguntado quién había puesto en contacto a Puka con mi padre, yo he contestado que había sido la Jefatura Superior de Policía. Así se lo dije también a él y así consta en el ordenador. Pero no es verdad.

—El nombre de Puka se lo facilitó su marido —siguió Montalbano—. Y le aconsejó que le dijera a su padre que había sido la Jefatura Superior. —Caterina lo miró admirada y asintió con la cabeza—. ¿Ha informado a su marido de la desgracia?

—No he podido. En la comisaría me han dicho que había salido, pero en casa no contesta nadie y él no ha llamado. Sin embargo, no estoy preocupada porque ya ha ocurrido otras veces. Verá, mi marido es...

—No me lo diga. Puedo imaginármelo.

—Pero es que hay otra cosa —repuso Caterina bajando la voz.

—Dígame.

—Es una cuestión muy delicada. ¿Usted conoce a un constructor que se llama Vincenzo Scipione?

—¿El llamado ‘*u zu Cecè*? Sí.

—Ese hombre es rival de mi padre desde siempre. Es un mafioso, y no lo digo yo sino las condenas que le han caído encima hasta hace muy poco tiempo. Pero ahora las cosas han cambiado. El ilustre Posacane es una creación suya. Mi padre jamás ha querido convivir con la mafia, por más que algunos defiendan la necesidad de esa convivencia. Y lo ha pagado caro: adjudicaciones de contratos amañadas en su perjuicio, maquinaria incendiada, denegación de créditos por parte de ciertos bancos, amenazas telefónicas, anónimos y todo lo que usted quiera. Hace cuatro meses hubo un primer accidente en una de nuestras obras en Gibilrossa.

—No lo sabía —dijo Montalbano—. Yo sé de dos, el del obrero al que aplastó una viga de hierro y el de Puka. ¿Cómo fue?

—Debo hacerle una advertencia. Con anterioridad, en nuestras obras jamás se había producido un accidente. Mi padre respeta al máximo las normas de seguridad en el trabajo. Por eso le dolió mucho que cierto periodista de Retelibera lo llamara asesino. Es verdad, algunos son verdaderos asesinos, pero otros no. Sea como fuere, el caso es que dos albañiles cayeron del andamio. Se apoyaron en la barandilla de protección y esta cedió. Mi padre aseguró que alguien había aflojado los tornillos deliberadamente. Un sabotaje. De los dos albañiles, uno salió bien librado, sólo con algunas contusiones, pero el otro se ha quedado inválido. Tres días después del accidente, recibí una llamada. Una voz me dijo: «¿Ve, señora, cuántas desgracias ocurren? Tiene que vigilar mucho a su precioso hijito». Me aterroricé, pero no dije nada ni a mi padre ni a mi marido.

»Unos diez días después, vino a cenar a nuestra casa otro constructor muy amigo de mi padre. Nos dijo que se lo había vendido todo a Scipione perdiendo dinero. Nos contó que dos accidentes habían bastado para hacerle comprender la situación y que él no quería más muertes sobre su conciencia. Entonces me fui a Roma a ver a mi marido y se lo conté todo. Poco tiempo después me llamó para decirme que contratara a Puka. Mi padre tiene razón,

comisario. Puka no puede ser un ladrón, está usted completamente equivocado.

Decidió hablar con ella sin ocultarle nada, sinceridad por sinceridad. Además, era una mujer fuerte.

—Señora, lo que le he dicho era sólo un pretexto para averiguar algo más sobre Puka.

—¿Por qué le interesa?

—Porque no fue un accidente. Lo mataron. El comandante Verruso, a quien usted sin duda habrá conocido, y yo estamos absolutamente seguros.

—¡Dios mío! —exclamó Caterina, cubriéndose el rostro con una mano—. ¡Ha sido culpa mía!

Montalbano no quiso darle ocasión de llorar.

—No diga bobadas y contésteme. Cuando ocurrió el accidente de la viga, hace poco más de un mes, ¿Puka trabajaba en la misma obra?

—No, en otra.

—¿Es normal que la Jefatura Superior les facilite nombres de extracomunitarios?

—Ya ha ocurrido otras dos o tres veces.

—Bien —dijo Montalbano, levantándose—. No tiene usted idea de lo útil que me ha sido. Me siento muy honrado de haber conocido a una mujer como usted. —Ambos se miraron. Y Montalbano añadió—: Sí.

Pero ¿cómo era posible que se entendieran el uno al otro de aquella manera? Ella le había preguntado en silencio: «¿No sería mejor que alejara a mi hijo de aquí?».

—En Roma, en casa de mis suegros —dijo ella, contestando a su vez a la muda pregunta del comisario. Se estrecharon la mano. Después ella se acercó al comisario, lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho—. Gracias.

Se apartó y abrió la puerta para que saliera.

—¿Sabe cuándo se reanuda el trabajo en la obra? —preguntó el comisario al pasar a su lado.

—Se han puesto a trabajar a las dos de la tarde.

Siete

O sea, que el asunto se había enredado y simplificado al mismo tiempo.

Simplificado porque ahora sabía que el albanés no era albanés, que no se llamaba en absoluto Pashko Puka y que era un representante de la ley, tal vez de la Digos, la Dirección de Investigaciones Generales y Operaciones Especiales, o quizá de la Brigada Antimafia, infiltrado bajo el disfraz de albañil. Tenía que descubrir y, en su lugar, había sido descubierto. Y lo habían matado. Pero la cosa se enredaba, porque si Puka era policía, ahora los que investigarían su muerte, en cuanto tuvieran conocimiento de ella, serían los de la Digos o la Antimafia, el comandante Verruso y él mismo. Tres perros alrededor de un hueso. Había que actuar con rapidez, antes de que los de Roma le arrebatara la investigación de las manos al pobre Verruso, privándole de la última satisfacción que este podría experimentar. Miró el reloj, ya eran las cinco y media. Cuando llegara a Tonnarello, haría rato que los de la obra habrían terminado de trabajar. Y, en efecto, desde lo alto de la loma no vio ni un alma. ¿A que había hecho el viaje en vano? Seguro que no estaba ni el vigilante, que era el que más le interesaba. Esperó un poco y tuvo suerte. Se abrió la puerta del barracón pequeño, salió un hombre, se desabrochó la bragueta y se puso a mear. Después volvió a entrar y cerró la puerta. Montalbano subió al coche e inició el descenso hacia la obra. El camino era una masa de barro resbaladizo. Se detuvo en la entrada, entró en el recinto y levantó una mano para llamar con los nudillos a la puerta del barracón, pero se quedó con el brazo suspendido en el aire. En medio del silencio de la campiña se oía perfectamente lo que ocurría en el interior del barracón.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Más! ¡Todo! ¡Dámelo todo! —decía una afanosa voz de mujer.

Era una voz extraña, aguda, casi infantil.

Eso no se lo esperaba. Tanto peor para el vigilante. Llamó tan fuerte que pareció una breve descarga de ametralladora.

En el interior del barracón se hizo el silencio.

—¿Quién es? —preguntó esta vez una voz masculina.

—Un amigo.

El comisario oyó pasos, estaba claro que el hombre se había levantado. Pero no se acercó a la puerta, sino que caminó un poco, abrió un cajón y lo cerró.

—Clic.

Montalbano se alarmó, pues conocía muy bien aquel sonido. El hombre había amartillado una pistola. Por un instante pensó en la posibilidad de regresar corriendo al coche y coger la que él guardaba en la guantera. Y después, ¿qué? ¿Él y el vigilante se habrían desafiado en un duelo a lo OK Corral? A continuación se abrió la minúscula mirilla que había al lado de la puerta.

—¿Qué quiere?

—Hablar contigo. Soy Montalbano.

—¿El comisario?

—Sí.

—Deje que lo vea mejor. —Montalbano dio un paso atrás. La mirilla se cerró mientras se abría la puerta—. Entre.

Lo primero que vio fue una cama estrecha, un somier cubierto de herrumbre con un colchón lleno de manchas de distintos colores. Ni rastro de la mujer. Y el barracón no tenía ni retrete ni trastero de ningún tipo.

—¿Dónde está la mujer?

—¿Qué mujer?

—Esa con la que estabas follando.

—*Dutturi*, ¿yo follar? ¡Ojalá! Pero ¡si a mí no me quieren ni las putas!
¡Era una película!

Y le mostró el televisor y el vídeo, del que asomaba una cinta evidentemente porno. A pesar de que el ventanuco lateral estaba abierto, se aspiraba en el aire un pestazo que daba ganas de vomitar. ¿Desde cuándo no se lavaba aquel hombre? Era un sexagenario desdentado, en la mano

izquierda sólo tenía tres dedos y una enorme cicatriz le cruzaba la cara. Todas las paredes estaban literalmente cubiertas de culos, coños y tetas de actrices de cuarta fila o presuntas actrices. El hombre mantenía los ojos clavados en el comisario.

—¿Vas a dejar la pistola o no?

El vigilante contempló el arma que todavía sostenía en la mano.

—Perdone, me había olvidado.

Abrió el cajón de la mesa, guardó en él la pistola y se apresuró a cerrarlo. Pero el comisario tuvo tiempo de ver que dentro había varios paquetes de fotografías.

—¿Siempre abres la puerta con una pistola en la mano?

—Antes no, ahora sí.

—¿A qué te refieres?

El hombre contestó con otra pregunta.

—¿Qué quiere de mí?

«Si te apetece jugar al juego de las preguntas, a mí también se me da muy bien», pensó el comisario.

—¿Cómo te llamas?

—Angelo Peluso.

—¿Cuántas veces has estado en la cárcel? —Seguro que había estado allí.

El hombre levantó la mano izquierda y mostró los tres dedos que le quedaban—. ¿Por qué?

—Pelea, robo y robo con violencia.

—¿Eres un ladrón y el señor Corso te contrata como vigilante? ¿Cómo es posible?

—¿Qué se puede robar en una obra?

—Bueno, si uno quiere, muchas cosas.

—¿El señor Corso me ha denunciado?

—No. He venido por lo del albanés que murió.

Angelo Peluso lo miró asombrado.

—Pero ¿cómo? ¿No se encarga de eso el comandante de los carabinieri?

—Sí, pero...

—Pues entonces yo con usía no hablo. —Montalbano le dio un manotazo en el pecho y lo arrojó contra el catre. El vigilante cayó sobre el colchón—.

Pero ¿qué coño...?

Montalbano abrió el cajón, apartó la pistola y cogió un paquete de fotografías: niños y niñas desnudos en poses obscenas. Cerró el cajón, se acercó al vídeo y volvió a introducir la cinta.

—Y ahora vamos a ver esta bonita película.

—¡No! ¡No! —gimoteó el vigilante.

—¿Tienes licencia de armas?

—Sí, señor.

—Ponte la chaqueta y ven conmigo a comisaría.

—Pero ¡si ya le he dicho que tengo licencia de armas!

—No te llevo por la pistola, sino por las fotografías y la cinta. ¿Sabes lo que significa pedofilia?

El hombre cayó de rodillas al suelo.

—¡*Dutturi*, por favor! ¡Yo sólo miro! ¡Miro! ¡Nunca, nunca he estado con un chiquillo o una chiquilla! ¡Se lo juro!

—Ya lo veremos.

—¡*Dutturi*, usía quiere mi ruina! ¡El señor Corso, en cuanto se entere, me despide!

—No te preocupes, en la cárcel te mantendrán. Ya lo sabes, ¿no?

El hombre se echó a llorar y se cubrió el rostro con las manos. Montalbano recordó que Caterina Corso había hecho aquel mismo gesto y experimentó un acceso de furia. De un salto se plantó delante del hombre, le apartó las manos de la cara y le soltó con toda su mala leche dos fuertes puñetazos, uno en cada mejilla. El hombre se quedó ligeramente aturdido. Después se levantó y se sentó en la cama con la cabeza gacha.

—¿Qué quiere saber? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué razón dices que de un tiempo a esta parte llevas arma?

—Porque en esta obra hay demasiada gente forastera, albaneses, turcos, negros... Es gente capaz de cualquier cosa y uno tiene que protegerse las espaldas.

Era una trola, el comisario estaba seguro. Prefirió no insistir en el tema.

—Tú le has dicho al comandante que a veces Puka llegaba antes que los demás.

—Sí, señor, es verdad. Ocurrió tres o cuatro veces.

—¿Con cuánta antelación?

—Pues... una media hora.

—¿Y qué hacía?

—No lo sé. Yo le abría el barracón grande, él entraba en él y yo volvía aquí.

—¿Y cómo explicas que el día de la desgracia, en lugar de quedarse en el barracón, subiera solo al andamio?

—¿Y yo qué puedo explicar? Ya había subido otra vez. Lo vi yo.

—¿Y qué hacía?

—Llamaba con el móvil. Decía que abajo, en el barracón, el móvil no cogía línea.

La explicación se podía aceptar si era cierto que no había cobertura. Pero aquel teléfono estaba en condiciones de revelar muchas cosas.

—¿Quién se quedó con el móvil?

—Pues... yo no lo vi al lado del muerto. A lo mejor se lo llevó el comandante.

—Oye, la mañana de la desgracia, cuando Puka cayó, ¿dónde estabas tú?

—Aquí dentro, señor comisario. No había pegado ojo en toda la noche a causa de un dolor de muelas que...

—¿Y no oíste un grito?

—No, señor.

—¿Ni siquiera el ruido de la caída?

—Nada de nada.

Seguía mintiendo, el gusano asqueroso. Montalbano a duras penas podía reprimir el impulso de machacarle la cara a puñetazos. Aquel hombre despertaba en él un deseo tan grande de violencia física que hasta él mismo estaba asustado. Mejor largarse de aquel barracón cuanto antes.

—Cuando lo viste telefoneando en el andamio, ¿cómo iba vestido? ¿Con ropa de trabajo?

—Me parece que se había cambiado de ropa... Sí, señor, ahora que lo pienso, estoy seguro, vestía ropa de trabajo.

—Muy bien —dijo el comisario, encaminándose hacia la puerta.

—¿Qué hace? ¿No me detiene?

—Hoy no.

El hombre se levantó de un salto, se inclinó, le cogió una mano y empezó a besársela, llenándole de saliva el dorso. Asqueado, el comisario levantó una rodilla y le golpeó en el mentón con toda la fuerza que pudo. El vigilante cayó hacia atrás, medio atontado. Montalbano saltó por encima de él y salió al exterior.

* * *

Mientras subía la maldita cuesta que desde la obra conducía a la cumbre de la loma, lo que acababa de contarle el vigilante empezó a darle vueltas en el cerebro. Había por lo menos una cosa extraña, siempre y cuando fuera verdad. ¿Por qué motivo Puka se encaramaba a la parte superior del andamio para telefonar? El vigilante había dicho que en el barracón no había cobertura, lo cual era una explicación válida. Pero ¿qué necesidad había de llamar en aquel momento y desde aquel lugar? ¿No podía utilizar el móvil antes de llegar a la obra? Habría podido llamar desde su casa o desde cualquier otro punto del trayecto entre Montelusa y Tonnarello que él recorría en ciclomotor. Ya había llegado a lo alto de la loma y se volvió a contemplar la obra. Y, con la rapidez de un rayo, comprendió por qué Puka, a pesar de tener que actuar con precaución para no despertar sospechas en sus compañeros de trabajo, había actuado de aquella manera aparentemente desconsiderada. El pobre se había visto obligado a hacerlo, no tenía otra alternativa.

Ya eran las siete y media. Regresó corriendo a Montelusa, pero cuando se detuvo delante de la puerta del edificio donde estaba la oficina de Alfredo Corso, la encontró cerrada. Llamó a través del portero automático y no contestó nadie. Empezó a soltar palabrotas. No sabía el número de teléfono del domicilio de Corso, aunque, de todos modos, no habría llamado, pues cabía la posibilidad de que hubiera regresado y se pusiera él al teléfono. ¿Qué hacer? Necesitaba aquella información más que el aire que respiraba. Se encontraba inmóvil como un poste delante de la puerta, cuando esta se abrió y apareció Caterina Corso.

—¡Comisario!

Poco faltó para que el comisario la abrazara y la besara.

—¡Cómo me alegro de verla! —se le escapó.

Caterina, al fin mujer, lo miró con una sonrisa que le iluminó todo el rostro.

—¿Me esperaba a mí?

—Sí. Le pido perdón, pero es imprescindible que hable con usted. —La sonrisa de Caterina aumentó de voltaje—. Puede creerme, tengo absoluta necesidad de cierta información. Ya sé que se disponía a regresar a su casa, pero...

La sonrisa de Caterina se apagó de golpe como una bombilla fundida. La joven se apartó.

—No se preocupe, acompáñeme. —En el ascensor, añadió—: Me ha llamado mi marido.

—¿Le ha hablado de Puka?

—No ha sido necesario. Me ha dado a entender que ya lo sabía. Hablaba en monosílabos, creo que llamaba desde el extranjero.

En el rellano, mientras buscaba la llave, dijo que también le había comentado a su marido la idea de llevar a su hijo a Roma, a casa de los otros abuelos.

—¿Y él qué ha dicho?

—Se ha mostrado totalmente de acuerdo. Lo más difícil será decírselo a mi padre. Le dolerá mucho la partida de su nieto. —Una vez en el despacho, ella se sentó detrás de la mesa y encendió el ordenador—. ¿Qué tipo de información desea? —Montalbano le explicó lo que quería—. Deme diez minutos. Después se lo grabo en un disquete y así podrá estudiarlo tranquilamente en su ordenador.

¿Disquete? ¿Ordenador? El comisario se llevó un susto. Estaba a punto de pedirle que le imprimiera los datos, pero entonces pensó que haría perder más tiempo a aquella mujer que tan amable se mostraba con él. Después, pensar que Catarella podría resolverle el problema lo tranquilizó. Pero el nombre de Catarella le hizo recordar que ambos estaban citados para ir a ver a la viejecita. Fue suficiente para que el hombro, que hasta aquel momento se había distraído con los acontecimientos, cobrara nuevamente vida con cuatro puñaladas seguidas. Soltó un gemido y miró a Caterina, pero esta no lo había oído, absorta en su búsqueda. Era francamente guapa, no cabía la menor duda. Guapa y sincera. Mientras la contemplaba, tuvo la sensación de

encontrarse en alta mar, respirando aire puro. Y ocurrió otra cosa que le alteró los nervios. Caterina, enfrascada en la búsqueda, sacó la punta de la lengua y la apoyó en el labio superior.

Gluglugluglu, le hizo la sangre en las venas.

En determinado momento, Caterina se sintió observada. Levantó los ojos del ordenador y miró a su vez al comisario. La mirada duró una diezmillonésima de segundo más de lo que habría tenido que durar.

—Si quiere fumar... —dijo Caterina, ofreciéndole un cenicero.

—No, gracias —contestó Montalbano—. Prefiero este aire de mar.

Caterina volvió a mirarlo. Sus ojos preguntaron:

«¿Qué aire de mar?».

«El tuyo», contestaron los de Montalbano.

Ella se ruborizó.

Al final, introdujo el disquete en un sobre y se lo entregó al comisario. Ambos se levantaron simultáneamente.

—Gracias. ¿Cuándo se va?

—Creo que dentro de tres días.

—¿Estará ausente mucho tiempo?

—No, por la mañana tomaré el vuelo de Roma y regresaré por la noche.

En el ascensor permanecieron en silencio. Montalbano la acompañó al coche. Ambos se despidieron. El apretón de manos duró una diezmillonésima de segundo más de lo que habría tenido que durar.

* * *

—Carabineros de Tonnarello. ¿Quién habla?

—Soy Salvino Montaperto. ¿Está el comandante Verruso?

—Se lo paso.

Treinta segundos de silencio y, a continuación, la voz de Verruso.

—¿Comisario? Dígame.

Era un policía nato, no se podía negar, lo había comprendido al vuelo.

—¿Cómo está?

—Ahora mejor, pero he tenido que quedarme toda la tarde en casa.

—¿Tiene alguna novedad?

—Yo, no. ¿Y usted?

—Sí, varias. Estoy haciéndome cierta idea. Mañana por la mañana me gustaría verlo, donde y cuando usted quiera.

El comandante lo pensó un momento.

—¿Recuerda la cabina telefónica donde nos vimos por primera vez? ¿Le parece bien allí a las nueve y media?

En la comisaría sólo estaba Catarella.

—*Dottori*, tenemos que esperar un cuarto de horita a Galluzzo, que vendrá para el cambio de guardia.

—Muy bien. Haremos una cosa. —Sacó el disquete del bolsillo—. Mientras esperamos a Galluzzo, imprímeme esto. Pero, sobre todo, que no te vea nadie. Yo voy a tomarme un café y te espero en el coche.

Catarella apareció cuando Montalbano ya se había fumado tres cigarrillos y estaba poniéndose nervioso por momentos.

—Le pido perdón, *dottori*, pero es que ha sido Galluzzo el que ha llegado tarde. —Le entregó un fajo de papeles—. Se lo he imprimido todo.

—Bueno, ¿dónde está esa viejecita? —preguntó Montalbano, poniendo el motor en marcha.

—Usía tome la carretera de Marinella —contestó Catarella con un suspiro y una radiante expresión de felicidad en el rostro.

—¿Qué te pasa?

—¡Virgen santa, *dottori*, qué contento estoy! ¡Ahora usía tiene secretamente dos secretos conmigo en persona personalmente!

—¿Dos?

—Sí, señor *dottori*. La viejecita y los papeles que le he imprimido. ¿No son dos?

Ocho

Con la ayuda de Catarella consiguió sujetar el vendaje que envolvía la cataplasma que la viejecita de las hierbas le había proporcionado, cobrándole tanto por ella como por un medicamento caro. Lo más difícil fue lograr que Catarella regresara a su casa: este se había ofrecido incluso a dormir en el sofá.

—Así, *dottori*, si de noche durante la noche necesita algo que le haga falta, yo estaré listo para ayudarlo.

Cuando finalmente se quedó solo, sintió que se le había despertado el apetito; pero en el frigorífico no había casi nada: queso de vaca curado, higos secos y aceitunas. Mejor eso que nada. Adelina, la asistenta, a la que, con muy buena voluntad, también se la podría denominar ama de llaves, llevaba una semana brillando poco por sus hallazgos culinarios debido a que sus dos hijos con antecedentes penales habían sido detenidos una vez más y ella tenía que encargarse de cuidar a los nietos.

Decidió trabajar mientras comía. Llevó a la mesa el queso, los higos secos, las aceitunas y el vino y lo colocó todo al lado de las hojas impresas por Catarella. Sacó del cajón cinco folios en blanco y un lápiz.

Al cabo de dos horas había llenado los cinco folios, demostrando con ello que lo que había pensado podía ser confirmado. Se sorprendió de que, en el fondo, todo hubiera sido tan fácil: había que pensarlo, porque lo más difícil era dar con el proceso mental adecuado. La posterior demostración de la trascendencia de lo que decían los papeles no era tarea suya, sino del comandante de los carabineros. Como máximo, él podía echarle una mano.

Antes de irse a dormir llamó a Livia. Se mostró tierno, afectuoso y comprensivo. En determinado momento, Livia ya no pudo contenerse.

—El viernes por la tarde cojo un avión y voy para allí.

Tumbado en la cama, leyó unas cuantas páginas de *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, que de vez en cuando releía. Cuando le entró sueño, apagó la luz. La última imagen que le pasó por delante de los ojos fue la de Caterina Corso. Entonces comprendió por qué razón se había mostrado tan vilmente cariñoso con Livia. Le remordía la conciencia. Se insultó a sí mismo.

A la mañana siguiente se quitó el vendaje. Se le había pasado por completo el dolor y podía mover perfectamente el hombro. El día era claro y despejado. Antes de dirigirse a Montelusa para reunirse con el comandante de los carabinieri, pasó por la comisaría. Catarella se le echó encima, lo agarró por un brazo, acercó la oreja del comisario a la altura de su boca y le preguntó en un susurro:

—¿Qué me dice de eso?

—¿De qué?

—De lo que hicimos anoche juntos, *dottori* —contestó Catarella con una beatífica sonrisa en los labios.

Menos mal que no había nadie por allí cerca; de lo contrario, habrían podido sospechar que la víspera él y Catarella habían hecho guarradas.

—Me ha ido muy bien.

—¿Se le ha pasado?

—Por completo.

Catarella emitió un relincho de felicidad. En cuanto Montalbano entró en su despacho, se presentó Fazio con semblante afligido.

—*Dottore*, tengo que pedirle perdón.

—¿Por qué?

—Por mi manera de comportarme. He estado hablando con el *dottor* Augello y me ha hecho comprender que no tenía razón.

—No se hable más del asunto. ¿Alguna novedad?

—Sí, señor. Anoche muy tarde y esta mañana muy pronto ha habido dos atracos muy serios. El primero en...

—Díselo a Augello y resólvédlo vosotros —lo cortó Montalbano—. Yo debo terminar una cosa.

Fazio lo miró y Montalbano comprendió que Fazio había comprendido que la cosa que tenía que terminar, cualquiera que fuera, la haría de acuerdo con los carabinieri.

—Pues muy bien —dijo Fazio extendiendo los brazos, resignado.

Verruso, vestido de paisano, ya estaba esperándolo en la proximidad de la cabina. Su rostro estaba amarillento a causa de la enfermedad.

—¿Cómo está, mi comandante?

—Así, así. Oiga, *dottore*, ¿le parece que vayamos a un bar de aquí cerca? Son amigos míos, allí podremos hablar con tranquilidad. —Mientras caminaban, el comandante dijo—: Esta mañana he recibido una llamada muy extraña del Alto Mando. Me han comunicado que todos los trámites burocráticos relacionados con el cadáver de Puka los llevará la Prefectura y que, por consiguiente, yo no deberé mantener más contactos con las delegaciones albanesas. No comprendo el motivo.

—Porque Puka, o como se llamara, no era albañil, como ya sabíamos, sino uno de los nuestros.

—¿De los nuestros? —repitió Verruso, deteniéndose tan de repente que un hombre que caminaba detrás de él se golpeó contra su espalda.

—De Digos, de la Antimafia o del Reagrupamiento Operativo Especial, no sé. Lo enviaron porque sospechaban que detrás de aquellos accidentes se ocultaban verdaderos homicidios. Él consiguió infiltrarse, pero, de alguna manera, se delató. Y lo mataron.

—¿Cuándo supo que Puka era...?

—Ayer por la tarde. Y la persona que me lo ha dicho es de la máxima confianza.

Por la forma de decirlo, el comandante supo que jamás le revelaría la identidad de aquella persona.

En la parte de atrás del bar había una pequeña sala con dos mesitas. No tenía ni siquiera una ventana. Antes de cerrar la puerta, el comandante de los carabineros le dijo al hombre de la caja que no los molestaran.

—¿Les sirvo algo? —preguntó el hombre.

—Nada —respondió Montalbano.

—Nada —contestó Verruso.

—Ayer por la tarde —empezó diciendo Montalbano— le hice una visita al vigilante de la obra, Angelo Peluso.

—Un hombre indigno —comentó el comandante.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Me dijo que Puka llegaba a la obra media hora antes que los demás.

—¿Y qué hacía?

—Peluso me dijo que lo vio por lo menos dos veces en el piso superior del andamio.

—¿Y qué hacía? —repitió Verruso.

—Llamaba por el móvil.

—Pero ¿qué necesidad tenía de...?

—Yo también me lo pregunté. La respuesta es que abajo no había cobertura. Pero Puka sólo fingía llamar; en realidad, inspeccionaba y controlaba el andamio para ver si durante la noche habían preparado un falso accidente. Y, de paso, observaba quiénes eran los albañiles que llegaban primero. Ya debía de haberse hecho una idea. Y estaba en guardia. Pero cometió un grave error.

—¿Cuál?

—Creyó que, en caso de que intentaran hacerle algo, lo harían durante el trabajo, delante de los ojos de todo el mundo para reforzar la idea de accidente. Pero lo mataron antes y después organizaron el falso accidente. Y todos lo habríamos creído si no hubiéramos recibido el anónimo.

—¿Quién pudo enviarlo?

—Tengo cierta idea que después le expondré. Mientras abandonaba la obra, imaginé cómo había actuado Puka en su investigación. Me dirigí al despacho de Corso y pedí que me facilitaran los nombres de los componentes de las cuadrillas de albañiles y obreros que trabajaban en las tres obras donde ocurrieron los accidentes.

—¿Tres? —preguntó Verruso, sorprendido.

—Tres. El primero tuvo lugar hace cuatro meses. La barandilla de protección cedió y un albañil cayó al vacío. El señor Corso sostiene que alguien aflojó deliberadamente los tornillos de la barandilla.

—No lo sabía —dijo el comandante.

—Estaba fuera de su jurisdicción. Ocurrió en Gibilrossa. El segundo accidente tuvo lugar hace algo más de un mes. Una viga de hierro cayó de la grúa y alcanzó de lleno a un albañil.

—De eso sí me enteré. Me habló de ello el comandante Cosimato, que se encargó de la investigación. No tenía ninguna duda: había sido una fatalidad.

—Y lo decía de buena fe. El tercer accidente es el de Puka.

—Pero ¿con qué propósito, Dios bendito?

—Para que Corso venda sus empresas por cuatro chavos y se retire. ¿No le parece un buen motivo? Y tenga en cuenta que ya sé de un empresario que se retiró del negocio después de la primera desgracia en una de sus obras. Cogió la indirecta, como suele decirse. Hay un plan concreto de alguien que, sirviéndose de sus conexiones políticas, quiere hacerse con el monopolio de las empresas constructoras.

—*‘U zu Cecè* —dijo el comandante, hablando casi para sus adentros.

—Tengo una curiosidad. ¿En las obras de *‘u zu Cecè* ha ocurrido algún accidente laboral?

—Que yo sepa, jamás.

—Estaba seguro. Él es como esos que huyen con el dinero después de atracar un banco, pero circulan despacio con el coche para evitar que los detengan por exceso de velocidad. Volvamos a las listas.

Sacó del bolsillo los folios que había escrito la víspera. Los consultó brevemente.

—Amedeo Cavaleri y Stefano Dimora formaban parte de la cuadrilla que estaba en la obra cuando ocurrió el primer accidente. En la cuadrilla del segundo accidente estaban Cavaleri, Dimora y Gaetano Miccichè. En la de Puka estaban también Cavaleri, Dimora y Miccichè. Es más, en este último caso fueron ellos quienes dijeron haber descubierto el cuerpo de Puka. Todos los nombres de los demás integrantes de las cuadrillas son distintos.

Verruso permaneció un rato pensativo.

—Eso lo demuestra todo y no demuestra nada —dijo al final.

—Ya. Pero también he descubierto que el vigilante de las tres obras era siempre el mismo: Angelo Peluso. Ellos, para actuar, necesitaban un cómplice que les abriera la puerta de noche sin hacer preguntas. Peluso es el eslabón débil de la cadena.

—¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que Peluso ha sido arrastrado a esta historia a regañadientes. No es un cómplice voluntario. Los asesinos descubrieron que es un pedófilo y lo sometieron a chantaje. Y él, al darse cuenta de que se disponían a matar también a Puka, trató de escapar.

—¿Cómo?

—Enviándonos un anónimo.

—¡¿Él?!

—Estoy más que convencido. Ha ocurrido otras veces.

Se hizo un profundo silencio.

—Muy bien —dijo finalmente Verruso—, lo comunicaré a mis superiores y...

—... y cometerá un error como la copa de un pino —añadió Montalbano.

—¿Por qué?

—Porque antes de darle la autorización para seguir adelante le harán perder un tiempo precioso. Y su problema es el tiempo, ¿no?

—¿Qué debería hacer, según usted?

—¿Cuántos hombres tiene en Tonnarello?

—Tres.

—¿Y coches?

—Uno.

—No es mucho —dijo Montalbano—, pero puede bastar. Hoy mismo, cinco minutos antes de que termine la jornada laboral, aparece usted en la obra a toda prisa haciendo sonar la sirena. Tiene que armar el mayor alboroto posible. Coloca a uno de los suyos en la entrada haciendo saber que nadie puede abandonar la obra. Después entra en el barracón del vigilante y se encierra allí dentro con él. Tiene que dar la impresión de que está llevando a cabo un interrogatorio decisivo. Hay que procurar que los tres asesinos se

caguen de miedo. En caso necesario, espose a Peluso y finja llevárselo. Todo puro teatro, mi querido comandante.

—No me gusta.

—¿No le gusta el teatro? Pues se equivoca, se lo digo yo. El teatro es...

—No me refería al teatro, sino a lo que usted está sugiriéndome que haga. Entonces Montalbano se echó un farol.

—¿Quiere que le diga una cosa? Mañana recibirá una llamada de sus superiores diciéndole que lo apartan de la investigación. Y usted dejará el trabajo a medias y se irá con las manos vacías.

—Pero ¿qué dice?

—Lo que oye. La investigación la llevarán directamente los jefes de Puka.

El comandante se apoyó la frente en una mano, permaneció un rato en la misma posición y después lanzó un profundo suspiro.

—Muy bien. Pero si detengo a Peluso, ¿de qué lo acuso?

—Yo qué sé... De venta de gaseosas caducadas.

—¿Y después?

—Ya verá como ocurre algo. Dígalas a sus hombres que estén en guardia porque esa gente es peligrosa. Ellos saben que Peluso es, ¿cómo he dicho antes?, el eslabón débil. Ya verá como reaccionan y cometen alguna estupidez.

—Así lo espero.

—Oiga, mi comandante, ¿tendrá la bondad de mantenerme informado? Yo estaré en la comisaría a la espera de noticias —añadió Montalbano levantándose.

—Por supuesto que sí.

Por la forma de decirlo, el comisario supo con absoluta certeza que Verruso estaba definitivamente convencido. Se despidieron delante de la entrada del bar.

* * *

Montalbano abrió la portezuela del coche y su mirada se posó en la cabina telefónica. No pudo resistir la tentación.

—Soy Montalbano.

—Me alegro de oírlo. —Pausa—. ¿Alguna novedad? —preguntó a continuación Caterina.

—Sí. ¿Puede hablar? ¿Está sola en el despacho?

—Sí.

—¿Ya le ha dicho a su padre que tiene intención de...?

—No. No he tenido valor.

—No le diga nada.

—¿Por qué?

—Creo que ya no será necesario que se vaya con el niño.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto que lo digo en serio.

—¿No puede facilitarme más detalles?

—Mejor que aguardemos a mañana.

Otra pausa, esta vez un poco más larga.

—Podríamos vernos —dijo Caterina.

—Como y cuando usted quiera.

—¿Mañana por la noche para cenar?

—De acuerdo.

—De todos modos, llámeme mañana por la mañana.

—Por supuesto.

Esa vez la pausa fue muy larga, a ninguno de los dos le apetecía colgar. Al final, Caterina se lanzó.

—Gracias.

—Faltaría más —dijo Montalbano.

Y se sintió un imbécil total.

Satisfecho e insatisfecho. Satisfecho porque estaba más que convencido de que el camino señalado era el correcto, el que llevaría al sitio correcto; insatisfecho porque aquel camino no lo seguiría él sino otro. Paciencia. A veces, en la vida, ciertas cosas no se pueden realizar personalmente, hay que hacerlas camuflado, escondido detrás de otro. Lo importante es que se alcance el objetivo. ¿Débil consuelo? Tal vez sí, pero no deja de ser un consuelo. Animado por esos buenos pensamientos, Montalbano, en lugar de

regresar a Vigàta, se quedó en Montelusa y entró en una galería de arte donde la víspera se había inaugurado una exposición de Bruno Caruso. Se quedó extasiado delante de un retrato de mujer, le preguntó el precio al galerista, efectuó una infinita serie de cálculos acerca del dinero que tenía en el banco y, al final, llegó a la conclusión de que, renunciando a la compra de un abrigo que le gustaba mucho y costaba un riñón, aquel grabado podría ser suyo. Se puso de acuerdo con el galerista y después volvió a Vigàta.

La satisfacción culminó en la *trattoria* San Calogero delante de un plato de crujientes salmonetes de tamaño inferior al dedo meñique de un chiquillo, de esos que se fríen y se comen enteros con la mano. En cambio, la insatisfacción lo asaltó de repente mientras permanecía sentado en la roca de siempre al final del muelle, y le llegó en forma de pensamiento concreto: ¿y si el comandante no lo conseguía? Disponía tan sólo de dos hombres y los asesinos eran tres y capaces de cualquier cosa. Si no lograba encerrarlos en la cárcel aunque sólo fuera por espacio de un día, el vigilante jamás hablaría, jamás confesaría. Y, cuanto más pensaba en el asunto, más aumentaba su mal humor, hasta que al final se le bloqueó la digestión y experimentó un acceso de ardor.

Fue por eso por lo que, en el transcurso de las dos horas escasas que estuvo en la comisaría, buscó la manera de discutir con Mimì Augello, pelearse con Fazio, armar una trifulca con Gallo y provocar una disputa con Galluzzo. Cuando Catarella, que estaba escondido en su cuartito, oyó que lo llamaba el comisario, creyó que había llegado su turno y sintió que el uniforme se le empapaba de sudor.

—Dentro de cinco minutos vendrás conmigo. Procura buscar a alguien que te sustituya en la centralita.

¡Se iba! ¡El comisario se largaba e iba a rascarse los cuernos a otro sitio! Hasta los muebles de la comisaría parecieron lanzar un suspiro de alivio.

Nueve

En el coche, Catarella no abrió la boca; estaba convencido, y con razón, de que su jefe echaría por tierra cualquier cosa que dijera.

—¿Tienes el celular?

Catarella se sobresaltó, no esperaba que el comisario hablara.

—No, señor *dottori*, no he pedido que lo envíen.

—¿Y a quién tenías que pedírselo?

—A la Jefatura Superior de Montelusa, *dottori*. Son ellos los que envían los celulares.

Montalbano apretó el volante con tal fuerza que los dedos se le quedaron blancos.

—No me refería a ningún furgón celular, Catarella, sino al teléfono.

—¡Ah, bueno! Eso lo llevo siempre encima. ¿Qué hacemos, lo quiere?

—Por ahora no. Me basta saber que lo tenemos. —Cuando enfilaron la carretera de Tonnarello, Montalbano volvió a hablar—. Catarè, lo que estamos haciendo tiene que ser un secreto entre tú y yo y nadie debe saberlo. —Catarella asintió con la cabeza y pareció sorberse los mocos. El comisario lo miró. Dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas hacia la boca—. ¿Qué haces, estás llorando?

—Emocionado estoy, *dottori*.

—¿Por qué?

—¿Usía se imagina, *dottori*? ¡Tenemos tres secretos en común! ¡Tres! ¡Como los de la Virgencita de Fátima! Es más, *dottori*, como ya estamos propiamente dentro del tercero, ¿me explica en qué consiste?

—Vamos a ver una cosa que tienen que hacer los carabinieri. Espero que se produzca alguna detención.

Catarella se sorprendió.

—Disculpe, *dottori*, pero, con el debido respeto, ¿a nosotros qué carajo nos importa lo que hagan los carabineros?

—Si te lo digo, ¿dónde está el secreto?

—Es verdad —respondió Catarella, convencido de inmediato.

No se detuvo exactamente en lo alto de la loma, sino que siguió avanzando hasta un lugar donde había unos cuantos árboles que protegían de la vista. Abrió la guantera y sacó los gemelos; eran pequeños, de teatro, revestidos de nácar. Para lo que necesitaba serían más que suficiente. Se veía toda la obra, aunque desde un ángulo distinto; ahora se apreciaba mejor la puerta del barracón del vigilante. Los albañiles estaban en plena actividad. Consultó el reloj. Marcaba las cinco y cuarto. Encendió un cigarrillo, le ofreció uno a Catarella, le dio fuego y volvió a mirar hacia la obra. A su lado, de repente, se produjo una explosión. Se volvió de golpe. El que había estallado era Catarella, que, con la cara de color morado, trataba con desesperación de recuperar el resuello. Estaba asfixiándose, literalmente. Preocupado, Montalbano le dio unas palmadas en la espalda. Al final el agente pareció recuperarse.

—El huhuhumomohuuu.

—¿Es que tú no fumas?

—No, señor *dottori*.

—Entonces, ¿por qué has aceptado el cigarrillo?

—Por obediencia, *dottori*.

A las cinco y veinticinco ya no quedaba ningún albañil en el andamio, todos se cambiaban en el interior del barracón grande. Cuando Montalbano ya estaba poniéndose nervioso, el coche de los carabineros apareció a gran velocidad y bajó hacia la obra haciendo sonar la sirena con un silbido ensordecedor. Los albañiles, unos ya vestidos y otros no, salieron del barracón. Salió también el vigilante, justo a tiempo para verse cara a cara con el comandante, el cual lo empujó al interior del barracón, entró en él y cerró la puerta. Entre tanto, un carabinero —se adivinaba por sus gestos— ordenaba a los albañiles que entraran de nuevo en el barracón y permanecieran dentro. Cuando todos hubieron entrado, el agente cerró la puerta y se situó delante junto con su compañero. Era una variante inteligente del plan propuesto por Montalbano. Con sólo dos hombres, Verruso no habría

podido hacerlo mejor. Transcurrió así media hora. En medio del silencio, el comisario oyó unas voces procedentes del barracón grande, pero no entendió lo que decían. Luego vio que ambos carabineros sacaban la pistola.

—¿Tú los oyes?

—Sí, señor *dottori*.

—¿Qué dicen?

—Los albañiles quieren salir, *dottori*.

En ese momento se abrió la puerta del barracón y apareció un albañil que se agitaba como un loco: otro salió tras él. Con tranquilidad, uno de los dos carabineros levantó un brazo y disparó al aire. Los dos albañiles corrieron a esconderse en el interior del barracón y cerraron la puerta. Quien salió del otro barracón, del pequeño, fue el comandante, para hablar con sus hombres. Fue una conversación muy breve, tras la cual regresó al interior para volver a salir con el vigilante. Miró a su alrededor y esposó al hombre a un tubo de hierro del andamio. Montalbano se congratuló de la actuación de Verruso: había elegido un lugar estratégico. Cualquier albañil que saliera del otro barracón tendría que verlo a la fuerza. Después el comandante se situó delante del barracón grande mientras un carabiniere se ponía debajo del ventanuco por el que en su momento había entrado Montalbano para evitar que alguien pudiera escapar. El otro carabiniere abrió la puerta del barracón grande y se situó al lado. Verruso tenía en la mano una hoja de papel. El comisario comprendió que el comandante había pedido a la constructora Corso que le facilitara los nombres de todos los que aquel día estaban en la obra. El primer albañil salió con la documentación en la mano. Verruso la examinó. Un minuto después, el albañil, autorizado a regresar a su casa, montó en un ciclomotor y huyó de la obra. Lo mismo ocurrió con el segundo, el tercero y el cuarto. La situación cambió con el quinto. En cuanto vio la documentación, Verruso hizo un gesto. El carabiniere que custodiaba la puerta pegó un brinco, agarró por los hombros al albañil, lo llevó al lugar donde se encontraba el vigilante y lo esposó al mismo tubo de hierro. Salió otro albañil, que superó el examen. En cambio, el séptimo fue agarrado y esposado. Por consiguiente, faltaba sólo uno, pero no salía. En la obra quedaban el comandante, los tres hombres esposados y los dos carabineros, que empezaron a buscar por todas partes, encaramándose incluso al andamio.

Nada de nada. Entonces Verruso corrió al coche de servicio y efectuó una llamada telefónica. Al cabo de un cuarto de hora, llegó otro vehículo. El comandante se llevó al vigilante mientras que los otros dos fueron obligados a subir al coche que acababa de llegar. Se fueron todos. Delante de la empalizada que rodeaba la obra quedó un vehículo abandonado, el que utilizaban los tres asesinos para ir al trabajo.

Entre tanto ya había anochecido.

—*Dottori*, se han ido todos y no queda nadie. ¿Qué hacemos? —preguntó tímidamente Catarella.

—Haremos como los antiguos —contestó Montalbano, que estaba de buen humor y le apetecía tomar un poco el pelo a su subordinado.

—¿Y qué hacían los antiguos, *dottori*?

—Se rascaban la barriga y se miraban el ombligo.

De pronto se había acordado de la respuesta que le daba su abuela cuando era pequeño. Aunque jamás había conseguido saber por qué razón los antiguos se pasaban el tiempo rascándose la barriga y mirándose el ombligo. Catarella lo miró, perplejo.

—¿De veras hacían eso los antiguos, *dottori*?

—De veras.

Y mientras Catarella se sumergía en el conocimiento de las extrañas costumbres de sus antepasados, Montalbano encendió un cigarrillo sin apartar los ojos de la obra. En cuestión de otro cuarto de hora, el solar se convirtió en una mancha un poco menos oscura que la oscuridad de la noche sin luna.

—Dame el teléfono. —Catarella se lo pasó y el comisario marcó el número del puesto de carabinieri de Tonnarello. Contestó directamente Verruso—. Comandante, soy Montalbano.

—Acabo de llamarlo, pero me han dicho que no estaba y no sabían dónde localizarlo.

—Sí, he tenido que ir a...

—¿Quiere más noticias, aparte de las que ya sabe?

—No entiendo. Yo no sé nada si usted no me lo dice...

—Vamos, comisario. Llegué cuando el sol se ponía y un rayo de luz iluminó de lleno sus gemelos. ¿Quiere que le diga exactamente dónde tenía el coche aparcado?

—No. Lo felicito. Dígame.

—Dimora, que es el autor material de los homicidios, ha conseguido escapar.

—¿Cómo?

—Pues no sé, supongo que se dio a la fuga nada más oír nuestra sirena. En el barracón hemos encontrado su ropa de calle, ni siquiera se ha cambiado, se ha ido con la ropa de trabajo. A estas horas ya debe de estar lejos.

—¿Y qué dicen sus amiguetes?

—De momento, nada. En cambio, el que ha hablado ha sido el vigilante. Y creo que esta vez *‘u zu Cecè* va a pasarlo muy mal.

—Comandante, ¿quiere hacerme un favor?

—Por supuesto, comisario.

—¿Quiere repetir la frase con una variante?

—No lo entiendo.

—¿Quiere decirme exactamente lo siguiente?: «Y creo que esta vez a *‘u zu Cecè* van a darle por el culo».

—Como usted quiera —dijo, resignado, el comandante. Y repitió la frase, modificándola. Luego preguntó—: ¿Quiere explicarme el motivo?

—Mi querido comandante, las palabras para mí tienen peso. Y pesan más las palabrotas. Eso es todo. Y pido perdón si lo he obligado a hablar de una manera que no es la suya. ¿Quiere facilitarme un último dato?

—Naturalmente.

—El número de la matrícula del coche de Dimora.

—¿Por qué lo quiere?

Habría podido contestar que sus gemelos no tenían tanto alcance. Pero se limitó a decir:

—Porque sí.

El comandante se lo facilitó y después le preguntó:

—¿Tiene el número de mi casa?

—No. ¿Por qué quiere dármelo?

—Porque sí.

Se despidieron y Montalbano le devolvió el teléfono a Catarella.

—Apágalo tú, yo jamás lo consigo. Y ahora ya podemos irnos.

Alargó la mano para arrancar y, de repente, el instinto cobró vida. No supo definir el fenómeno de ninguna otra manera: el instinto le aconsejaba no moverse de aquel lugar, y lo hacía mediante un efecto de somatización, impidiéndole o dificultándole los movimientos. Sentía las manos flojas, los pies parecían de requesón y no ejercían fuerza sobre los pedales. Sudando a mares, consiguió girar un poco la llave, pero la presión no había sido suficiente y el motor emitió un ronroneo como el de un gato cuando está contento y se apagó.

—¿Qué ocurre, no se pone en marcha? —preguntó Catarella, alarmado ante la perspectiva de tener que pasar la noche en el interior del vehículo.

—El que no consigue ponerse en marcha soy yo —dijo Montalbano.

A Catarella le impresionó enormemente la respuesta.

—¿Quiere que vaya a llamar a alguien?

—¿Y a quién quieres llamar?

—Qué sé yo, a un mecánico, a un médico, en fin, lo que a usía le parezca mejor.

—Mira, Catarè, vamos a organizamos. Ahora yo saldré del coche con los gemelos y me pondré a mirar hacia la obra.

—*Dottori*, pero ¿usía ve de noche cuando es de noche?

—No. Pero si el hombre que los carabinieri no han podido encontrar se ha quedado escondido en el interior del solar, para moverse tendrá que encender una cerilla o un mechero. Y entonces yo lo veré. Yo me pasaré media hora vigilando y después vigilarás tú. Lo haremos por turnos.

A los veinte minutos los ojos se le empezaron a cerrar mientras fugaces relámpagos de luz brillaban por doquier; parecía la noche de san Lorenzo, cuando dicen que caen las estrellas (hacía años y años que él no veía caer ninguna). Finalmente terminó su turno. Subió al coche porque ya empezaba a refrescar y encendió un cigarrillo tomando precauciones para que no se viera la minúscula llama del encendedor y el extremo rojo del pitillo cuando daba una calada. Debió de quedarse dormido, pues enseguida notó que Catarella lo despertaba.

—Le toca otra vez a usía, *dottori*.

Después volvió a tocarle el turno a Catarella. Y a continuación, a él de nuevo. Cuando subió al coche, el frío le había penetrado en los huesos. Encendió otro cigarrillo y puso cara de preocupación al comprobar que sólo le quedaban dos. Acababa de apagarlo en el cenicero cuando oyó que Catarella lo llamaba en voz baja. Salió disparado.

—¿Qué pasa?

—*Dottori*, ha sido un visto y no visto, pero alguien ha encendido algo un momento.

—¿Estás seguro?

—Pongo la mano en el fuego, *dottori*. ¿Quiere los gemelos?

—No, sigue tú, yo tengo los ojos cansados.

—Detrás, *dottori* —dijo de repente Catarella—. Lo ha hecho detrás, ha encendido y apagado. Si no voy errante, ese se está acercando a la puerta de la obra.

Montalbano comprendió. Catarella no iba errante, como el pastor de Asia del poema de Leopardi. Dimora se dirigía a su automóvil, el único que quedaba en el lugar.

Casi como confirmando lo que pensaba, el comisario vio que se encendían las luces traseras del coche y, en medio del silencio, se oyó con toda claridad el rugido del motor al arrancar.

—¡*Dottori*, que se escapa!

—Vamos a cortarle el paso.

Corrieron al coche, Montalbano encendió el motor y se puso en marcha con los faros apagados. Pero a los pocos metros se detuvo. Dimora no había seguido el camino normal de subida, sino que avanzaba muy despacio y con gran dificultad a campo traviesa en dirección contraria, y de vez en cuando se veía obligado a encender las luces para evitar rocas, hoyos y árboles.

—Avanzando así tardará veinte minutos en salir de la vaguada. ¿Qué hay al otro lado?

—Está Gallotta —contestó Catarella—. No tendrá más remedio que pasar por el pueblo de Gallotta.

—Pues nosotros lo esperaremos allí.

Tardó menos de veinte minutos en llegar a las puertas de Gallotta, un pueblecito de mil habitantes. Para coger el camino apropiado, el que le

permitiría huir a toda velocidad, Dimora tendría que pasar por allí. Dando marcha atrás, Montalbano se apartó del camino y se situó entre dos casas de un callejón. Esperaron con el motor apagado y los nervios a flor de piel. Esperaron y esperaron. Pasaron tres camiones, un Porsche, un Ape. Ni rastro del coche de Dimora.

—¿Y si ha hecho autostop?

—No creo. Si no viene él, iremos nosotros a buscarlo.

Recorrió cautelosamente las callejuelas de Gallotta. El coche parecía un escarabajo enorme, una alimaña. Llegó a una calle tan desierta como las demás; de las diez farolas que hubieran debido iluminarla, al menos cinco estaban apagadas. Había tres vehículos aparcados junto al bordillo de la acera. El último, Montalbano lo supo con certeza al ver la matrícula, era el de Dimora. Pero daba la impresión de que estaba vacío. ¿Y si Dimora se había bajado y se había refugiado en casa de algún amigo?

—Mira, Catarè. Baja y acércate por detrás al último coche. Puede que Dimora no esté, que ya se haya ido. O puede que esté escondido dentro. Ten cuidado, probablemente vaya armado. Yo te cubro.

Catarella bajó abriendo la funda de la pistola. Se acercó al coche por detrás. Avanzaba pegado al muro de una casa medio en ruinas, con agujeros negros en lugar de ventanas. Y aquí lo que el comisario estaba viendo registró un breve salto, como cuando en una película faltan unos cuantos fotogramas. ¡Era el sueño! ¡Dios santo, aquello era el sueño! Había algún desfase entre la realidad y las imágenes soñadas, pero la esencia era la misma. Abrió en un momento la guantera, cogió la pistola, la amartilló, abrió la portezuela y bajó. La puerta del coche de Dimora también se abrió y salió un hombre con un brazo extendido hacia Catarella, que se quedó petrificado.

—¡Dimora! —rugió Montalbano.

El hombre se volvió y abrió fuego. Montalbano, a su vez, apretó el gatillo y la detonación de ambos disparos se fundió en una sola. Medio rostro de Dimora salió volando y fue a pegarse, huesos, carne y masa encefálica, al muro de una casa. El comisario corrió hacia el hombre que yacía boca arriba sobre la acera y, nada más verlo, comprendió que estaba muerto. Después se volvió hacia Catarella. Este permanecía inmóvil y con los ojos desorbitados. Se acercó a él y le sacó el móvil del bolsillo.

—Ve al coche.

Catarella no se movió. Montalbano le dio un empujoncito en la espalda y entonces Catarella se movió. Un robot. El comisario marcó un número.

—Soy Montalbano. Lamento llamar a esta hora, pero...

—Esperaba su llamada. —¡¿Que la esperaba?!—. ¿Lo ha atrapado? Estaba seguro de que se había escondido en la obra. No he requisado el coche de Dimora para dejárselo como cebo. Estaba seguro de que picaría y que usted estaría allí con la caña.

Por un instante, al comisario se le ocurrió un pensamiento blasfemo: ¡qué buena pareja habría hecho con aquel comandante de los carabineros!

—He tenido que disparar contra él.

—¿Lo ha matado?

—Sí.

—¿Dónde está exactamente? —El comisario se lo explicó—. ¿Alguien lo ha visto?

—No creo. No se ha abierto ninguna ventana. Todo el mundo ha preferido seguir durmiendo.

—Mejor así. No se mueva, dentro de un cuarto de hora como máximo estoy con usted en Gallotta.

Volvió a subir al coche. Catarella estaba temblando.

—Tengo frío, mucho frío, *dottori*.

Montalbano le rodeó los hombros con un brazo.

—Apóyate en mí.

Catarella se acurrucó contra el cuerpo del comisario y dio rienda suelta a las lágrimas.

—¡Madre santa! ¡Madre santa, qué cosa tan terrible es matar a un hombre!

Verlo matar había sido terrible para Catarella. Así que matarlo... debía de ser aún mucho peor.

Verruso no perdió el tiempo. Aparcó al lado del coche del comisario y habló a través de la ventanilla abierta:

—Usted se irá ahora mismo, no debe entrar en esta historia. El que ha matado a Dimora he sido yo, en un tiroteo. ¿Está claro? En cuanto usted se vaya, se lo comunicaré a quien corresponda. Ah, para que lo sepa: los dos cómplices de Dimora se han venido abajo, han confesado que fue ‘*u zu Cecè* quien ordenó los homicidios, y, a pesar de la protección política de que goza, tengo la impresión de que esta vez van a darle por el culo, como a usted le gusta.

¿Hubo ironía en las últimas palabras de Verruso? La hubo, pero el comisario prefirió no hacer caso.

Acompañó a Catarella a su casa. Este bajó con unas piernas que todavía se le doblaban y se apoyó en la ventanilla del lado de Montalbano.

—*Dottori*, y este vendría a ser y sería nuestro cuarto secreto, ¿no es verdad?

Esta vez su rostro no irradiaba felicidad, muy al contrario. A Montalbano le dio por acariciarle la cabeza como si fuera un perro.

—Por desgracia, sí.

Una vez en Marinella se metió bajo la ducha y tardó una eternidad en salir.

No podía salir, se enjabonaba, se enjuagaba y volvía a empezar. Gastó toda el agua del depósito. De una cosa estaba seguro: aquella noche no pegaría ojo.

Y así fue.

A la mañana siguiente, cuando el sol ya había salido, se pasó una hora nadando en el agua helada. Pero cuando salió todavía se sentía sucio. ¿Qué decía lady Macbeth? «¿Por qué nunca quedan limpias mis manos?». Se vistió, puso al fuego la cafetera grande y después, sentado en la galería, bebiéndose un café tras otro, esperó a que fuera una hora decente para llamar.

—Soy Montalbano. Quisiera hablar con la señora...

—Ah, *dottore*, ¿es usted? La señora ha llamado, dice que no vendrá a la oficina. Le ruega que la llame usted a su casa. ¿Tiene el número?

Esa vez contestó de inmediato Caterina.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡La radio acaba de decir que han detenido a ‘u zu Cecè! ¡Gracias!

—¿Por qué me da las gracias a mí? Yo no he tenido nada que ver... Ha sido el comandante Verruso el que...

—Oiga, quería decirle que lamentablemente esta noche no podremos vernos. Tendremos que esperar unos días.

—¿No se encuentra bien?

—No, es una bobada. Anoche resbalé y me disloqué un tobillo. No puedo moverme.

—«Apóyate en mí —habría querido decirle Montalbano—. Te llevaré a una viejecita milagrosa que te pondrá un emplasto mágico. En medio día te recuperas y después...».

Pero, en su lugar, se limitó a decir:

—Cuánto lo siento.

Regresó a la galería y se adormeció como una lagartija al sol. No se puede estar con una mujer al día siguiente de haber matado a un hombre. Es cierto que eso ocurre, pero sólo en las películas americanas.

El miedo de Montalbano

Lo comprendió enseguida, nada más sentarse a la mesa del restaurante. El ingeniero Matteo Castellini no le caía bien. En cambio, su mujer, Stefania, la amiga del alma de Livia, era una persona, si no agradable, al menos aceptable. Era una morena de cuarenta y tantos años que sabía hablar en el momento oportuno y decía cosas inteligentes. El ingeniero, por el contrario, le había resultado antipático a primera vista. Se había presentado a la cena vestido de blanco nuclear, como si se tratara de un anuncio de detergente, exceptuando la corbata, que tiraba a marfil. Mientras le tendía la mano, Montalbano a duras penas había podido reprimir la tentación de preguntarle: «*Mister Livingstone, I suppose?*».

El ingeniero se decidió a hablar en cuanto terminó el primer plato, un *risotto* de mariscos que a Montalbano le había parecido exquisito.

—Y ahora vamos al grano —dijo.

¿O sea, que había un grano? Livia no le había dicho nada de nada. La miró con expresión inquisitiva y ella le contestó con una mirada tan suplicante que el comisario decidió, fuera lo que fuera aquel «grano», tener paciencia y no estropear aquel encuentro al que su novia lo había llevado prácticamente a rastras.

—¿Sabes una cosa? Hace mucho tiempo que le suplico a Stefania que nos presente. Ambos tenemos un interés común y debo decir que te envidio mucho.

—¿Por qué?

—Porque tienes la posibilidad de disfrutar de un observatorio privilegiado.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—La comisaría de Vigàta.

Montalbano alucinó. ¿La comisaría un observatorio privilegiado? ¿Cuatro habitaciones asquerosas en una planta baja, ocupadas todas ellas por personajes como Catarella, que hablaba como una cotorra, o Mimì Augello,

que siempre andaba detrás de alguna mujer? Miró a Livia, pero estaba distraída hablando con su amiga Stefania. El comisario tuvo la certeza de que estaba disimulando.

—Pues sí —añadió el ingeniero—. Yo proyecto y construyo puentes. En todo el mundo, aunque peque de inmodestia. Pero es imposible descubrir al hombre en un pilar de cemento armado.

¿Hablabas en serio o estabas de guasa? Montalbano le siguió la corriente.

—Pues en nuestra tierra de vez en cuando se descubría a alguno.

Esta vez el que se desconcertó fue el ingeniero.

—¿De veras?

—Claro. Era uno de los sistemas que utilizaba la mafia para hacer desaparecer...

Castellini lo interrumpió.

—No, quizá no me he explicado bien. Verás, en realidad yo no tendría que haberme dedicado a la ingeniería. Me habría gustado hacer análisis.

—¿Químicos?

—No. Psicoanalíticos.

Finalmente empezaba a comprender algo.

—Pues lamento tener que decepcionarte. En ese sentido la comisaría de Vigàta no es el lugar más indicado para...

¿Te imaginas a Catarella sentado detrás de un diván en el que está tumbado un tipo que ha robado un manojo de espinacas?

—Lo sé, lo sé. Pero ¡en una comisaría uno tiene la posibilidad de sondear...! —dijo el ingeniero con un brillo de emoción en los ojos.

Había levantado tanto la voz que hasta Livia y Stefania se vieron obligadas a interrumpir su conversación y a mirarlo.

—¿Sondear qué?

—¡Pues el alma humana! ¡Sus recovecos! ¡Su profundidad! ¡Su complejidad!

O sea, que el ingeniero pertenecía a la categoría de personas que disfrutaban chapoteando en todo lo que empieza por «psi»: psicología, psicoanálisis, psiquiatría. Montalbano decidió llegar hasta el fondo.

—¿Te refieres a hundirte en sus abismos?

—Sí.

—¿A recorrer sus intrincados laberintos?

—Sí, sí.

—¿A hacer frente a sus oscuros dédalos? ¿A sus inextricables enredos? ¿A sus inescrutables...?

—Sí, sí —respondió afanosamente Castellini, a un paso del orgasmo.

El puntapié que Livia le propinó bajo la mesa hizo enmudecer a Montalbano. Entre otras cosas porque su repertorio de lugares comunes y frases hechas no era demasiado amplio que digamos. Livia aprovechó la pausa.

—¿Sabes, Matteo?... —le dijo al ingeniero. La dulzura de su voz puso en guardia al comisario: cuando Livia utilizaba ese tono, seguro que estaba a punto de sacar la tinta, como hacen las *sìccie*, las sepias que el camarero servía en aquel momento—, Salvo tendría sin duda esa posibilidad. Pero no la utiliza. Él no va más allá de las pruebas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Montalbano, ofendido.

—Ni una palabra más ni una menos de las que he dicho. Tú te detienes en determinado límite, el que es suficiente para tus investigaciones. Puede que te dé miedo ir más allá.

Estaba claro que quería herirlo. Pretendía vengar al ingeniero, de quien él tan vilmente se había burlado. La propia Stefania pareció sorprenderse de la reacción de su amiga.

—No es mi misión. No soy ni un cura, ni un psicólogo ni un analista. Lo siento.

Y se sumergió en los efluvios y el sabor de las sepias cocinadas como Dios manda. Después de un breve silencio, el ingeniero se puso a hablar de *Crimen y castigo*, que dijo haber releído «en el sombrío silencio de las noches yemeníes». En su opinión, desde un punto de vista psicológico, Dostoievski tenía muchos fallos. En el momento de la despedida, Stefania sacó un manojito de llaves del bolso y se lo entregó a Livia.

—¿Salís mañana?

¿Salir? ¿Hacia dónde? Llevaba tan sólo una semana de vacaciones en Boccadasse y no le apetecía en absoluto moverse de allí.

—¿Qué es esa historia de la salida? —preguntó en cuanto Livia puso en marcha su coche.

—Stefania y Matteo han tenido la amabilidad de prestarnos unos días su casa de la montaña.

¡Virgen santa! ¡La montaña! Él era un hombre de mar, estaba hecho así, él no tenía la culpa. En cuanto superaba los quinientos metros de altitud se ponía de mal humor y era capaz de pelearse a la primera de cambio; a veces hasta lo asaltaban unos arrebatos de melancolía que lo volvían más taciturno y solitario de lo que ya era de por sí. Cierto que la belleza de la montaña era la que era, pero también la belleza del mar era la que era. Y, por si fuera poco, Livia lo había pillado a traición. Peor que el personaje de Ganelón en el teatro de marionetas.

—¿Por qué no me dijiste cuando llegué aquí que ya lo tenías todo preparado para arrastrarme a la montaña?

—¡Arrastrarte! ¡Qué trágico te pones! Muy sencillo. Porque nos habríamos pasado los días discutiendo.

—Pero ¿quieres explicarme qué necesidad tenemos de irnos de Boccadasse cuando sólo falta una semana para el final de las vacaciones?

—Porque tú vienes a Boccadasse de vacaciones, mientras que yo vivo aquí todo el año. ¿Está claro? Estas son tus vacaciones, no las mías. Y yo he decidido hacer nuestras vacaciones donde yo diga.

—¿Puedo por lo menos saber dónde está esa casa?

—Encima de Courmayeur.

¿Encima? ¿Entre los glaciares eternos y las cumbres invioladas, como sin duda habría dicho el cursi de Castellini? Montalbano se quedó helado.

La discusión duró un buen rato, pero él sabía que tenía perdida la partida de antemano. Antes de irse a dormir hicieron las paces. Y más tarde, mientras contemplaba con los ojos abiertos la pálida luz que penetraba a través de la ventana y escuchaba la respiración de Livia, que se confundía con la del mar, Montalbano se sintió en paz y preparado para enfrentarse con los osos polares que sin duda poblaban las banquisas que habría por encima de Courmayeur.

Durante el viaje, que duró varias horas, Livia no quiso cederle el volante en ningún momento, no hubo manera.

—Perdona, deja que conduzca yo. ¿No estás cansada?

—¿No dijiste que yo quería arrastrarte a la montaña? Pues cállate y déjate arrastrar.

Entre que habían salido tarde de Boccadasse y que había mucho tráfico, se les hizo de noche. Montalbano, en cuanto vio ponerse el sol, decidió que lo único que podía hacer era dormir un rato. Lo despertó la voz de Livia.

—Ánimo, Salvo, ya hemos llegado.

Al bajar del coche vio que, exceptuando la zona iluminada por los faros, a su alrededor todo estaba oscuro como la pez y que, según le decían su oído y su olfato, no había el menor vestigio de vida humana. El coche se encontraba en un claro del que partía un sendero que subía casi en vertical hacia algún lugar perdido.

—Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote. Coge la mochila, ábrela y ponte el jersey.

La mochila se la había prestado Livia, naturalmente, pero el jersey era suyo. Lo había dejado en Boccadasse el invierno anterior. Cuando los faros se apagaron, Montalbano experimentó la desagradable sensación de que era devorado por la noche. Se puso nervioso. Livia encendió la linterna e iluminó el sendero.

—Sígueme y procura no resbalar.

—¿Está muy lejos la casa?

—A unos cien metros.

Tras haber cubierto los primeros cincuenta, el comisario comprendió que una cosa eran cien metros a la orilla del mar y otra cien metros en la montaña. Y menos mal que tenía que hacer un gran esfuerzo para subir, pues de otro modo el frío lo habría dejado sin sentido a pesar del jersey. Resbaló una vez y tropezó otra.

—Procura llegar vivo —le dijo Livia, que, por el contrario, parecía una cabra.

Al final, el sendero terminó en un claro. La forma exterior de la casa no le dijo gran cosa a Montalbano: se trataba de la típica cabaña alpina de planta baja con un piso, como tantas otras. Sin embargo, una vez dentro, la cosa cambiaba. La puerta de doble hoja se abría a un espacioso salón con muebles de madera de estilo rústico, sólidos y tranquilizadores, televisor, teléfono y una gran chimenea en la pared del fondo. En la misma planta había un cuarto

de baño y una pequeña cocina con un frigorífico enorme, tan repleto de comida que habría podido abrirse con ella una tienda de alimentación. En el piso de arriba había dos dormitorios, cuyas cristaleras daban a una terraza común, y otro cuarto de baño. La casa le cayó inmediatamente bien.

—¿Te gusta? —le preguntó Livia.

—Hum —se limitó a contestar, pues quería seguir manteniendo las distancias con ella. Luego añadió—: Hace frío.

—Voy a encender la calefacción. Ya verás cómo se te pasa dentro de diez minutos. Te buscaré un anorak de Matteo.

¿Un anorak del ingeniero Castellini? Mejor morir congelado.

—No, déjalo. Se me pasará enseguida.

Y, en efecto, se le pasó. Una hora después se le pasó también el hambre canina que el aire frío y la caminata le habían despertado, tras haber vaciado prácticamente la mitad de lo que había en el frigorífico. Luego se sentaron en un mullido sofá y Livia encendió el televisor. De común acuerdo, eligieron una película americana sobre un acaudalado hombre del sur cuya hija de veinte años mantiene relaciones con un campesino de la finca, cosa que a su padre no le gusta. Se quedó dormido de golpe con la cabeza apoyada en el hombro de Livia; y cuando hora y media después ella se levantó para apagar el televisor, Montalbano cayó de lado sobre el sofá y se despertó, perplejo.

—Me voy a dormir, gracias por la deliciosa velada —dijo irónicamente Livia, empezando a subir por la escalera que conducía al piso de arriba.

* * *

Se pasó siete horas seguidas durmiendo y se despertó en la misma posición en la que se había acostado. A su lado, Livia parecía firmemente decidida a seguir viajando por los territorios siempre nuevos y dispersos del país del sueño. Se levantó, fue a la planta baja, se preparó el café, se duchó, se vistió, abrió la puerta de la casa y salió. No estaba preparado para un día de belleza casi despiadada y de violentos colores, en el que el fulgor de la nieve deslumbraba y el Mont Blanc se elevaba por encima de su cabeza hasta una altura que casi daba miedo. Inmediatamente lo asaltaron las puñaladas del frío, unas hojas tan gélidas que le herían el rostro, el cuello y las manos. Se armó de valor, se dirigió a la parte de atrás de la casa y se detuvo bajo la

terrazza de los dormitorios. A pocos pasos de donde se encontraba comenzaba un sendero que subía por la ladera de la montaña y poco después se perdía entre los árboles. Era una especie de invitación, y Montalbano decidió aceptarla. Regresó a la casa, entró sin hacer ruido en la habitación de Matteo y Stefania, abrió el armario, cogió un anorak y un jersey más grueso, se los puso, sacó de un mueble zapatero un par de botas de montaña, se las puso, bajó, le dejó una nota a Livia en la cocina —«Voy a dar un paseo»—, se encasquetó en la cabeza una especie de calcetín de lana gruesa rematado por un pompón y salió, cerrando la puerta a su espalda. Antes de iniciar el paseo, comprobó que tenía en un bolsillo los cigarrillos y el encendedor. En el otro había un par de guantes; se los puso. Después de media hora de camino, sintiendo que a cada paso se le ensanchaban los pulmones, llegó a una bifurcación y decidió seguir el sendero de la derecha. Estaba subiendo y, sin embargo, no experimentaba el menor cansancio; es más, paulatinamente percibía como una pérdida de peso, una especie de levedad del cuerpo y del espíritu. Ya no había árboles, sólo rocas. En determinado momento se sentó en una de gran tamaño antes de doblar un recodo del camino. Quería disfrutar del panorama. Introdujo la mano en el bolsillo, sacó la cajetilla de cigarrillos, encendió uno, dio dos caladas y lo apagó. No le apetecía fumar. Consultó el reloj y se sorprendió. Llevaba una hora y media caminando sin darse cuenta. Sería mejor regresar, no fuera que Livia se preocupara por su tardanza. Pero, antes de iniciar el descenso, decidió avanzar unos pasos más hasta doblar la curva que le ocultaba una parte del paisaje. De repente, todo cambió. Allí la montaña se presentaba tal como era, áspera, dura, severa, hasta el extremo de despertar una sensación de temeroso respeto. El sendero, ahora más incómodo y estrecho, se abría entre la pared de roca y un tajo que se hundía en una verticalidad vertiginosa. Montalbano no sufría de vértigo, pero, ante aquel espectáculo, el instinto lo indujo a apoyarse en la pared. Con la espalda pegada a la roca contempló las cumbres de las montañas, las casitas del valle, que parecían dados, un tortuoso río que aparecía y desaparecía... Aquello era hermoso, no cabía duda, pero, de pronto, se sintió fuera de lugar, como una especie de alienígena turbado y trastornado por un mundo que no era el suyo. Dio media vuelta para doblar de nuevo el recodo y regresar a la casa, pero se detuvo en seco. Le había parecido oír una voz humana. No había entendido lo

que decía, pero le había llegado su vibración desesperada. Aguzó el oído y se puso en tensión.

—¡... So... corro! —Se volvió una vez más—. ¡Corro..., corro!

Dio tres pasos, estaba seguro de que la voz procedía del precipicio. Se acercó cautelosamente al borde del sendero y asomó la cabeza para mirar. Unos veinte metros más abajo, al final de un terraplén, había un saliente sobre el cual, tumbada boca abajo, una persona que no se sabía si era hombre o mujer porque la capucha del anorak le cubría la cabeza, sujetaba a una mujer por las muñecas, evitando que cayera al precipicio. Por suerte, la mujer había conseguido introducir el pie izquierdo en una grieta de la roca, pues, de lo contrario, la persona que la sujetaba no habría podido aguantar mucho rato. La escena se le antojó a Montalbano tan trágica que le pareció irreal y lo indujo a buscar el lugar donde podían estar colocados los proyectores y la cámara. Sin que él lo notara, las piernas lo llevaron a la altura de los dos desventurados. Metiendo los pies en una especie de peldaños que había excavados en la roca, bajó volando y se situó al lado de la persona que permanecía tumbada. Era un hombre.

—Socorro.

Ya no le quedaba voz ni siquiera para hablar y, por si fuera poco, tenía la boca aplastada contra el suelo.

—¿Me oye? —preguntó el comisario mientras se tumbaba a su lado y se quitaba los guantes. Miró a la mujer, que mantenía los ojos cerrados. Tenía el rostro blanco como la nieve y el carmín de los labios se le había corrido. Parecía un payaso—. ¡Ánimo! —le dijo. La mujer no abrió los ojos, era una estatua. Montalbano se afianzó bien en el suelo y le dijo al hombre—: Preste atención. Ahora yo cogeré con las dos manos la muñeca izquierda de la señora. Usted haga lo mismo con la muñeca derecha. Entre los dos creo que podremos tirar de ella hacia arriba. ¿Me ha oído? ¿Ha comprendido?

—Sí.

Montalbano agarró la muñeca izquierda de la mujer; rápidamente el hombre la soltó y aferró con ambas manos la derecha.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Ahora contaré hasta tres. Entonces empezaremos a levantarla simultáneamente. ¿Listo? ¡Uno, dos, tres!

La tarea resultó más complicada de lo que el comisario había previsto debido a un hecho que no había tenido en cuenta, a saber, que la mujer, en cuanto sintió que tiraban de ella hacia arriba, de manera instintiva se resistía a sacar el pie de la grieta donde lo había introducido por temor a quedarse colgando en el vacío. Montalbano y el hombre tuvieron que efectuar toda una serie de maniobras y contramaniobras con la respiración cada vez más entrecortada. El comisario estaba seguro de que el hombre, cuando llegara el momento del esfuerzo supremo, se derrumbaría de golpe. ¿Conseguiría él solo sujetar a la mujer, que, por suerte, era liviana? Porque Dios quiso, al cabo de un cuarto de hora los tres acabaron tumbados boca arriba en el saliente. La mujer se quejaba débilmente, debía de haberse roto alguna costilla, y seguía sin abrir los ojos. Era joven, estaría alrededor de los treinta. El hombre, de cuarenta y tantos años, respiraba con la boca abierta; parecía roncar en sueños. Se veía a primera vista que ambos vestían prendas de marca. Montalbano rodó por el suelo hasta situarse al lado de la mujer. Su rostro estaba todavía muy blanco; la sangre no conseguía llegar hasta él.

—Ánimo, señora, ya ha pasado todo. Abra los ojos, míreme.

La mujer negó lentamente con la cabeza. El hombre lo miraba fijamente. Se notaba que no estaba en condiciones de moverse.

—¿Tiene usted un móvil?

El hombre le indicó el bolsillo interior del anorak. Montalbano lo desabrochó y sacó el aparato. Pero ¿a quién llamar? El hombre debió de comprender su problema, le pidió el teléfono, se apoyó en un codo, marcó un número y empezó a hablar.

—¡Salvo! —oyó de repente.

Era la voz de Livia. Montalbano se sintió reconfortado. Estaba claro que había sido una pesadilla. Livia estaba despertándolo, nada era verdad, todo había sucedido en sueños.

—¡Salvo!

Miró hacia arriba. Livia estaba en el sendero y lo miraba con expresión alarmada. Después saltó al terraplén. Sus ojos parecían asustados y respiraba afanosamente. El comisario le contó lo que había ocurrido.

—Vuelve a casa. Yo me quedaré con ellos. —No hubo manera de hacerla cambiar de idea—. Después ya arreglaremos cuentas —añadió mientras Montalbano iniciaba la marcha.

Al llegar a la casa, el comisario se desnudó y se duchó para eliminar el sudor de la piel. Después, sin ponerse los calzoncillos, se sentó en el sofá, abrió una botella de whisky y, con firme determinación, decidió beberse por lo menos la mitad. Livia regresó cuatro horas más tarde y lo encontró en la misma posición. Habían desaparecido tres cuartas partes de la botella.

—¡Levántate!

—¡Sí, señor! —contestó Montalbano, levantándose y adoptando posición de firmes. El empujón que Livia le propinó lo dejó aturdido e hizo que cayera de nuevo en el sofá—. ¿A qué viene esto? —preguntó con voz pastosa.

—A que me has dado un susto de muerte cuando he visto que no regresabas. ¡Eres un cabrón!

—¡Soy un héroe! He salvado...

—También hay héroes cabrones, y tú perteneces a esa categoría. Y ahora vete arriba a dormir, ya te despertaré yo.

—Sí, señor.

—Se llaman Silvio y Giulia Dalbono, llevan cinco años casados y tienen una casa en la otra vertiente. Él es dueño de una fábrica en Turín, pero vienen mucho aquí. —Montalbano saboreaba una especie de tocino que se disolvía, suave y fuerte a un tiempo, al entrar en contacto con el paladar y la lengua—. Mientras en el hospital examinaban a la mujer, que tiene dos costillas rotas, he hablado con él. Estaban dando un paseo con toda normalidad, ella quiso acercarse al saliente y de pronto se cayó. Puede que fuera un repentino malestar, un mareo o, simplemente, un traspie. Por suerte, consiguió agarrarse al borde, justo lo suficiente para que el marido la cogiera por las muñecas. Después, afortunadamente, llegaste tú. El hombre me ha preguntado por ti, quién eres, a qué te dedicas. Le ha impresionado mucho tu

serenidad. Creo que mañana vendrá a darte las gracias. Pero ¿estás escuchándome?

—Por supuesto —contestó Montalbano, introduciéndose en la boca otra loncha de aquella especie de tocino. Enfurecida, Livia se calló. Sólo al final de la cena el comisario se dignó hacer una pregunta—. ¿Ha abierto los ojos?

—¿Quién?

—Giulia. Se llama así, ¿no? ¿Ha abierto los ojos?

Livia lo miró, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? No, no abre los ojos. Se niega a hacerlo. Los médicos dicen que es por el *shock*.

—Ya.

Se sentaron en el sofá.

—¿Quieres ver algo en la televisión?

—No.

—¿Qué quieres hacer?

—Ahora verás...

Cuando adivinó las intenciones de Salvo, Livia protestó sin convicción:

—Por lo menos vamos arriba...

—No, aquí me has abofeteado y aquí pagarás la ofensa.

—Sí, señor —dijo Livia.

A la mañana siguiente se despertó a las siete, y a las ocho abrió la puerta para salir.

—¡Salvo!

Era Livia, que lo llamaba desde la cama del dormitorio. Pero ¿cómo era posible? ¡Si hacía diez minutos parecía dormir a pierna suelta!

—¿Qué pasa?

—¿Qué haces?

—Voy a dar una vuelta.

—¡No! Espérame, voy contigo. En un cuarto de hora estaré lista.

—Muy bien, te espero fuera.

—No te alejes demasiado.

Se puso furioso. ¡Lo trataba como a un niño tonto! Salió. El día parecía una copia del anterior, despejado y deslumbrante. En la explanada había un hombre aguardándolo. Lo reconoció de inmediato, era Silvio Dalbono. Llevaba barba de dos días y tenía ojeras.

—¿Cómo está su esposa?

—Mucho mejor, gracias. Ha pasado la noche en el hospital. Yo vengo ahora de allí. He esperado a que...

—¿A que finalmente abriera los ojos?

El hombre lo miró, asombrado. Abrió la boca, volvió a cerrarla y tragó saliva. Trató de sonreír.

—Sabía que era usted un buen policía, pero ¡no hasta ese punto! ¿Cómo sabe eso?

—Había dos cosas que no encajaban. La primera era que su mujer mantenía los ojos obstinadamente cerrados. Al principio, mientras la sujetábamos suspendida en el vacío, pensé que se trataba de una forma de rechazo hacia la terrible situación en la que se encontraba. Pero lo extraño es que siguió con los ojos cerrados cuando ya estaba a salvo, e incluso después, en el hospital. Entonces supuse que lo que rechazaba en realidad era la presencia de usted. Lo segundo que me llamó la atención fue que cuando ustedes se encontraban en el terraplén, el uno al lado del otro, no se..., no digo ya abrazaron, sino que ni siquiera se tocaron.

—Créame, no fui yo quien...

—Lo creo.

—Aquel saliente era una meta habitual de nuestros paseos. Ayer por la mañana Giulia se adelantó corriendo y bajó por el terraplén. Yo estaba todavía en el sendero cuando oí un grito. Ella ya no estaba. Salté y entonces vi... —Dejó la frase sin terminar, se sacó del bolsillo del anorak un pañuelo y se enjugó el sudor que le brillaba en el rostro. Reanudó su narración sin mirar al comisario a los ojos—. Vi sus manos, aferradas al borde de la roca. Me llamó una vez, dos, tres... Yo guardé silencio, inmóvil, paralizado. Era la solución.

—¿Quería aprovechar la ocasión para librarse de ella?

—Sí.

—¿Hay otra mujer?

—Desde hace dos años.

—¿Su mujer lo sospechaba?

—No, en absoluto. Pero allí, en aquel momento, lo comprendió. Lo comprendió porque yo no contestaba a su petición de auxilio. Y, de repente, se calló. Hubo... hubo un silencio espantoso, insoportable. Y entonces corrí a sujetarla por las muñecas. Nos... miramos. Interminablemente. Y ella, en determinado momento, cerró los ojos. Y entonces yo...

De pronto, quién sabe por qué, Montalbano se vio de nuevo en el borde del precipicio, volvió a contemplar el rostro de la mujer desesperadamente dirigido hacia arriba, como hacen los que se ahogan... Por primera vez en su vida experimentó una sensación de vértigo.

—Es suficiente —dijo con brusquedad.

El hombre lo miró, desconcertado por su tono de voz.

—Yo sólo quería explicarle..., darle las gracias...

—No hay nada que explicar, nada que agradecer. Regrese junto a su mujer. Buenos días.

—Buenos días —replicó el hombre.

Dio media vuelta y se fue por el sendero.

* * *

Era cierto, Livia tenía razón. Tenía miedo, temía hundirse en los «abismos del alma humana», como decía el imbécil de Matteo Castellini. Tenía miedo porque sabía muy bien que, una vez alcanzado el fondo de cualquiera de aquellos precipicios, encontraría inevitablemente un espejo. Que reflejaba su rostro.

Mejor la oscuridad

Uno

A las siete de la mañana, después de un duermevela cansino, percibió con claridad el rumor del agua que entraba en los dos depósitos que había en el tejado de su casa de Marinella. Y puesto que el Ayuntamiento de Vigàta se dignaba facilitar agua a los ciudadanos cada tres días, el rumor significaba que Montalbano podría ducharse como Dios manda. En efecto, tras prepararse el café y beber reverentemente la primera tacita, corrió al cuarto de baño y abrió al máximo los grifos. Se enjabonó, se enjuagó, cantó, desentonando, toda la marcha triunfal de *Aida* y cuando se disponía a coger la toalla, oyó el timbre del teléfono. Salió desnudo del cuarto de baño, mojando todo el suelo —cosa que después su asistenta Adelina le haría pagar sin dejarle nada en el horno ni en el frigorífico—, y levantó el auricular. Oyó un tono continuo. ¿Cómo era posible que el teléfono siguiera sonando? De pronto comprendió que no era el teléfono, sino el timbre de la puerta. Miró el reloj de la consola del comedor, no eran aún las ocho de la mañana: ¿quién podía llamar a aquella hora a la puerta de su casa como no fuera alguno de sus ayudantes? Para que lo molestaran a esas horas debía de tratarse sin duda de algo realmente grave. Fue a abrir tal como estaba. Y el cura que se encontraba delante de la puerta, al verlo desnudo, pegó un salto hacia atrás, perplejo.

—Pe... perdone —dijo.

—Pe... perdone —dijo a su vez el comisario, tan perplejo como el otro, mientras trataba de taparse las vergüenzas con la mano izquierda sin conseguirlo del todo.

El cura no lo sabía, pero, a pesar de la embarazosa situación, había ganado un punto en la consideración de Montalbano. Porque al comisario le caían muy mal los curas que se vestían de paisano, ya fuera con vaqueros y

jersey o con traje de sport; daban la impresión de querer esconderse, mimetizarse. El que estaba delante de su puerta, en cambio, iba con sotana y era un delgado y distinguido cuarentón con cara de persona comprensiva.

—Pase y siéntese mientras voy a vestirme —dijo Montalbano, desapareciendo en el cuarto de baño.

Al regresar lo encontró de pie en la galería, contemplando el mar. La mañana se presentaba con colores muy limpios y fuertes.

—¿Podemos hablar aquí? —preguntó el cura.

—Por supuesto —contestó el comisario, apuntándole otro tanto a su favor.

—Soy el padre Luigi Barbera.

Se estrecharon la mano. Montalbano le preguntó si le apetecía un café, pero el cura dijo que no. Al comisario se le pasaron las ganas de tomarse otra taza al ver que el cura se debatía en la duda; se lo veía inquieto, como con prisa por decirle lo que había ido a decirle, y al mismo tiempo con temor.

—Dígame —lo apremió.

—He ido a buscarlo a la comisaría, pero usted aún no había llegado. Uno de sus hombres ha tenido la amabilidad de decirme dónde vive. Y me he tomado la libertad de venir. —Montalbano no dijo nada—. Es una cuestión delicada. —El comisario observó que al cura le brillaba la frente a causa del sudor—. Hace una semana vino a confesarse conmigo una..., una persona que está a punto de morir. Me reveló un secreto. Una culpa gravísima por la cual pagó un inocente. Yo la convencí de que hablara, de que se quitara ese peso no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres. No quería. Se resistía con todas sus fuerzas, se rebelaba. Al final, anoche la convencí, con la ayuda de Dios. Puesto que conozco su fama, he pensado que usted sería la persona más indicada para...

—¿Para qué? —preguntó el comisario con muy poca educación.

¿Es que aquel cura estaba de guasa a esas horas de la mañana? En primer lugar, a él no le gustaban los folletines destinados al gran público y aquello tenía toda la pinta de ser un folletín ya por la simple alusión a un secreto, a una gravísima culpa, a un inocente que estaba en la cárcel... Después, estaba seguro, llegaría el resto del repertorio: la huerfanita maltratada, el joven apuesto pero malvado, el tutor ladrón... Y, en segundo lugar, a él las

personas que estaban a punto de morir le daban un miedo atroz. Agitaban en su interior algo tan oscuro y profundo que después lo pasaba mal durante días. No, no tenía que entrar en absoluto en aquella historia.

—Mire, padre —dijo, levantándose para hacer comprender al cura que tenía que irse—, agradezco la confianza que ha depositado en mí, pero yo tengo demasiadas cosas que hacer para... Vuelva a pasar por la comisaría, pregunte por el *dottor* Augello y, de mi parte, dígame que se encargue él de ese asunto.

El cura lo miró con ojos de ternero a punto de ser llevado al matadero. Y dijo en voz tan baja que casi no se oyó:

—No me deje llevar esta cruz a mí solo, hijo mío.

¿Qué fue lo que tanto conmovió al comisario? ¿La elección de las palabras? ¿El tono en que fueron pronunciadas?

—Muy bien —repuso—. Voy con usted. Pero ¿está seguro de que no haremos el viaje en balde?

—Puedo garantizarle que esa persona le dirá...

—No me refería a eso. Lo que quería decir es si está seguro de que el moribundo vive todavía.

—La moribunda, *dottore*. Sí, he llamado antes de venir aquí. Creo que llegaremos a tiempo.

Decidieron que el comisario seguiría en su coche al cura, y por ese motivo Montalbano no pudo preguntarle nada más al padre Barbera. Esa falta de información aumentó su nerviosismo, pues ni siquiera conocía el nombre de la mujer a la que iba a visitar, y lo más extraño de todo era que estaba a punto de conocer a una persona a la que unas horas después ya no podría volver a ver. El padre Barbera se dirigió a las afueras de Vigàta. Al llegar a la carretera de Montelusa, giró a la izquierda, en dirección a Raccadali. Al cabo de unos tres kilómetros, volvió a girar a la izquierda, cruzó una gran verja de hierro, enfiló una alameda muy bien cuidada y se detuvo delante de una villa muy grande.

—¿Dónde estamos? —preguntó el comisario en cuanto bajó.

—Es una residencia de ancianos. Se llama La Casa del Sagrado Corazón. La dirigen las monjas.

—Debe de ser bastante cara —comentó Montalbano, observando a un jardinero en plena tarea y a una enfermera que llevaba de paseo a un anciano en silla de ruedas.

—Sí —dijo secamente el cura.

—Oiga, antes de entrar, dígame una cosa. En primer lugar, ¿cómo se llama la..., la señora?

—Maria Carmela Spagnolo.

—¿De qué se está muriendo?

—De vejez, se apaga lentamente como una vela. Tiene más de noventa años.

—¿Marido? ¿Hijos?

—Mire, *dottore*, yo en realidad sé muy poco de ella. Se quedó viuda bastante joven y no tuvo hijos. Su único familiar es un sobrino que vive en Milán y que paga la residencia. Sé que vivía en Fela y que un tiempo después de la muerte de su marido se fue al extranjero. Hace cinco años regresó a Sicilia y decidió instalarse aquí.

—¿Y por qué precisamente aquí?

—Eso puedo decírselo. Vino a esta residencia porque aquí estaba una amiga suya de la infancia..., pero murió el año pasado.

—¿El sobrino ya ha sido avisado?

—Creo que sí.

—Déjeme fumar un cigarrillo.

El cura levantó los brazos. Montalbano buscaba toda suerte de pretextos para retrasar el momento en que tendría que encontrarse cara a cara con aquella pobre mujer. Por su parte, el padre Barbera no comprendía cómo era posible que el comisario mostrara tan poco interés por aquel asunto.

—¿Y usted no sabe nada más?

El cura lo miró con la cara muy seria.

—Claro que sé más. Pero me lo dijeron en confesión, ¿comprende?

Ya estaba, la continuación del folletín. Ahora entraba en escena el cura que no podía desvelar el secreto que le había sido revelado en la oscuridad del confesionario. Bah, lo mejor que podía hacer era terminar con aquello

cuanto antes, escuchar el delirio de una vieja que ya no estaba en sus cabales y retirarse del juego.

—Vamos.

Parecía un hotel de diez estrellas, en caso de que los hubiera. Por doquier aleteaban monjas con crujientes hábitos. Un ascensor tan grande como una habitación los condujo a la tercera y última planta. Aproximadamente unas diez puertas se abrían al reluciente pasillo. A través de una de ellas se escuchaba un desesperado y continuo lamento, a través de otra, la música de una radio o un televisor, de otra surgía una débil voz de anciana que cantaba «Hay una iglesita, amor, / escondida entre las flor...». El cura se detuvo delante de la última puerta del pasillo, que estaba entornada. Asomó la cabeza al interior, miró y se volvió hacia el comisario.

—Venga conmigo.

Para poder dar un paso hacia delante, Montalbano tuvo que imaginarse que tenía a alguien detrás que lo empujaba y lo obligaba a moverse. En la habitación había una cama, una mesita con dos sillas, un mueble con un televisor encima y dos cómodos sillones. Una puerta daba acceso al cuarto de baño. Todo limpiísimo, todo en perfecto orden. Al lado de la cama, sentada en una silla, una monja rezaba el rosario sin apenas mover los labios. A la moribunda sólo se le veía la cabeza de pajarito y el pelo peinado. El padre Barbera preguntó en voz baja:

—¿Cómo está?

—Más allá que aquí —contestó la monja como en una infantil poesía, y luego se levantó y abandonó la estancia.

El padre Barbera se inclinó sobre la menuda cabeza.

—¡Señora Spagnolo! ¡Maria Carmela! Soy el padre Luigi. —Los párpados de la anciana no se abrieron, se limitaron a temblar—. Señora Spagnolo, está aquí la persona que le dije. Puede hablar con él. Ahora yo me retiro. Volveré cuando haya terminado. —Ni siquiera entonces la anciana abrió los ojos; se limitó a asentir levemente con la cabeza. El cura, al pasar junto al comisario, le dijo en un susurro—: Tenga cuidado.

¿Por qué? Al principio el comisario no lo entendió, pero después comprendió perfectamente lo que había querido decir el cura: tenga cuidado porque esta vida pende de un hilillo de nada, de un invisible y fragilísimo hilo

de telaraña, y sería suficiente un tono de voz demasiado alto, un leve acceso de tos, para romperlo. Se acercó de puntillas, se sentó cautelosamente en la silla y dijo en voz baja, dirigiéndose más a sí mismo que a la moribunda:

—Aquí estoy, señora.

Le llegó desde el lecho una voz finísima pero muy clara, sin jadeos y sin dolor:

—¿Usted es..., usted es... la persona indicada?

«La verdad es que no lo sé», sintió deseos de contestar Montalbano, pero consiguió mantener la boca cerrada. ¿Cómo puede decir alguien con absoluta certeza a una persona: «Sí, yo soy la persona indicada para ti»? Sin embargo, a lo mejor la moribunda sólo quería preguntar si era un representante de la ley, alguien que sabría hacer buen uso de lo que pudiera averiguar. La anciana debió de interpretar el silencio del comisario como una respuesta afirmativa, y al final se decidió y, con cierto esfuerzo, movió la cabecita justo lo suficiente, sin abrir en ningún momento los ojos. Montalbano inclinó el tronco hacia la almohada.

—No..., no era...

»Ve... veneno.

»Cristi... na... lo querí...

»Y... yo... se lo di..., pero...

»No era..., no era...

»Veneno.

En medio del silencio absoluto de aquella estancia a la que no llegaban los ruidos ni las voces del exterior, Montalbano percibió una especie de silbido lejano y cercano a un tiempo. Comprendió que la señora Spagnolo había lanzado un profundo suspiro, liberada tal vez de aquel peso que llevaba encima desde hacía tantos años. El comisario esperó a que siguiera hablando, a que dijera algo más, pues lo que había dicho era demasiado poco y él no sabía qué camino seguir para empezar a comprender algo.

—Señora... —dijo muy bajito.

Nada. Seguro que se había quedado dormida, agotada por el esfuerzo. Entonces se levantó muy despacio y abrió la puerta. El padre Barbera no estaba, pero la monja permanecía de pie a cierta distancia sin dejar de mover los labios. Vio al comisario y se le acercó.

—La señora se ha quedado dormida —dijo este, apartándose un poco.

La monja entró en la habitación, sacó el brazo izquierdo de la anciana de debajo de las mantas y le tomó el pulso. Después le sacó el otro y entrelazó el rosario que llevaba a la cintura en los dedos de la mano de la anciana.

Sólo entonces comprendió el comisario que aquellos gestos significaban que doña Maria Carmela Spagnolo había muerto. Que con aquella especie de silbido no se había librado del peso del secreto, sino del de la vida. Y él no había experimentado ningún miedo. No se había dado cuenta. Tal vez porque no había aparecido ni la solemne sacralidad de la muerte ni su cotidiana, horrenda y televisiva desacralización. Se había producido la muerte, simple y naturalmente.

El padre Barbera se reunió con el comisario cuando este ya se había fumado dos cigarrillos seguidos.

—¿Ha visto? Hemos llegado justo a tiempo. —Ya. A tiempo para morder un cebo, sentir el anzuelo en la garganta y tener la certeza de que la liberación resultaría larga y dificultosa. Lo habían pillado a traición. Miró al cura casi con rencor. El otro no pareció notarlo—. ¿Ha podido decirle algo?

—Sí, que lo que le dio a una tal Cristina no era el veneno que esta quería.

—Coincide —dijo el cura.

—¿Con qué?

—Quisiera ayudarlo, créame. Pero no puedo.

—Pero yo a usted sí lo he ayudado.

—Usted no es un sacerdote obligado a guardar secreto.

—De acuerdo, de acuerdo —replicó Montalbano subiendo a su automóvil—. Buenos días.

—Espere —dijo el padre Barbera. Sacó de una abertura lateral de la sotana una hoja de papel doblada en cuatro y se la entregó al comisario—. He conseguido que en secretaría me facilitaran todo lo que tenían de la señora. Le he apuntado también mi dirección y mi número de teléfono.

—¿Sabe si han avisado al sobrino?

—Sí, le han comunicado el fallecimiento. Lo han llamado a Milán. Llegará a Vigàta mañana por la mañana. Si quiere... puedo decirle en qué

hotel se hospeda.

El cura quería hacerse perdonar.

Pero el daño ya estaba hecho.

Dos

—*Dottori*, pido perdón, pero ¿usía no se encuentra bien? ¿Está mareado?

—No. ¿Por qué?

—Pues no sé... Parece que usía está y no está.

Catarella tenía toda la razón. Estaba en el despacho porque hablaba, daba órdenes, razonaba, pero con la cabeza estaba en aquella pulcra y arreglada habitación del tercer piso de la residencia geriátrica, junto al lecho de una nonagenaria moribunda, la cual le había dicho que...

—Oye, Fazio, entra y cierra la puerta. Tengo que contarte una cosa que me ha ocurrido esta mañana.

Cuando el comisario hubo terminado su relato, Fazio lo miró con expresión dubitativa.

—Y, según el cura, ¿qué debería hacer usted?

—Pues empezar a investigar, ver si...

—Pero ¡si ni siquiera sabe cuándo, cómo y dónde ocurrió ese asunto del veneno! ¡Igual es una historia de hace sesenta o setenta años! Y, además, ¿fue un hecho público y notorio o bien un hecho que permaneció encerrado dentro de los muros de la casa de unas personas honradas y del que jamás se supo nada? Hágame caso, *dottore*: olvídense de ese asunto. Quería decirle a propósito del atraco de ayer que...

—A ver si lo entiendo, Salvo. ¿Tú me has contado esa historia para que te dé un consejo, para saber si debes encargarte o no del caso?

—Exactamente, Mimì.

—Pero ¿por qué quieres darme por el culo?

—No te entiendo.

—¡Tú no quieres que te dé ningún consejo! ¡Tú ya lo has decidido!

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! ¡Cómo no vas a meterte tú en una historia como esa, que no tiene ni pies ni cabeza! ¡Y que, por si fuera poco, es antigua! ¡Seguro que tendrás que vértelas con gente de hace cien años o poco menos!

—¿Qué quieres decir?

—¡Tú disfrutas con esos viajes a través del túnel del tiempo! ¡Te encanta hablar con viejecitos que, a lo mejor, se acuerdan del precio que tenía la mantequilla en mil novecientos doce y, en cambio, han olvidado cómo se llaman! El cura ha sido muy astuto. Ha cortado y cosido un traje perfecto para ti.

—¿Sabes, Livia? Esta mañana estaba duchándome cuando han llamado a la puerta. He ido a abrir desnudo, tal como estaba, y...

—Perdona, creo que no he entendido bien. ¿Has ido a abrir completamente desnudo?

—Creía que era Catarella.

—¿Y eso qué importa? ¿Acaso Catarella no es un ser humano?

—¡Pues claro que lo es!

—Pues entonces, ¿por qué quieres castigar a un ser humano con la contemplación de tu cuerpo desnudo?

—¿Has dicho castigar?

—Lo he dicho y lo repito. ¿O es que te crees el Apolo del Belvedere?

—Explícate mejor. ¿Quieres decir que la contemplación de mi cuerpo desnudo supone un castigo para ti?

—A veces sí y a veces no.

Aquello era el principio de la ritual pelea telefónica. Podía seguir adelante como si nada o acabar de mala manera. Optó por la primera posibilidad. Hizo un comentario gracioso, que le salió mal porque estaba ofendido, y terminó de contarle la historia a Livia.

—¿Tienes intención de encargarte del asunto?

—Pues no lo sé. He estado dándole vueltas todo el día y me inclino más bien hacia el no. —Livia soltó una molesta risita—. ¿Por qué te ríes?

—Por nada.

—¡Ah, no! ¡Tú vas a explicarme ahora mismo por qué se te ha escapado esa risita de *scòncica*!

—¡No me hables en dialecto!

—Bueno, perdona.

—¿Qué significa *scòncica*?

—Cachondeo, tomadura de pelo.

—No tenía la menor intención de tomarte el pelo. Era una risita, ¿cómo diría?, de pura y simple constatación.

—¿Y qué estabas constatando?

—Que estás envejeciendo, Salvo. En otro tiempo te hubieras arrojado de cabeza a un caso como ese. Eso es todo.

—Ah, ¿sí? ¿Soy viejo y flácido?

—Yo no he dicho flácido.

—Pues entonces, ¿por qué afirmas que la contemplación de mi cuerpo es una especie de tortura?

Y esa vez la pelea estalló.

* * *

Tumbado en la cama, leyó la hoja que el cura le había entregado por la mañana.

Maria Carmela Spagnolo, hija de los difuntos Giovanni y Matilde Jacono, nace en Fela el 6 de septiembre de 1910. Tiene un hermano, Giacomo, cuatro años menor. El padre es abogado y goza de una posición desahogada. Se educa en un colegio de monjas. En 1930 se casa con el *dottor* Alfredo Siracusa, un rico farmacéutico de Fela, propietario de casas y terrenos. La pareja no tiene hijos. Se queda viuda en 1949 y a mediados del año siguiente lo vende todo y se traslada a París, donde vive su hermano Giacomo, diplomático de carrera. Lo sigue en todos sus desplazamientos. Después muere su hermano, que está

casado y tiene un hijo llamado Michele. Maria Carmela Spagnolo sigue recorriendo el mundo con su sobrino soltero Michele, que se ha convertido en ingeniero del ENI, la empresa nacional de hidrocarburos. Cuando Michele Spagnolo se jubila y fija su residencia en Milán, Maria Carmela pide ser acogida en la Casa del Sagrado Corazón. Ha donado todo su dinero (que es mucho) a su sobrino. Este, a cambio, atenderá las necesidades de su tía mientras viva.

Y sanseacabó. Bien mirado, de aquella lectura Montalbano no había sacado nada en claro. O puede que hubiera algo y que ese algo pudiera traducirse en una pregunta: ¿por qué una mujer, a los pocos meses de enviudar, lo vende todo y se va al extranjero, dejando atrás las costumbres, los hábitos, los familiares y las amistades?

Aquella noche, seguro que por culpa de los tres cuartos de kilo de pulbitos gratinados que Adelina le había dejado y que él se había zampado religiosamente pese a constarle que eran de peligrosa digestión, sufrió varias pesadillas. En una de ellas iba por la calle completamente desnudo. Tenía el rostro arrugado y la piel le colgaba formando pliegues. Caminaba apoyado en dos bastones y rodeado por un numeroso grupo de mujeres que curiosamente se parecían a Livia. Estas le tomaban el pelo y azuzaban contra él unos perros furiosos. Él intentaba refugiarse en alguna casa, pero todas las puertas estaban cerradas. Finalmente veía una que estaba abierta, entraba y se encontraba en el interior de una cueva llena de humo y de hornillos sobre los cuales había alambiques y destiladores. Una cavernosa voz de mujer le decía:

—Acércate. ¿Qué quieres de Lucrecia Borgia?

Él se acercaba y descubría que Lucrecia Borgia no era sino la pobre señora Maria Carmela Spagnolo, viuda de Siracusa, recién fallecida.

Estuvo dando vueltas en la cama casi hasta las cinco, después le entró sueño y durmió cuatro horas seguidas. Cuando se despertó eran las nueve. Se lavó y se afeitó a toda prisa soltando palabrotas, se vistió, abrió la puerta y se encontró directamente en el ojo el dedo del padre Barbera, quien se disponía

a llamar al timbre. ¡Vaya, lo que faltaba! ¡Aquel cura se había aprendido el camino de su casa y ahora ya no lo olvidaba!

—¿Hay alguien más que esté a punto de morir? —preguntó con estudiado tono malhumorado.

El padre Barbera pareció no captar la ironía.

—¿Puedo entrar? Sólo unos minutos. —Montalbano lo hizo pasar, pero no lo invitó a sentarse. Ambos permanecieron de pie—. Esta noche no he pegado ojo —dijo el cura.

—¿Usted también cenó pulpos gratinados?

—No, yo sólo tomé una sopita con un poco de queso.

Y no añadió nada más. ¿Sería posible que se hubiera desplazado hasta Marinella para comunicarle el menú de la víspera?

—Oiga, esta vez sí que no tengo tiempo.

—He venido para rogarle que lo deje correr. ¿Qué derecho tengo yo a poner en su conocimiento como representante de la ley un hecho acaecido hace tanto tiempo que...?

—Concretamos: ¿fue en los primeros seis meses de mil novecientos cincuenta?

El padre Barbera se sobresaltó y lo miró, sorprendido. Montalbano comprendió que había dado en el blanco.

—¿Se lo dijo la difunta?

—No.

—¿Entonces cómo lo sabe?

—Porque soy policía. Siga.

—Verá, es que no creo que tenga, que tengamos, ningún derecho a sacar a la luz un hecho que, con el paso del tiempo, llegó a su conclusión y alcanzó el olvido. Volverían a abrirse antiguas heridas, puede que surgieran nuevos rencores...

—Alto ahí —dijo Montalbano—. Usted habla de heridas y rencores, y el juego le resulta más fácil porque sabe más que yo. Yo, en cambio, no estoy en condiciones de valorar nada, todo es como una densa bruma.

—Pues entonces asumo mi responsabilidad y le digo que se olvide de esta historia.

—Podría, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Ahora se la digo. Pero antes tengo que pensar un poco. Vamos a ver. En uno de los primerísimos meses del año mil novecientos cincuenta una tal Cristina le pide a doña Maria Carmela, esposa o viuda reciente de un farmacéutico, un poco de veneno. Doña Maria Carmela, por razones que nos será difícil llegar a conocer, o bien sospechando que Cristina quiere utilizar el veneno para asesinar a alguien, le da en su lugar unos polvos inofensivos. Le gasta una broma pesada, como las que suelen gastar los curas, y usted me perdonará, padre. Cristina administra el veneno a la persona a la que quiere matar y esta sigue viva, sin más molestias que un ligero dolor de tripa. —El cura escuchaba al comisario con el cuerpo inclinado hacia delante como un arco en tensión—. No obstante, si las cosas hubieran sucedido de esa manera, doña Maria Carmela no tendría motivo para sentir remordimiento. No era veneno y, por consiguiente, no habría por qué. Sin embargo, si doña Maria Carmela ha experimentado durante tantos años y hasta el momento de su muerte una congoja tan grande, eso significa que las cosas no salieron tal como ella esperaba. ¿Me explico?

—Perfectamente —contestó el cura con los ojos clavados en los del comisario.

—Y ahora llegamos al punto crucial. Por lo que parece, aunque Cristina no recibió el veneno, el homicidio se produjo. —No era sudor sino agua lo que bajaba por la frente del padre Barbera—. Y añadido más: la persona, no sé si hombre o mujer, fue asesinada no con un arma de fuego o un cuchillo, sino con veneno.

—¿Cómo puede saber tal cosa?

—Me lo dijo la pobre difunta. Esa fue la angustia que arrastró toda su vida. Porque, tras haberse producido el homicidio, debió de asaltarla la duda de si se habría equivocado y habría dado inadvertidamente a Cristina un veneno de verdad en lugar del falso que ella había preparado. —El cura ni hablaba ni se movía—. Voy a decirle cómo pienso actuar. Si la persona que cometió el homicidio lo ha pagado, a mí el asunto ya no me interesa. Pero si todavía hay algo que no está claro, que no ha quedado resuelto, seguiré adelante.

—¿A pesar de los más de cincuenta años transcurridos?

—¿Quiere que le diga una cosa, padre Barbera? Yo a veces me pregunto qué pruebas tenía Dios para acusar a Caín del homicidio de Abel. Si pudiera, tenga por seguro que abriría una investigación.

El padre Barbera lo miró estupefacto y la parte inferior del mentón le cayó sobre el pecho. Después extendió los brazos, resignado.

—Siendo así... —Se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir añadió —: Ha llegado Michele Spagnolo. Se hospeda en el hotel Pirandello.

Se presentó con retraso a la reunión con el jefe superior de policía Bonetti-Alderighi. Este se limitó a mirarlo con desprecio y esperó en silencio —para subrayar su descortesía— a que el comisario se sentara pidiendo disculpas a derecha e izquierda a sus compañeros. Después reanudó su disertación sobre el tema «¿Qué puede hacer la policía para recuperar la confianza de los ciudadanos?». Uno propuso crear un concurso con premios, un segundo dijo que lo mejor sería organizar un baile con premios jugosos y cotillón, un tercero sostuvo que podían invitar a la prensa a que colaborara.

—¿En qué sentido? —preguntó Bonetti-Alderighi.

—En el sentido de que pueden disimular algo más cuando nos equivocamos o no conseguimos...

—Entiendo, entiendo —lo cortó rápidamente el jefe superior—. ¿Alguna otra propuesta? —El índice y el dedo medio de la mano derecha de Montalbano se levantaron por su cuenta y riesgo sin que el cerebro se lo hubiera mandado. El comisario contempló sus dedos levantados con cierto estupor y el jefe superior lanzó un suspiro—. Diga, Montalbano.

—¿Y si la policía cumpliera siempre y en todo momento con su deber sin provocar ni prevaricar?

La reunión se disolvió en medio de un frío polar.

Para regresar a Vigàta, Montalbano tenía que pasar necesariamente por delante del hotel Pirandello. No esperaba encontrar a Michele Spagnolo, pero podía probar por si acaso.

—Sí, comisario, está en su habitación. ¿Le paso el teléfono?

—¿Oiga? Soy el comisario Montalbano.

—¿Comisario de qué?

—De las fuerzas del orden del Estado.

—¿Y qué quiere de mí?

El ingeniero Spagnolo parecía sinceramente sorprendido.

—Hablar.

—¿A propósito de qué?

—De su tía.

La voz del ingeniero brotó de su garganta en un tono similar al de una gallina estrangulada.

—¡¿Mi tía?!

—Mire, ingeniero, estoy aquí, en su hotel. Si usted tuviera la amabilidad de bajar, podríamos hablar mejor.

—Bajo ahora mismo.

El ingeniero era un hombre de sesenta y tantos años, más bien bajo de estatura y con la cara como de barro cocido, pues la piel se le había asado bajo el sol de los desiertos en busca de petróleo. Era un manojito de nervios que se movía a sacudidas. Se sentó, se levantó, volvió a sentarse cuando Montalbano se hubo sentado, cruzó las piernas, las descruzó, se arregló el nudo de la corbata y se cepilló la chaqueta con la mano.

—No comprendo por qué la policía...

—No se altere, ingeniero.

—No estoy alterado.

¡Pues a saber lo que hacía cuando lo estaba!

—Su tía, antes de morir, quiso revelarme una historia que no comprendí demasiado bien, una historia de un veneno que no era veneno...

—¿Veneno? ¡¿Mi tía?!

Se levantó, se sentó, cruzó las piernas, las descruzó, se arregló la corbata, se cepilló la chaqueta con la mano. Esa vez, además, se quitó las gafas, sopló sobre los cristales y se las puso de nuevo.

«Como siga así, en diez minutos me vuelvo loco», pensó el comisario. Mejor abreviar.

—¿Qué puede decirme de su tía?

—Que era una santa mujer. Que me hizo de madre.

—¿Por qué vino a Vigàta hace cinco años?

Se levantó, se sentó, cruzó las piernas, las descruzó, se arregló el nudo de la corbata, se cepilló la chaqueta con la mano, se quitó las gafas, sopló sobre los cristales, se las puso. Además resolló por la nariz.

—Porque, después de jubilarme, me casé. Y la tía no se llevaba bien con mi mujer.

—¿Sabe algo que le ocurrió a su tía en los primeros meses del año mil novecientos cincuenta?

—No sé nada. Pero, en nombre de Dios, ¿a qué viene todo esto?

Se levantó, se sentó, cruzó las piernas, las descruzó... Pero el comisario ya había abandonado el hotel.

Tres

Mientras circulaba en dirección a Vigàta, se acordó de un artículo que había leído sobre Hamlet, firmado por un especialista en Shakespeare. En él se afirmaba que el fantasma del padre —el difunto rey asesinado por su hermano con la complicidad de Gertrudis, su viuda, convertida en amante del asesino-cuñado—, al ordenar a su hijo Hamlet que lo vengue matando a su tío pero respetando la vida de su madre, lo sitúa en una posición de melodrama y no de tragedia. Como es universalmente sabido, mientras que un parricidio o un matricidio son actos trágicos, un «tiocidio» es como mucho un asunto de melodrama ligero o de comedia burguesa que fácilmente puede derivar en farsa. Sin embargo, el joven príncipe de Dinamarca, mientras cumple la misión que se le ha encomendado, arma tanto alboroto y urde tantas intrigas que consigue autopromocionarse hasta alcanzar el nivel de personaje de tragedia. ¡Y menuda tragedia! Una vez establecidas las necesarias distancias entre su persona y Hamlet y considerando que doña Maria Carmela le había hablado cuando todavía no era un fantasma —aunque le faltaba poco para serlo—, considerando asimismo que la pobre mujer no le había asignado explícitamente ninguna misión y que, en todo caso, quien quería encomendarle la misión era el padre Barbera —personaje fácilmente eliminable, habida cuenta de que en la tragedia de Shakespeare no aparece ninguno—, considerando, pues, todo ello, ¿por qué razón iba él a transformar con su investigación un folletín en una novela policíaca? Porque a eso podía aspirar aquel asunto, a convertirse en una buena novela negra, pero jamás de los jamases en una de aquellas «densas y profundas novelas» que todo el mundo compra y nadie lee, por más que los críticos juren y perjuren que nunca ha caído en sus manos un libro semejante.

Por eso, cuando entró en la comisaría, adoptó la firme decisión de no encargarse jamás de la historia del veneno que no era veneno, aunque lo tiraran del ronzal, como se hace con los burros testarudos.

—Hola, Salvo. ¿Sabes una cosa?

—No, Mimì, no la sabré hasta que tú me la digas. En cambio, si me la dices, cuando me preguntes si la sé, tendrás la satisfacción de que te conteste: «Sí, la sé».

—¡Jesús, qué antipático estás hoy! Simplemente quería decirte a propósito de aquella anciana difunta, ¿cómo se llamaba?, ah, sí, Maria Carmela Spagnolo, de cuyo caso te estás encargando...

—No.

Mimì Augello lo miró, perplejo.

—¿Qué significa «no»?

—Significa justo lo contrario de «sí».

—Explícate mejor. ¿No quieres saber lo que quería decirte o es que ya no te encargas del asunto?

—Lo segundo.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy Hamlet.

Augello se sorprendió.

—¿El de «ser o no ser»? ¿Y qué tiene eso que ver?

—Pues tiene. ¿Qué tal van las investigaciones sobre el atraco?

—Bien. Estoy seguro de que los atraparé.

—Cuéntame.

Mimì le contó con todo detalle cómo había identificado a dos de los tres atracadores. Si esperaba alguna palabra de aprobación por parte del comisario, se llevó una decepción. Montalbano ni siquiera lo miraba, mantenía la cabeza inclinada sobre el pecho, enfrascado en sus propios pensamientos. Al cabo de cinco minutos de silencio, Augello se levantó.

—Bueno, me voy.

—Espera. —Las palabras brotaron con esfuerzo de la boca del comisario —. ¿Qué querías decirme sobre... la muerta?

—Que he averiguado una cosa. Pero no te la diré.

—¿Por qué?

—Porque acabas de decir que ya no te encargas del caso. Y, además, porque no te has dignado dedicarme ni una sola palabra de felicitación por cómo he llevado la investigación del atraco.

¿Y aquello era una comisaría? Aquello era un parvulario que funcionaba a base de piques y desplantes. Yo no te doy la conchita porque tú no me has dado un trozo de tu merienda...

—¿Quieres que te diga que lo has hecho muy bien?

—Sí.

—Mimì, no lo has hecho del todo mal.

—¡Salvo, eres un grandísimo mariconazo! Pero, como soy un hombre generoso, te diré lo que he averiguado. Esta mañana, en la barbería, el abogado Colajanni estaba leyendo las esquelas del periódico, como los viejos...

Montalbano se enfureció de inmediato.

—¿Qué significa eso de «como los viejos»? ¿Acaso yo soy un viejo? ¡Yo lo primero que leo en el periódico son precisamente las esquelas! Y después las crónicas de sucesos.

—Bueno, hombre, bueno... De repente el abogado ha dicho en voz alta: «¡Vaya! ¡Maria Carmela Spagnolo! ¡No imaginaba que aún estuviera viva!». Eso es todo.

—¿Y qué?

—Salvo, eso quiere decir que hay gente que todavía se acuerda de ella. Y que, por tanto, la historia del veneno debió de armar un buen revuelo en su momento. Por consiguiente, se te abre un camino: vas al abogado Colajanni y le preguntas.

—¿Tú has leído la esquila?

—Sí, era muy sencilla. Decía que el afligido sobrino comunicaba el fallecimiento de su adorada... etc., etc. ¿Qué piensas hacer? ¿Irás?

—Pero ¿es que no conoces al abogado Colajanni? ¡A ese la vejez lo ha vuelto loco de atar! Como te equivoques media palabra, te rompe una silla en la cabeza. Para hablar con él tienes que ir protegido con un equipo

antidisturbios. Además, ya he tomado la decisión: no quiero ocuparme de ese asunto.

—¿*Dottor* Montalbano? Soy Clementina Vasile-Cozzo. Parece que nos hemos peleado. Nunca nos vemos. ¿Cómo está?

Montalbano notó que se ruborizaba. Hacía tiempo que no se dejaba caer por la casa de la anciana paralítica a la que tanto apreciaba.

—Estoy bien, señora. ¡Cuánto me alegra oír su voz!

—Mi llamada es interesada, señor comisario. Me ha llamado una prima mía de Fela diciéndome que mañana vendrá a Vigàta. Puesto que hace tiempo que me persigue para que se lo presente, ¿tendría usted la bondad de venir mañana a comer a mi casa, si puede? Así me la quito de encima.

Aceptó, pero, por una inexplicable razón, se sintió ligeramente inquieto. Se le había despertado el instinto de cazador y este le advertía de un inminente peligro, de un hoyo cubierto de hojas en cuyo interior podía caer si no se andaba con cuidado. Bobadas, pensó. ¿Qué peligro podía encerrar una invitación a comer en casa de la señora Clementina?

«Por curiosidad, por pura curiosidad», se recordó a sí mismo el comisario mientras detenía el coche en la explanada de la parte trasera de la Casa del Sagrado Corazón a las ocho y media de la mañana siguiente. Había acertado. Delante de la verja había estacionado un coche fúnebre adornado con relucientes ángeles dorados. A pocos metros vio un taxi, cuyo conductor paseaba arriba y abajo, y tres ciclomotores. Las clínicas, los hospitales y las residencias siempre tienen una puerta posterior que se utiliza para los entierros generalmente matinales, rápidos y discretos: dicen que se hace así para no impresionar con el espectáculo de los ataúdes y de los llorosos familiares a los enfermos y a los hospitalizados, que esperan poder salir por su propio pie a través de la entrada principal. Soplaban un fuerte viento que alborotaba las nubes amarillentas. Al poco rato aparecieron cuatro sujetos portando un ataúd y, a su lado, el sobrino de la pobre señora Maria Carmela. Y nada más. Montalbano puso en marcha el motor y se fue, entristecido y

enojado consigo mismo por la ocurrencia que había tenido. Pero ¿se podía saber qué coño había ido a hacer a aquel entierro cuya sordidez era tan desoladora que casi resultaba ofensiva? ¿Por curiosidad? ¡Sobre qué! ¿Para descubrir qué nuevos e imaginativos tics se sacaba de la manga el ingeniero Spagnolo?

En cuanto la asistenta de la señora Clementina Vasile-Cozzo le abrió la puerta, Montalbano comprendió, por la mirada que la mujer le dirigió, que esta seguía teniéndole una antipatía tan profunda como inexplicable. Se lo perdonaba en parte porque era una excelente cocinera.

—Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? —dijo la asistenta, quitándole desconsideradamente de las manos la bandeja de *cannoli*, los típicos dulces sicilianos rellenos de requesón azucarado y fruta confitada, que llevaba.

¿Qué quería decir? ¿Que en menos de un año se había convertido en un viejo? Y, por si fuera poco, en respuesta a su inquisitiva y preocupada mirada, la muy infame sonrió.

En el salón, con el cuerpo desparramado en un sillón que estaba al lado de la silla de ruedas de la señora Clementina, había una mujer gordísima de unos cincuenta y tantos años que ya desde las primeras palabras que pronunció demostró ser una gritona, es decir, una mujer que, en lugar de hablar, utilizaba una entonación que era prima hermana de un do de pecho.

—Le presento a mi prima Ciccina Adorno —dijo la señora Clementina, suplicando con su tono de voz la comprensión del comisario.

—¡Virgen santísima! ¡Cuánto me alegro de conocerlo!

Fue, más que nada, una vía intermedia entre el silbido de una sirena antiniebla y el aullido de un lobo con la tripa vacía desde hace un mes. Durante el cuarto de hora que tardaron en sentarse a la mesa, Montalbano, con los oídos doloridos, averiguó que la señora Ciccina Adorno, viuda de Adorno («Me casé con mi primo»), no tenía cincuenta y tantos años sino setenta y tantos, y tuvo que soportar la explicación de por qué la señora había tenido que trasladarse de Fela a Vigàta por culpa de una discusión con un individuo a quien había alquilado una casita de su propiedad y se negaba a pagarle el alquiler porque en el tejado había una gotera y, cuando llovía, le

entraba agua en el salón de visitas. ¿A quién correspondía, según el comisario que entendía de leyes, el pago de la reparación de la gotera? Por suerte, en aquel momento apareció la asistenta para anunciar que la comida estaba lista.

Aturdido por los gritos, el comisario no pudo disfrutar de la pasta al horno cuyo nivel de excelencia debía de estar justo por debajo del límite máximo, más allá del cual estaba Dios. Como contrapartida, la señora Ciccina había pasado al tema que más le interesaba, es decir, la averiguación de los más mínimos detalles de las investigaciones y de los casos resueltos por Montalbano, cuyos pormenores ella conocía con toda precisión. Recordaba cosas que el propio comisario había olvidado.

Cuando se sirvió el pescado, Clementina Vasile-Cozzo hizo un último intento de salvar al comisario de aquel ciclón de preguntas.

—Ciccina, ¿tú que crees, que la emperatriz de Japón tendrá un varón o una niña?

Y mientras Montalbano se quedaba perplejo ante aquella inesperada alusión al Sol Naciente o lo que fuera, la señora Clementina le explicó que su prima lo sabía todo acerca de las casas reales de todo el mundo. La señora Ciccina no mordió el anzuelo.

—¿Y tú quieres que me ponga a hablar de esas cosas teniendo delante a nuestro comisario? —Y, sin detenerse tan siquiera para recuperar el resuello, añadió—: ¿Qué opina del caso Notarbartolo?

—¿Qué Notarbartolo?

—¿Está de broma? ¿No se acuerda de Notarbartolo, el del Banco de Sicilia? —Era un suceso acaecido a principios del siglo xx (¿o a finales del xix?), pero la señora Ciccina hablaba de él como si hubiera ocurrido la víspera—. Porque yo, señor comisario, lo sé todo acerca de los delitos ocurridos en Sicilia desde la Unificación de Italia hasta hoy.

Una vez finalizada la digresión acerca del caso Notarbartolo se puso a hablar del caso Mangiaracina (1912-1914), que era tan tortuoso y complicado que, a la hora del café, aún no se había descubierto al asesino. Llegado a ese punto, y temiendo tener los tímpanos gravemente dañados, Montalbano consultó su reloj, se levantó, simuló una repentina prisa, dio las gracias y se despidió de la señora Clementina. Ciccina Adorno lo acompañó a la puerta.

—Disculpe, señora —preguntó el comisario sin apenas darse cuenta de lo que estaba preguntando—. ¿Usted recuerda a una tal Maria Carmela Spagnolo?

—No —contestó con firmeza la señora Adorno, la que lo sabía todo acerca de los delitos de sangre cometidos en la isla.

Sentado en la roca bajo el faro, se entregó a una especie de autoanálisis. No cabía duda de que la respuesta negativa de Ciccina Adorno lo había decepcionado. ¿Eso significaba que él quería encargarse de aquella investigación? ¿Sí o no? ¿Que se decidiera de una vez! Bastaba un mínimo de iniciativa. Presentarse, por ejemplo, al abogado Colajanni y conseguir que este le dijera, aun a riesgo de que le soltara un guantazo, lo que sabía acerca de Maria Carmela Spagnolo. Porque no cabía duda de que Colajanni la conocía, dada su reacción ante el anuncio del óbito. O bien podía ir a la biblioteca pública, pedir los números de 1950 del periódico más importante de la isla y con paciencia de santo averiguar qué había ocurrido en Fela en el primer semestre de aquel año. O bien encargarle a Catarella que buscara la información en su ordenador. Entonces ¿por qué no lo hacía? Con un poco de buena voluntad averiguaría todo lo que había que averiguar y santas pascuas. ¿Tal vez era porque no le gustaba añadir al encarnizamiento terapéutico —tan discutido por médicos, curas, moralistas y presentadores de televisión— y al judicial —tan discutido por jueces y políticos— el encarnizamiento investigador que, por el contrario, jamás sería discutido por nadie? ¿O bien porque —y esta le pareció finalmente la explicación más apropiada— prefería mantener una actitud pasiva? Es decir, ser como la orilla del mar, a la que de vez en cuando llegan restos de naufragios: algunos se los vuelve a llevar la mar y otros se quedan allí, tostándose bajo el sol. En tal caso, lo mejor era esperar a que las olas arrojaran más restos.

Estaba a punto de irse a la cama cuando sonó el teléfono. Era la una de la madrugada. Tenía que ser Livia.

—Hola, cariño —dijo.

En el otro extremo de la línea sólo escuchó silencio hasta que estalló una especie de trueno apocalíptico que lo dejó medio sordo. Apartándose el auricular del oído, comprendió que se trataba de una carcajada. Y que aquella carcajada sólo podía pertenecer a Ciccina Adorno. Aquella mujer era no sólo gritona, sino también insomne.

—Lo siento, *dottore*, pero no soy su cariño. Pero ¿es que usted me ha engañado, *dottore*!

—¿Yo? ¿En qué, señora?

—En lo de Maria Carmela Spagnolo. No me dijo su apellido de casada, Siracusa, que era el de un farmacéutico, y yo he perdido el sueño pensando en ello.

—¿La conocía?

—¡Pues claro que la conocía! Incluso personalmente. Pero hace años y años que no sé nada de ella.

—Murió aquí en Vigàta el otro día.

—¿De veras?

—Oiga, señora, ¿podríamos vernos mañana por la mañana?

—Salgo a las ocho hacia Fela.

—¿Podría...?

—Si no tiene mucho sueño, venga aquí ahora.

—Pero la señora Clementina...

—Mi prima está de acuerdo. Lo esperamos.

Antes de salir, se introdujo en las orejas dos bolitas de algodón.

* * *

Cuando la señora Ciccina llevaba una hora hablando, los vecinos del piso de abajo empezaron a golpear el techo. A ellos se añadieron los del piso de arriba, los cuales empezaron a golpear el suelo. Después otros empezaron a golpear las paredes. Entonces la señora Clementina abrió un trastero y encerró dentro a su prima y al comisario.

Montalbano abandonó la casa tres horas, seis tazas de café y veinte cigarrillos después. A pesar de la protección del algodón, le dolían los oídos. Esta vez, las olas habían arrojado a la orilla no unos restos dispersos, sino un galeón entero.

Cuatro

A las nueve de la noche del uno de enero de 1950, el abogado Emanuele Ferlito, Nenè para los amigos, se sentó puntualmente a la mesa del sacanete del círculo Patria, que en Fela todo el mundo sabía que era en realidad un garito. Y si lo era en los días laborales, es fácil imaginar en qué se convertía los festivos y, especialmente, los días que van de Navidad a Reyes, cuando en el pueblo es tradición jugarse hasta los calzoncillos. El abogado Nenè Ferlito, hombre rico y esencialmente holgazán —pues raras veces se dedicaba a su trabajo, y cuando lo hacía, era casi siempre para sacar de un apuro a los amigos—, tenía cincuenta y tantos años y no le faltaba de nada. Aparte de ser capaz de permanecer sentado a la mesa de juego durante cuarenta y ocho horas seguidas sin levantarse ni para ir al lavabo, el abogado tenía mujeres en Fela y en los pueblos circundantes y era bien sabido que en Palermo (adonde se desplazaba a menudo para intervenir en juicios, o, por lo menos, eso le decía a su esposa, Cristina) mantenía a dos, una bailarina y una costurera. En una velada se bebía más de media botella de coñac francés. El número diario de cigarrillos sin filtro que se fumaba oscilaba entre los ciento diez y los ciento veinte. Hacia las once de aquella noche de fin de año sufrió un repentino desmayo, cosa que ya le había ocurrido el año anterior. Es decir, que el abogado se quedó tan tieso como un bacalao, dicho sea con todo el respeto, experimentó unos violentos espasmos, vomitó y sólo haciendo un supremo esfuerzo consiguió respirar.

—¡Ya estamos otra vez! —gritó entonces el doctor Jacopo Friscia, que en aquellos momentos se encontraba también en el círculo.

Friscia, que lo atendía desde que le había dado el primer desmayo, le había prohibido terminantemente fumar, pero al abogado Ferlito la

prohibición le había entrado por un oído y le había salido por otro. La recaída, pues, era inevitable.

Pero esta vez la situación es mucho más grave. Nenè Ferlito se está muriendo asfixiado y, para abrirle las mandíbulas, el médico y los del círculo se ven obligados a utilizar un calzador. Al final, el abogado se recupera ligeramente y es trasladado en brazos a su casa mientras el doctor Friscia corre en busca de medicación. La mujer, Cristina, pide que acuesten al marido (la pareja duerme en habitaciones separadas) y después llama por teléfono a su hija Ágata, de dieciocho años, que está pasando las fiestas en Catania, en casa de unos familiares. Los que le han prestado auxilio se retiran en cuanto llega el doctor Friscia, el cual encuentra al enfermo estacionario. El médico, tras haberle dicho claramente a su mujer que la vida del enfermo corre peligro, anota en una hoja de papel los medicamentos que hay que administrar y la dosis. Al ver que la señora Cristina está comprensiblemente aturdida y ausente, le repite que la vida de su marido depende del estricto cumplimiento de las instrucciones. Habrá que vigilarlo toda la noche. Cristina dice que podrá hacerlo. El médico, que no está muy convencido, le pregunta si necesita a una enfermera que se encargue de todo. Cristina rechaza el ofrecimiento y el médico se retira.

A la mañana siguiente, poco después de las ocho, el *dottor* Friscia llama a la puerta de la casa de los Ferlito. Le abre la doncella Maria, la cual le dice que la señora Cristina permanece encerrada en la habitación de su marido y no quiere que entre nadie. Pero el médico consigue que le abra. En la estancia se aspira un pestazo insoportable a vómito, orines y mierda. Cristina está sentada en una silla al lado de la cama, rígida y con los ojos muy abiertos. El médico consuela a la mujer, que se encuentra en estado de *shock*, y se da cuenta de que las medicinas que le ha entregado ni siquiera están abiertas.

—Pero ¿por qué no se las ha dado?

—No hubo tiempo. Murió media hora después de que usted se fuera.

El médico toca el cuerpo del paciente. Aún está caliente. Pero puede que la explicación sea la estufa de leña que el propio abogado había encendido la víspera antes de salir para cuando regresara a casa de la velada en el círculo. La estufa, dirá más tarde la señora Cristina, la había alimentado ella misma un cuarto de hora antes de que le llevaran a casa a su marido moribundo.

El entierro se retrasa unos días para que Stefano, el hermano del muerto, que vive en Suiza, pueda asistir. Al día siguiente de la muerte del abogado, su hija Ágata visita al doctor Friscia para que este le refiera con todo detalle lo que le había dicho a su madre a propósito de los medicamentos que esta no había tenido tiempo de administrar a su marido. El resultado es que Ágata se va de casa y pide hospitalidad a unos amigos. Pero ¿cómo se explica que una hija abandone a su madre justo cuando más tendría que estar a su lado, en el momento del dolor? Entonces empiezan a correr abiertamente por el pueblo unos rumores que ya circulaban en forma de insinuaciones, alusiones y significativas medias palabras.

Cuando se casa, Cristina Ferlito es una guapísima joven de veinte años, hija del notario Calogero Cuffaro, es decir, del representante más autorizado, tanto en Fela como en los municipios cercanos, del partido en el poder. El obispo lo recibe un día sí y otro también. No hay encargo público, concesión, licencia ni contrato que Cuffaro no controle. En poco tiempo Cristina averigua de qué pasta está hecho su marido, que le lleva diez años. Tienen una hija. Cristina se comporta como una esposa abnegada, nadie puede decir nada malo de ella, hasta el mes de febrero de 1948, en que su marido le lleva a casa a un sobrino lejano de veinticinco años llamado Attilio, un joven guapísimo a quien él ha encontrado trabajo en Fela.

Attilio, que hasta entonces había vivido con sus padres en Fiacca, se instala en una habitación de la villa que ocupan el abogado y su mujer. Muchas veces, dicen las malas lenguas, el sobrino se presta a consolar a su tía Cristina, la cual se queja con él de las constantes traiciones de su marido. Y, entre tantos consuelos, a la señora Cristina acaba resultándole más cómodo que la consuelen en la cama. Pero la mujer se enamora del chico, no lo deja ni respirar, está tremendamente celosa y empieza a montarle escenas incluso en presencia de extraños. El abogado recibe unos anónimos que lo dejan indiferente; es más, se alegra de que su mujer deje de tocarle los cojones a él y se los toque al sobrino. En el mes de octubre del año siguiente, en parte porque ya no puede aguantar más a la amante y en parte porque le duele ofender a su tío, a quien le debe el trabajo, Attilio se traslada a vivir a una pensión. Cristina se vuelve aparentemente loca, deja de comer y de dormir, envía larguísimas cartas a su examante por medio de su doncella Maria... En

algunas de ellas le expone su intención, que Attilio no se toma en serio, de matar a su marido para recuperar su libertad y vivir con él.

El día del entierro, todo el pueblo ve que Cristina es esquivada por su hija, por su cuñado Stefano, recién llegado de Suiza, y por su suegra, la cual, en la iglesia y delante del ataúd, acusa directamente a la nuera de haberle matado al hijo. En ese momento, el notario Calogero Cuffaro, el padre de Cristina, se apresura a consolar a la pobre mujer, dando de esta manera a entender a todo el mundo que esta ha perdido el juicio a causa del dolor. Pero esa misma noche, en el círculo Patria, Stefano el suizo, tras haber anunciado a los presentes que pedirá a quien corresponda la realización de una autopsia a su hermano, se aparta con el abogado Russomanno, que pertenece al mismo partido político del notario Cuffaro pero que encabeza la corriente contraria. El tenso coloquio mantenido en una salita del círculo dura tres horas. Suficiente para que, durante su camino de vuelta a casa, Stefano sea agredido por dos desconocidos que le pegan una soberana paliza y lo conminan a marcharse diciendo:

—¡Suizo, vuélvete a Suiza!

A pesar de su ojo a la funerala y de la cojera de una pierna, Stefano Ferlito, acompañado por el abogado Russomanno, se presenta en casa del difunto convocado por el notario Cuffaro, que exige las «debidas aclaraciones». Ni rastro de la viuda Cristina, pero, para compensar su ausencia, acompaña al notario el ilustre abogado Sestilio Nicolosi, príncipe del Foro. A las diez de la noche, el numeroso grupo de personas que se ha congregado delante de la casa para oír los gritos que dan los abogados Russomanno y Nicolosi mientras discuten, percibe un repentino silencio: ¿qué ha ocurrido? Ha ocurrido que, de pronto, se ha abierto la puerta del salón y ha aparecido Cristina. La cual, muy pálida pero firme y decidida, dice:

—Basta. Ya no puedo más. Yo he matado a Nenè. Con veneno.

El notario hace un supremo intento de defenderla hablando de delirio y desvarío, pero no hay solución. Veinte minutos después, el pequeño grupo ve abrirse la puerta de la casa. Salen primero la señora Cristina, el notario y el abogado Nicolosi y, a continuación, Stefano y el abogado Russomanno. La gente los sigue hasta el cuartel de los carabineros, donde Cristina va a

entregarse. El teniente Frangipane la interroga. Y Cristina cuenta que, una vez sola, tras la partida del doctor Friscia, en vez de administrarle los medicamentos a su marido, le dio a beber un vaso de agua en la que había disuelto un veneno para ratones a base de estricnina.

—¿Dónde lo compró?

—No lo compré. Se lo pedí a mi amiga Maria Carmela Siracusa, la viuda del farmacéutico. Ella lo cogió de la farmacia y me lo dio. Le dije que era para los ratones que había en casa.

—¿Por qué ha matado a su marido?

—Porque ya no podía soportar sus traiciones.

Al día siguiente, convocada por el teniente Frangipane, Maria Carmela Spagnolo de Siracusa confirma entre lágrimas que fue ella quien le facilitó el veneno a su amiga a mediados de noviembre, pero jamás de los jamases se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Cristina pudiera utilizarlo para matar a su marido. Ambas se habían visto por Navidad, habían pasado un buen rato hablando, Cristina estaba como de costumbre... La señora Maria Carmela, coetánea y amiga de Cristina, tenía fama en el pueblo de ser una mujer de cuerpo entero. El difunto farmacéutico también era un mujeriego, como el abogado, pero ella no se había buscado un amante, como había hecho Cristina. Por lo tanto, el teniente no tiene ningún motivo para suponer que Maria Carmela Siracusa pudiera estar al corriente de las homicidas intenciones de Cristina. Le toma declaración y la envía de nuevo a su casa. Pero alguien empieza a difundir por el pueblo algunas calumnias contra Maria Carmela: hay quien dice que la viuda del farmacéutico estaba perfectamente al corriente del propósito de Cristina. En resumen, Maria Carmela es, a juicio de muchos, una cómplice. Entonces la mujer, indignada, vende sus propiedades y se va al extranjero para reunirse con su hermano diplomático. Sólo regresará y permanecerá allí unos días para declarar en el primer juicio, que se celebra en 1953. Confirmará su primera declaración y regresará inmediatamente a Francia. En Fela jamás volverán a verla.

Sin embargo, con anterioridad a la celebración del juicio, ocurren varias cosas muy raras. Unos días después de la detención de Cristina, la Fiscalía ordena la realización de la autopsia. Las partes del cuerpo extraídas y colocadas en ocho recipientes se envían al consejero instructor de Palermo, el

cual las transmite a su vez al profesor Vincenzo Agnello, toxicólogo de la universidad, y al profesor Filiberto Trupia, profesor de anatomía patológica. Se les envían también a ambos las sábanas de la cama manchadas por el vómito del moribundo y la ropa interior que llevaba. Cristina presta dos veces declaración ante el juez instructor. En la primera afirma que mató a su marido para evitarle ulteriores sufrimientos. Una especie de eutanasia. En la segunda señala que no está segura de haber cometido un homicidio, pues la cantidad de veneno que le administró era demasiado exigua. Casi nada, una pizquita invisible entre el índice y el pulgar.

Al cabo de varios meses y después de intensas charlas con el abogado Nicolosi, Cristina hace una tercera declaración y se retracta de todo lo dicho anteriormente. Ella jamás le administró veneno a su marido; si así se lo dijo a los carabineros y al juez fue porque estaba aterrorizada, asustada por las amenazas de su cuñado Stefano el suizo. Pensó que en la cárcel estaría segura y protegida. Y tenía especial empeño en confirmar la veracidad de lo que le había dicho al doctor Friscia, es decir, que no había conseguido administrarle los medicamentos a su marido porque este había muerto antes de que ella pudiera hacer nada. Terminaba diciendo que los resultados de los análisis de los dos ilustres profesores palermitanos le darían la razón. Y, en efecto, poco después estalla una bomba que provoca un gigantesco estruendo. En su examen pericial, Agnello y Trupia afirman haber llevado a cabo numerosas pruebas y contrapruebas sin haber descubierto el menor vestigio de estricnina o de cualquier otro veneno en los restos y en los tejidos estudiados: el abogado Ferlito murió a causa de un tabaquismo agudo que le provocó un ataque letal de angina de pecho. Cristina es inocente. Pero Stefano Ferlito no reconoce su derrota y contraataca. Pero ¿es que no sabéis, dice a diestro y siniestro, que los dos eminentes profesores le deben en parte su carrera al notario Cuffaro, con quien mantienen estrechos vínculos de amistad? ¿Qué otra cosa se podía esperar? El abogado Nicolosi aconsejó a Cristina realizar su última declaración cuando ya estaba seguro de los favorables resultados de las pruebas periciales. Y son muchos los que apoyan a Stefano. Entonces a la Fiscalía de Palermo se le ocurre una brillante idea: reúne todo lo que los dos profesores palermitanos han utilizado en sus exámenes periciales y lo envían a Florencia, donde hay unos expertos toxicólogos de fama mundial. Cuando

los carabineros acuden a recoger los ocho recipientes que contienen los restos del pobre abogado, apenas hay nada en su interior, una parte se ha deteriorado y otra se ha perdido en los análisis. Aun así, el pliego sellado oficialmente se envía a Florencia el día uno de julio. A principios de septiembre reciben en Palermo una carta del juez florentino en la que se pregunta cómo es posible que el paquete aún no haya llegado. ¿Adónde ha ido a parar? Después de buscarlo intensamente, el paquete aparece en el Palacio de Justicia de Florencia, olvidado en un desván. A finales de octubre, nada menos que seis profesores florentinos entregan el resultado de sus exámenes: han encontrado una cantidad de estricnina tan elevada como para inducirles a poner en duda la valía profesional o la salud mental de Agnello y Trupìa, los dos colegas palermitanos que no habían encontrado nada (o no lo habían querido encontrar). No cabe la menor duda: el abogado Ferlito murió como consecuencia de un envenenamiento, su esposa Cristina es culpable.

—¿Qué os habíamos dicho? —gritan triunfalmente Stefano Ferlito y el abogado Russomanno.

—No estoy de acuerdo —proclama orgullosamente el abogado Nicolosi—. ¡El paquete que ha llegado con tanto retraso a Florencia ha sido manipulado!

—¡Es una miserable maniobra de mis adversarios políticos —aclara el notario Cuffaro—, que a través de mi hija quieren golpearme a mí!

Por si acaso, el abogado Nicolosi pide un examen pericial del estado mental de su defendida, la cual resulta estar en pleno uso de sus facultades.

En resumen, el primer juicio, el de 1953, termina con la condena de Cristina a veinte años de cárcel. Esta, en determinado momento, declara recordar haberle dado algo a su marido en la famosa noche de autos, pero casi con toda certeza debió de tratarse de una pizca de bicarbonato.

El hecho más destacado del segundo juicio, que se celebra casi dos años después, es la detallada contraprueba pericial del profesor Aurelio Consolo, el cual afirma que sus colegas florentinos fueron tan ineptos y descuidados que utilizaron un reactivo equivocado. Ese es el motivo de que encontraran restos de estricnina. Llegados a ese punto, Nicolosi señala que es necesario llevar a cabo un superexamen pericial toxicológico. Su petición es rechazada, pero

los jueces modifican la primera sentencia: ahora los años de cárcel que Cristina tiene que cumplir son dieciséis.

En 1957 el Tribunal Supremo rechaza el recurso y confirma la condena.

Cristina solicita desde la cárcel constantes peticiones de gracia. Tres años después, un ministro de Justicia, olvidando el título de su ministerio y obedeciendo a las presiones recibidas por parte de unos cualificados miembros de su partido, el mismo al que pertenece el indómito notario Cuffaro, se pone en marcha para conseguir que la mujer reciba el ansiado indulto. Cristina puede regresar a casa y la partida termina definitivamente para todos.

Cinco

Eran más de las cinco de la madrugada y había mantenido un buen rato la cabeza bajo el agua para aliviar el aturdimiento provocado por todo el tiempo que había permanecido encerrado en una pequeña estancia con la gritona señora Ciccina, y ahora estaba a punto de irse a dormir, más confuso que convencido por toda aquella serie de nombres de abogados, expertos, familiares del difunto y familiares de la asesina que la señora Adorno recordaba con maníaca e insoportable precisión, cuando sonó el teléfono. Sólo podía ser Livia, tal vez preocupada por no haberlo encontrado antes en casa.

—Hola, cariño...

—¿Otra vez? Lo siento mucho, *dottore*, soy Ciccina Adorno.

Montalbano volvió a sentirse repentinamente aturdido y mantuvo el auricular a una distancia de seguridad.

—¿Qué ocurre, señora?

—Olvidé contarle una cosa que se refiere a la primera prueba pericial, la que hicieron en Palermo los profesores Agnello y Trupìa.

Montalbano levantó las orejas, aquel era un punto delicado.

—Dígame, señora.

—Cuando los profesores de Florencia dijeron que los colegas palermitanos que no habían encontrado la estricnina o eran unos incompetentes o estaban locos, el abogado Nicolosi se las arregló para que declarara el profesor Aurelio Giummarra. Este profesor contó que el profesor Agnello, del cual él era ayudante, había muerto antes de estampar su firma bajo el examen pericial negativo. Y que entonces el tribunal le había dicho que lo firmara él. El profesor Giummarra lo firmó, pero tras haber repetido todos los exámenes, pues era un hombre muy escrupuloso. ¿Y sabe una cosa?

Señaló que había utilizado los mismos reactivos que sus colegas florentinos. No había estriknina.

—Gracias, señora. ¿Recuerda cómo se llamaba el juez que presidió el segundo juicio?

—Claro. Se llamaba Manfredi Catalfamo. En cambio, el juez que había presidido el primero se llamaba Giuseppe Indelicato, mientras que en el Supremo...

—Gracias, ya es suficiente, señora. Buen viaje.

Como es natural, le importaban un carajo Catalfamo e Indelicato, sólo lo había preguntado para poder asombrarse una vez más de la prodigiosa memoria de Ciccina Adorno, una especie de superordenador viviente.

Tumbado en la cama mientras en sus oídos resonaba el murmullo del mar, un tanto movido, pensó en todo lo que había averiguado. Si era cierto lo que Maria Carmela Spagnolo le había revelado en su lecho de muerte, los expertos palermitanos no habían encontrado estriknina por la sencilla razón de que no la había. Cristina creyó que había envenenado a su marido, pero en realidad le había administrado unos polvos inofensivos. Entonces, ¿cómo era posible que los expertos florentinos la hubieran encontrado? Ahí puede que tuviera razón el notario Cuffaro: la misteriosa y prolongada desaparición del paquete había servido para que sus adversarios políticos pudieran meterle mano e introducir en él una tonelada de estriknina. Y no había por qué escandalizarse: los juicios en Italia están cuajados de pruebas que desaparecen y vuelven a aparecer a su debido tiempo, es una antigua y apreciada costumbre, casi un rito. En definitiva, Cristina había sido condenada no por haber envenenado realmente a su marido, sino por haber tenido intención de hacerlo. ¿Cómo podía ella imaginar que su fiel amiga Maria Carmela la había engañado? ¿Y por qué había hecho Maria Carmela semejante cosa? Probablemente porque estaba al corriente de la pasión de su amiga por su joven sobrino Attilio y porque sabía que en los últimos tiempos Cristina había manifestado su propósito de matar a su marido. Claro que del dicho al hecho hay un gran trecho. No obstante, para evitar que el día menos pensado Cristina cometiera una barbaridad, ella le dio unos polvitos diciendo

que era veneno para ratones. Y en eso estamos todos de acuerdo. Maria Carmela actúa por el bien de Cristina. Pero ¿por qué, primero ante el teniente de los carabineros y después en el juicio, no revela la verdad? Habría sido suficiente que, cuando la llamaron al cuartel, hubiera dicho algo para exculpar a su amiga: «Miren, Cristina no puede haber matado a su marido con los polvos que yo le di porque no eran veneno».

Habría sido suficiente. Sin embargo, no pronuncia esas palabras. Al contrario, se pone a hacer teatro y asegura, desesperada, que ella jamás tuvo conocimiento de las intenciones homicidas de Cristina. Y, por si fuera poco, durante el juicio añade más clavos al ataúd de su amiga. Sólo pronuncia esas palabras cincuenta años después para liberar su conciencia de aquel peso a la hora de la muerte.

¿Por qué? Al no pronunciar esas palabras, Maria Carmela sabe que condenarán a una inocente, si bien una inocente relativa. Ese comportamiento pone de manifiesto un profundo odio, no puede explicarse de ninguna otra manera: se trata, casi con toda certeza, de una fría y deliberada venganza.

Ya se había hecho de día. Montalbano se levantó, puso la cafetera al fuego y salió a la galería. El viento había amainado y el mar, al retirarse, había dejado la arena mojada y llena de botellas de plástico, algas, cajas vacías y peces muertos. Restos de naufragios. Sintió un escalofrío y volvió a entrar en la casa. Se bebió tres tazas de café seguidas, se puso una chaqueta gruesa y se sentó en la galería. El aire de primera hora de la mañana le refrescaba las ideas. Por primera vez en su vida, se reprochó su mala costumbre de no tomar apuntes: le rondaba por la cabeza algo que le había dicho la señora Ciccina, pero no era capaz de recordarlo. Sabía que era importante, pero no conseguía enfocararlo. Siempre había tenido una memoria de hierro, ¿por qué empezaba a fallarle ahora? ¿La vejez significaría para él llevar un cuaderno de apuntes y un lápiz en el bolsillo, como los policías ingleses? El horror que le produjo semejante idea ejerció sobre su memoria un efecto muy superior al de cualquier medicina y, de pronto, lo recordó todo. En su declaración en el cuartel de los carabineros, la señora Maria Carmela había dicho que Cristina le había pedido el veneno a mediados de noviembre. Por consiguiente, hasta

esa fecha, María Carmela aprecia tanto a su amiga que obstaculiza su propósito y le facilita unos polvos inofensivos. Pero, apenas dos meses después, los sentimientos que le inspira Cristina han cambiado por completo, ahora no la aprecia, la odia. Y no desmiente la confesión de su amiga. Lo que significa que, en ese breve período de tiempo, ha ocurrido algo entre ambas mujeres, no una discusión sin importancia, como las que pueden producirse incluso entre amigos íntimos, sino algo grave que provoca una irreparable y profunda herida. Alto ahí. Un momento. La señora Ciccina Adorno había dicho también que ambas amigas se habían visto por Navidad, o eso al menos le había dicho María Carmela al teniente de los carabineros. Y no había por qué poner en duda que el encuentro se hubiera producido. No habría sido un encuentro formal, un cortés y frío intercambio de felicitaciones, no, ambas mujeres habían conversado tranquilamente durante un buen rato, como solían hacer habitualmente. Lo cual sólo podía significar dos cosas: o que María Carmela empieza a odiar a Cristina después o durante su encuentro navideño con ella, o que el rencor, el odio de María Carmela empezó unos días después de haberle facilitado a su amiga el falso veneno. En esta segunda hipótesis, durante el encuentro, María Carmela finge ser la amiga de siempre, oculta hábilmente los sentimientos que le inspira Cristina y espera con paciencia de santo a que, más tarde o más temprano, esta apriete el gatillo. Sí, porque aquel falso veneno es como un revólver cargado. Ocurra lo que ocurra, el disparo destrozará la vida de Cristina. De entre ambas hipótesis, la segunda era seguramente la que más se acercaba a la verdad, si María Carmela había conseguido guardar aquel secreto a lo largo de todos los años que le quedaban de vida.

La imagen de la moribunda apareció a traición ante sus ojos, la cabecita de gorrión desplumado hundida en la almohada, la sábana blanca, la mesilla... La imagen se congeló y después se produjo una especie de *zoom* en su memoria. ¿Qué había sobre la mesilla? Una botella de agua mineral, un vaso, una cuchara y, medio escondido detrás de la botella verde, un crucifijo de unos veinte centímetros sobre una base cuadrada de madera. Nada más. De pronto, enfocó perfectamente el crucifijo: Jesús clavado en la cruz no tenía la piel blanca. Era negro. Probablemente, un objeto de arte sacro

adquirido en algún lejano país de África cuando María Carmela seguía en sus viajes a su sobrino ingeniero.

Repentinamente, se levantó a causa del pensamiento que se le había ocurrido. ¿Cómo era posible que, de todos sus viajes, la señora sólo se hubiera quedado con aquella imagen? ¿Dónde estaban sus restantes pertenencias, aquellos objetos, aquellas fotografías, aquellas cartas que se conservan para que la memoria se ancle en ellos y sirvan de testimonio de nuestra existencia?

Nada más llegar al despacho llamó al hotel Pirandello. Le contestaron que el ingeniero Spagnolo acababa de salir hacia el aeropuerto, pues tenía que tomar el primer vuelo con destino a Milán.

—¿Llevaba mucho equipaje?

—¿El ingeniero? No, una maletita.

—¿Les ha encargado, por casualidad, que le envíen algún paquete de gran tamaño, una caja o algo parecido?

—No, señor comisario.

Por consiguiente, las pertenencias de Maria Carmela, en caso de que las hubiera, se encontraban todavía en Vigàta.

—¡Fazio!

—¡A sus órdenes, *dottore*!

—¿Tienes algo que hacer esta mañana?

—Bueno..., algunas cosas, sí.

—Pues déjalo todo. Voy a encargarte un trabajo que te encantará. Tienes que ir enseguida a Fela. Ahora son las ocho y media..., a las diez ya estarás allí. Tienes que ir al Registro Civil.

A Fazio se le iluminaron los ojos de alegría: estaba aquejado de algo que Montalbano calificaba de «complejo de Registro Civil». No se limitaba a averiguar el día, mes y año de nacimiento, la provincia, el nombre del padre y de la madre, incluso los nombres del padre y la madre del padre y los nombres del padre y la madre de la madre, y así sucesivamente, de una persona. En caso de que una reacción, generalmente violenta, de su jefe no lo

interrumpiera, era capaz, siguiendo la historia de una persona, de remontarse a los albores de la humanidad.

—¿Qué debo hacer? —El comisario se lo explicó tras habérselo contado todo, incluso lo de Cristina y el juicio. Fazio hizo una mueca—. O sea, ¿que no se trata sólo de ir al registro civil?

—No, pero tú en esas cosas eres un maestro.

Al cabo de menos de cinco minutos, él también salió, subió al coche y se dirigió a la Casa del Sagrado Corazón. Le había entrado el irresistible afán de saber cuál era el motor que impulsaba sus investigaciones. Ahora ya no tenía ninguna duda ni la menor resistencia interior: tanto si era un folletín como una novela negra, una tragedia o un melodrama, quería averiguar todos los porqué y los cómo de aquella historia.

Se presentó ante el administrador, el contable Inclima, un grueso y cordial cincuentón, quien, tras escuchar la pregunta del comisario, se sentó delante de un ordenador.

—Verá usted, señor comisario, de estas cosas se encarga mi ayudante, el contable Cappadona, que hoy, por desgracia, no ha venido porque tiene la gripe. —Se entregó en cuerpo y alma a la tarea, pulsó algunas teclas, pero estaba claro que el ordenador no era precisamente su fuerte. Finalmente habló—. Sí, aquí consta que todos los efectos personales de la pobre señora Spagnolo se encuentran en un depósito, en un baúl de su propiedad. Pero no sé si ya se lo han enviado a su sobrino a Milán.

—¿Y cómo se puede saber?

—Venga conmigo.

Abrió un cajón y sacó un manajo de llaves. Salieron por la puerta principal. A la izquierda del jardín había un edificio bajo, un almacén con una puerta muy grande en la que ponía, evidentemente para que nadie se llamara a engaño, «Depósito». Paquetes, cajas, maletas, cajitas, contenedores de todo tipo aparecían colocados ordenadamente a lo largo de las paredes.

—Lo conservamos todo con mucho cuidado y de forma que esté al alcance de la mano. Porque, verá usted, señor comisario, todas nuestras huéspedes son, ¿cómo le diría?, de clase acomodada. Y, de vez en cuando, les apetece volver a ver un vestido, un objeto especialmente apreciado... Ah, aquí está todavía el baúl de la señora Spagnolo.

«¿Acaso a las que no pertenecen a la clase acomodada —se preguntó Montalbano— no les apetece volver a ver objetos suyos apreciados en otros tiempos? Sólo que esos objetos ya no están al alcance de su mano, sino vendidos o en el Monte de Piedad».

El baúl no era un baúl. Era una especie de pequeño armario colocado de pie, como los armarios, y tan alto como Montalbano. Este sólo había visto baúles de semejantes proporciones en las películas ambientadas entre finales del siglo XIX y principios del XX. Aquel estaba enteramente cubierto de esas pegatinas de colores, redondas, cuadradas o rectangulares, que los hoteles de otros tiempos solían pegar en los equipajes a modo de publicidad. Las pegatinas estaban parcialmente tapadas por una hoja blanca, todavía mojada de pegamento, en la cual figuraba la dirección de Milán del sobrino.

—Seguramente mañana pasará el transportista —dijo el contable—. ¿Le interesa saber algo más?

—Sí. ¿Quién tiene las llaves del baúl?

—Vamos a ver si las tenemos nosotros o si ya han sido entregadas al ingeniero.

Resultó que ya habían sido entregadas.

Comió distraído y sin apetito.

—Hoy no me ha dado ninguna satisfacción —lo regañó Calogero, el dueño de la *trattoria*—. Si un cliente como usía come así, a alguien como yo se le pasan las ganas de cocinar.

El comisario se disculpó, lo tranquilizó diciéndole que era porque tenía demasiados pensamientos en la cabeza y no había conseguido borrar la cantidad de ellos que habría sido necesaria para poder saborear la maravilla de langosta que le habían puesto delante. En realidad, pensamientos sólo tenía uno; pero valía por diez, de tan apremiante como era. Al cabo de un rato, tras haberle fallado todas las opciones, y teniendo en cuenta el breve espacio de tiempo que le quedaba antes de que el baúl emprendiera el camino hacia Milán, tuvo que rendirse a la única solución posible: Orazio Genco. Eran las cuatro de la tarde, y, a aquella hora, Orazio Genco, el ultraseptuagenario ladrón de casas que jamás había cometido un acto de

violencia, hombre de bien si se exceptuaba el vicio que tenía, que consistía en robar en las viviendas, debía de estar durmiendo en su hogar, recuperando el sueño perdido durante la noche. Se tenían mucha simpatía el uno al otro. Orazio, de hecho, le había regalado al comisario una preciosa colección de ganzúas y llaves falsas. Le abrió Gnetta, la mujer de Orazio, que se asustó al verlo.

—¿Qué ocurre, comisario? ¿Qué ha sucedido?

—Nada, Gnetta, sólo vengo a ver a tu marido.

—Pase —dijo la mujer, más tranquila—. Orazio está enfermo, en la cama.

—¿Qué tiene?

—Dolores reumáticos. El médico dice que no debería salir de noche cuando hay tanta humedad. Pero, entonces, ¿cuándo va a trabajar este buen hombre?

Orazio estaba medio dormido, pero al ver al comisario se incorporó en la cama.

—¡Qué sorpresa, *dottore* Montalbano!

—¿Cómo estás, Ora?

—Así así, *dottore*.

—¿Le apetece un cafecito? —preguntó Gnetta.

—Con mucho gusto.

Aprovechando que Gnetta se había retirado, Orazio se apresuró a aclarar:

—Mire, señor comisario, yo no trabajo desde hace un mes, así que si ha habido...

—No he venido por eso. Quería que me hicieras un trabajito, pero veo que no puedes moverte.

—No, señor *dottore*, lo siento. El trabajo tendrá que hacerlo usted solo. ¿No recuerda cómo se hace? ¿No se lo enseñé?

—Sí, pero este es un baúl que se tiene que abrir y cerrar sin que nadie se dé cuenta. ¿Me explico?

—Se ha explicado muy bien. Ahora tómese tranquilamente el café y después hablamos.

Seis

Fazio se presentó a las siete de la tarde. Parecía contento. Se sentó cómodamente en una silla delante del escritorio del comisario, sacó del bolsillo una hoja de papel doblada en cuatro y empezó a leer:

—Alfredo Siracusa, hijo del difunto Giovanni y de la difunta Emilia Scarcella, nacido en Fela el...

—¿Quieres que empecemos a enfadarnos? —lo interrumpió Montalbano. Fazio esbozó una sonrisita.

—Era una broma, *dottore*.

Dobló la hoja y volvió a guardársela en el bolsillo.

—He tenido una suerte del copón, y perdone la expresión, *dottore*.

—¿Qué quieres decir?

—He podido hablar con el farmacéutico Arturo de Gregorio.

—¿Y ese quién es?

—El actual propietario de la farmacia que perteneció a Alfredo Siracusa. Verá, *dottore*, ese tal De Gregorio, nada más terminar sus estudios en mil novecientos cuarenta y siete, comenzó a hacer prácticas en la farmacia de Siracusa. En realidad la farmacia la llevaba él, porque el *dottor* Siracusa se pasaba el día jugando a las cartas o persiguiendo a las mujeres. El treinta de septiembre de mil novecientos cuarenta y nueve, mientras regresaba en coche de Palermo, el *dottor* Siracusa sufre un accidente y muere en el acto.

—¿Qué clase de accidente?

—No lo sé muy bien, parece que se quedó dormido. Puede que se hubiera pasado la noche jugando o con alguna mujer. Iba solo. Resumiendo, menos de una semana después, el *dottor* De Gregorio le dice a la viuda que, si ella está de acuerdo, él le compra la farmacia. La señora remolonea un poco, pero

después, hacia finales de noviembre, ambos se ponen de acuerdo sobre el precio.

—¿Y a mí qué coño me importa toda esa historia, Fazio?

—Tenga un poco de paciencia, ya voy al grano. Ocurre que el *dottor* De Gregorio empieza a hacer el inventario. Aparte de la trastienda, que se utilizaba como almacén, había una pequeña estancia con un escritorio que el *dottor* Siracusa utilizaba para los papeles, las cuentas, la correspondencia, los pedidos. Pero hay un cajón cerrado con llave, y la llave no se encuentra por ninguna parte. Entonces el *dottore* se la pide a la señora. Esta reúne todas las llaves que pertenecían a su marido, acude a la farmacia, prueba que te prueba y, al final, la encuentra y abre el cajón. El *dottore*, ve que el cajón está lleno de papeles y fotografías, pero en ese momento oye sonar la campanilla de la entrada y sale para atender al cliente. Después entra otro. Finalmente el *dottore* puede regresar al pequeño despacho. La señora está tirada en el suelo, desmayada. El farmacéutico consigue hacerla volver en sí y la viuda dice que ha sufrido un desfallecimiento; los papeles y las fotografías están desperdigados por el suelo y sobre el escritorio. De Gregorio se agacha para recogerlos y la viuda salta como una víbora:

»—¡Déjelo! ¡No toque nada!

»Jamás la había visto de aquella manera, me ha dicho el *dottor* De Gregorio. La señora tenía fama de amable y considerada, pero entonces parecía que se la llevara el demonio.

»—¡Váyase! ¡Váyase!

»El farmacéutico salió para atender a otros clientes. Media hora después apareció de nuevo la viuda con dos abultados sobres en la mano.

»—¿Cómo se encuentra, señora? ¿Quiere que la acompañe?

»—¡Déjeme en paz!

»A partir de aquel día, dice el farmacéutico, la señora nunca volvió a ser la misma. No quiso poner los pies en la farmacia y con él siguió mostrándose descortés y malhumorada. Después tuvo lugar el homicidio del abogado Ferlito y en el pueblo empezaron a correr rumores de que ella había sido cómplice de Cristina, la esposa asesina. Entonces la viuda de Siracusa vendió sus propiedades y se fue al extranjero. De todas las cosas que me ha dicho De Gregorio, lo del desmayo es lo que me ha parecido más interesante.

—¿Por qué?

—¡Está clarísimo, *dottore!* ¡Usted lo sabe mejor que yo! En el interior de aquel cajón la señora Maria Carmela Spagnolo, viuda reciente de Siracusa, encontró una cosa que jamás hubiera imaginado.

Hacia medianoche ya no sabía qué inventarse para pasar el rato. No podía leer porque estaba demasiado nervioso para concentrarse. Cuando terminaba una página tenía que volver a empezarla porque había olvidado lo que había leído. Sólo le quedaba la televisión, pero ya había visto un debate político, moderado por dos periodistas que parecían Stan Laurel y Oliver Hardy —uno delgado como un palillo y el otro gordo como un elefante—, sobre la dimisión de un subsecretario con cabeza de reptil que ejercía como abogado y había propuesto la detención de dos jueces que le hacían perder todos los juicios. A su lado lo defendía un ministro que tenía cara de calavera y al que no se le entendía ni torta de lo que decía. Valerosamente, volvió a encender el aparato. El debate aún no había terminado. Encontró un canal donde daban un reportaje sobre la vida de los cocodrilos y allí se quedó.

Debió de adormilarse, porque de repente ya eran las dos. Fue a lavarse la cara, salió y subió al coche. Veinte minutos después pasó por delante de la verja cerrada de la Casa del Sagrado Corazón, giró inmediatamente a la derecha y se detuvo en la parte de atrás de la residencia, como había hecho cuando había ido a ver el entierro. Bajó del coche y se dio cuenta de que muchas ventanas estaban levemente iluminadas. Comprendió lo que ocurría: era el insomnio de la vejez, la que noche tras noche te condena a permanecer en vela, en la cama o en un sillón, a recordar tu vida minuto a minuto, a repetirla desgranando los recuerdos como las cuentas de un rosario. Y, de esa manera, se acaba deseando la muerte, porque esta es el vacío absoluto, la nada, libre de la condena, de la persecución de la memoria.

Saltó por encima de la verja sin ninguna dificultad. La luz de la luna iluminaba lo suficiente para ver dónde ponía los pies. Sin embargo, en cuanto estuvo en el jardín, se quedó petrificado. Había un perro mirándolo, uno de esos terribles perros asesinos que no ladran, no hacen nada, pero, en cuanto te mueves, te encuentras con una dentellada en la garganta. Notó que la camisa,

empapada de sudor, se le pegaba a la piel. Él permanecía inmóvil y el perro también.

«Mañana por la mañana, cuando se haga de día, nos encontrarán así, yo mirando al perro y el perro mirándome a mí —pensó. Con una diferencia, que el animal estaba en su territorio, mientras que él había entrado ilegalmente—. Tiene razón el perro», se dijo luego, recordando una famosa frase del cómico Eduardo de Filippo.

Era absolutamente necesario hacer algo. Pero la suerte se encargó de echarle una mano. Una pifia o un fruto seco cayó de un árbol y fue a parar a la espalda de la bestia, la cual, sorprendentemente, hizo: «¡Tin!».

Era un perro de mentirijillas, colocado allí para asustar a los cabrones como él. No le costó nada abrir la puerta del depósito. Encendió la linterna que llevaba y, siguiendo las instrucciones del ladrón Orazio, abrió sin ninguna dificultad el baúl-armario. En una decena de colgadores había vestidos de mujer, la balda de abajo estaba repleta de objetos, una torre Eiffel en miniatura, un león de cartón piedra, una máscara de madera y diversos recuerdos. La parte interior de la tapa del baúl era una cajonera. Había bragas, sujetadores, pañuelos, bufandas, medias de lana. Bajo la balda de los objetos había dos cajones de gran tamaño. El primero de ellos contenía zapatos. En el segundo había una caja de cartón y un sobre grande. Montalbano abrió el sobre. Fotografías. Detrás de todas ellas, Maria Carmela había escrito diligentemente la fecha, el lugar y el nombre de los fotografiados. Estaban el padre y la madre de Maria Carmela, el hermano, el sobrino, la mujer del hermano, una amiga francesa, una sirvienta negra, varios paisajes... Faltaban las fotografías de su boda. Y no había ni una sola foto del marido, ni pagándola a precio de oro. Como si la señora hubiera deseado borrar su rostro. Y tampoco las había de Cristina, su antigua amiga del alma. Volvió a guardar las fotografías en el sobre y abrió la caja. Cartas. Todas ordenadamente dispuestas y metidas en distintos sobres según el remitente. «Cartas de mamá y papá», «Cartas de mi hermano», «Cartas de mi sobrino», «Cartas de Jeanne»... El último sobre no anunciaba el contenido. Dentro había tres cartas. Le bastó empezar a leer la primera para comprender que había encontrado lo que buscaba. Se guardó las tres cartas en el bolsillo, lo dejó todo en su sitio, volvió a cerrar el baúl y la puerta del depósito, acarició

la cabeza del perro de mentirijillas, volvió a saltar la verja, subió al coche y regresó a Marinella.

Eran tres cartas muy largas, la primera con fecha del 4 de febrero de 1947 y la última del 30 de julio del mismo año. Tres cartas de ardiente testimonio de una impetuosa pasión amorosa que se encendió como un fuego de paja y duró lo que un fuego de paja. Unas cartas firmadas por Cristina Ferlito al farmacéutico Alfredo Siracusa y que empezaban siempre de la misma manera, «Mi adorado Alfredo, sangre mía», y que siempre terminaban con la frase «Tuya en todo y por todas partes, Cristina». Cartas que la mujer había enviado a su amante, el marido de su mejor amiga, y que este había conservado imprudentemente en el cajón del escritorio de la farmacia. El que Maria Carmela había abierto a petición del *dottor* De Gregorio. Al leerlas, Maria Carmela debió de sentirse ofendida y mortalmente herida, más que por la doble traición del marido y la amiga, por las palabras que esta utilizaba para referirse a ella, unas palabras despectivas y ridiculizantes. «Alfredo, ¿cómo es posible que vivas junto a una mujer tan gazmoña?». «Alfredo, cuando por la mañana te despiertas y te la encuentras a tu lado, ¿cómo es posible que no vomites?». «Alfredo, ¿sabes lo que me confesó el otro día Maria Carmela? Que para ella, ya desde la noche de bodas, hacer el amor contigo ha sido un sufrimiento. ¿Cómo puede ser que para mí sea un placer tan grande que casi iguala a la muerte?».

Aquí Montalbano no pudo por menos que imaginarse otro placer mucho más perverso y refinado: el del farmacéutico que se beneficiaba a la mujer de su más íntimo compañero de juego y de aventuras femeninas sin que este se enterara. Quién sabe cuánto habría durado aquella historia si en la vida de Cristina no hubiera entrado el apuesto sobrino Attilio.

Tras el hallazgo de las cartas, Maria Carmela decide vengarse. Ya le ha facilitado a Cristina el falso veneno antes del descubrimiento de la traición y lamenta no haber comprendido a tiempo sus propósitos homicidas. De haberlo sabido, le habría dado veneno de verdad para que ella misma se condenara con sus propias manos. Ahora lo único que puede hacer es esperar a que su examiga dé un paso en falso. Y cuando esta lo da, Maria Carmela ya

está preparada para aprovechar la ocasión y contribuye a enviar a Cristina a la cárcel, pese a saber que esta no puede haber matado a su marido con los polvos que ella le había entregado. Si le hubiera revelado la verdad al teniente de los carabineros, la situación de su examiga habría sido mucho mejor. Pero eso es justamente lo que ella no quiere. Y sólo a la hora de morir, cuando su paladar ya se ha vuelto insensible a todos los sabores, incluso al de la venganza, decide confesar su culpa. Pero ¿por qué ha conservado las cartas, por qué no se ha deshecho de ellas, como hizo con las fotografías de su marido y de su boda? Porque Maria Carmela es una mujer inteligente. Sabe que un día el devorador impulso que la mueve perderá inevitablemente fuerza, que el recuerdo cada vez más desvaído de la ofensa podría inducir la a revelar a alguien lo que ocurrió realmente, Cristina podría salir de la cárcel... No, entonces será suficiente coger un instante una de aquellas cartas para que los motivos de la venganza aparezcan de nuevo con la violencia del primer día.

Por la mañana salió muy temprano, prácticamente sin haber pegado ojo. Cuando entró en la iglesia, el padre Barbera acababa de terminar de officiar la misa. Lo siguió a la sacristía, donde el cura se despojó de sus hábitos con la ayuda del sacristán.

—Déjanos solos y que no entre nadie.

—Sí, padre —contestó el hombre, retirándose.

Al cura le bastó una mirada para comprender que Montalbano sabía ya lo que Maria Carmela Spagnolo le había revelado a él en confesión. Pero quiso estar seguro.

—¿Lo ha descubierto todo?

—Sí, todo.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Soy policía. Ha sido una especie de apuesta más que nada conmigo mismo. Pero ahora ya ha terminado.

—¿Está seguro? —preguntó el cura.

—Sí. ¿A quién quiere que le importe una historia de hace cincuenta años? Maria Carmela Spagnolo ha muerto, Cristina Ferlito también...

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie, pero supongo que...

—Se equivoca.

Montalbano lo miró, desconcertado.

—¿Vive todavía?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Catania, en casa de su hija Ágata, que la perdonó cuando salió de la cárcel. Ágata se casó con un empleado de banca, un buen hombre llamado Giulio La Rosa. Tienen un chalecito en via Gómez, 32.

—¿Por qué me lo dice? —preguntó el comisario.

Y, mientras hacía la pregunta, comprendió la respuesta que le daría el otro.

—Para que haga usted lo que yo, como sacerdote, no puedo hacer. Usted está en condiciones de devolver la paz a una mujer precisamente cuando ya no espera nada de la vida. De iluminar con la luz de la verdad el último y oscuro tramo de la existencia de aquella mujer. Vaya y cumpla con su deber, no pierda el tiempo. Ya se ha perdido demasiado.

Y, apoyándole la mano en el hombro, casi lo empujó hasta la puerta. Estupefacto, el comisario dio unos cuantos pasos y después se detuvo, pues una luz como de flash se le había encendido en el cerebro. Se volvió.

—¡La mañana que vino a verme a mi casa usted ya había elaborado un plan muy minucioso! ¡Usted lo ha montado todo, me ha utilizado y yo he caído en la trampa como un gilipollas! Incluso interpretó todo aquel número de intentar disuadirme, convencido de que yo no soltaría el hueso. Usted sabía desde el primer momento que llegaríamos a este punto, a estas palabras. ¿Es cierto, sí o no?

—Sí —contestó el padre Barbera.

Condujo su coche dominado por la furia y el nerviosismo, dispuesto a pelearse con cualquier automovilista que siguiera su mismo camino. Se había dejado atrapar como un chiquillo inocente. Pero ¿cómo había sido posible? ¿Cómo no se había dado cuenta de la trampa que el padre Barbera le había

tendido? ¡Para que te fíes tú de los curas! Ya lo decía el proverbio: «*Monaci e parrini / sènticci la missa / e stòccacci li rini*». A los monjes y a los curas, óyeles la misa y rómpelos el espinazo. ¡Ah, la olvidada sabiduría popular!

En medio del tráfico de Catania no le faltaron ocasiones de hacer la señal de los cuernos y soltar palabrotas a diestro y siniestro. Finalmente, después de dar mil vueltas, llegó al chalecito de via Gómez. En el minúsculo jardín, una mujer bastante joven vigilaba a dos niños que jugaban.

—¿La señora Ágata La Rosa?

—No está, ha salido. Yo cuido a los niños.

—¿Son los hijos de la señora Ágata?

—Pero ¿qué dice? ¡Son los nietos!

—Verá, yo soy comisario de policía.

La mujer se asustó.

—Ay, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, simplemente tengo que comunicarle algo a la señora Cristina. ¿Está en casa?

—Sí.

—Me gustaría hablar con ella. ¿Tiene la bondad de acompañarme hasta ella?

—¿Y qué hago con los niños? Vaya usía, nada más entrar, la segunda puerta a la izquierda, no tiene pérdida.

Era una vivienda amueblada con buen gusto e impecablemente ordenada, a pesar de la presencia de los niños. La segunda puerta a la izquierda estaba entornada.

—¿Con permiso?

No hubo respuesta. Entró. La vieja estaba hundida en un sillón, durmiendo bajo los cálidos rayos del sol que penetraban a raudales a través de los cristales de la ventana. Mantenía la cabeza inclinada hacia atrás sobre el respaldo y, a través de la boca abierta, de la que caía un brillante hilillo de saliva, brotaba una respiración afanosa y chirriante que a ratos se interrumpía para seguir adelante cada vez con más esfuerzo. Una mosca paseaba tranquilamente de uno a otro párpado; estos eran tan delgados que el comisario temió que se hundieran bajo el peso del insecto. Después la mosca penetró en una transparente ventana de la nariz. La amarillenta piel del rostro

estaba tan estirada y pegada al hueso que parecía una simple capa de color sobre la calavera. En cambio, la piel de las inertes manos, deformadas por la artrosis, parecía de pergamino y estaba cubierta por unas grandes manchas de color marrón. Las piernas, cubiertas por una manta a cuadros escoceses, vibraban a causa de un constante temblor. En la estancia se aspiraba un insoportable hedor a rancio y a orina. ¿Quedaba todavía en el interior de aquel cuerpo que el tiempo tan obscenamente había devastado algo con lo que fuera posible establecer comunicación? Montalbano lo dudaba. Y peor aún: en caso de que ese algo todavía existiera, ¿resistiría el conocimiento de la verdad?

La verdad es luz, había dicho el cura, o algo por el estilo. Ya, pero una luz tan fuerte ¿no quemaría y prendería fuego a aquello que sólo debería iluminar? Mejor la oscuridad del sueño y de la memoria.

Retrocedió, abandonó la estancia y salió de nuevo al jardín.

—¿Ha hablado con la señora?

—No, estaba dormida. No he querido despertarla.

Nota del autor

Este volumen está integrado por tres relatos largos y tres cortos. Los largos son inéditos. En cambio, dos de los cortos ya han sido publicados: *Día de fiebre*, en la revista de la Administración Penitenciaria *Le due città*, en 2001; y *Un sombrero lleno de lluvia*, en el diario *La Repubblica* del 15 de agosto de 1999. Los relatos cortos no pueden ser calificados como policíacos en sentido estricto; son más bien la historia de tres encuentros ocasionales y extraordinarios del comisario Montalbano.

Huelga decir que tanto los nombres como las situaciones son fruto de mi imaginación y no guardan, por tanto, la menor relación con la llamada «realidad».

C.



ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Italia, 6 de setiembre de 1925 - Roma, Italia, 17 de julio de 2019). Entre 1939 y 1943 Camilleri estudia en el Liceo clásico Empedocle di Agrigento donde obtiene, en la segunda mitad de 1943, el título. En 1944 se inscribe en la facultad de Letras, no continúa los estudios, sino que comienza a publicar cuentos y poesías. Se inscribe también en el Partido Comunista Italiano. Entre 1948 y 1950 estudia Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comienza a trabajar como director y libretista. En estos años publica cuentos y poesías, ganando el «Premio St. Vincent».

En 1954 Camilleri participa con éxito a un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Sin embargo, entrará a la RAI algunos años más tarde.

Camilleri se casa en 1957 con Rosetta Dello Sieto, con quien tendrá 3 hijas y 4 nietos.

Desde muy joven el teatro se convierte en su pasión y, con tan solo diecisiete años, dirige su primera obra de teatro. Desde entonces, ha puesto en escena más de cien títulos, muchos de los cuales de Pirandello, como *Así es (si así os*

parece) [*Così è (se vi pare)*] en 1958, *Pero no es una cosa seria (Ma non è una cosa seria)* en 1964 y *El juego de las partes (Il gioco delle parti)* en 1980, por citar solo algunos.

Ha sido el primero en representar en Italia el teatro del absurdo de Beckett *Fin de partida (Finale di partita)*, en 1958, en el Teatro dei Satiri de Roma, y, luego, en la versión televisiva interpretada por Adolfo Celi y Renato Rascel; y de Adamov *Cómo hemos sido (Come siamo stati)*, en 1957; también ha dirigido obras de Ionesco, como *El nuevo inquilino (Il nuovo inquilino)* en 1959 y *Las sillas (Le sedie)* en 1976, y poesías de Maiakovski en el espectáculo «*Il trucco e l'anima*» en 1986.

Ha trabajado como autor, guionista y director de programas culturales para la radio y la televisión; también ha sido productor de algunos programas televisivos, entre los cuales, destacan un ciclo dedicado por la Rai al teatro de Eduardo y las famosas series policíacas del comisario Maigret y del teniente Sheridan. En varios momentos de su vida, ha impartido clases en el Centro Sperimentale di Cinematografia de Roma y en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica «Silvio D'Amico».

Sus primeras narraciones se han publicado en revistas y periódicos, como *L'Italia Socialista* y *L'Ora de Palermo*. Su primera novela, *Il corso delle cose*, es de 1967-68, pero solo se publicará diez años más tarde en la editorial Lalli. En 1980, la editorial Garzanti publica *Un filo di fumo*. Más tarde, Sellerio publica muchas de sus obras: *La strage dimenticata* (1984); *La temporada de caza (La stagione della caccia)* (1992), *La bolla di componenda* (1993); *La forma dell'acqua* (1994), que marca el debut del comisario Montalbano; *Il birraio di Preston* (1995), considerada su obra maestra; *La concesión del teléfono (La concessione del telefono)* (1999). En la editorial Sellerio también ha publicado otras novelas del ciclo de Montalbano y en la editorial Mondadori ha publicado las narraciones *Un anno con Montalbano* (1998), *Gli arancini di Montalbano* (1999) y *La paura di Montalbano* (2002), además de *La desaparición de Pató (La scomparsa di Patò)* (2000), su primera novela histórica.

Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los autores más leídos de Europa.

Última revisión por UMDN: 19 de febrero de 2022

